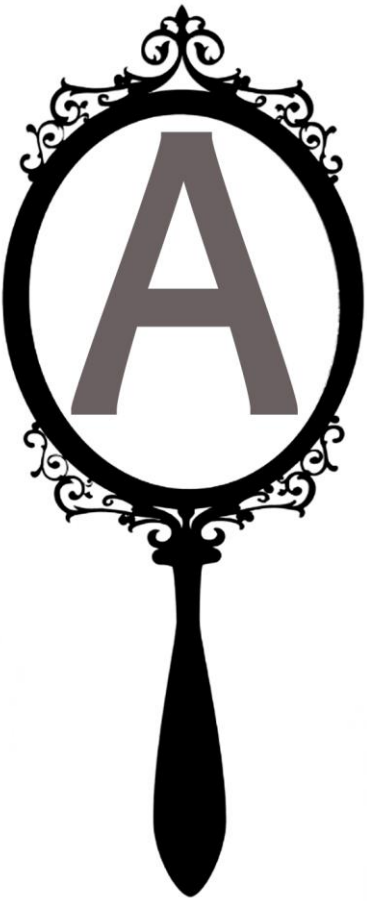
RESEÑAS DE IDENTIDAD

[2015-2025]

El aforismo ante el espejo de la (auto)crítica



cypress
CULTURA

RESEÑAS DE IDENTIDAD
(2015-2025)

El aforismo ante el espejo de la (auto)crítica

cypress
CULTURA

1ª ed., abril de 2025

Thema: DSBJ (Estudios literarios: desde c. 2000)
IBIC: DSBH (Estudios literarios: c 1900-)

Publicación no venal. Prohibida su venta.

Este libro se publica bajo licencia Creative Commons.
Se permite la reproducción citando la procedencia pero
sin propósito comercial alguno, ni primario ni derivado.

Una iniciativa de Cypress Cultura
www.cypress.com.es

© de los textos, sus autores
© de esta edición, Cypress Cultura

ISBN: 979-13-87504-09-0
Depósito legal: SE 452-2025

ÍNDICE

Nota previa

9 AA. VV, *Aforistas españoles vivos*
11 Eliana Dukelsky, *La lengua o el espejo*
12 León Molina, *Mapa de ningún sitio*
13 Felix Trull, *Metas volantes*
14 José Luis Morante, *Motivos personales*
16 Manuel Neila, *La levedad y la gracia*
18 Victoria León, *Insomnios*
20 Juan Ramón Jiménez, *Aforismos e ideas líricas*
21 Eliana Dukelsky, *Crianza*
23 Emilio López Medina, *Del amor y todo lo que le es propio*
24 Emilio López Medina, *El arte jovial*
25 Manuel Neila, *El juego del hombre*
27 Ander Mayora, *El páramo*
28 José Luis Trullo (ed.), *Fili Mei*
29 Antonio Cabrera, *Gracias, distancia*
32 Francisco Ferrero, *La revolución de la paciencia*
32 Javier Vela, *Libro de las máscaras*
34 Felix Trull, *Líneas de flotación*
36 Carmen Canet. *Luciérnagas*
37 Sergio García Clemente, *Mirar de reojo*
38 Jacob Iglesias, *Ovejas negras*
39 Ramón Eder, *Palmeras solitarias*
41 Gabriel Insausti, *Saque de lengua*
43 Miguel Catalán, *Suma breve*
44 Antonio Rivero Taravillo, *Vida en común*
45 Miguel Ángel Gómez, *Caída libre*
46 Carmen Canet y Javier Bozalongo, *Cóncavo y convexo*
47 Javier Sánchez Menéndez, *Concepto*
50 Miguel Ángel Alonso Treceño. *Conciencia y viceversa*
51 Jesús Montiel, *El amén de los árboles*
53 Gregorio Luri, *El amparo de las sombras*
54 Ricardo Virtanen, *El funambulista ciego*
56 Gabriel Insausti, *Estados de excepción*

57 AA.VV., *Juega o muere*
59 Miguel Ángel Arcas, *Los tres pies del gato*
60 Aitor Francos (ed.), *Marcas en la piedra*
61 Miguel Catalán, *Suma y sigue*
63 Francisco Ferrero, *Un silencio propio*
65 José Camón Aznar, *Aforismos del solitario*
67 Jaime Fernández, *Centinelas del sueño*
68 Benito Romero, *Desajustes*
70 José Luis Trullo y Manuel Neila (eds.), *El cántaro a la fuente*
72 Ángel Crespo, *Escrito en el aire*
74 Jesús Aguado, *Heridas que se curan solas*
75 Ricardo Virtanen (ed.), La *sonrisa de Nefertiti*
78 Rafael Ibáñez Molinero, *La VIDA en minúscula*
79 Elías Moro, *Lo inseguro*
81 José Luis Trullo y Ánder Mayora, *Meandros*
84 Jesús Montiel, *Silencio casi*
87 Felix Trull. *Y de pronto, amanece*
89 Isabel Bono, *Caballos que cantan*
90 Florencio Luque, *Caja de cromos*
92 Emilio Calvo de Mora, *Catedral en construcción*
94 Rosendo Cid, *El aburrimiento no está hecho para gente con prisas*
96 Javier Recas, *El arte de la levedad*
98 Eliana Dukelsky, *Electra destronada*
99 José Manuel Benítez Ariza, *En el corazón del bosque*
102 Antonio Cortijo, *Envasado al vacío*
104 José Luis Trullo, *Expirar en la frase más breve*
107 AA.VV., *Flor nueva de refranes viejos*
109 Juan Kruz Igerabide, *Hasta cuándo se puede tener razón*
111 Jesús Cotta, *Homo mysticus*
114 Juan Manuel Uría, *Infancia es lugar*
115 Demetrio Fernández Muñoz, *La lógica del fósforo*
117 Emilio López Medina, *La verdad de la belleza*
119 Gemma Pellicer, *Medidas extremas*
121 Paula Díaz Altozano, *Meteórica*
122 José Luis Morante, *Migas de voz*
126 José Luis Trullo y Felix Trull, *Nunca se sabe*
129 Manuel Neila, *Palabras en curso*
131 José Luis Morante, *Planos cortos*

133 Rafael Ruiz Pleguezuelos, *Talía desencadenada*
135 AA. VV. *Tierra de aforistas*
138 Tirso Priscilo Vallecillos, *Breve catálogo de autoridades*
141 Ramón Andrés, *Caminos de intemperie*
142 Michel F., *Contradicciones reunidas*
143 Jaime Fernández, *El espectador en la caverna*
146 Carlos G. Munté, *El ladrón de serotonina*
149 Emilio López Medina, *El mundo que se abre*
151 Dionisia García, *El pensamiento escondido*
153 AA.VV., *Fingimientos*
154 José Luis García Martín, *Indicios racionales*
157 Daniel Rivallo, *Intuilectos*
160 Miguel Agudo Orozco, *Juegos malabares*
162 Álvaro Campos, *La certeza del color*
164 Manuel Neila, *La vida entre líneas*
167 Daniel Mocher, *Los propios pasos*
169 Florencio Luque, *Melismínimas*
171 Ángela Mallén, *Microorganismos*
173 Guillermo Busutil, *Papiroflexia*
176 Demetrio Fernández Muñoz, *Plancton*
177 Aitor Francos, *Quien escribe es otro*
180 José Luis Trullo y Juan Manuel Uría, *Remiúrgica*
182 Vicente Luis Mora, *Teoría*
185 Benito Romero, *Una galaxia imperfecta*
187 Roberto Herrero, *Astronautas cobardes*
189 Manuel Amorós, *Catedral*
191 Carmen Canet, *Cipselas*
193 VV. AA., *El aforista brinda el relámpago*
195 David Acebes y José Antonio Olmedo, *El monstruo en el camerino*
198 Manuel Feria, *El río de la perplejidad*
199 José Manuel Benítez Ariza, *Garabatos*
202 Miguel Pardeza, *La cola del cometa*
205 Paulo Gatica, *Lapidaria*
207 Lucho Aguilar, *Lo que esconde el manglar*
209 Ramón Eder, *Los regalos del otoño*
212 Mario Pérez Antolín, *Mínima esencia*
214 Javier Salvago, *Nada como la nada*
216 José Luis Perdomo, *Obras encogidas*

219 Javier Rábago, *Parpadeos*
221 Demetrio Fernández Muñoz (ed.). *Puntales de la brevedad*
223 Juan José Martín Ramos, *Si no veo mi rostro*
225 Ricardo Virtanen (ed.), *Un instante en el paraíso*
227 Rafael Ruiz Pleguezuelos, *Usted está aquí*
228 Ginés Aniorte, *De verbis*
230 Miguel Agudo Orozco, *El tergiverso*
232 Raquel Vázquez, *Entre coche y andén*
235 Ramón Eder, *Los aforismos son las estrellas del cielo*
237 Emilio López Medina, *Luego serás mejor que joven*
240 José Luis Morante, *Paso ligero*
242 Ricardo Álamo, *Pasos de seda*
244 Julio Llorente, *Titubeos*
247 Javier Recas, *Un viento propicio*
249 Gregorio Luri, *Una triste búsqueda de alegría*
251 José Ángel Cilleruelo, *Ventana ciega*
252 Demetrio Fernádez Muñoz, *Éter*
255 Ricardo Virtanen, *El vigilante de la luna*

NOTA PREVIA

En la última década hemos asistido en nuestro país a una proliferación de material acerca del fenómeno aforístico que ha abarcado desde la nota de prensa hasta el monográfico teórico, pasando por una cantidad significativa de manifestaciones aledañas como los premios, los congresos, las webs y, sobre todo (y ante todo), los libros de aforismos. A esta empresa se han sumado las reseñas, que, de manera fidedigna y persistente, representan un corpus que, por su carácter de fugaz actualidad, suele pasar a la historia deslavazado, pero que, a su vez, integra los juicios en tiempo real de los libros que han ido apareciendo, además de recoger asiduamente una serie de reflexiones *ad hoc* sobre aforística, que encuentran así un espacio apto para explayarse sobre un género en constante descubrimiento y (auto)evaluación.

Las reseñas que aquí se reúnen buscan, en un primer plano, ofrecer un recorrido valorativo por los libros de aforismos españoles publicados durante el esplendor de nuestros días, pero, de telón de fondo, se expone una panorámica que propone un discurso sobre la aforística actual.

El contenido de este volumen es necesariamente parcial (no incluye todas las reseñas publicadas en el período) y se centra, sobre todo, en las aparecidas en dos revistas digitales, El Aforista y Culturamas, en las cuales se ha prestado una atención continua al género más breve. Sus autores poseen, como no puede ser de otro manera, una dicción propia –desde quien practica el análisis prolijo del contenido del libro hasta quien prefiere la divagación más o menos lírica–, pero en todos los casos se percibe un claro compromiso con el fenómeno digno de encomio. No se trata (o no solo) de un examen riguroso e imparcial de los libros de aforismos publicados durante esta época, sino de la crónica de cómo se ha venido consolidando un género que ni siquiera poseía plena conciencia de serlo. El hecho de que no haya sido hasta fecha muy reciente que el Diccionario de la Real Academia Española haya decidido incluir el término "aforista" lo dice todo.

Esperamos que los materiales que se congregan en este libro sean de utilidad, tanto para los estudiosos del género como para quienes lo aman, ya sea porque lo leen o porque, además, lo escriben.

Sevilla, 22 de febrero de 2025

AA. VV., *Aforistas españoles vivos*. Libros al Albur, Sevilla, 2015.

Elías Moro.- Como un suculento y nutricio menú degustación ha sido mi lectura de este *Aforistas españoles vivos* que Libros al Albur ha puesto al alcance de los lectores aficionados al género. Un espléndido menú de once platos sabiamente combinados en los que, en variadas dosis y tiempos de cocción, y picando de aquí de y de allá, se paladean todos los sabores conocidos, si bien, al menos para quien esto suscribe y acaso producto de los tiempos que corren, lo ácido y lo amargo se llevan la palma.

José Luis [Trullo] Herrera, quien en su breve pero enjundiosa introducción a este volumen intenta dar respuesta a la difícil pregunta de *¿Qué es un aforismo?,* ha reunido un surtido y espléndido ramillete de autores (once en total) que ya habían dado muestras más que notables de su talento en la escritura de estas perlas de pensamiento concentrado. Entre esos once autores, y como no podía ser menos, se ha dado un amplio espectro de pensamientos y posturas ante las cosas de la vida. La variedad formal de estas reflexiones también está presente en la escritura de este menú interminable donde los ingredientes se complementan en un espléndido maridaje: desde los súbitos "relámpagos" –¡cómo me gusta esta definición! – de Eder, Morante o Molina, donde la más depurada concisión parece ser la máxima de la máxima, o los de corte filosófico de Neila, hasta esos otros más desarrollados en su argumento de, por ejemplo, Pérez Antolín, Catalán o algunos de Felix Trull.

Aledaños a la poesía (gran parte de los autores de estas, como me gusta llamarlas a veces, "perlas cultivadas", son también acreditados poetas), en muchos de ellos ésta asoma la patita con un cierto rubor pero también con la contundencia precisa para derribar la puerta de la rutina con estrépito y enseñorearse del texto para pasmo y goce del lector.

Libros como este, que a través de la aguda mirada de sus autores ponen en solfa el pensamiento romo y vacuo que de común nos rodea, esa engañifa interesada de lo políticamente correcto que nos asfixia por doquier, lo injusto o arduo de la existencia, o que resaltan sin rubor el goce de vivir, son cada día más necesarios en estos tiempos que corren.

En otro orden de cosas, decir también que Sevilla se ha constituido por méritos propios en la capital editorial del género. No hay más que fijarse en la colección "A la mínima" de la editorial Renacimiento, o el reciente parto de trillizos de la neonata "Aforismos" en Ediciones de La Isla de Siltolá, ejemplos a los que habría que sumar también la aparición del volumen

Seré bre, publicado por la Universidad de Sevilla en edición al cuidado de Carmen Camacho, otra acreditada aforista.

Hacía al principio una analogía digamos culinaria, pero acabando este breve texto se me ocurre que también podría ser deportiva, más concretamente futbolera: los nombres que aparecen en este aforistas españoles vivos parecen destinados a recitarse casi como una de esas míticas alineaciones que muchos guardamos en la memoria: Eder, Megías, Cormán, Catalán, Morante, Antolín, Pellicer, Neila, Arcas, Molina y Trull. Después de acabar su lectura, este magnífico equipo ya tiene un hincha más.

Eliana Dukelsky, *La lengua o el espejo*. Cuadernos del Vigía, Granada, 2015.

José Luis Trullo.- Los libros de aforismos suelen oscilar entre dos grandes categorías: la del diario camuflado (lo que los vuelve encantadoramente dispersos y heterogéneos, por la propia dinámica de su creación) y la de la colección de grandes éxitos del autor (lo que les confiere cierto aire artificioso y declamatorio, casi de testamento intelectual). No es este el caso *de La lengua o el espejo*, la obra con la que Eliana Dukelsky (Buenos Aires, 1982) se hizo merecedora del II Premio Internacional de Aforismos José Bergamín, y que ahora publica la editorial granadina Cuadernos del Vigía –convocante también de dicho certamen literario– en su magnífica colección consagrada al género más breve.

Como digo, *La lengua o el espejo* no es un libro de aforismos al uso. Ello lo percibe enseguida el lector cuando, a diferencia de otros títulos, no puede soltar el libro tras la amena lectura de una docena de páginas, por miedo a saturarse. Por el contrario, la impresión –completamente subjetiva, como cualquier impresión– es la de haber emprendido un viaje junto a la autora, y estar recorriéndolo, de nuevo, junto a ella, en una suerte de travesía submarina de la cual, de un modo u otro, intuye que va a emerger renovado, purificado en cierto sentido. Y es que el propio libro se anuncia, puede que sin proponérselo, como una catarsis: "Terapia: llenarse de sombras, asombrarse, iluminarse".

Que esto puede ser así se hace evidente hacia el último tercio del libro. Y es que, puntada a puntada, la lectura –como eco fiel de una escritura atenta y una composición perfectamente organizada, aun incluso en un plano intuitivo, o incluso inconsciente– empieza a descubrir que subyace un tapiz coherente tras la siempre dispersa apariencia de un volumen de aforis-

mos. Contra la vocación centrífuga de éstos, *La lengua o el espejo* despliega una consistente capacidad centrípeta: y es esa, quizás, la que está conduciendo al lector durante todo el viaje que, ahora sí, asume que está compartiendo con la autora, junto a la que quiere llegar hasta el final.

Bien. Concluida la travesía con éxito, ¿a qué conclusiones, todo y que parciales, creemos que hemos llegado? ¿Cuál es el botín?

En esencia, el libro podría considerarse, utilizando una imagen harto gráfica, un catálogo de las estrías que han quedado sobre un cuerpo que ha adelgazado bruscamente. Una suerte de mapa de constataciones, de renuncias y de aceptaciones de las cuales uno ha de salir, necesariamente, más sabio. Pues sabio es quien acepta, como límite irrebasable, la otredad (la ajena: "Imposibilidad de conocer al otro desde el otro. Humildad que supone conocer al otro desde el uno", pero también la propia: "A veces las palabras hinchan nuestros sentimientos volviéndolos ajenos"); como un valor en sí mismo, la perplejidad que nos inspira el asumir lo que la vida y las personas tenemos de impredecible ("Madurar: convivir con lo inestable"), frágil, y hasta confuso. Pero, gracias al ejercicio de humildad que implica aceptar los propios límites y respetar los del otro (y los de lo otro), podemos alcanzar un nivel superior de conocimiento, casi una redención: "Es en la aceptación donde nos salvamos".

Esto es, para quien esto firma, *La lengua o el espejo*: un libro valiente (tras su pudorosa dicción) en el cual la autora ha entregado parte de sí, como una inmolación necesaria para acometer, ahora sí, la creación de nuevos libros de aforismos... los cuales, sin duda, han de atesorar la destreza compositiva de éste, pero que por fuerza no poseerán el nivel de entrega, incluso de sacrificio, que testimonia *La lengua o el espejo*, a todas luces un excelente, magnífico bautismo literario.

León Molina, *Mapa de ningún sitio*. La Isla de Siltolá, Sevilla, 2015.

José Luis Trullo.- Sorprende –y mucho– el título que ha escogido el escritor León Molina para rotular su primer libro de aforismos, porque si algo se nos antoja, es una cartografía precisa, meticulosa e incluso pormenorizada de un sitio: ese al que el autor ha "llegado" (según proclamaba el título de uno de sus poemarios), un espacio entre impersonal e íntimo en el cual es posible empezar a sacar algunas conclusiones sobre lo que tiene la vida humana de ilusorio, pero también de veraz; de precario, pero también de entrañable; de individual, pero también de compartido y mutuamente comuni-

cado: “El que coexiste, existe; el que convive, vive”. Y es que Molina consigue trazar el plano de un lugar muy poco común, aunque en realidad pertenece a todo aquel que aspire a acceder a él: el de la lucidez risueña, pacífica y conciliada consigo misma y con el mundo.

Vaya por delante: Molina es un aforista portentoso, muy dotado, que rehúye con disciplina el chiste y la vana ocurrencia, para acometer sus composiciones con una precisión exquisita, donde nada sobra ni se echa en falta. Son sus textos sumamente breves, sintéticos, aquilatados, aunque para nada simples: rezuman esa dulce ambigüedad que caractiza a los grandes cultivadores del género. Casi nunca pontifica, y cuando lo hace es con la sabia benevolencia del amigo que va a respetar lo que, en cualquier caso, queramos hacer con nuestra vida. “Seducir es inducir sin aducir”, nos advierte.

Este comentarista ya conocía una gran parte de los aforismos que componen el libro, pues el autor los había dado a conocer previamente en redes sociales; sin embargo, el efecto que provoca su lectura conjunta es descomunal. Confieso que tuve que administrarla con paciencia e incluso pacatería, ya que la misma me suscitaba una euforia que ríanse ustedes del celebérrimo síndrome de Stendhal. “Una persona que no puede estar sola, solo puede estar con los demás a medias”; “La melancolía, si hace bien su trabajo, nos conduce a la alegría”; “La certeza es pasado, la duda futuro”... Gota a gota, con una exactitud deslumbrante, van acertando las frases una tras otra en la diana, y eso es muy difícil de ver, ya no digo en un volumen de aforismos, sino en un libro cualquiera. *Mapa de ningún sitio* es, sencillamente, magistral, mayúsculo en su modestia formal, apenas 74 páginas.

Leyendo los aforismos de *Mapa de ningún sitio* uno recobra la esperanza, quizás no en el ser humano (que es una criatura demasiado imperfecta como para confiar en ella), sino en los frutos que es capaz de aportar al acervo colectivo. Gracias, León, por haberlos compartido con nosotros. Fue un auténtico placer y un verdadero honor haberte podido leer y aprender de tus palabras. Hasta la próxima, maestro.

Felix Trull, *Metas volantes*. Libros al Albur, Sevilla, 2015.

Juan Manuel Uría.- Se pueden escribir memorias de muchas maneras y estilos; por supuesto, se puede no escribirlas, que es lo que hace la mayoría. Pero quien lo hace (da igual en qué género) filtra su ser con toda su verdad multifacética revelándose en el papel, transustanciada en palabra. Este es el ejercicio de la creación, construcción de una memoria que se hace conscien-

te. Aquí, entonces, las *Metas volantes* de Felix Trull (que así las hubiera llamado él, según nos dice en uno de sus aforismos; memorias que nunca escribirá, dice también... replicándole yo, con atrevimiento, que sí, que ya lo ha hecho, que lo hace, porque escribe); memoria proyectada a metas en realidad inexistentes por difusas, desconocidas, inútiles, pues lo que importa al cabo es el trayecto y no la meta, la huella trazada o por trazar, lo pensando en el pensar y el machadiano camino. Memoria hecha aquí de aforismos (o *afosforismos*, según el neologismo acuñado por Trull, iluminando la oscura hoja) donde el autor va vertiendo su vivir, su existir de aconteceres, sus decantaciones del conocimiento, su saber histórico, cincelado y personal, formando un mapa de sí que trata (ah, esto es importante) de trascender para llegar a los demás, a nosotros, en una pirueta necesaria y vertical (hacia arriba y hacia abajo), que protagoniza el espíritu. (¿Quién dijo que el espíritu estaba muerto?).

Porque en *Metas volantes* se trata, según yo lo veo, de eso precisamente: de llegar al núcleo, al centro de lo que somos (si es que somos algo), a eso que nos constituye como especie, como humanidad, a esa nada tan llena de todo (o viceversa). Con la humildad socrática de quien sabe observar (puesto que aquí, en nuestra sociedad siglo veintiuno, dicho sea de paso, ya no se observa y todo es, muy al contrario, posar para la foto), sin levantar definiciones como empalizadas ni fijar sentencias de piedra, máximas que suenan como los clavos al ser martilleados en el ataúd (Eder *dixit*), que esto no es memoria sino dictado. La memoria bebe de la incertidumbre, del claroscuro, de la duda.

Pero ojo: Trull no es posmoderno, no le da igual arre que so, y trata de buscar un sentido, con tesón, una verdad siquiera efímera pero verdad al fin y al cabo, que quede esbozada a través de su palabra y, valga el pleonasmo, a través de su pensamiento. Porque Trull piensa a vuelapluma, en el lenguaje vivo, en las palabras que va desplegando afosforísticamente sobre el papel mientras va descubriéndose en lo que escribe, en un juego dialéctico de espejos. El aforista comprende y aprehende facetas de la realidad a través de ese revelado, dándole sentido al mundo y a sí mismo en el mundo; dando también un nombre al ser y a la verticalidad; pugna que se mantiene, con tensión, en todo el libro; pugna que es ínsita al creador si es verdadero. Pugna, digo, que forma parte de la poética de Trull: la verticalidad del ser frente a la horizontalidad del tiempo, del hombre circunstancial; espíritu *versus* historia, dialécticamente unidos, problemáticamente unidos, y que me lleva indefectiblemente a la pregunta, apuntada más arriba, de si es posible, hoy,

fijar algún sentido que no se lleve la locura del tiempo; ese tiempo de hoy, centrifugador, que agita la misma capa de polvo, ese polvillo molesto y superficial de la moda.

Me atrevo a decir que Trull responde que sí, que por supuesto, porque sus *Metas volantes* son precisamente eso: un intento de encontrar sentido, un ensayo que trata de entender, de comprender y de señalar. Observa e indica, observa y desentraña. Y lo hace con una inteligencia afilada, rigurosa, profunda, una inteligencia que se ve a sí misma y se ausculta, una inteligencia y una mirada que es "punto de vista y pensamiento", opción en definitiva de una voluntad consciente, que se sitúa con un pie en los clásicos y otro en la modernidad, no solamente a lo que el género aforístico se refiere, sino también en el plano filosófico, llamémoslo así, en su forma de estar críticamente (inconformemente) en el mundo. Así, Trull, en un mapa vital de casi 500 aforismos, nos entrega una foto (no fija) del ser, de su ser histórico vertical y horizontal (no podemos escapar de las coordenadas), un remedo de memorias donde reparte la panoplia de temas existenciales que nos son propios, iluminándonos por mor de su palabra inteligente, tal como el relámpago ilumina al caminante perdido que ve así, por fin, todavía muy lejos, pero allí al fondo, la puerta anhelada (e inalcanzable).

José Luis Morante, *Motivos personales*. La Isla de Siltolá, Sevilla, 2015.

José Luis Trullo.- *Motivos personales* es el segundo libro de aforismos de José Luis Morante (El Bohodón, Ávila, 1956). Profesor de Ciencias Sociales en un instituto público de Rivas-Vaciamadrid (Madrid), donde creó la revista Luna Llena y coordinó la revista gráfica y de textos Prima Littera. La antología *Mapa de ruta* (Maillot Amarillo, 2010) compendia su obra poética, formada por siete libros, con reconocimientos como el Premio Luis Cernuda, el Internacional de Poesía San Juan de la Cruz, o el Premio Hermanos Argensola. En 2013 se publicó *Ninguna parte*, editado por La Isla de Siltolá. Otras obras suyas son el diario *Reencuentros*, el libro de entrevistas *Palabras adentro* y *Protagonistas y secundarios*, estudios sobre poesía contemporánea. Su labor crítica está representada por las ediciones *Arquitecturas de la memoria*, sobre Joan Margarit; *Ropa de calle*, sobre Luis García Montero; e *Hilo de oro*, sobre el poeta Eloy Sánchez Rosillo, las tres en la colección Letras Hispánicas de la editorial Cátedra. También ha prologado la obra poética de Luis Felipe Comendador, Herme G. Donis y Karmelo C. Iribarren. Es responsable del blog Puentes de Papel. En el género aforístico,

Morante ha publicado *Mejores días* y acaba de ver la luz estos *Motivos personales* en la nueva colección de aforismos de la editorial sevillana La Isla de Siltolá.

La amplia trayectoria de Morante como crítico literario le habilita para trazar un muy certero primer panorama de su propio libro, el cual se incluye a modo de epílogo del volumen. En él, dice de *Motivos personales* que "comenta los argumentos de la vida al paso, la invitación a un viaje en el que casi nunca son ocasionales el desconcierto y la extrañeza. Habitamos en la contradicción, en una azarosa simetría de carencias y logros". Continúa Morante: "En muchos de estos breves es palpable la inmersión en lo biográfico y la proximidad del hombre ajeno. Comenta lo vivido con el afán de revisar huellas, defender convicciones íntimas y dar salida a los hilos de angustia; son asuntos que definen un espacio moral".

Motivos personales se muestra en clave de un camuflado diario en aforismos y está compuesto, sobre todo, por apuntes, ese género que alcanzó su plena madurez con los libros fragmentarios de Elias Canetti (*La provincia del hombre, El corazón secreto del reloj* o *El suplicio de las moscas*, por encima de los demás). Ello impide que el lector se acoja a la cómoda inercia del género más breve, y deba bregar con las frases una por una, sin asideros ni referentes externos. No siempre lo conseguirá, pues en ocasiones tras la apariencia críptica no puede dejar de percibirse el referente biográfico, la 'circunstancia' que ocasionó la anotación, y ello le resta cierta universalidad y autosuficiencia al texto. Sin embargo, esos "mecanismos del pudor" (pág. 74) que utiliza el autor para rehuir el exhibicionismo personal acaban resultando reconfortantes, pues a nadie le importa en realidad la vivencia en bruto, sino el destilado literario que obtuvo el escritor de la misma. Y, sin duda, el de Morante es de alta graduación.

De forma impremeditada, pero difícilmente evitable, y a pesar de su discreción estratégica, el autor se va pespunteando como un misántropo tierno ("prefiero estar al otro lado", "soy periferia", "como estrategia, estar lejos"), como un individuo al que el tráfago externo con la sociedad humana hiere (y contra la cual, a veces, reacciona), pero que encuentra fácil y fiable consuelo en lo que de mejor ella tiene: la amistad y los libros. Sin ellos, sin los libros ("luz y abrigo"), seguramente Morante –y con él, muchos de nosotros–, hace mucho que nos habríamos ido, quién sabe adónde. Pero están aquí, y nos reconcilian con lo humano, a pesar de que muchas veces haya que asumir que no pocos de ellos albergan tan sólo "tinta inocua".

En *Motivos personales* se establece "un diálogo raro entre un escepticismo de largo alcance y una ingenuidad entusiasta" que nos resulta familiar a quienes hemos superado la edad de creernos todo lo que nos cuenten. Esta veta pura que subsiste bajo la gruesa capa de los desengaños es la que le permite escribir, de forma espléndida: "No desmayes; en cada esquina roza la brisa del asombro" (que nunca sabremos si se lo decía porque lo creía o para no descreer de todo ya del todo), o: "De madrugada, un vitalismo insomne me pregunta qué hacer para empezar de nuevo". Probablemente Morante no se engañe y sepa que no es posible ese recomienzo absoluto: "Sé que lo creo no es cierto. Pero es tarde para buscar otras creencias"; aun así, queda tiempo para ensayar pequeños reinicios, coincidiendo con la escritura de nuevas obras o, por qué no, con el reencuentro con las pequeñas alegrías de la vida en contacto con la naturaleza (y aquí el mar acude, raudo, a prestarle un hombro al apesadumbrado autor).

Cuando ya recomenzar no es posible, y tal vez ni siquiera deseable, hay que asegurarse, al menos, de no caer de forma demasiado brusca, de no perder la compostura y preservarse, mientras se pueda, como se es: "En su declive, coherencia; un deseo sostenido de envejecer siendo el que somos". Y en esa lucha sorda con el tiempo y el deterioro personal es donde todos y cada uno debemos medirnos con nosotros mismos, en un espacio donde sólo el espejo puede ser testigo del resultado (siempre precario) de la evaluación. El espejo y, claro, el libro... en el caso de Morante, este *Motivos personales*, magnífico, honesto y entrañable.

Manuel Neila, *La levedad y la gracia. Aforistas hispánicos del siglo XX*. Renacimiento. Sevilla, 2016.

Carmen Canet.- Que el aforismo está en auge en el panorama de las letras hispánicas actuales es obvio. Muestra de ello es que las editoriales están incorporando en sus colecciones este género fronterizo: además de las clásicas como Renacimiento, Trea o Cuadernos del Vigía que abrieron campo, firmas como La Isla de Siltolá, Pre-Textos, Valparaíso o Cuadernos del Laberinto, entre otras, se ocupan del aforismo.

El poeta, crítico, ensayista, traductor y aforista, Manuel Neila (Cáceres, 1950), entiende, cuida e investiga sobre el aforismo. Es también el director literario de la colección 'A la Mínima' de la Editorial Renacimiento.

Ahora en este volumen (con un título tan sutil y significativo como *La levedad y la gracia*) nos presenta reunidos sus estudios, sus artículos y

notas en torno al tema, todos ellos publicados entre 2005 y 2015 en revistas culturales y otros medios. Como él mismo escribe en el prólogo (que dedica a un maestro en este género, Cristóbal Serra): "Cada uno de ellos responde a una motivación particular y persigue unos objetivos precisos. Pero unos y otros proponen un acercamiento a las formas breves de expresión y, en particular, a la escritura aforística".

El libro está dispuesto en nueve apartados, siendo los dos primeros: I. 'Sobre la escritura aforística: su evolución y sus formas', un verdadero compendio sobre los cambios y la trayectoria del género, y II.'Sobre el aforismo en español', donde analiza la renovación que éste supone y nos muestra las diversas variantes del aforismo moderno. En el siguiente, III, titulado 'Retablillo de aforistas españoles', recoge a tres de los grandes, Santiago Ramón y Cajal ("Los misóginos debieran recordar que la más ignorante y rústica de las mujeres puede engendrar un hombre de genio"), José Bergamín ("Existir es pensar y pensar es comprometerse") y Ramón J. Sénder ("Milagro accesible: Todo el mundo habla y escribe sobre el amor desde hace milenios y sin embargo el amor sigue siendo un tema virgen").

No podía faltar un apartado dedicado a la dificultad de definir el concepto de aforismo (problema que Neila diseccciona de la mano de autores que ya ahondaron en esta cuestión como Umberto Eco, Pedro Salinas, George Steiner, entre otros). En esta IV parte escribe sobre el aforismo clásico, sobre su carácter de género fronterizo entre la poesía y la filosofía, y nos explica cómo irrumpe la máxima y cuál es su posterior evolución, explicando toda la gama de términos vinculados a este género y las semejanzas y diferencias que presenta, en su discurrir por la historia literaria, desde la época clásica (Grecia y Roma) pasando luego por los moralistas del Siglo de Oro hasta nuestros días. Constata así de qué forma el pensamiento fragmentario ya avanza a los "albores de la modernidad" donde el aforismo tradicional entra en crisis y en este punto de inflexión sitúa al alemán Lichtenberg y a los franceses Joubert y Chamfort que marcan el paso del aforismo clásico al moderno. Incluye aquí su estudio e investigación sobre el género y sus variedades, tanto en España como en Europa e Hispanoamérica. A estos últimos dedica el capítulo V, muy interesante, incluyendo ejemplos de su obra aforística con sus respectivas orientaciones, moralistas, metafísicas y estéticas. Continúa en el siguiente capítulo, VI, con un 'Retablillo de aforistas hispanoamericanos' y una muestra significativa de sus textos, en la que cabría destacar a Nicolás Gómez Dávila. Los apartados VII y VIII están

reservados para los clásicos: Antonio Machado con sus *Sentencias y donaires*, y Ángel Crespo, resaltando su peculiaridad.

Finaliza Neila este libro con acertadas reflexiones sobre la evolución y multiplicidad de facetas que presenta la escritura aforística, además de incluir ejemplos de los aforistas contemporáneos Eugenio Trias, Ramón Eder y Ángel Guinda. También, a modo de bibliografía, apunta la procedencia de los textos que se han reunido en este ensayo dedicado al estudio de las formas breves, todo ello de gran valor para los interesados en el conocimiento de este género pues, aunque hablamos antes del actual auge de la obra aforística, no lo es tanto el de los estudios relativos a ésta.

En este coherente e interesante conjunto de ensayos, Manuel Neila ha conseguido presentarnos una serie de aproximaciones que promueven el debate, trazando además un riguroso y amplio estudio sobre la panorámica histórica del género. Y con esa mirada crítica suya nos acerca más a estas formas breves, dándonos las claves para desplegar el plano general y particular de la evolución del aforismo tanto en España como en el mundo, enriquecido con la aportación que nos hace de la obra de los diferentes autores que estudia.

Por ello éste es un libro necesario, un manual de consulta que nos va a aportar un mejor conocimiento y amor a un género que ha existido siempre y que en nuestros días vive y se recrea con increíble fuerza, quizá porque el aforismo responde al aire ligero, fragmentario de nuestro tiempo, porque es un tipo de discurso que lleva en su esencia esos ingredientes que el autor prometía en el título de portada de su importante investigación: la levedad y la gracia.

Victoria León, *Insomnios*. La Isla de Siltolá, Sevilla, 2017.

José Luis Trullo.- Como en las delicadas casas japonesas tradicionales, al disponerse a leer *Insomnios* resulta recomendable descalzarse antes de entrar. Y es que no nos encontramos ante una colección al uso de frases reunidas con mayor o menor fortuna para su publicación en volumen. "Todo libro de aforismos tiene algo de tímida autobiografía" (pág. 38), confiesa la autora. Y este, me permito intuir, lo es en grado sumo. Autobiografía, claro, en el sentido más noble de la palabra: en cuanto esclarecimiento lúcido, honesto y valiente, pero también prudente, sutil y esquinado, de la propia existencia, y de la forma en que uno la aborda (y, a menudo, a quien a uno le desborda).

Hay mucha, muchísima verdad en estos *Insomnios*. "Quien lo entrega todo no tarda en quedarse sin nada que ofrecer" (pág. 64), "Todo lo vulnerable acaba cubriéndose de aristas" (pág. 50), "La cortesía es un guardián que casi siempre nos protege de nosotros mismos" (pág. 22). Nos encontramos ante un auténtico prontuario vital, una cartografía trazada con líneas pálidas y tonos medios. Se trata casi de una 'confesión', si se nos permite la hipérbole, pero una confesión susurrada, intuida, esbozada tras el visillo de una dicción contenida, depurada, prácticamente alquímica. Acostumbrados a cierta rimbombancia propia del género más breve, hay que saludar *Insomnios* como un salutífero ejercicio de modestia expositiva, de nuevo en el sentido más noble del término (aunque tampoco se me ocurre ninguno malo). Por su tono y su actitud, nos permitirmos emparentar este título con *Mirar de reojo* (2017), de Sergio García, otro insigne 'modesto'.

Modestia, honestidad, recato e insinuación, todos ellos atributos de *Insomnios*, son palabras totalmente fuera de época, en nuestro tiempo desquiciado y exhibicionista hasta la enfermedad. Ya sólo por eso, vale la pena emprender la aventura de adentrarse en esta casa a la cual la autora nos ha permitido acceder con una sola condición: que nos libremos de los zapatos de tacón y las botas de montar, para recorrer sigilosa y reverencialmente sus múltiples recovecos literarios, poéticos y existenciales.

Juan Ramón Jiménez, *Aforismos e ideas líricas*. Edición de José Luis Morante. La Isla de Siltolá, Sevilla, 2018.

Carmen Canet.- En la contracubierta de este volumen, *Juan Ramón Jiménez. Aforismos e ideas líricas*, escribe José Luis Morante: "El afán por lo breve (en JRJ) duraría más de cinco décadas, un extenso periodo en el que se aglutinan variados magisterios, desde los iniciales de Kempis, Nietzsche, Marco Aurelio, Pascal y Chamfort hasta los que fueron tejiendo una tupida red de afinidades que contribuyó a moldear la sensibilidad".

José Luis Morante, crítico literario, poeta y aforista nos presenta esta minuciosa edición y selección de la obra fragmentaria de Juan Ramón Jiménez (Moguer, 1881-Puerto Rico, 1958). Incluye también un espléndido prólogo con un título significativo: 'El yo total' ("Para que mi yo completo esté contento de mi obra, necesito que mi mitad consciente depure, mida, defina, fije lo que ha creado mi yo subconsciente", dice JRJ), en este estudio preliminar, Morante nos cuenta cómo planeó y cómo tenía previsto JRJ organizar toda su obra: "Tendría como título *Metamórfosis* –así acentuado,

nos apunta el prologuista, preservando el origen griego del término y su significado de mudanza o transformación– ("Soy un metamorfoseador. Mi escritura es metamorfosis como mi naturaleza y la Naturaleza"), y abarcaba siete libros según los géneros literarios compilados: Leyenda, Historia, Política, Carta Pública, Ideología, Traducción y Complemento".

Ochocientos aforismos comprenden esta selección que Morante extrae de *Ideolojía*, edición realizada por el profesor y ensayista Antonio Sánchez Romeralo, que reúne más de cuatro mil aforismos, organizados en seis secciones cronológicas. En su proyecto de *Ideología* integró pensamiento, reflexiones y sus ideas líricas, la edición completa de Antonio Sánchez Romeralo, que publicó en Anthropos, en 1990. Eran tan inabarcables que sus primeros antólogos, Andrés Trapiello y Juan Varo, en 2007 se encargaron en sus antologías *Aforismos* y *Río arriba*, respectivamente, de hacerlo más accesible. Nos cita a la ensayista Juana Pérez Romero sobre el ideario y la producción aforística juanramoniana que, sin duda –nos dice José Luis Morante en la Nota a la edición de este volumen–, es la más completa de las sucedidas hasta el presente y la más fiel a la cartografía espiritual de Juan Ramón Jiménez.

Después de estos trabajos sobre la obra aforística del onubense, nos llega esta edición de José Luis Morante, un trabajo riguroso, de orfebre diría yo, acompañado por un estudio asombroso, en donde con el rigor que le caracteriza, nos da un paseo literario por toda la vida y la obra de JRJ, de gran ayuda para acercarnos y conocer mejor la figura del poeta singular y universal. Traza el itinerario del hombre y del escritor, sus viajes, sus inquietudes, sus relaciones, sus amigos, de lo que el propio poeta llamaba su "obra en marcha". Nos detalla toda su trayectoria vital y literaria, como decíamos, para conocer facetas menos conocidas de nuestro poeta, nos apunta cómo en el tramo final de su vida –pues contaba ya setenta y tres años de edad– decidió organizar su obra aforística, menos conocida, ya que todos reconocemos la de poeta y a su prosa poética.

Ahora Morante en esta edición nos aporta muchos datos para conocerlo mejor, es un libro didáctico donde, como diría JRJ: "Mi obra, como el mundo, que pretendo recrear en ella es una obra de conjunto, una unidad que puede gozarse en sus más mínimos detalles: florecillas, arenas, burbujas."

JRJ, escribió muchos años y alternó su poesía y sus tres libros de prosa poética con el aforismo desde 1896 hasta 1954. En este proyecto de Juan Ramón se integran pensamientos, reflexiones, sentimientos y sus ideas

líricas. Nos dice Morante que los aforismos del moguereño ayudan a entender el proceso de escritura, por eso su importancia. Con esta edición accedemos al Juan Ramón aforista, faceta que como él mismo apunta cultiva desde muy joven. "Soy amigo de la síntesis. Por eso prefiero la rosa a la rosaleda, el ruiseñor a la ruiseñora, el aforismo a la monserga ensayística, la lírica a la épica".

Morante, en esta difícil tarea, ha recopilado más de ochocientos aforismos, organizados en seis secciones cronológicas temáticas de 1897 hasta 1957. Nos recrea con su selección y recoge frases memorables: "Escribir no es más que recrearnos, crearnos una segunda vida para un poco más de tiempo; y dejarla en manos de los otros. Es, al fin y al cabo, dejarnos de luchar, entregarnos"; "No se debe escribir en el idioma de las palabras, sino en de los sentimientos"; "Arte es quitar lo que sobra".

Poeta único, grande o completo: perfecto o imperfecto como se definiría él, Esta edición, prólogo y selección es un aporte necesario para la historia de la literatura, publicada en la editorial La Isla de Siltolá, donde José Luis Morante nos entrega este estudio esencial para ir conociendo mejor a este escritor inabarcable.

Eliana Dukelsky, *Crianza*. Cuadernos del Vigía, Granada, 2018.

Sergio García Clemente.- Leo muchos libros de aforismos y muchos también me gustan. Con todo, pocas veces me siento impulsado a escribir sobre ellos. Me pregunto qué voy a decir de esa obra, qué se puede aportar (o, al menos, qué puedo aportar yo) sobre un libro de unos textos tan breves y que, en teoría, deberían, de alguna manera, explicarse por sí mismos.

Pero, a veces, hay libros que rompen ese molde y me surge el impulso incontrolable de hablar sobre ellos. Es el caso del reciente *Crianza*, de Eliana Dukelsky (Buenos Aires, 1982), que acaba de publicar el sello granadino Cuadernos del Vigía. Después de una lectura entusiasta, encontré que de él podía decir algunas cosas.

Puedo hablar de su huida de las pautas formales y de estilo habituales en el género. Eliana reniega del chiste fácil y del acogedor juego de palabras para referirse a las costumbres y comportamientos humanos desde una perspectiva psicológica que conduce a intuiciones muy profundas. La culpa, las obsesiones, las fobias, el miedo y una constante preocupación por la identidad y sus ficciones constituyen una de las materias primas recurren-

tes del libro, que lo convierten prácticamente en un tratado brevísimo de esa materia.

Hablando de riesgos sorteados, *Crianza* es un volumen que se aleja también de los peligros del moralismo aleccionador: su invitación no es severa, sino consecuente con las perplejidades que constituyen el motor de la obra de todo buen aforista. La autora nunca empuja, huye del atropello, sino que, en todo caso, ofrece su mano para llevarnos a transitar caminos poco frecuentados de la realidad.

Del mismo modo, el libro se beneficia de un medido poso lírico. Deudora de poetas como Alejandra Pizarnik, Eliana sabe perfectamente en qué momento la idea que trata de mostrarnos requiere de un ropaje poético y en qué otro la reflexión desnuda constituye el vehículo más adecuado para sacarla a la luz.

Estos aforismos denotan, asimismo, la personalísima e insobornable mirada de Dukelsky, puesta de manifiesto sobre todo en la última de las tres secciones de las que se compone la obra: en ella aborda un tema novedoso en el ámbito aforístico, la maternidad, y lo hace de una manera nada idílica y muy alejada del tópico, combinando de manera admirable la experiencia directa con otras consideraciones más generales.

Puedo hablar, a la vista está, de muchas cosas de este *Crianza*, un volumen con el que la autora se consolida como una de las aforistas más interesantes del momento. Pero ello no debe apartarme de lo esencial: decir que se trata de un libro que no deja indiferente, que obliga a subrayar una y otra vez sus hallazgos como trasunto de las marcas indelebles que nos deja para siempre.

Emilio López Medina, *Del amor y todo lo que le es propio*. Trea, Gijón, 2018.

Jacob Iglesias.- "A la tarde te examinarán en el amor", nos recordaba San Juan de la Cruz en sus *Dichos de amor y de luz*. A la vista de este *Del amor y todo lo que le es propio*, a Emilio López Medina, que ve acercarse el examen, no le pillará en blanco, sino con los deberes hechos.

López Medina, fiel a su tendencia de hacer del libro de aforismos un tratado fragmentario y sin grandilocuencias, se aplica a lo largo de estas páginas a examinar el amor, sus causas y sus consecuencias, sus comienzos y sus formas, más o menos evidentes, de acabar. Para ello organiza el libro

en dos apartados de contenido bien diferenciado, pero complementarios: 'Mieles' y 'Hieles'.

El autor es plenamente consciente de que su empeño no es precisamente ni modesto ni novedoso. Muchos antes de él se han embarcado en este propósito, y esas reflexiones se apoyan los apuntes de López Medina, que dialoga, matiza o refuta algunas de las aseveraciones de los pensadores clásicos. Por otra parte, sin excluir el carácter universal del aforismo, a menudo se tiñe aquí de un tono autobiográfico, hablándonos el autor desde un punto de vista personal y desde la perspectiva abarcadora de toda una vida en común.

A caballo entre el aforismo ingenioso y el apunte reflexivo, condescendiendo en ocasiones al consejo agudo e incluso al refrán, López Medina nos va ofreciendo en estas páginas el recorrido de una relación amorosa tradicional: desde el nacimiento del amor con la atracción física –el flechazo al que explícitamente alude en algún aforismo–, la fascinación por la persona amada –y la miopía que conlleva–, el erotismo, hasta la convivencia en matrimonio y sus enemigos –reales o aparentes.

En un tiempo en el que la taxonomía del amor se asemeja a la tabla periódica de los elementos, López Medina nos habla, sin ponerse armadura de cruzado, con jovialidad abierta, de un amor romántico, ése en el que parece que muchos viven felizmente encarcelados: "El amor solo puede hacerse con una persona; con varias solo puede hacerse biología". Nada más y nada menos que un alma agarrándose a otra alma, nos dice, a la vez que nos advierte que esa aspiración, de tan desmesurada, es inhumana. En definitiva, el amor, sus mieles y sus hieles.

Emilio López Medina, *El arte jovial*. Libros al Albur, Sevilla, 2018.

Jacob Iglesias.- En uno de los textos sobre el aforismo de Ramón Eder recopilados en *Pequeña galaxia*, editado recientemente por Libros al Albur, el donostiarra nos previene contra los aforismos grandilocuentes y severos, como clavos en la tapa de un ataúd, y aboga por el aforismo lúcido a la vez que lúdico, donde ligereza e inteligencia no solo no están reñidos, sino que alcanzan una admirable aleación. Ya desde el título, Emilio López Medina deja bien a las claras que es a la segunda de estas familias a la que pertenecen sus aforismos.

No es López Medina precisamente un recién llegado al género aforístico. Repasando su bibliografía, comprobamos que cuenta con tres libros

de aforismos anteriores a *El arte jovial*, aparece en algunas de las últimas recopilaciones del género y también ha publicado en este 2018 *Del amor y todo lo que le es propio*, en la editorial Trea.

Frente al libro de aforismos más habitual, ya estructurado en capítulos, ya sin una estructura preconcebida, pero cuya esencia es la diversidad de los asuntos tratados, en *El arte jovial* nos encontramos ante una recopilación de aforismos que representan sucesivas variaciones en torno a dos asuntos concretos: la belleza y el arte.

A pesar de esta circunscripción temática, la monotonía es solo aparente. Partiendo de la existencia de un hambre innata de belleza en el hombre, López Medina considera el arte en sus diversas manifestaciones como aquello que permite al hombre reunir vida, belleza y verdad: "Los hechos de la vida se revelan con una luz distinta en cada uno de nosotros. Expresar esa luz, no tanto, los hechos, es el arte". Y no rehúye el debate irresoluble entre ética y belleza, señalando que también se crea para hombres mezquinos: "Hay gente que no se merece a Bach. Repugna a la razón y al sentimiento que, siendo como son, encima puedan gozar de su Música. Y eso es lo peor: que cuando se compone una obra de arte, se compone también para gentes que no la merecen".

A la música precisamente dedica el autor bastantes aforismos: "En las otras artes, el hombre está fuera de la obra; por eso puede contemplarla, y así escapar. En la música, ésta se apodera del hombre y lo domina. En la Música el hombre es inferior" o "La Música, como el fuego, es el arte que se consume en el acto mismo de ser ejecutada".

Pero también hay aquí un buen puñado de aforismos que tratan sobre la creación, la escritura, los distintos géneros literarios y, como suele ser habitual en la aforística más reciente, a reflexionar sobre el propio aforismo: "Un buen aforismo es aquel que no despierta en nosotros la necesidad de continuarlo" o "Un buen aforismo es aquel que hace reír a los inocentes y deja serios a los filósofos".

Por último, y retomando lo apuntado al inicio, López Medina ha desperdigado a lo largo del libro un conjunto de aforismos que configuran lo que podríamos denominar una ética de la jovialidad, donde se reúnen la alegría y el humor, que queda resumida en este aforismo: "La jovialidad es el más alto de los valores porque resume todos los demás: la alegría de vivir, la generosidad y la falta de rencor y, sobre todo, una moral limpia y natural… ¡y hasta una buena salud! Por todo ello encarna los mejores valores de las artes (así *El Quijote*)".

Manuel Neila, *El juego del hombre*. Renacimiento, Sevilla, 2018.

José Luis Trullo.- Actualmente, se publican muchos –muchísimos, incluso– libros de aforismos, pero pocos aforistas pueden presumir, como Manuel Neila, de reunir tres de ellos (*Pensamientos de intemperie, Pensamientos desmandados* y *Pensamientos del malestar*) en un mismo volumen, y ofrecer al lector una panorámica amplia y coherente de su obra más breve. Ya sólo por eso, este libro merece una atención especial.

El juego del hombre es un volumen panorámico en muchos más aspectos que en el meramente cronológico: lo es también en el temático (en su interior encontramos reflexiones acerca del paso del tiempo, del sentido de la vida, de las taras y los vicios de la sociedad contemporánea... es decir, de las cuestiones que nos atañen a todos, por el mero hecho de vivir), de manera que cada una de las teselas que supone cada uno de los aforismos acaba por componer un amplio fresco con un denso interés humano. No nos encontramos ante un libro para lectores especializados en el aforismo –a quienes, sin embargo, complacerá en grado sumo, pues la maestría de Neila en el género, tanto desde un punto de vista teórico como en el de la propia praxis, resulta notoria–, sino ante unas páginas que harán las delicias de cualquier ciudadano de a pie dotado de inteligencia y sensibilidad suficientes como para preguntarse por su lugar en el mundo, y que crea que la lectura resulta, aún hoy, un método válido para reflexionar en compañía.

Basten estos ejemplos para avalar cómo Neila consigue aunar síntesis verbal y profundidad antropológica: “En materia de sentimientos, todos somos autodidactas”; “La muerte es, más que cruel, insidiosa y devastadora; pues mata, en cada uno de nosotros, al resto del mundo”; “Tres cuartas partes de la humanidad son totalmente libres: demasiado pobres para endeudarlas y demasiado numerosas para encerrarlas”; “Ateísmo: religión de los descreídos”; “Todos tus conflictos proceden de tu naturaleza desdoblada: eres mundo y, al mismo tiempo, conciencia del mundo”...

La impresión que uno se va formando, a medida que avanza en la lectura, es que el autor no se ha instalado en la cómoda actitud del predicador que nos sermonea con sus conclusiones abracadabrantes, sino que prefiere compartir con nosotros (que sufrimos de los mismos males y gozamos de los mismos entusiasmos) sus perplejidades sin revestirlas de énfasis retóricos ni bombásticas aseveraciones flamígeras. Ello se constata en el gusto de Neila por apostillar sus propias conclusiones –parciales y provisionales, como no puede ser de otra manera– con expresiones coloquiales, interjec-

ciones y locuciones que buscan quitarle hierro, y sobre todo plomo, a lo que de lo contrario correría el riesgo de percibirse como taxativo: "¡ay!... "¡qué le vamos a hacer!"... "y en esas estamos"... "y, hala, todos tan contentos"...

No, en *El juego del hombre* no hay soluciones mágicas ni fórmulas infalibles para salvarse de la catástrofe colectiva (para eso ya están, o eso creen ellos, los mal llamados libros de autoayuda), sino un prontuario de pequeñas certezas personales –aunque compartibles por muchos, como todo aquello que es verdaderamente humano y/o humanamente verdadero– que han permitido al autor encontrar un techo bajo la petinaz lluvia del tiempo, aunque sea leve y fugaz (y bello, también) como el vuelo de una libélula cruzando rauda ante nuestros ojos.

Ander Mayora, *El páramo*. Trea, Gijón, 2018.

José Luis Trullo.- En los últimos tiempos el pensamiento reaccionario español está empezando a salir de sus palacios de invierno, a los que se había retirado ante los empujones del progresismo rampante y totalizador. Los *Preámbulos* de Gabriel Insausti (Renacimiento, Sevilla, 2015) fueron un primer toque de alerta, y ahora sigue la estela otro autor vasco, Ander Mayora, cuyo *El páramo* se inscribe en un despertar del tradicionalismo en nuestro país que no podemos por menos que celebrar.

Sí, y digo bien: hay que celebrar que empiecen a proliferar autores que abominen del culto pueril a la novedad y la iconoclastia para reclamar el valor de la tradición, la cual –lo queramos admitir o no– es la que nos ha constituido en lo que somos, incluso si somos o creemos ser la vanguardia de la Modernidad. Escribió Manuel Neila, en sus *Pensamientos de intemperie* (Renacimiento, Sevilla, 2012): "Negar las ideas recibidas está al alcance de cualquiera, lo difícil es restituir a esas ideas su parte de verdad". Bien, pues la reacción tradicionalista a la que me refiero –y que reivindico– consiste precisamente en eso: en abjurar de la demolición sistemática y homicida del legado recibido, propiciada por toda suerte de *-ismos* aberrantes cuya cosecha se ha reducido a instaurar el reino de lo banal, lo anecdótico y lo inocuo, para devolver a la luz aquellos principios que han guiado nuestro devenir sobre la tierra desde tiempo inmemorial. El hombre del siglo XXI tiene (ante sí y detrás de sí) un abismo, el del vacío que ha creado por su propia pulsión destructora; ha llegado el momento de volver la vista atrás y desandar lo andado para retomar la senda torpemente abandonada, aquella que nos reconcilie con nuestros antepasados para implementar un nuevo

proyecto de futuro colectivo, alejado de falsas promesas y memorias distorsionadas.

Este respeto hacia el pasado está muy presente en *El páramo*: "Ser fiel a uno mismo es ser fiel a lo que se hereda" (pag. 62), proclama valientemente Mayora, lo cual le lleva a enfrentarse con intrépido valor a esa Modernidad "apagavelas" que nos ha arrojado a todos a un "páramo" desolado aunque, eso sí, inundado de una fría luz de fluorescente. La vocación desmitificadora de la Ilustración ha acabado en la erección del individuo-masa ensimismado, autofundante, como única referencia de valor cierto, abjurando de aquellos condicionantes históricos, sociales o religiosos que pudieran limitar su narcisista periplo por un mundo plano e irrelevante.

Precisamente Dios (su ausencia, su añoranza) es una referencia constante en este extenso libro de anotaciones que, tras su aspecto formalmente fragmentario, a duras penas puede ocultar una clásica ambición abarcadora. Subyace a los aforismos de *El páramo* una cosmovisión antigua, incluso anticuada, que a las víctimas de la Modernidad tiene que resultarnos necesariamente simpática, cuando no estimulante. Cierto es que a Mayora, si nos atenemos a sus propias palabras, no parece bastarle para mantenerse a flote en el arduo día a día de las perplejidades cotidianas; ahora bien, a despecho de esa evidente desorientación subjetiva que el autor no tiene ambages en confesar (hasta el punto de rebajar sus apuntes al rango de "garabatos"), sigue resultando perceptible la trama profunda de un pensamiento que tiene todo los números para resultar consolador, por cuanto verdadero y profundo. Aunque Mayora diga que lo que él hace es "aullar, aun a riesgo de pasar por loco" (pág. 30), hay que advertir que se trata de aullidos genuinos, honestos y, hasta donde un hombre del siglo XXI pueda llegar a serlo, insolentemente anticuados.

José Luis Trullo (ed.), *Fili Mei. Los aforistas y la paternidad*. Libros al Albur, Sevilla, 2018.

Jacob Iglesias.- Libros al Albur continúa con *Fili mei* su serie de antologías temáticas de aforismos. Si la primera de estas antologías estaba dedicada a la paternidad espiritual, es decir, a la relación con Dios, la que ahora reseñamos se centra en la paternidad biológica.

José Luis Trullo, aparte del editor, es autor de la selección y de un prólogo que, como en el caso de *Las cosas que no son*, es más que una presentación meramente protocolaria de los seleccionados: es una declaración

de intenciones. No sabe uno si ser padre, como afirma, es hoy casi una provocación. En todo caso, sí es casi un milagro, dada la baja tasa de natalidad. Pero coincidimos con el prologuista cuando vincula la provocación de la paternidad con el sentido del deber al que suele ser tan reacio en general nuestro tiempo hedonista. Así como cuando destaca la jubilosa transformación que supone en la vida de los padres alumbrar una nueva vida, que es la idea que guía buena parte de los aforismos aquí recogidos. "Lo más grande que puede hacer una persona en este mundo es otra persona", dice Jesús Cotta, o "Mis hijos me dan a luz", apunta Jesús Montiel en esa misma dirección.

El aforismo, con una larga tradición de tono mordaz y cínico, suele ser reacio a tratar cualquier tema con ternura. Además, la paternidad es un asunto que la literatura del siglo XX hasta la actualidad ha afrontado sobre todo desde el punto de vista del ajuste de cuentas. Desde la inaugural *Carta al padre* de Kafka, pocos son los textos que uno recuerda donde el padre no sea objeto de reproches, como mucho de un afecto envenenado. En cuanto al aforismo, en la memoria resuena Cioran y alguna salida de pata de banco de las suyas: "Haber cometido todos los delitos, menos el de ser padre".

Afortunadamente, los aforistas aquí reunidos, como avanzamos antes, dan una vuelta a este tópico de la literatura contemporánea para mostrarnos la cara amable de la paternidad: el júbilo y el asombro ante la nueva vida engendrada. Y para ello llevan el aforismo, casi inevitablemente, al terreno de la confesión personal. Desde el conmovedor diario en aforismos de un embarazo que nos ofrece Juan Manuel Uría a los aforismos a menudo enfocados en la separación de los hijos de Emilio López Medina, pasando por los dedicados por Elías Moro a esa paternidad delegada que es ser abuelo, todos los aforistas nos hablan desde ese amor indescriptible e incondicional de ser padres. También de la fragilidad, la inseguridad o el sentido de responsabilidad que conlleva tener un hijo, porque como recuerda Joan Didion en *Noches azules*, ser padres es un vano intento por proteger a aquello que de ninguna manera puede protegerse.

En definitiva, esta antología nos ofrece una ocasión para pensar, celebrar, tal vez aprender la paternidad, sin olvidar la maternidad, a la que Eliana Dukelsky dedicó *Crianza*, y a la que también aluden los aforistas aquí recogidos, para expresar a menudo envidia por el vínculo carnal y afectivo entre madre e hijo y de la que el padre es admirado observador.

Antonio Cabrera, *Gracias, distancia.* Cuadernos del Vigía, Granada, 2018.

José Luis Trullo.- Este 2018 ha sido un año pródigo en novedades editoriales aforísticas: se han publicado cerca de 30 títulos, algunos de muy alta calidad, muchos simplemente correctos y también algún que otro fiasco. Entre el maremágnum de propuestas, destaca con fuerza *Gracias, distancia*, de Antonio Cabrera, que acaba de publicar Cuadernos del Vigía, demostrando con ello esta editorial, una vez más, su liderazgo en el género más breve (como lo avala la altísima calidad de su catálogo).

Ya de entrada, llama la atención que la obra venga firmada por un autor con una muy estimable trayectoria poética a sus espaldas, lo cual confirma una de mis tesis personales: la de que el futuro del aforismo español pasa, necesariamente, por la aportación de los poetas. Cabrera aborda el aforismo con un temple netamente lírico y ello se traduce en una capacidad sumamente desarrollada para detectar la capacidad conceptual de las imágenes. "El tedio es una duna" puede ser un ejemplo perfecto de ello: ¡cuántas sugerencias en tan pocas palabras! Podría haber sido desarrollado, estirado, en forma de poema, y sin embargo... ¡qué acertada la decisión de no hacerlo! En el mero apunte, el lector encuentra un sinfín de invitaciones interpretativas... Es el acierto de preferir insinuar a limitarse a proferir (un riesgo al que debe enfrentarse todo aforista, y que no todos ventilan con soltura).

La calidad de la obra es altísima, con muy pocos tropiezos y, aunque los temas no pueden ser otros que aquellos que atenazan a cualquiera que escriba y lea –ya sea aforismos, poemas o cualquier otro texto literario– como el tiempo, la soledad, la percepción del mundo que nos rodea y cómo lo acogemos y modificamos, son abordados desde una ubicación única, propia, densa y profunda. No hay ni rastro de artificio, ni de estéril ingenio, ni de retruécanos mil veces ensayados: tan sólo palabras aquilatadas por un espíritu delicado y sutio, depuradas de cualquier retórica o fútil aderezo.

En suma, nos encontramos ante uno de los libros de aforismos del año, que brilla como una gema escondida que sale a la luz y que pone el listón altísimo para todo aquel que, en adelante, cultive el género más breve, en un momento de auge que exige cada día más rigor y disciplina, en fin: más literatura.

Francisco Ferrero, *La revolución de la paciencia*. Libros al Albur, Sevilla, 2018.

Miguel Cobo Rosa.- La paciencia, paradigma de Job, ha sido considerada siempre una virtud inherente a la sabiduría por cuanto requiere de la espera y del sedimento para que el pensamiento madure en su poso y en su reposo. Así, la idea, en el proceso que transcurre desde su génesis hasta su plasmación, irá adquiriendo el aura que le confiera perdurabilidad y trascendencia.

Francisco Ferrero (Melilla, 1980) da un paso más y, con el acelerador de partículas de su palabra, nos propone convertirla –la paciencia– en un acto revolucionario, a contracorriente de la nefasta ola de posverdad que nos asola, en la que la palabra es fruto inmaduro de la impulsividad, de la prisa y de la irreflexión, convertida en exabrupto y en frivolidad; no en dardo acerado y preciso, sino en pedrada feroz, lapidación inane del pensamiento lúcido.

La revolución de la paciencia es esa revolucionaria plasmación en casi 300 aforismos, en los que la palabra y la idea se retroalimentan para ahondar en el fondo y emerger en la forma y así cristalizar en el concepto iluminado del aforismo. Conceptismo atemporal, de hoy y de siempre, que aúna en su formulación magistral ingenio y agudeza; malabarismo verbal, en sus giros sorprendentes, sobria pirotecnia para que el juego de palabras exhiba todos sus recursos (la antítesis, la paradoja, el oxímoron, la paranomasia, el apotegma, el símil, la metáfora…) y los ponga al servicio de la precisión, de la belleza formal y de la reposada meditación.

Paradójicamente el libro se lee con voraz impaciencia, disfrutando, a cada salto de página, del feliz descubrimiento de las perlas cultivadas que harán salir del ostracismo a los amantes del género. Luego vendrá la paciente y revolucionaria relectura y el convencimiento de que "no es el mismo sendero cuando se va que cuando se regresa". Ni seremos los mismos cuando "regresemos" de leer *La revolución de la paciencia*.

Javier Vela, *Libro de las máscaras*. Pre-Textos, Valencia, 2018.

Jimy Ruiz Vega.- El aforismo se abastece de observaciones de la realidad circundante. Con ellas sacude al lector, llegado el caso subvierte el significado habitual de las palabras que ocultan los hechos, y así procura incitar a la reflexión. Ensayar esto no es solo intentarlo, es abrir posibilidades, producir destellos, irrupciones, efectuar incisiones, permanecer en algo para de-

cir mucho más, procurar desplazamientos y, en definitiva, procurar esa chispa en la que, como Platón nos recuerda, si uno se demora en ella, de repente se produce algo otro, para nuestra vida común, para la existencia, para la realidad, para el pensamiento. Esto implica asumir que lo que hay no tiene por qué ser inexorablemente así. Y, en cierto sentido, eso nos reconforta.

Javier Vela (Madrid, 1981) incide en su nuevo libro en esa idea platónica que tiene por tanto mucho de llamada, de convocatoria y de pronunciamiento sobre lo que la escritura ofrece al lector de compañía y fingimiento en ese decir de las palabras. Con *Libro de las máscaras*, además, se une a otra idea literaria basada en el juego de la mistificación de la cita. La gran emboscada de estos aforismos amparados bajo el disfraz de un autor inventado, Juan Iturbe, es, precisamente, esa, la de hacernos creer que estamos ante su obra ecléctica, extraída de un cuaderno de notas del poeta. Y es desde ese supuesto manuscrito desde el que Vela despliega su pericia aforística, urdiendo un juego burlón y misterioso por donde transitan las breverías de aquellos autores egregios que ponen nombre al texto implícito que conforman un espléndido arsenal de ideas y epifanías proiamente suyas y apócrifas.

Ya nos alerta en el prólogo con esta advertencia: "La confusión de géneros a que se presta *Libro de las máscaras* sigue en última instancia las trazas distintivas del cuaderno de notas, donde la glosa libre se avecina a la observación minuciosa, la máxima al adagio, el comentario lúdico al escolio y el verso neto al cuento filosófico de cierta concisión". Vela con toda esta salvedad se ciñe y constriñe para que el lector transite por su libro como si se tratara de una antología de sentencias y ocurrencias pensadas por autores desconocidos (a los otros, los entrecomilla), que le han valido para armar los pensamientos de filosofía que han derivado en un volumen en el que se entrecruzan ideas y perplejidades de muchas supuestas firmas dispersas por todo el libro.

Muchos parecen proverbios, como este adjudicado a un tal As-Alarif: "Más rápido que tú corre el camino; si quieres llegar pronto, sé paciente". Otros se ciñen a la agudeza y observación: "A la verdad, como al teatro, se puede entrar por más de una puerta", atribuido a otro tal Slöberg. Incluso hay retazos aforísticos sacados de entrevistas supuestas, como este de un tal Cassavettes: "Quien discute con otro habla contra sí mismo". O este elogio de la naturaleza del pensador apócrifo Yakahashi: "Todo en el aire es vuelo". O esta otra agudeza atribuida a Tabucchi: "El hombre es el único animal que come y ama a la carta". El libro está repleto de ejemplos de este

proceder de rescate brillante de supuestos anonimatos como estos que siguen: "El autor es un accidente del texto"; "Viajar es dar un paso hacia uno mismo"; "Por el dolor llegamos a la vida. Por él la abandonamos"; o este otro que es uno de mis favoritos: "Mi hogar es el instante".

Viene a decirnos Javier Vela que el aforismo no posee un aforo confortable en un solo sujeto, sino más bien vaga en el aire con esa pizca de misterio pendiente de mayor rescate hasta cumplir una función práctica de alcanzar la conciencia de más gente. Este libro posee esa gracia y licencia de otorgar al aforismo esa inclinación, lucidez y gusto por el fingimiento y la paradoja. Tal vez, a medida que vamos engarzando los aforismos que aquí están reunidos, nos acerquemos a esa idea que trasciende en su seno, como si se consumiera en esa otredad de la que nos hablaba Pessoa y que el portugués resume en estas tres consecuencias: "Vivir es ser otro" y "Leer es soñar de la mano de otro", porque "cada uno es mucha gente".

La libertad creativa desplegada en este *Libro de las máscaras* nos hace ver que, desde el género conciso, existen campos por explorar. Este es un excelente e insólito ejemplo de ello, un ejercicio de intensidad e imaginación fiel al capricho de su autor donde se conjugan la belleza y el pensamiento, compartidos con las aristas provocadoras de la realidad, un libro tan divertido como heterogéneo, escrito con vivacidad y tinta heterodoxa, un breviario pródigo en observaciones que sacude y subvierte la autoría de las palabras, y así, les son servidas al lector para que las tamice a su antojo y provecho. Para nuestro goce, nos encontramos ante un texto portátil, omnívoro y alimentado de todo, pero especialmente de literatura.

Felix Trull, *Líneas de flotación*. Libros al Albur, Sevilla, 2018.

Sergio García Clemente.- El auge actual del aforismo ha provocado una correlativa multiplicidad de tonos y registros en los que se desenvuelven los libros del género. Asistimos a la publicación de volúmenes que van desde el apunte diarístico a la greguería, desde lo naif a la poesía, de la mera captación del instante al compendio filosófico. Sin embargo, aún persisten, y con gran fortuna como veremos a continuación, escritores que cultivan el aforismo desde sus postulados más clásicos. Uno de ellos es Felix Trull con su excelente libro de reciente publicación, *Líneas de flotación*.

El propio título del libro alude a una suerte de precariedad, a la necesidad de una cuerda que ate al autor al mundo, cuyos eslabones serían los 300 aforismos, numerados al más puro estilo de la aforística tradicional y

que postulan, en una parte considerable, una radical conciencia crítica con la realidad, un moralismo que, si bien no tiene vocación de universalidad como en el aforismo clásico, no deja de cuestionar las costumbres y comportamientos que nos caracterizan.

Trull, al modo de un Nicolás Gómez Dávila con menos fárrago y más sentido del humor, se desliza con gran soltura por terrenos próximos al reaccionarismo, convirtiendo su voz una severa y necesaria llamada de atención sobre el presunto progreso: "Estoy tan pasado de moda, que pronto seré vintage"; "Las mascotas son la nueva clase media"; "Ser diferente no te garantiza estar en lo cierto. Tampoco todo el catálogo de virtudes modernas: original, raro, único, rebelde, insumiso o transgresor. A menudo, la certeza viste ropas viejas".

Ya en estos ejemplos del libro observamos otros elementos en los que se sustenta: una corrosiva ironía y un tono confesional que convierten a *Líneas de flotación* en el testimonio de un insobornable *outsider*: "No soy así, ni así seguiré: siempre cambiaré"; "Tienes derecho a soñar despierto. No lo tienes a obligarme a delirar contigo"; "¡Qué afrenta! El otro día me confundieron conmigo mismo". Aforismo este último que nos introduce a su vez en otro de los tonos predominantes en este volumen: el coloquialismo, la materialización de un discurso que sentimos muy cercano, a través, no solo de exclamaciones o frases que parecen extraídas de una conversación, sino, sobre todo, de vueltas de tuerca a lugares comunes y frases hechas: "Tanto va el cántaro a la fuente que, al final, se llena. Incluso de vacío"; "Dudo, luego existes"...

Aun con todo, los mejores momentos de este estupendo libro también llegan a través de otros textos más alejados de la vertiente moral e ideológica, auténticas píldoras de lucidez, envueltas, en ocasiones, con un preciso ropaje poético: "Obviar el matiz es otra forma de mentir"; "No hemos venido a la vida a entenderlo todo, sino a gestionar lo incomprensible sin perecer en el intento"; "No hay amores imposibles sino corazones apresurados"; "No hay sacos rotos. Todo pervive. En ningún lugar. Fuera del tiempo".

En definitiva, *Líneas de flotación* propone, como todos los buenos libros de la aforística moderna, un apasionante viaje por el pensamiento ya que, al contrario de lo que parece, el tono concluyente que lo domina no es más que una invitación al lector para que vaya hasta el fin de sus propias reflexiones: "Seamos claros: todo es dudoso".

Carmen Canet. *Luciérnagas*. Renacimiento. Sevilla, 2018. 109 págs.

José Luis Trullo.- La colección 'A la mínima', dirigida por Manuel Neila, nos obsequia con estas *Luciérnagas* de Carmen Canet, en cuya lectura encontramos no pocos motivos para el goce intelectual y humano. Se trata de un libro ameno, variado, ligero en el buen sentido de la palabra (en su manera de rehuir el tono sentencioso que tanto lastra ciertas muestras del género más breve), amigable, próximo, que combina con medido equilibrio las observaciones de la vida diaria con otras de espectro más general, sin caer en la mera abstracción metafísica, todo ello con una dicción medida, casi poética en muchos casos: "Esperanza: cuando la distancia tiene el color de la hierba y del bosque"; "En verano dormía a la sombra de su cuerpo, en invierno a su calor"; "Gracias a la creación descansas de ti"; "Cuando se derrama el amor. Cuando se resbala"...

Algunos de los aforismos de Canet inciden en una perspectiva de la sabiduría destilada a la luz de la propia experiencia personal, casi a guisa de consejas: "Como el pan, la vida tiene su corteza y su miga", "Solemos decir en blanco y negro, olvidando que el blanco y el negro también son colores", "Cuando la piel está bien acariciada, tiene eco", "A las relaciones tormentosas debería partirlas un rayo"...

Sin embargo, donde más placer he encontrado es en aquellos *metaforismos* (aforismos sobre el aforismo), terreno en el cual Canet se mueve como pez en el agua, aunando inteligencia y sutileza, profundidad y certeza: "El aforismo es un diminutivo aumentativo", "El silencio es una salida que entra en el aforismo", "El aforismo tiene la levedad de la brisa y el fuego de la lava", "Hay aforismos a propósito, con propósito y con despropósito. Como en la vida", o "El aforismo es un pasillo estrecho que nuestra mente ensancha".

El conjunto, organizado en bloques precedidos por oportunas citas sobre esos maravillosos insectos luminiscentes, las luciérnagas del título, se muestra bien calibrado, con un equilibrio impecable de expresiones e impresiones, elocuencia y silencio, dejando en el lector un agradable sabor a veracidad y honestidad. Lo cual, en estos tiempos que corren de impostura generaliza, es un motivo más que sobrado para la celebración.

Sergio García Clemente, *Mirar de reojo*. Cuadernos del Vigía, Sevilla, 2018.

José Luis Trullo.- Cualquier país, incluso casi cualquier idioma de cultura, puede gozar de un autor galardonado con todo un Premio Nobel de Literatura; sin embargo, no todos, por no decir casi ninguno, puede jactarse de contar con una nutrida nómina de excelentes escritores medianos. Me refiero a esos creadores perfectamente correctos, maravillosamente impecables, que tal vez no brillen por una creatividad desbordada ni una ambición fuera de lo normal, pero que por el contrario nos brindan unas obras certeras, verdaderas, próximas, cálidas, humanas y, por todo ello (en este mundo de vanas gestualidades y ruidosas oquedades), absolutamente satisfactorias. Pues bien, España es uno de esos países privilegiados, y Sergio García Clemente, uno de esos escritores.

Mirar de reojo es el segundo libro de aforismos de Sergio García Clemente, tras conseguir *con Dar que pensar* (2014) el prestigioso Premio José Bergamín convocado por Cuadernos del Vigía. Tras leerlo de una arrebatada sentada –no pude soltarlo hasta acabarlo–, lo que uno le agradece a García es que se limite a vivir, a reflexionar sobre lo vivido y a escribir sobre lo así reflexionado y vivido; eso, hoy en día, insisto, es muchísimo. García no se muestra en absoluto como uno de esos "escritores" que se esfuerzan en serlo a todas horas, y hacérnoslo saber continuamente: García es uno de los nuestros, un amante de la vida y de los libros, un ciudadano de a pie, honesto, veraz, sobrio, sensato, sensible, amable, tierno, inteligente, agudo, cordial... Y sus aforismos son así, como él: honestos, veraces, sobrios, sensatos, sensibles (ojo, sin caer en la ñoñería: los hay con auténtica mala uva), inteligentes, agudos, cordiales... Insisto: en los tiempos que corren, aparte de un amigo adorable, García es un tipo de los que dignifican una literatura española en general, y el género aforístico en particular, bastante propenso por lo demás a la impostura y el gatoporliebrismo.

Esta honestidad a carta cabal que es su principal virtud, y a la vez su herramienta de trabajo, le lleva a García a pergeñar decenas de aforismos afortunados ("Su vida consistió en una delicada danza de pasos en falso", "Actuamos con el velado objetivo de seducirnos", "Hay pocos placeres distintos al alivio", "No hay amor más ciego que el amor propio") que va desgranando con la desenvoltura y la discreción de quien entona una melodía que no busca escandalizar, ni ofender, ni provocar, sino de –¡nada menos!– *constatar*... dulce, irónica, piadosamente. Por ello me permito hablar de las

suyas como de las verdades del gondolero, las cuales, a igual que las del barquero, ponen el dedo en la llaga, pero que a diferencia de ellas se abstienen de hurgar en la herida.

No hay en los aforismos de García (o, si asoma la nariz, es sólo de una encantadora forma recatada: sin estridencias ni manierismos descacharrantes) ni rastro de esa soberbia clásica del género lapidario desde que nació y, seguramente, hasta que muera. Leyendo *Mirar de reojo* –el título no puede ser más expresivo de la forma en que afronta el mundo el autor–, uno tiene la impresión de haberse montado en la chalupa de un amigo muy sabio, que mientras navega va canturreándote lo que sabe, porque lo ha vivido –y gozado, y sufrido–, y al que no puedes dejar de agradecérselo todo: que te lo diga, que te lo diga a ti y que te lo diga así.

Mirar de reojo es, definitivamente, un libro que honra a un idioma, y Sergio García Clemente (con su dorada mediocridad voluntaria, su melódico estilo moderado), un autor que dignifica a toda una cultura.

Jacob Iglesias, *Ovejas negras*. El Páramo, Valladolid, 2018.

José Luis Trullo.- Hay que saludar estas *Ovejas negras* como uno de los mejores libros de aforismos del año, y créanme porque me he leído casi todos los que se han publicado. Se trata de la primera incursión en el género más breve de Jacob Iglesias (Carrión de los Condes, Palencia, 1980), quien hasta ahora se había ceñido a la poesía. Suyos son los libros *Las piedras del río* (2006), *Horas de lobo* (2012) y *No todas hieren* (2016). Hasta donde yo la conozco, es una lírica la suya que enlaza con habilidad la experiencia sensorial y la percepción del paisaje con la reflexión aquilatada, despojada de manierismos conceptuales.

El hecho de que un poeta se aventure en el proceloso océano aforístico no es la primera vez que ocurre, ni mucho menos; ya lo han hecho, antes que él, autores como Carlos Marzal, Antonio Rivero Taravillo, José Ángel Cilleruelo, Erika Martínez, Carmen Camacho y un largo etcétera. De hecho, soy de la convicción de que el futuro del aforismo pasa, necesariamente, por las aportaciones que puedan hacérsele desde el andén lírico. El poeta sabe mucho de economía del lenguaje, de lidiar con metáforas significativas, de tensar el hilo de la expresión para eludir la pura denotación descarnada en favor de la sutil connotación... En suma, el poeta puede fecundar el aforismo con virtudes aladas que lo salven de la grávida tentación de pontificar y hundirse de pura obviedad autosatisfecha.

Aunque en *Ovejas negras*, como es natural –e inevitable– se pontifica un poco, evita el autor caer en el burdo adoctrinamiento o la pedrestre sentenciosidad. Donde más afortunado me ha parecido es en los aforismos de vocación política, en los cuales ha logrado aunar la referencia a la rabiosa actualidad (¿hay otra?) con la reflexión de calado universal o, cuanto menos, permanente. He aquí unos ejemplos: "Esos revolucionarios que llegan tarde a todas las revoluciones y se resignan a perpetrar simulacros"; "Si sospechas estar viviendo en una dictadura, probablemente sea una democracia. Si afirmas sin ninguna duda que vives en una democracia, probablemente sea una dictadura"; "La democracia sólo funciona si los ciudadanos la viven como una resignación colectiva"... Es la actitud de Iglesias la propia de un liberal clásico, que desconfía tanto de los intérpretes de los dioses como de los caudillos populares, siempre en guardia contra las consignas y los dogmas que tan fácilmente entran en circulación en nuestros días.

También abundan las greguerías afortunadas, los apuntes líricos, las sentencias vagamente morales y las atávicas alusiones a los temas de siempre, filtrados por una mirada suavemente irónica y sanamente rústica: la infancia, el paso del tiempo, la muerte, la amistad... Si acaso se echa en falta un mayor espacio para el amor, al cual apenas se le capta acá y allá, más como un atributo adherido a otras cuestiones que como un asunto abordado por sí mismo.

En conjunto, *Ovejas negras* se muestra como un libro acertado, satisfactorio tanto para el lector avezado en el género aforístico como para quien se acerca a él por primera vez. Maduro y equilibrado, preñado de ideas felices, *Ovejas negras* augura todo un futuro por delante a este poeta-aforista al que sólo deseamos que persevere en el camino emprendido, pues no habría podido dar un mejor primer paso.

Ramón Eder, *Palmeras solitarias*. Renacimiento, Sevilla, 2018. 78 págs.

José Luis Trullo.- Cuando un autor literario encadena dos buenos libros seguidos, podemos hablar de un 'estado de gracia'; cuando ya los aciertos son continuados y persistentes, debemos empezar a calificarlo de 'oficio'. Quizás parezca pobre, en los tiempos de la creatividad compulsiva y la originalidad a machamartillo, imputarle a un aforista dicho atributo: es como rebajar su talento a un dominio técnico, a una sabiduría atesorada con el tiempo, a un control que ha sido logrado a fuerza de tesón, observación escrupulosa y autodominio expresivo. ¡Qué triste todo, a los ojos del individuo moderno

desaforado, cuyo único sueño es romper cadenas y 'liberarse'... incluso de sí mismo! Pues lo siento, e insisto: Ramón Eder tiene oficio, quizás el más bello del mundo: el oficio de literato consumado. Y si no hablo de él como de un maestro del género es por no endosarle algo que no sé si acogería en términos de elogio, ya que –según advierte en *Palmeras solitarias*, su último libro de aforismos– "Si te llaman maestro es que has hecho algo mal". Y no, no hay ni un solo aforismo malo, en *Palmeras solitarias*: todos se mueven en la amplia franja de lo acertado, lo convincente y lo excelso.

En la primera categoría (que sería la más exigua) incluiríamos los que podría haber escrito casi cualquier otro buen aforista, en un día inspirado: "Un desagradecido es un idiota que no ha entendido nada de la vida", "En ciertas conversaciones lo que no se nos dice es precisamente lo único que oímos", "Las pequeñas macetas pueden dar grandes alegrías"...

En la segunda, aquellos aforismos plenamente ederianos donde se percibe el genio único de su autor, su peculiar perspectiva, su endemismo: "Tan misteriosa es la vida que necesita una explicación misteriosa", "El peligro de salir a la calle se ve relativizado por el peligro de no salir de casa", "Quedar para tomar café tiene algo de ceremonia del té"...

Y por último encontramos las frases únicas, raras gemas que justifican por sí mismas cualquier libro en las que las leamos: "A veces hay que darle la razón al que no la tiene para que aprenda", "Si no perteneces a ningún grupo no puedes ser un mafioso", "Sin ilusiones no se puede vivir sin tristeza", "Al tiempo que vivimos es bueno añadirle fragmentos de eternidad"... y mi favorito, por las inmensas opciones interpretativas que abre: "Algún día podremos ver nuestros sueños en una pantalla y eso cambiará muchas cosas"... ¡qué maravillosa frase enigmática, fecunda, ilimitada!

Si reunir en 78 páginas tantos aciertos no fuese suficiente argumento como para no salir corriendo a la librería más próxima para hacerse con el libro, aún hay más: las viñetas con las que Eder lo ha enriquecido, unos encantadores monigotes que evocan los que trazaba el obsesivo Kafka con un propósito muy distinto; y es que allí donde el eterno insatisfecho plasmaba su desconsuelo infinito, nuestro vasco predilecto logra reproducir de manera eficaz su modo de estar en el mundo, esa actitud irónica y elegante, distante y civilizada, tan próxima en espíritu a la del dandy que nos negamos a calificarla de otro modo. No en vano en estos dibujos encontramos uno cuya leyenda reza como sigue: "Hay que ser un poco canalla para que te quede bien el sombrero".

Y aún hay más: un equilibrado prólogo de Juan Bonilla, un certero texto en la contraportada de Enrique García-Máiquez, una viñeta final con dos palmeras no tan solitarias como para no hacerse una compañía relativa... y, lo que es más importante, cuando no lo esencial: la resonancia de unos aforismos que siguen musitando en nuestra memoria y acompañando nuestros pasos, mucho tiempo después de haberlos leído y releído. ¿Y no es esa, la secreta aspiración de todo literato que cultive el dulce oficio de escribir: perdurar en el recuerdo como una parte más de nuestro ser, o junto al cuerpo nuestra prenda favorita?

Gabriel Insausti, *Saque de lengua.* Cuadernos del Vigía, Granada, 2018.

José Luis Trullo.- En un rapto de estusiasmo ignorante, o de ignorancia entusiasta, escribió Christian David López que "Insausti es uno de los pocos autores de frases cortas que merece ser llamado aforista". No es así, claro (hay decenas de aforistas excelentes en activo ahora mismo en España), pero sí hay algo de verdad en esa *boutade* involuntaria, y es que el autor del libro que ha merecido el V Premio Internacional José Bergamín de Aforismos tiene lo que los catalanes llamamos *la mano rota*, o sea, un talento muy notable para el género. Lo demostró sobradamente en *Preámbulos* (Renacimiento, Sevilla, 2015), lo ratificó en *El hilo de la luz* (La Isla de Siltolá, Sevilla, 2016) y lo ha acabado de avalar en su recentísimo *Saque de lengua* (Cuadernos del Vigía, Granada, 2018), con el cual ha obtenido el mencionado certamen.

A diferencia de *Preámbulos*, en el que abundan los aforismos y los fragmentos densos y profundos, casi grávidos de puro sentido, en *Saque de lengua* el escritor vasco parece haberse decantado por un estilo sólo en apariencia más ligero, incluso conversacional, lo cual supone un peligro suplementario al ya nativo de todo aforismo: confundir inteligibilidad con facilidad, y ésta con banalidad. Y no: los aforismos de *Saque de lengua* no tienen nada de banales, al revés: casi siempre ponen el dedo en la llaga, permitiéndose muy pocas concesiones a esa galería siempre presta a quedarse a la carta más asequible. Cierto que los hay, meros ingeniosismos ("¿Un neuró-pata? Un europata", "El ebook ha logrado por fin que toda lectura sea una iluminación", "Stms a pto d qdarnos sn plbrs") pero, remedando al propio Insausti, los errores son sólo los hitos que han quedado en pie en el firme camino del acierto.

Y es que aciertos hay muchos, en este libro. Dejando a un lado las puras observaciones que, sin dejar de ser convincentes y certeras, no van mucho más allá de sí mismas ("Creía que tú valías lo que yo te amase. Ahora veo que eso es lo que valgo yo", "La ética, como cualquier género de ficción, ha de buscar la verosimilitud", "No hay viaje si no hay regreso", "La lluvia es un país", "La mirada del poeta emite su propio flash"), son recurrentes los aforismos de los cuales parece subyacer cierta vocación sistémica, si se puede decir así. Y es que todo libro de aforismos apunta, lo quiera o no y lo sepa o no su autor, hacia un orden conceptual del cual va extrayendo el aforista las astillas, al hilo de las propias vivencias o de las incitaciones ajenas.

¿Cuál sería, someramente, ese orden específico insaustiano? Si no es mucho atrevimiento por mi parte (y puede que lo sea), me permito aventurar que se mueve en un terreno resbaladizo en el cual yo también me reconozco, y es en el de la dificultad, cuando no imposibilidad, de conformarse en un espacio delimitado y tranquilizador que pudiésemos apresar con las manos para nuestros propios fines domésticos. Insausti, como hombre del siglo XXI que es, ya sabe que toda certeza tiene una cara oculta, toda fuerza un germen de abuso, toda afirmación una deuda con la duda. "Tener la razón, qué obscenidad", escribe pudoroso. Y es que no, la razón no se tiene, como mucho se ejerce, de manera crítica y activa ("O pensar en serio, o pensar en serie", afirma), y ello nos obliga a mirarnos sin cesar al espejo y asumir que somos imperfectos, provisionales, erráticos y contradictorios: ni más ni menos que la realidad, huelga decir. Sin embargo, de la asunción intrépida y honesta de este nuestro carácter limitado (e incluso risible) es de donde hemos de extraer la materia prima para pergeñar un personaje con el que, mal que bien, transitar los días que nos quedan: aunque "La ruina ignora que es la cantera para otro edificio", nosotros, seres renqueantes aunque pensantes, no.

En definitiva, es *Saque de lengua* un libro convincente fruto de un talento sólido que, por ponerle un solo pero, nos deja con la impresión de que el autor podría haber tirado más del hilo del ovillo; que, de algún modo, está tratando de impedir que sus aforismos empiecen a armar, ellos solos, una construcción que preferiría no ver erigida. A saber de qué Minotauro estará el autor poniéndose a cubierto, si aún no lo ha hecho o ha preferido abstenerse de divulgarlo.

Miguel Catalán, *Suma breve*. Trea, Gijón, 2018.

Jacob Iglesias.- Uno de los nombres habituales en las últimas recopilaciones de aforistas españoles contemporáneos es el de Miguel Catalán, quien reúne en *Suma breve* toda su obra aforística. Seis libros que van desde el inicial *El sol de medianoche*, publicado en 2001, hasta *Paréntesis vacío*, fechado en 2018 y por vez primera publicado en esta aforística reunida. A este último le acompañan dos nuevos libros de aforismos: *Así es imposible* y *El altar del olvido*. Estamos, pues, ante una obra amplia que se complementa con la labor de Catalán como editor de antologías (entre ellas, de Ambrose Bierce o de Oscar Wilde) o su reciente *Diccionario lacónico*.

La aforística de Miguel Catalán se apoya, de manera insistente, en el recurso de la paradoja. Y hace gala de ello con las citas que inician cada uno de estos seis libros, todas ellas definitorias de la paradoja, así como con la sección que también los cierra y que Catalán titula 'Cinco paradojas que me hubiera gustado imaginar', donde agavilla algunos aforismos y paradojas memorables.

La mirada de Miguel Catalán se dirige preferentemente hacia las contradicciones del comportamiento humano, como individuos y como sociedades. Pero no es la suya una mirada ácida, no percibimos que nos hable desde una postura elevada y sancionadora, sino que contempla al ser humano a pie de calle, con una piedad no exenta de ironía, que busca más la complicidad del lector que la censura de conductas.

Nada humano le es ajeno a nuestro autor, quien detiene su atención sobre cualquier tipo de asuntos, desde la convivencia en sociedad ("La finalidad del contrato social: beneficiar a todos perjudicando a cada uno") a la concurrencia de ideas que bullen en nuestros adentros y nuestras estrategias consolatorias ("El sábado visita el burdel. El domingo, el confesionario. El lunes vuelve al trabajo"); desde la fe laica ("Los sueños que se hacen realidad tienden a convertirse en pesadilla") hasta la fe religiosa ("Hay quien confía en Dios para no tener que confiar en nadie").

Si acaso, su decir se vuelve más incisivo en la medida en que abandona lo universal y se aproxima más a los asuntos de actualidad: "Los banqueros estafan a los asalariados, pero no hacen declaraciones públicas; son los gobernantes los que mienten por ellos".

Tampoco hay rama del conocimiento que le sea ajena a Miguel Catalán. En su tarea, podríamos decir que inagotable, se sirve de la historia, la antropología, el anecdotario, citas y aforismos ajenos, anuncios y eslóga-

nes, conversaciones callejeras, incluso de la biología, enfrentando eficazmente nuestro comportamiento en el espejo del de los animales, todo para desvelar nuestras propias paradojas. De esta forma, los libros de Catalán, especialmente los tres primeros, se acaban convirtiendo en una especie de enciclopedia de perplejidades.

O en un gozoso catálogo de asombros que el lector cerrará con algunos aforismos en la memoria y una ligera sonrisa piadosa que se pondrá, no solo en cuanto salga a la calle, sino también quizá cuando se mire en el espejo.

Antonio Rivero Taravillo, *Vida en común*. Libros al Albur, Sevilla, 2018.

Jacob Iglesias.- Poeta de obra amplia, novelista, traductor reconocido, autor de una biografía de referencia de Luis Cernuda, Rivero Taravillo es uno de esos autores que ensaya con solvencia múltiples géneros. También el aforismo, terreno en el que ya había publicado *Vilanos por el aire*, habiendo obtenido el Premio Rafael Pérez Estrada de aforismos en 2017.

Vida en común, el libro que ahora reseñamos, está estructurado en tres secciones. La primera de ellas, 'Vigilia y sueño', es la más breve de las tres, y en ella el aforismo se desliza hacia el tono poético, al que invita sin duda el asunto de la noche y los sueños. En la segunda sección, 'Los escenarios', predominan las referencias al viaje. Y, a nuestro entender, aquí están algunos de los más atinados aforismos que recoge el libro. Pero es la tercera parte, que a su vez da título al libro, la que con diferencia tiene más protagonismo. Hasta el punto de que cabría pensarse si no podría haber consistido el libro solo en esta sección, dado el volumen de páginas que ocupa, así como su carácter unitario y claramente diferenciado de las dos secciones anteriores.

Aquí los aforismos inciden fundamentalmente en la convivencia ciudadana. En los derechos y deberes que tenemos, sus límites, y ese instante a partir de la cual el derecho se torna pulsión sectaria. A esto, a mostrar lo frágil que es la tolerancia con la que a menudo nos llenamos la boca en una sociedad democrática, se dedican buena parte de estos aforismos, que parecen estar escritos al hilo de la actualidad.

Trata también otros asuntos colectivos, recordándonos entonces, más que al aforismo, a las cartas al director que los lectores de periódico envían para quejarse de asuntos diversos: de los salarios millonarios de los fut-

bolistas, la contaminación acústica, las compañías telefónicas, las despedidas de soltera o la ambición de los bancos. Formalmente, podemos afirmar que se trata de aforismos. Pero su contenido, carente de un matiz que lo salve, hace que se queden en meros aforismos al director.

Como lectores, preferimos quedarnos con esos otros en los que queda en evidencia que el pluralismo es, más a menudo de lo deseable, una proclama de eslogan, y no hace falta rascar mucho para advertir que bajo esa proclama se esconde un afán sectario.

Miguel Ángel Gómez, *Caída libre*. Libros al Albur, Sevilla, 2019.

Jacob Iglesias.- Continúa sumando pasajeros la colección Apeadero de Aforistas, de Libros al Albur. En esta ocasión Miguel Ángel Gómez, poeta que debuta en el género. Un estreno en cierto modo esperado, o cuando menos esperable, ya que el asturiano deja con frecuencia en las redes sociales un amplio repertorio de aforismos y anotaciones que, den en la diana o yerren el tiro, nos ofrecen un autorretrato a ráfagas del autor. Gómez respira aforismos como otro Gómez, de la Serna, respiraba greguerías. Si la memoria no nos falla, bastantes de esos aforismos han sido rescatados del muro que se levanta y derrumba cada día en la pantalla para alojarlos ahora en este libro.

Caída libre representa una veta poco explorada en el aforismo actual, o al menos con el protagonismo que aquí se le dedica: el aforismo que bebe de la poesía. No tanto la greguería, que tiende al humor y al juego, como una representación poética de las emociones. Gómez se entrega a una poética de la vehemencia, se deja arrastrar –nunca mejor dicho– por la palabra, no permite que le arrincone lo posible y avanza hacia asociaciones insólitas que, huyendo del análisis, son pensamiento certero: "Los que no entienden mi poesía están en el callejón sin salida del análisis de las causas y los efectos", es una advertencia también válida para su aforística.

Este método de trabajo le permite escribir algunos aforismos que están fuera del alcance de muchos –no nos referimos tanto a una cuestión de calidad, sino a su rara y sorprendente belleza–: "El odio queda suspendido en el aire, como el humo en un cuarto cerrado", "Cuando una mariposa vuela se traspapela el aire", y así. También conlleva riesgos, quizá más que otras opciones cómodas en las que el aforismo pisa terreno conocido. El más evidente, el de dejarse arrastrar por la belleza de las palabras hacia el apunte que no logra coger vuelo.

Pero, afortunadamente, abundan los aforismos en los que se nos queda prendida la atención, más que la mirada. Y Miguel Ángel Gómez, tal vez por esa poética tan personal que apuntábamos antes, está especialmente atinado cuando dibuja trazos de amor y deseo, entendidos como fuerzas avasalladoras, tiránicas ("El deseo nunca cambia de tema"), que trastocan la existencia ("Saltaron las cerraduras de mis puertas cuando apareciste tú"), pero también fuente de una vida más plena: "Basta una caricia para comprender que no nos encontramos en una prisión".

La otra obsesión que puebla el libro es la literatura, en su doble vertiente creadora y lectora. En esta línea, más que con los apuntes entusiastas sobre su canon personal, nos quedamos con aquellos otros que tratan de la creación: "El estilo se domestica. La voz, que se apropia de todo, no", "El poeta es un sastre con voz sonora que hace ropa para fantasmas" o "Todo poema es íntimo como una habitación".

Es *Caída libre*, en definitiva, un primer libro meritorio, belleza y pensamiento poético, con aciertos y caídas. Pero, como nos recuerda Miguel Ángel Gómez, "Equivocarse con precisión es brillar con una llama nueva". Y equivocarse así, en el intento por apuntar nuevas direcciones, ya es un acierto en sí mismo. Bienvenida esta llama nueva que viene a reanimar el panorama del aforismo.

Carmen Canet y Javier Bozalongo, *Cóncavo y convexo*. Esdrújula, Granada, 2019.

José Luis Trullo.- En el proceloso océano de las novedades aforísticas, *Cóncavo y convexo* destaca de inmediato por su original planteamiento editorial. Se nos invita en este delicioso librito a asistir al duelo dialéctico, pero siempre amistoso y fraternal, entre dos autores cuya complicidad no les exime de exhibir un ágil sentido del combate. En una esquina del ring, el cóncavo, Javier Bozalongo, poeta experto, que plantea sus diatribas con incisiva acidez; en la otra, Carmen Canet, aforista de éxito, cuya aptitud para inyectar humanidad y restar tremendismo al género más breve le ha convertido en una de las más queridas por el gran público.

El libro se articula en cinco bloques temáticos, todos ellos sumamente atinados y pertinentes: escribir, ver(se), amar, hacer (política) y vivir. Ya entrando en materia, empiezan a sucederse los aforismos felices, con su siempre oportuno contrapunto: "Aforismo subcutáneo: submarinismo. – Aforismo cutáneo: a flor de piel"; "El cerebro es el espejo del pensamiento

– El pensamiento es el espejo del alma"; "Es mejor buscar ahora que horas – No se puede buscar a deshoras"; "Los sondeos te sondean – Los resultados te anestesian"; "Hay días que no nos acogen, nos sobrecogen – Cuando te acojan, no dejes que te adopten"... Bulle en este intercambio de golpes tenísticos una evidencia irrefutable: que, como reza el dicho, "los que pelean (aunque sea en un plano meramente retórico) se desean", o mejor dicho, quieren seguir haciéndolo, esto es, compartiendo mesa y mantel, cancha de juego, espacio común. Debatir, polemizar, no es más que aceptar que existe un derecho universal a la propuesta y, lógicamente, a la réplica. Por eso nos resultan tan antipáticos aquellos que se niegan, de entrada, al diálogo, incluso –y sobre todo– cuando dicha invitación se formula desde una evidente voluntad de no llegar a ningún acuerdo.

El hecho de que los textos no aparezcan firmados no les resta a los mismos personalidad, aunque uno no pueda evitar entregarse al juego inocuo de atribuirle tal o cual o este o ese aforista. Da igual. Lo esencial es que, en la danza que se describe ante nuestros ojos, la lectura transcurre alborozada entre sorpresa y sorpresa, pues de estos aforismos, como destaca Antonio Rivero Taravillo en la contraportada, "brotan muchas chispas, como de piedras que se frotan". En no pocas ocasiones, el lector se sorprende al descubrir que eso mismo, dialogar con el aforismo insular, es lo que suele hacer él también, y que el antagonismo bien entendido forma parte de la dinámica lectora. De hecho, no pocos aforistas (pienso ahora mismo en Emilio López Medina, en Manuel Neila o en Jesús Cotta) suelen incorporar este mecanismo dialéctico, de un modo más o menos explícito, en sus propios aforismos. Se diría que, en su aparente ensimismamiento, el aforismo tiende al diálogo, incluso lo reclama, y que la pauta de trabajo de *Cóncavo y convexo* no deja de ponerlo de manifiesto y sacarle el máximo partido.

Saludamos, pues, este libro como una feliz propuesta que no hace más que avalar la tesis de que el aforismo es un género dúctil que pueda dar pie a grandes aventuras literarias, y que numerosas son las que le aguardan, si los autores se esmeran y los editores están (estamos) a la altura requerida por el reto.

Javier Sánchez Menéndez, *Concepto.* La Isla de Siltolá, Sevilla, 2019.

Jimy Ruiz Vega.- El impacto del género breve se ha colado de manera exponencial en nuestras vidas de usuarios de las redes sociales. La gente no para de leer y remitir a sus amigos y conocidos continuas greguerías, inge-

niosas frases y tuits recurrentes que se hacen pasar por aforismos y que circulan a la velocidad del rayo por las pantallas de los móviles y de las tablets. Como muy bien subraya Manuel Neila al respecto, esta modalidad expresiva está de continuo bajo sospecha. Por eso nos conviene apartarnos de esa avalancha ruidosa de meras ocurrencias y simplezas, y estar atentos para que no nos den gato por liebre.

A los que nos gusta el género y frecuentamos su prosa sugerente sabemos que los aforismos poseen un carácter proteico, ensayístico y meditativo, que no son juegos de palabras, sino todo lo contrario. Tampoco el aforismo aspira a un mero ayuntamiento de conveniencia entre lo filosófico y lo poético. Digámoslo con rotundidad: el aforismo no es una ocurrencia, pero sí una forma filosófica en su justa medida, cuya rotundidad reside en el trabajo del pensamiento, algo que defendía a ultranza Wittgestein. Para él, todo aquello que podía pensarse con palabras podía ser dicho claramente y sin ambages en un lenguaje lógico y conciso. En ese sentido, el aforismo es un vehículo todoterreno, como la filosofía, un medio apto para examinar lo concreto, lo cotidiano y, también, cómo no, lo trascendente y metafísico.

El poeta Javier Sánchez Menéndez (Puerto Real, 1964) en su nuevo libro de aforismos *Concepto* abunda en desmenuzar todo ese ser y sentir que van adheridos a este género literario que, ante todo, significa para él "un ejercicio de la concreción". Viene a decirnos con esto que un buen aforismo no es más que la síntesis lograda de una idea, de un concepto que incita a la reflexión: "Aforismo es concepto –subraya–, y el concepto es calidad y esencia". Lo suyo es un trascender desde dentro el lenguaje, pero permaneciendo en él, una invitación a la aventura del pensamiento y a lo que la vida en sí propone y dispone.

No cabe duda de que el arte de deleitar, de persuadir o de conmover se expresa con más prontitud y con más frecuencia recurriendo a lo breve y simple antes que a lo más extenso y de mayor complejidad. A ese fascinante y silencioso mundo que reside en lo escueto, un arte antiguo y noble, se le ha nombrado de muchas maneras: proverbios, máximas, adagios, epigramas, aforismos, una infinidad de nomenclaturas y de apariencias para afinar en la concisión de ideas, "para transmitir un mínimo sonido con un máximo de sentido", decía Mark Twain. Lo que propone Sánchez Menéndez con sus *artilugios*, como así llama a sus brevedades, sería algo así como si los concibiese sobre las ideas y el sentido común que sacuden a las cosas importantes.

En *Concepto* el lector se va a encontrar con un compendio filosófico, moral y estético dividido en seis partes pobladas de sorprendentes agudezas, divagaciones e ideas. En la primera de ellas, que ocupa la mitad del volumen, reúne ciento cincuenta aforismos bajo el título de 'Nuevos artilugios', por donde transita un universo de sentido y pensamiento analítico, entre el ingenio conceptual, la reflexión filosófica y el apunte literario al que no le falta esa capa de ironía y descreimiento inconfundible de su autor.

Por estos artilugios navega el espíritu de Platón, Dante y Rilke, la lectura, los libros y la escritura, la atención a la vida y sus perplejidades, las falsas creencias, la verdad y la poesía: "La escritura es el hijo menor de la lectura", señala en uno de sus primeros aforismos para enlazar inmediatamente con este otro: "La lectura es la lumbre que no cesa". También se acerca al anhelo de no dejar de creer en el hombre: "La mayor aspiración del ser humano es comprender al ser humano". De la verdad dice mucho y aclara: "Nunca es tarde si la verdad decide". Insiste, volviendo su mirada a la literatura, para llegar a la conclusión de que "sin verdad no hay ficción".

El siguiente apartado, el más breve de todos, propone un decálogo descreído, pero necesario, para seguir viviendo, en el que arremete contra el incauto que no ve lo efímero de la vida y la insignificancia de la existencia. En 'Morales y amorales', Sánchez Menéndez pone a prueba nuestra agudeza al proponerse examinar todo lo que concurre alrededor de la vida y su aprendizaje: el respeto, la gobernanza, la pasión, el gozo, la educación y la cultura, la moralidad, o cómo acometer el devenir del tiempo: "El tiempo es el juez de la palabra". En *Concepto* dedica un buen puñado de aforismos dispuestos con los que pretende desvelar la esencia de su significado, que no es otro que aspirar a no ser relativo: "Un aforismo es un ejercicio del dilema", nos dice, señalando a continuación en otro que "Un aforismo no nace por arte de magia, nace por la magia del arte, que es el misterio de la creación".

Los dos capítulos finales con que cierra su glosario aforístico, son 'El espejo que tiene el marco verde' y 'Palabras para un joven lector-editor'. En uno invita a mirarnos y a reconocernos frente al espejo: "Del espejo nace el principio de causalidad" y "El espejo es la otra vida". En el otro evoca, con pretensiones de calar en el lector, la idea de no seguir el canon establecido, de crear el canon propio, pero sin dejar de leer a los clásicos: "Tu canon es tu criterio, y tu criterio nace de las lecturas mediante tu sentido común y tu capacidad", porque "la verdadera escritura es universal y atemporal".

Necesitamos reflexión, perspectivas y vida intelectual que nos complete de lo rutinario. Necesitamos del pensamiento, del lado moral y estético de las cosas, su otro lado, sus complejidades. Somos seres plurales, necesitados y, al tiempo, condenados a desaprender. Hay mucho de toda esta dependencia en el libro de Sánchez Menéndez, como también de instructivo e incendiario, autor tan proclive a describir como a prescribir, una manera deontológica de interpelar al lector predispuesto a batirse el cobre.

Miguel Ángel Alonso Treceño. *Conciencia y viceversa*. Xera, Gijón, 2019.

José Luis Trullo.- El aforismo español continúa su singladura excéntrica y periférica, esta vez hallando acomodo en el seno de una editorial asturiana, Xera. Miguel Ángel Alonso Treceño (Avilés, 1970) nos entrega en *Consciencia y viceversa* un libro cuidadosamente medido, incluso en sus aspectos más imprevisibles (por ejemplo, cada una de las partes tiene comienzo en una página que duplica el dígito que la compone: 11, 33, 55, 77, 99). Se percibe de inmediato la disciplina y el rigor de la mano que escribe: hay pocas negligencias y sí muchos golpes de ingenio, administrados con rigor y austeridad.

Más allá de las inevitables concesiones al chiste fácil y la gracia intrascendente ("Los mosquitos son el pimiento de Padrón de los insectos", "Sólo sé que no sé nadar", "Los últimos serán los primates"), convenientemente ubicados para que no estorben demasiado, abunda el conjunto en aforismos felices, lúcidos y suavemente mordaces: "Ya no hay pecados tan originales como los de antes", "Las estrellas que más se hacen notar son las fugaces, que ni siquiera son estrellas", "Cuando me sermonean cambio de parroquia", "Frente al militante, el diletante"...

Mis favoritos, desde luego, son aquellos en los que el aforismo se deja fecundar por la poesía, con esa dosis justa de ternura que ilumina el verbo breve: "El agua de la fuente de mi infancia es, ahora, nube blanca", "Escribir es ponerse de puntillas", "No se puede amar y no cambiar", "Tras una desgracia, la rutina diaria nos abraza y nos consuela como una madre", "A verdades blancas, mentiras sonrojadas", "Los que aman siempre están presentes", "Los hombres libres caminan bajo la sombra de una nube negra", "Lo hermoso embellece nuestra mirada", "A este lado del espejo también pueden suceder cosas maravillosas"...

No faltan los aforismos que acusan el golpe de la amenaza que se cierne sobre todos, en la medida en que convivimos y estamos condenados a seguir haciéndolo: ("Algunas traiciones son venganzas por adelantado", "Los asesinos más implacables son los que creen que cumplen con su deber"), si bien es de agradecer que no sean los más numerosos. No hay libro que me hastíe más que aquel que me recuerda una y otra vez nuestra ingénita dureza de corazón.

Entre los 500 pensamientos, obviedades, ocurrencias, greguerías y aforismos que componen el volumen, también destacan aquellos que entroncan con la dicción más clásica del género, pródigo en paradojas y contradicciones: "La intuición de un tonto puede desbaratar los planes más sofisticados de los mayores genios de la estrategia", "No todas las cosas inútiles son innecesarias", "Hay cosas tan obvias que aún me siguen sorprendiendo", "La soledad es una pequeña jaula de libertad", "Las novedades incrementan nuestra sensación de aislamiento", "Hasta los más heterodoxos continúan una tradición: la de la heterodoxia"...

No pueden faltar los metaforismos: "Los aforismos no son tan breves como la gente piensa", "Los aforismos son como los haikus, pero sin estanques ni ranas", ni aquellos otros que inciden en tópicos que, sin embargo, conviene tener siempre presentes, no vaya a ser que acabemos enunciándolos como hallazgos personales: "Todo libro tiene algo de manual de instrucciones", "Decir siempre la verdad es un insulto a la inteligencia de nuestros interlocutores", "Si la verdad es dura como una piedra, la realidad lo es como un diamante"... lo cual no puede dejar de hacernos pensar en la vocación última de la literatura: convertir la pétrea realidad de la existencia en una gema de facetas concienzudamente pulidas.

En suma, un buen libro de aforismos que confirma el excelente momento del que goza el género, y que nos impulsa a animar a autores y editores a perseverar en el empeño de continuar cultivándolo con acierto y constancia.

Jesús Montiel, *El amén de los árboles*. Esdrújula, Granada, 2019.

José Luis Trullo.- Aunque Jesús Montiel no es aforista, sino poeta (como la copa de un pino centenario), y *El amén de los árboles* no es un libro de aforismos, sino algo así como un dietario lírico, salen de sus manos y hay entre sus páginas magníficas muestras del género más breve. No es raro. Entre la poesía actual y el aforismo contemporáneo se tienden, cada día con

mayor frecuencia, puentes y pasarelas que recorren los cultivadores de ambos géneros sin melindres ni esterilizantes prejuicios. Tampoco obedece esto al azar. En el camino que los géneros que optan la síntesis expresiva aliada con la pregnancia simbólica, ambos confluyen en una búsqueda común de la máxima eficencia, es decir: del mayor sentido comunicado, empleando el menor número de palabras posible, todo ello para tratar de hacer descender a la tierra un atisbo de lo que también se encuentra más allá de ella.

Ya digo que en *El amén de los árboles* no hay sólo ni sobre todo aforismos (es más, creo que el autor se siente más cómodo en el fragmento de varias líneas), y además incluye algún que otro texto de mucha mayor extensión. Sin embargo, sí podemos decir que posee un temple aforístico, por cuanto confía en la capacidad de la impresión rauda –y su expresión económica– para transmitir un sinfín de armónicos significativos. Se muestra el poeta especialmente afortunado en este tipo de anotaciones polifónicas en *El amén de los árboles*: "Mis hijos me dan a luz" (pág. 32), "El asombro adelanta a la prisa" (pág. 33), "Escribo para dejarme en paz" (pág. 55)... lo cual no obsta para que se muestre diestro y efectivo cuando traza aforismos de molde clásico: "Una época que ridiculiza lo sagrado sacraliza lo ridículo" (pág. 27), "La manera en que afrontamos cada día revela las guerras que libramos en lo secreto" (pág. 31), "Se necesitan muchos años de ensayo para estar vivos un solo segundo" (pág. 43), "Esta vida es breve, es verdad. Pero el instante en el que amamos dura siempre" (pág. 53)... Aparte, no son pocos los aforismos accidentales, es decir, aquellos que el lector avezado puede espigar por sí mismo de entre las frases de un párrafo trabado; algunos ejemplos: "Sólo el amor revive la mala costumbre" (pág. 21), "Uno sabe escondido el fuego en la madera" (pág. 28), "Mi soledad no es trabajosa. Hay algo siempre que viene a visitarme" (pág. 40), "Todo lo sagrado es imperfecto y todo lo eterno está asentado sobre la tierra, entre nosotros" (pág. 50)... Quiere el talento literario aliar las formas de enunciar con las que conseguir el cauce más idóneo para vehicular los hallazgos repentinos.

Que el poeta simpatice con la forma aforística, en lo que tiene de captación noética de la verdad, no puede ocultar que el aforista, en secreto, admira del poeta su capacidad para imprimir en los corazones las verdades más rítmicas y musicales. De ahí que una escritura que aúne y/o alterne ambas formulaciones literarias no puede dejar de resultar inmensamente fecunda, tanto para el autor como para los lectores. Y en este librito, tan concentrado que parece siempre a punto de estallar, se nos proponen muchos y

buenos ejemplos de esta escritura transaccional, a caballo entre los géneros, que tan buenos réditos proporciona en las manos adecuadas.

Forman *El amén de los árboles* un conjunto de textos tocados por la gracia, ese don que viene del cielo como un pájaro y se posa sobre el hombro de los afortunados para susurrarles al oído las frases certezas con los significados preclaros. En este sentido, es un libro redondo cuya lectura nos hace sentir reconciliados, no sólo con el mundo, sino también –como chopos que no pueden dejar de tender hacia lo alto– con nosotros mismos. Así sea.

Gregorio Luri, *El amparo de las sombras*. La Isla de Siltolá, Sevilla, 2019.

José Luis Trullo.- Tras debutar en el género más breve con *Aforismos que nunca contaré a mis hijos* (2016), Gregorio Luri vuelve a regalarnos con sus sabias sentencias de sobria dicción en *El amparo de las sombras*, un nutrido y variado conjunto de aforismos sobre todo tipo de temáticas, en el más puro estilo de los libros misceláneos: política, moral, filosofía, historia o psicología son ámbitos que son sometidos a severo examen por este hercúleo pensador, a quien si algo mueve es su interés por lo humano en su más amplio de los sentidos. Son, en cambio, escasos aquellos apuntes inspirados directamente en la vida de todos los días, aunque el propio autor admite que "La poesía es el sacramento del bautismo de lo cotidiano", o celebra "La aurora nuestra de cada día: la singularidad en la repetición, la creatividad de la mecánica, el milagro de la rutina".

Destaca en este libro aquellos aforismos en los cuales se avizora lo poético que late agazapado en los conceptos, para alcanzar el rango de la visión: "El amor: tiempo precipitado en carne", "Cuando roturas el bosque para convertirlo en plaza, siempre queda alguna raíz reaccionaria", "El alma es una jaula en la que siempre se encuentra flotando el plumón del pájaro ausente"…

Luri ironiza con tino respecto a las ideologías ("¡Cuántas veces las ideas que nos convencen son las mismas que nos matan!"), el culto extremo a la racionalidad ("La razón, que es la luz del alma, con frecuencia nos descubre abrazando oscuridades"), la política nuestra de todos los días ("Gracias a que la palabra hace aguas, la política se mantiene a flote")… aunque mis favoritos son aquellos en los cuales alcanza la máxima sugerencia, dejando al lector como en suspenso: "Caminamos para saber por qué hemos

empezado a caminar", "Lo íntimo es sólo el rumor que dejan nuestros actos al pasar", "Este montículo que aquí veis es lo que queda de un castillo. Un día se le desprendió un sillar"…

Los aforismos de este estupendo libro confirman a Luri como un escritor especialmente ducho en sintetizar verdades de largo aliento en frases de corta extensión: el sueño de todo aforista.

Ricardo Virtanen, *El funambulista ciego.* Amargord Ediciones, Madrid, 2019.

Manuel Neila.- Cuando se habla de "aforismos", conviene distinguir entre las diferentes formas breves que se designan con ese término; me refiero a los restos, las notas, los fragmentos y los propios aforismos. Los primeros son enunciados de un escrito más amplio que, por una razón u otra, ha desaparecido; y cuentan con antecedentes memorables como los *Fragmentos* de Heráclito. Las notas constituyan apuntaciones hechas con destino a la configuración de un texto más elaborado, que tal vez no llegará a realizarse; el precedente más prestigioso se halla en los *Pensamientos* de Pascal. Los terceros son enunciados concebidos y destinados a permanecer en forma fragmentada; y aquí podemos remitirnos a los *Carnets* de Joubert, a los *Cuadernos* de Lichtenberg o a los *Fragmentos* de Schlegel, con los que se inicia la escritura fragmentaria moderna. Los aforismos propiamente dichos, en fin, son enunciados breves, lapidarios y completos en su misma concisión. Y a ellos se refiere George Steiner cuando escribe: "El epigrama, el aforismo y la máxima son los *haiku* del pensamiento".

El último libro de Ricardo Virtanen, *El funambulista ciego*, combina con esmero los fragmentos reflexivos y los aforismos literarios, alguno de los cuales están llamados a permanecer en la memoria de los lectores.

Durante la última década, Ricardo Virtanen (Madrid, 1964) ha practicado diferentes géneros literarios: la poesía, el ensayo, el diario y el aforismo. En el ámbito de la poesía, es autor de *Notas a pie de página* (2005), *Epitafios* (2005), *La sed provocadora* (2006), *Sed de hogueras* (2010) y *Nieve sobre nieve* (2017); recientemente acaba de ser distinguido con el premio José Luis Hidalgo por *Intervalo* (2019). Como ensayista, ha editado la revista *Almanaque 1935* (2015). Es responsable de varias antologías: *Hitos y señas. Antología crítica de la poesía en castellano (1966-1996)* (2001), *De tu tierra. La poesía manchega de entre siglos* (2015) y *Vestuario de almas. Antología del epitafio español del siglo XX* (2015).

También ha editado a diferentes autores, como doña Emilia Pardo Bazán, Aurora Luque o Luis Alberto de Cuenca. Además del diario *Cuaderno de interior* (2013), es autor de varios libros aforísticos.

Los fragmentos y aforismos incluidos en *El funambulista ciego* fueron escritos entre 2001 y 2005, y el libro se titulaba entonces *La idea en el hecho*, rubro que ahora da nombre a la penúltima sección del volumen. Después aparecerían *Pompas y circunstancias* (2007) y *Laberinto de efectos* (2014), en los que el autor madrileño agavillaba sendas colecciones de aforismos líricos, lindantes con la greguería de Ramón y el versículo suelto, escritos entre 2003 y 2007. El volumen que ahora se presenta a la consideración de los lectores ha ido completándose, al correr de los días, con textos redactados entre 2008 y 2014, entre los que figuran, además de aforismos líricos, notas de humor, pensamientos filosóficos y fragmentos reflexivos. Y con él se cierra, por el momento, un primer ciclo de la aforística del autor madrileño, al que seguirá en breve otro volumen titulado *Bazar de esquirlas* (de pronta aparición).

Las ocho secciones que conforman el libro constituyen otras tantas vías de acceso a la incierta y amenazada condición humana, partes visibles del todo invisible de un pensamiento que el autor ha ido desgranando en fragmentos sugerentes y aforismos lapidarios, como respuesta a ciertas preguntas referentes a la imaginaria vida auténtica. Y así lo advierte Luis Martínez de Velasco en el prólogo, sucinto pero certero: "Los pecios de Virtanen no remiten, en este sentido, a una unidad acabada y lista, sino más bien a una especie de pulsión profundamente poética que cabría caracterizar como una *lógica de la desolación*". Y sucede que estos pensamientos remiten a una imagen muy concreta del hombre, la del hombre humillado, escindido entre la aspiración al ideal y la imposibilidad de alcanzarlo; un náufrago que recoge los pecios del cotidiano vivir, y que, "frente al abismo", sólo cuenta con "el resplandor de una vela".

El carácter fragmentario de la escritura permite que el autor pueda transitar por las distintas vertientes del conocimiento, y dejarnos, aparte de algunas ocurrencias e ideas prescindibles, un buen número de hermosos y certeros aforismos. Así podemos seguirle por la incierta y deslizante vertiente metafísica, adentrarnos por la sombría y arriscada vertiente onto-teológica o discurrir por la soleada e incitante vertiente ético-estática. Sirvan, a modo de ejemplo, los siguientes enunciados: "No hay pensamiento ni ideas sin conciencia, que es la razón primera y última de la existencia". "El poeta lleva a un metafísico dentro. De igual modo, cada teólogo vertebra en su in-

terior a un dios menor". "El arte sin moral es un pollo sin cabeza". Se trata, en fin, de una modalidad de escritura heurística, encaminada a desvelar los asombros, los misterios y las paradojas de un hombre de nuestro tiempo, a partir de la experiencia propia.

Ricardo Virtanen no siente el menor interés literario por los estados de ánimo de sus semejantes, más o menos confesionales y solipsistas, que han traído a maltraer a poetas y versificadores durante el último cambio de siglo; tampoco muestra curiosidad alguna por las tribulaciones, más o menos policiales o eróticas, de la infra-burguesía rampante, que para eso están los incontables novelistas de género. Lo que verdaderamente interesa al autor de *El funambulista ciego* es la actitud del hombre actual, del individuo soberano y de sus múltiples sometimientos: el alma soberana sometida a Dios, la conciencia soberana sometida a la verdad, el individualismo soberano sometida a la sociedad y la libertad soberana sometida a la tiranía del destino. Es probable que el lector encuentre en los fragmentos y aforismos de este libro suficientes motivos de sorpresa y reflexión que le ayuden a seguir viviendo sin perder la dignidad.

Gabriel Insausti, *Estados de excepción*. Libros al Albur, Sevilla, 2019.

Jacob Iglesias.- Gabriel Insausti es uno de esos meritorios autores todoterreno de nuestra literatura: poeta, ensayista, diarista, traductor (lo último, una selección de las *Trivialidades* de Logan Pearsall Smith)… y aforista. *Estados de excepción* supone el cuarto de sus libros de aforismos, ámbito en el que ya ha sido reconocido con un premio de la relevancia del Premio José Bergamín.

El pensamiento que vertebra esta obra es el antimoderno –como suele decirse ahora– o reaccionario –como se ha dicho toda la vida. Sin ser un dato relevante para su lectura, sí es indicativo de una corriente de aforistas que van ganando espacio: autores como el propio Insausti, Felix Trull, Enrique García-Máiquez o Ander Mayora que –bajo el influjo de Nicolás Gómez Dávila como referente más evidente–, se dedican a lanzar sus dardos contra la modernidad, a impugnar casi en su totalidad un mundo que, en su obsesión de progreso y futuro, ha arrinconado la herencia de la tradición: "Querían serlo todo. Intentaron ser cualquier cosa. Lograron no ser nada", reza el epitafio que Insausti dedica al siglo XX. Quizá ese sea el sentido del título: nuestra época como estado de excepción, es decir, como una situación provisional de anomalía colectiva. Así las cosas, es lógico que nuestro

autor sienta "la extraña sensación de no ser contemporáneo de nadie". O de estar paseando entre las ruinas de una civilización, apuntando que solo en ese momento, en el de su caída, puede ser cabalmente juzgada.

Aunque no solo dirige sus alfilerazos contra el Estado, la burocracia y la ciencia como Trinidad laica que aparentemente quiere borrar del mapa la vida espiritual: "Cada Dios en su casa y el Estado en la de todos". También vuelve una mirada nada complaciente a ciertos comportamientos que observa entre el rebaño católico: "Esos que piensan en la vida más allá de la muerte como en un plan de pensiones"; o "La teología de andar por casa ha logrado lo imposible: que Dios no exista y al mismo tiempo tenga la culpa de todo".

Sin embargo, no todo en este libro es diatriba o sermón. También encontramos momentos en los que brilla una fe más cercana, un Dios sentido como amor, no tanto como ley, que decía Joubert: "Dios se disfraza de rutina". Así como una envidiable capacidad de observación que cuaja en aforismos de hermoso lirismo: "La soledad consiste en no tener quien susurre tus defectos bajo las sábanas" o "La extraña intimidad de compartir paraguas." Un lirismo que a veces se desliza hacia la greguería: "En un sótano siempre nos sentimos un poco asesino en serie".

En el aforismo que cierra *Estados de excepción* encontramos la síntesis perfecta de este libro, a la vez condena y celebración, invectiva y poesía: "Otra vez abril: solo falta tu fe para el milagro".

AA.VV., *Juega o muere. Los aforistas y lo lúdico*. Libros al Albur, Sevilla, 2019.

Jacob Iglesias.- Con esta nueva antología temática, podríamos decir que Libros al Albur y su editor, José Luis Trullo, se la han jugado. En principio no parece el juego un asunto demasiado fértil, no al menos como para pergeñar una antología. Sin embargo, una vez leída esta selección de aforismos de autores actuales, debemos celebrar que los implicados hayan salido airosos del empeño.

Como señala el editor en su prólogo, en estos aforismos "se aborda el atractivo concepto de lo lúdico desde dos perspectivas más o menos complementarias: aquellos que hablan sobre el juego y aquellos otros que lo hacen en el juego (…) materializándolo en forma de combinatoria inesperada de palabras en libertad". Por lo tanto, son dos fundamentalmente las maneras en que los seleccionados abordan el juego: como asunto del aforismo y

como actitud estilística ante el aforismo. Incluso dentro de este segundo grupo cabría hacer una nueva subdivisión, ya que hay quienes hacen del juego el objeto de sus aforismos (Antonio Ferrer, especialmente) y quienes emplean el juego como alegoría de la propia vida.

Ciertamente, la vida puede asimilarse a un juego en el que nuestras decisiones son a cara o cruz, a todo o nada. Manuel Neila nos habla del eterno juego de la vida, en el que caben todas las opciones, advirtiéndonos que su naturaleza lúdica no excluye que sea un juego serio. Son varios los autores que coinciden en esta idea, como Jesús Cotta: "En el juego de la vida las circunstancias son los dados, el talento es la jugada, el mundo es el tablero, el crimen es la trampa, la realidad son las reglas y el amor un comodín". Frente a esta solemnidad, nos advierte Felix Trull: "Lo lúcido en la vida es ser lúdico."

Los aforismos de Emilio López Medina ejemplifican, con su habitual humorismo, otra constante en la antología: el paso del niño al adulto solo conlleva un cambio de juegos, no siempre mejores. "El hombre es un niño toda su vida (…) Sus juegos: los coches, los negocios, la política… las guerras. Hay un momento en que parece entrar en la madurez, pero enseguida se hace más viejo: es decir, más niño". Esta idea es la que subyace en la serie de "meacuerdos" que nos regala Elías Moro, evocando con minucioso detalle los juegos de su infancia. Con cierta punzada nostálgica, Francisco Ferrero nos advierte que si hubiéramos sabido seguir jugando, no nos haría falta el diván.

Precisamente al juego de la política le dedica algunos atinados aforismos Fernando Menéndez: "Los juegos del silencio son los juegos del poder" o "El político juega en el tablero de las vidas ajenas".

El bando de los aforistas directamente lúdicos, que hacen de las palabras su campo de juego cuya única regla es el ingenio, está en inferioridad en la antología, pero no por eso dejan de mostrarnos las múltiples posibilidades que del lado de la frivolidad tiene el aforismo. Valgan algunos ejemplos como muestra: "Los espejos lloran cuando les entra Cristasol en los ojos", nos descubre Tirso Priscilo Vallecillos; "En algunas maternidades con pocos medios, las madres dan a media luz", inventa Roberto Villar; "Era tan triste aquel escritor que en vez de aforismos le salían epitafios", apunta Eduardo Cruz.

Aquí están reunidas, en definitiva, todas las variantes que admite el juego y sus consecuencias, ya que "si la vida es un juego, la muerte es su

premio de consolación" (Antonio Ferrer). Así que tras leer esta antología, no queda más que seguir haciendo apuestas, sobre todo en la vida.

Miguel Ángel Arcas, *Los tres pies del gato*. Trea, Gijón, 2019.

José Luis Trullo.- Miguel Ángel Arcas, aparte de un excelente poeta y un admirable editor, es un aforista vocacional que le ha dedicado al género más breve muchos y muy buenos esfuerzos. El aforismo español está en deuda con él. Una forma de empezar a retribuirle sus servicios, qué duda cabe, es leer sus aforismos, o aforemas, como los ha llamado en un esfuerzo de síntesis entre aforismo y poesía que se revela afortunado. Yo lo hice en su momento, y lo sigo haciendo, y no sólo por motivos extraliterarios (que también), sino por interés real, aparte de por puro disfrute egoísta.

Personalmente, he disfrutado con la lectura de *Los tres pies del gato*. Aunque es cierto que el libro no supone variaciones esenciales en la trayectoria aforística del autor, sí que persevera en ella y no defrauda. Como no puede ser de otra manera, hay algunos tropiezos y concesiones a la facilidad, pero son los menos; abundan, en cambio, los hallazgos y las perlas: "La sabiduría es el arte de sobrevivirse a sí mismo", apunta, en un sanísimo ejercicio de autosabotaje. "Cuando el corazón piensa, te regala una llave", cómo no. "La apariencia es un descuido del ojo", excepcional en su apelación al lector a una interpretación activa. "No se puede dar la espalda a lo que te rodea", lúcido y provocador. "Dios no existe, pero persiste", que recuerda a aquel otro de Ramón Eder, en el que constataba que insiste.

Subyace a los aforismos de Arcas una actitud ante la vida en la que a uno no le cuesta reconocerse: la desconfianza respecto a las pretensiones totalizadoras de las ideologías, la autodefensa emocional frente a las invasiones ajenas, el salutífero ejercicio de la ironía contra las falacias disfrazadas de evidencias... También encontramos máximas de aliento clásico: "Soñar exige disciplina. Disciplina exige libertad"; "La realidad es la ficción aún no contada"; "Las cosas siempre se terminan de hacer en el pasado"; "En un poema, todo se ve por dentro"; "Las verdades son siempre penúltimas"; "Cada paradoja subraya una libertad"...

También incide en Arcas en uno de los conceptos que más caros me resultan como ciudadano de a pie: el de la duda final, no instrumental, es decir, la incertidumbre consustancial al hecho de estar vivo, la perplejidad en la cual desemboca cualquier pretensión de conocimiento exhaustivo del mundo: "La duda: una forma de equilibrio. La más antigua de las ora-

ciones"; "Hay que saber dudar. Hacerlo con determinación, sin que nos tiemble la mano"; "Sospechar de las certezas. Morder la mano que te da tranquilidad"; "De la inocencia se parte. A la ignorancia se llega"... Quizás porque uno de los síntomas más claros de que hemos alcanzado cierta madurez intelectual y vital consista en asumir los propios límites, afirma Arcas que "un fracaso bien contado es un logro de la inteligencia", o lo que es lo mismo: que el mayor éxito de la razón humana es contar de la mejor manera que en su fracaso postrero reside, también, el signo más convincente de nuestra liberación.

Es, en suma, *Los tres pies del gato* un muy digno libro de aforismos, que mantiene alto el pabellón del género en un momento en el cual proliferan las propuestas anodinas, redundantes y sin mayor recorrido.

Aitor Francos (ed.), *Marcas en la piedra. Doce aforistas vascos.* Renacimiento, Sevilla, 2019.

José Luis Trullo.- Según una regla no escrita, pero –como todas las que no lo son– férrea e inviolable, un crítico literario no debe escribir acerca de los libros que publican sus amigos. Por suerte para mí, no soy crítico literario, sino editor, y también, por fortuna, de varios de los autores que aparecen en la antología *Marcas en la piedra. Doce aforistas vascos*, que acaba de publicar Renacimiento en su admirable colección 'A la mínima': de Gabriel Insausti edité ahora hace unos meses en Libros al Albur sus *Estados de excepción*, y de Ramón Eder, en el mismo sello, *Pequeña galaxia. Sobre el aforismo*; asimismo, en las antologías *Las cosas que no son. Los aforistas y Dios* y *Fili Mei. Los aforistas y la paternidad* tuve el placer de contar con Ander Mayora, Juan Manuel Uría, Juan Kruz Igerabide y el propio Insausti, con quienes además departo a menudo y comparto muchas filias y alguna que otra fobia; ello por no hablar de la asidua y amigable colaboración de varios de ellos (Karlos Linazasoro, Aitor Francos, Karmelo C. Iribarren) en la revista El Aforista... Con ello quiero advertir al lector que esto que leen no es una reseña, que no puede serlo y que, si pudiera, tampoco querría: reseñar un libro es contemplarlo desde fuera y desde lejos, como un astrónomo a su estrella, y yo con los aforistas vascos quiero seguir viviendo en el mismo planeta, en el mismo país... y, si me apuran, no me importaría hacerlo hasta en el mismo barrio.

Con los vascos y las vascas siempre he mantenido una estupenda relación personal, llegando en alguna ocasión a cruzar el umbral de lo sen-

timental... Avalando la idea de que un tópico es una verdad parcial y petrificada, pero verdad al fin y al cabo, percibo en ellos una nobleza que apenas puede disimular, tras la recia fachada que la recubre, la grandeza de un corazón amplio y acogedor como una aldea en lo más profundo del bosque. Los vascos, no es mentira, son gente veraz, directa, frontal; de ellos no recibirás un golpe bajo, un dardo artero: si te han de herir, lo harán de frente y sin ambages... ¿Tengo que rematar el hilo argumental? Sí: el vasco es un espíritu propicio para el aforismo, que pincha por derecho incluso cuando recurre a la ironía (la cual no es, a diferencia del cinismo, un disfraz tras el cual se camufla el cobarde, sino la afable cortesía de quien te está mirando a los ojos cuando te canta las cuarenta).

Que los vascos –como, por motivos diametralmente opuestos, los andaluces– mantienen con el aforismo un idilio literario que viene de lejos queda de manifiesto tanto en el prólogo de esta antología como en la nutridísima selección de aforismos que la componen. Estamos ante un auténtico estallido de la inteligencia, combinada sabiamente con las dosis justas de piedad hacia lo humano (sin la cual, ni siquiera vale la pena pensar... en nada), donde cada autor utiliza su timbre específico para incidir en alguna de las facetas de una realidad tan heterogénea como inaprehensible: Gabilondo, su escepticismo profesoral; Iribarren, su estratégica melancolía: Uría, su contenido lirismo; Mayora, su desanimada lucidez; Insausti, su insólita perspicacia; Eder, su distante estoicismo... Además, incluye el libro algunos nombres para mí desconocidos que ha sido un acierto tener en cuenta, dado el limitado radio de influencia en el que hasta ahora se han movido: es el caso de Tere Irastortza o Beñat Arginzoniz, a quienes habrá que seguir el rastro de ahora en adelante.

Marcas en la piedra, en suma, constituye un libro redondo que marca un hito en la pequeña historia del aforismo español, por cuanto aporta nuevos materiales para el análisis y el estudio de un género que crece y cambia cada día... como la vida misma.

Miguel Catalán, *Suma y sigue*. Libros al Albur, Sevilla, 2019.

Miguel Ángel Gómez.- Estoy durmiendo y caigo en las garras de un caos fecundo y una vez en sueños vuelvo a verme charlando con Miguel Catalán. El aforismo atrae al aforismo sin tejidos de negro nocturno. En la pared, sujetos con chinchetas, recortes de prensa y listas de libros que hay que conseguir. Miguel Catalán me dice cuando estoy dormido que no he de desear

que mi obra entre sólo en la suavidad y en la ternura. Mi amigo en este sueño idílico tiene un sentimiento de alegría al percatarse de que continúa su lucha con todas las fuerzas mágicas del aforista inolvidable.

José Luis Trullo siempre hace preparativos e investigaciones y trae la auténtica literatura, la feroz curiosidad del lector. Su Apeadero de Aforistas recibe el calor que confiere nuestra existencia, ser imaginados, conocidos, identificados. Le oigo decir a mi generoso amigo Miguel Catalán, mientras sueño en el piso de Santander: "El amor está por encima de la verdad". El amor vence paredes de casi un metro de espesor, grandes jardines, enormes portones para los coches y puertas para las personas.

Una tarde de septiembre Miguel Catalán me escribió con motivo de la publicación de *Suma y sigue* (Libros al Albur), y me manifestaba su deseo de hacérmelo llegar. "Creo que como aforista te interesará". Que me llamara aforista Miguel Catalán era como buscar lo maravilloso y encontrarlo. Pensar ahora en los aforismos de Miguel, en cómo era como escritor, me recuerda a una cita de Anaïs Nin: "Vamos ahora a la Luna. En realidad, no está tan lejos. El hombre puede ir muchísimo más lejos sin salir de sí mismo". Miguel Catalán nunca salió de sí mismo convirtiéndose en un aforista único que se alejaba de lo rutinario. Su *Diccionario lacónico* abarcaba treinta años de trabajo, como nos dice Carmen Canet en el prólogo. También añade: "Era un libro de amistad, de ingenio rápido, de humor y amor a la palabra donde nos ha reunido a tantos (…) Esperaba sus mensajes como lo hacía el viejito del relato de Eduardo Galeano en *El libro de los abrazos*, que cuenta la historia de ese anciano que esperaba cartas, y que cuando las recibía se escuchaban los latidos de ese corazón loco de alegría".

Genio literario de primer orden. Hará unos meses que nos ha dejado, pero no nos ha abandonado. Su libro póstumo, *Suma y sigue*, es un libro importante que tiene una forma peculiar de lograr el acercamiento, donde se entremezclan paradojas como habitaciones para cada estado de ánimo, una gran capacidad intelectual que acierta siempre en la hora oportuna, un hondo humor que le falta a este país sin humor, que a veces no toma nota de los detalles. Miguel Catalán fue un cultivador de aforismos. Como los verdaderos escritores, nunca dejó de escribir sin dudar de sí mismo. Doctor en Filosofía, profesor universitario y ensayista –admirador, por cierto, de Oscar Wilde– avanzaba en su obra elegante hacia las falsas apariencias que parecen intercomunicarse mediante un sistema de frágiles cubos de cristal.

Comienza *Suma y sigue* con la eficacia de una cita de Diderot: "Una paradoja no es en absoluto una opinión contraria a una verdad de la

experiencia, puesto que la paradoja sería siempre falsa. La paradoja es una proposición contraria a la opinión común; y dado que la opinión común podría ser falsa, la paradoja podría ser cierta". Nos habla de la traición ("En la traición, el amor del más fuerte termina convirtiéndose en la fuerza del más débil") y consigue mantener hasta el final nuestro interés. Sospecho, al leerlo, que el humor negro te deja completamente seco en la vejez ("Conforme nos acercamos a la vejez le vamos encontrando menos gracia al humor negro"); que las modas sólo se proponen repetir el experimento para ver si da fruto ("Se va a la moda para destacar sin destacar"); que la emigración es no sentirse integrado ("La emigración, ese viaje de esperanza"). Catalán siempre ha sido la puerta que da a un camarote valioso. Véase otro ejemplo elegido al azar: "No se dará cuenta de que imita a Kafka hasta que lea a otro imitador de Kafka". Recuerdo haber crecido con sus frases, era un intelectual sensible, un universo propio hecho de profundidad, una serie de virtudes lo suficientemente prolongadas como para poder conservarlas.

¿Qué diría Miguel Catalán si leyera esto? Hace un par de horas cogí *Suma y sigue*. Mientras lo leía, se me ocurría que debía ir en busca de mi sueño y apareció Miguel y las sensaciones llenas de significado andaban sueltas. José Luis Trullo, editor y aforista amigo, lo dijo en su epílogo: "No, Miguel no se ha ido, continúa con nosotros. Su despedida es sólo material: él continúa plenamente vivo, tanto en nuestros espíritus como en nuestros corazones".

Francisco Ferrero, *Un silencio propio*. Cuadernos del Vigía, Granada, 2019.

Sergio García Clemente.- El auge del aforismo en España en los últimos años es un hecho fuera de toda duda. Una de sus manifestaciones ha sido, y es, el paulatino aumento de libros que cultivan esta modalidad literaria. Últimamente se publican, en efecto, muchos libros de aforismos con distinta suerte y desigual excelencia, pero cada año se distingue con la aparición de, al menos, un par de volúmenes destacados: libros redondos, magistrales, que engrandecen al género y que desmienten su presunto carácter de literatura menor. Este año uno de ellos es, sin duda, *Un silencio propio* (Cuadernos del Vigía, 2019), de Francisco Ferrero (Melilla, 1980), galardonado con el VI Premio Internacional José Bergamín de Aforismos y segundo libro del autor después de *La revolución de la paciencia* (Libros al Albur, 2018).

La irrupción del autor melillense en la escena aforística ha sido una auténtica sorpresa: sin presencia, al menos directa, en las redes sociales, sin huellas de publicación alguna, nos asombró con *La revolución de la paciencia*, su mencionado debut en el género, un libro en el que ya apuntaba los modos y formas que nos encandilarían tan solo unos meses más tarde con la salida a la luz de *Un silencio propio*. Esta aparición tan excelsa y fulminante nos sugiere a un autor sometido a un aislamiento geográfico y mental, sumergido durante años en la mejor escuela de escritura, la tradición aforística, que ha terminado por cristalizar en estos destellos en forma de aforismo que consiguen aunar de manera impecable emoción y reflexión.

Ese es, precisamente, uno de los rasgos que más llaman la atención del libro de Ferrero: en sus aforismos poesía y pensamiento alcanzan tal simbiosis que es imposible, en muchos casos, separar la una de la otra. O quizás mejor: la reflexión, por su soberbia puesta en escena, abandona su vocación de marco conceptual y se convierte en pura sensación, en hondo lirismo. En efecto, *Un silencio propio* es un libro del que no se puede salir indemne: sus textos son caricias cortantes, cuchillos, pero de punta chata, que nos atraviesan con la amabilidad del que susurra las preguntas realmente esenciales. La estructura del volumen, en consonancia con esta ausencia de envanecimiento, va proponiendo su sucesión sin sobresaltos temáticos o tonales y propicia una provechosa digestión de sus percepciones, fruto de una voz singular, originalísima, que combina la accesibilidad de los textos con una gran profundidad. En este sentido, el melillense cultiva con precisión prácticamente todos los modos de composición del género: la nota diarística, la paradoja, la greguería… Pero el libro brilla especialmente cuando adopta la forma de la intuición, del apunte visceral que nos ilumina un aspecto de la realidad que conocíamos sin saberlo. Porque esto es lo que nos aportan estos aforismos: la constatación de que el fragmento es todo lo que podemos conocer de todo.

En definitiva, cuesta resumir en pocas palabras el universo de sensaciones que nos deja este magnífico libro de Francisco Ferrero. Quizás la idea más exacta sea concluir que el autor no ha escrito un mero libro de aforismos sino que, apropiándome de unas palabras suyas refiriéndose a Cioran y a Christian Bobin, leyendo este volumen asistimos maravillados a la inauguración de un género.

José Camón Aznar, *Aforismos del solitario*. Edición y prólogo de José Luis Trullo. Libros del Innombrable, Zaragoza, 2020.

Jesús Cotta.- Permíteme, lector, que comience por el final: como lector de aforismos que soy, he descubierto que este es sin duda el mejor libro de cuantos he tenido en mis manos y, como autor de aforismos que también soy, he descubierto lo fácil que es para un autor caer en el espejismo de creer que cualquier pensamiento expresado con rotundidad, ingenio o misterio es ya un buen aforismo. Con Camón Aznar he descubierto, en fin, que hay que dejar reposar los aforismos bastantes años para que solo sobrevivan los realmente buenos, los que ganan con la edad, como el vino. No hay en este libro un solo aforismo que sobre. Ninguno escrito con prisa, aunque a veces fulminen como un rayo. Todos se los podría tatuar un adolescente en el costado sin arrepentirse durante el resto de sus días. Todos los podría adoptar una secta como lema y dejaría de ser peligrosa. Esas son las dos pruebas que yo les pongo a todos los aforismos y los de Camón las superan con creces.

Sorprende de veras la proliferación de aforismos excelentes que este librito contiene. Y además son tan variados en tema y estilo, que el libro nunca defrauda, y tan profundos y altos, que da vértigo. No se pueden leer más de dos páginas seguidas: la potencia de cada trago obliga a hacer pausas, y no porque haya que darse tiempo para comprenderlos, sino precisamente porque se comprenden tan meridianamente, alumbran tanto el paisaje, que hay que quedarse un rato en la cima para redescubrirlo, o a veces lo dinamitan con significados nuevos y así abren un túnel donde antes solo había impenetrable roca. Con cada uno descubro un secreto tremendo y podría estar esculpido en Delfos (¡con la tirria que le tiene el autor a Grecia!) o ser el verso más misterioso de un poema escrito de noche antes del cadalso. Incluso cuando no estoy de acuerdo con alguno de ellos, tengo la sensación de estar midiendo mis fuerzas con un gigante.

En un autor sin medias tintas ni componendas (“Todo lo que en la religión no es misterio… es sociología”) y radical en sus consejos (“No obtengas nada por unanimidad. Los malvados tienen que estar siempre frente a ti”), pero siempre amigo del hombre real y concreto, del arte esencial y, con temor y temblor y, a la vez, con cercanía, habla de un Dios profundo, misterioso y que derrama sangre sobre el cosmos. He aquí, por ejemplo, la diferencia entre el filántropo (Bill Gates) y el cristiano (santa Teresa de Calcuta): “¡Qué fácil sería el cristianismo si, en lugar de predicar el amor al

prójimo, lo hubiera hecho al hombre en abstracto!". O la diferencia entre las ciencias y las humanidades: "La ciencia descubre lo que ya está. El arte, lo que no está". Por eso el científico es un descubridor, y el artista un creador: este está más cerca del Hacedor que aquel. Y aquí resume intuitivamente un tratado que aún no ha sido escrito: "Una definición total de cristianismo: cuando dices *¡Dios mío!*". Y ahora un aforismo que es la fábula de la zorra y las uvas llevada a la filosofía: "Nunca se es escéptico de lo que se tiene, sino de lo que no se ha podido conseguir". Y este otro no sé si son para un libro de historia de la filosofía o una tesis filosófica en sí misma: "En Oriente, donde nace el sol, los profetas. En Occidente, donde muere, los filósofos". Y con este convierte al filósofo en artesano: "Filósofo: profesional del pensamiento. Con los brazos arremangados, maneja las ideas". ¿Y qué decir, más bien balbucear, de esta explicación perfecta para un manual de filosofía que es, encima, poética?: "El Ser Perfecto de Parménides es la esfera. Ella es la imagen del Universo. Pero llega el Cristianismo y la coloca en la mano de Dios". Y ahora, máxima filosofía, máxima poesía: "Las águilas cuando vuelan no salen nunca del círculo de su alma". ¿Y no es esto algo que Platón se quedó sin decir?: "Entre el árbol y su Idea está la columna". Y cuánto en tan poco: "Pirámide. Alma de una montaña". Y ahora sube un escalón más, pero ya hacia la mística: "Sublime espectáculo: el del cuerpo desmayado en brazos del alma". Y es capaz de subir más aún, ya no sé muy bien a dónde, pero con ello condensa todos los endecasílabos de la *Divina Comedia*: "El ciprés crea a su alrededor claustros góticos". Y son pléyade los aforismos como este, que, más que máximas, son aperturas, misterios vibrantes, notas extraídas de la música de las esferas que se queda resonando en la inteligencia y envolviendo la sensibilidad.

Por más oscuros que parezcan algunos de sus aforismos, nunca rebajan, sino que siempre realzan: "Una definición de locura: el espíritu que se espanta de su grandeza". Y con otros hace rabiar a media Europa: "Síntesis del calvinismo.- Ama a Dios y te ahorrarás amar a sus criaturas". O esta definición gloriosa: "Ateo. Ciego que se calienta al sol". O derriba los ídolos de la posmodernidad con solo un soplo: "Anti-Nietzsche.- En cuanto suprimes a Dios, el pobre hombre se convierte en el pobre superhombre", que seguirá sufriendo en silencio las hemorroides. ¡Y qué agudo contra los falsos profetas y agoreros de todos los tiempos!: "Todo lo que profetices –si no le pones fecha– se cumplirá".

Eso sí, el autor tiene, a mi entender, una imagen sesgada de Grecia; la concibe como una época en que los dioses son de frío mármol y las Ideas

son el máximo logro intelectual. Se divierte en bajarla del pedestal en que por ser nuestro origen la tenemos. Dice por ejemplo: "«En el principio fue la geometría». Y el arte griego no pasó de ahí". Olvida que el auriga de Delfos es más que geometría: es belleza, misterio, sosiego interior, dominio del cuerpo al servicio de un objetivo marcado por la inteligencia que nos diviniza. El ser humano en Grecia es un híbrido de dios y animal, y, en el auriga, la geometría y el canon y la proporción no son el objetivo, sino el medio para manifestar a través de nuestra imagen animal nuestra esencia divina. El auriga de Delfos nos está diciendo: aunque parece que me ha producido la tierra, como a los caballos que estoy guiando, lo que me define está en el cielo.

Cuando el lector cree que ya sabe de qué pie cojea el autor, le golpean en la cara dos o tres aforismos que le obligan a replantearse los esquemas y los prejuicios. Si alguien lee aforismos buscando que le den la razón o argumentos contra el enemigo, se ha equivocado de autor. Lector, no vas a subir a lomos de un burro, sino de un águila que va a donde le da la gana y que desconcierta con sus paisajes y sus presas. Camón es uno de los grandes.

Jaime Fernández, *Centinelas del sueño*. La Isla de Siltolá, Sevilla, 2020.

José Luis Trullo.- En una entrevista, Jaime Fernández (1960) admitía que el aforismo ocupaba en su quehacer literario «un lugar destacado» y ponía de relieve que su virtud es la «capacidad de síntesis, de condensación. Decir algo significativo en pocas palabras», mientras que el peligro que corre era el de «incurrir en la banalidad, en la tontería pretenciosa, en el verbalismo». No hay retórica en *Centinelas del sueño*, sino esmerada tabulación de la cotidianidad, de la cual dimanan los sentidos que podemos extraerle a la existencia humana, incluso cuando éstos apuntan a otra cosa distinta a ella. Es el aforismo de Fernández de corte clásico, y en él reconocemos la impronta de los grandes moralistas franceses (especialmente, de La Rochefoucauld), cuya extrema lucidez les regateaba los múltiples consuelos con que las personas solemos entretener al dolor. Se detecta, quizás, en nuestro aforista una mayor capacidad para disculpar las flaquezas y los vicios, así como una apuesta decidida por el valor existencial de la dimensión onírica para no caer en los brazos de la desesperación.

No encontramos, sin embargo, en *Centinelas del sueño* pistas de que el autor se adentre por nuevas rutas aforísticas, sino que abunda en las

fórmulas ya experimentadas con éxito en su obra anterior; queda el lector, así, un tanto frustrado y con cierto regusto a *déjà lu*, pues aunque el resultado resulte digno y solvente, a uno no deja de asaltarle la impresión de que el escritor está jugando sobre seguro (en el lenguaje del toreo, se hablaría de faena de aliño). Y qué duda cabe de que, en materia literaria, correr riesgos, siempre que se afronten desde la envergadura intelectual y el bagaje cultural –y ambos son argumentos de los que Fernández anda sobrado–, es garantía de profundización, de crecimiento y, en último término, de excelencia. Desde aquí animamos a Fernández a «abandonar su zona de confort» (esa hórrida expresión que no tiene por qué resultar siempre desafortunada) porque de su pluma esperamos aún muy altas gestas… aunque sean, como corresponde al género en liza, breves, lacónicas y concisas.

Benito Romero, *Desajustes*. La Isla de Siltolá, Sevilla, 2020.

Miguel Ángel Gómez.- El aforismo, si es bueno, nos arrastra adentro y cierra la puerta con el cerrojo: es suave como la gamuza, es un objeto misterioso, pasa por muchas manos y viaja por todas partes. El estilo conciso no hace al buen aforista estar desamparado ni ser el hazmerreír de la noche. La cortedad exige querer dar a entender, abrigar la esperanza de llegar a ser escritor. Los mejores aforismos son los que logran salir de la tierra opresiva y opaca cuando hay sueños. Releer a Chamfort, Gómez de la Serna, Max Aub y sus libros antiguos nos hace continuar con nuestras aventuras aforísticas.

Benito Romero (Santa Cruz de Tenerife, 1983) acierta en *Desajustes* (II Premio de aforismos La Isla de Siltolá) al ensayar técnicas que proporcionan amplitud mediante impresiones, anécdotas, ruinas. En uno de los capítulos el viaje es sentir, escribir, el ejercicio literario. Se titula "Trayecto": "Recogía palabras del suelo como si fueran colillas y formaba collages con ellas"; "Encajaba tan bien en cualquier parte que nadie supo jamás cómo se sentía por dentro". Muy precisas resultan las frases de Romero que dan la sensación de haber nacido nuevas, pero con un toque antiguo que significan un paraíso. "La poesía (la verdadera poesía) es así: se deja presentir, se anuncia en el aire", admitía Roberto Bolaño en *Los detectives salvajes*, su obra-obra. "Lo único que debe perseguir el poeta es la iluminación y asumir que se desangrará por el camino", nos hace ver Benito Romero en una de sus partes, la titulada "Territorio".

El joven escritor, con muy buen criterio, nos deja notas de humor por el que siente una devoción. "Zona de confort". Caballo de Troya. "Veracidad". Terrible desengaño. "Utopía". Estado de excepción. Hay que insistir en que Benito Romero es uno de los grandes aforistas de este tiempo. Va creciendo libro a libro sin dormirse en las escaleras de piedra ni en el barro. En *Desajustes* nos dice cómo poder consagrarse a la literatura con una "renuncia irrevocable a la pretensión de prosperar". Algunas de sus ocurrencias aprenden a vivir en el interior de la diversión: "Ser escritor de servilletas no alcanza ni para pagar el café"; "El peor vicio del aforista: el flagrante convencimiento de creerse exclusivo". Escribe sobre los filósofos en un mundo vacío, sobre las batallas con rumor de pasos amortiguados, sobre la sensibilidad que se rebela contra el destino, sobre la narrativa vencedora que resucita nuestra personalidad, sobre la sangre que llena la reducida habitación.

Baudelaire se convierte en fuerza destructora, Tennessee Williams está en el cepo del teatro, Kafka cocina la cena en una fogata encendida, Machado se sienta en un sillón de respaldo alto y charla con Benito Romero de los aforismos que nacen de la vida. "La importancia en el arte es la necesidad. Hay que sentir de forma absoluta que una obra es necesaria", decía en frase muy citada Cioran. ¿Se puede aplicar a los aforistas que tratan de construir para la eternidad? Benito Romero sabe que el cine no está lleno de momias embalsamadas. Paul Newman tiene frescura, no se marchita. El buscavidas se recoge todavía para jugar todo el día. Alfred Hitchcock no destruye el mundo de las ideas a pesar del vértigo.

El autor tinerfeño es un aforista claro sensiblemente despierto a la atmósfera de su vida. *Desajustes* se lee con una emoción directa, como si se tratase de un diario. "Le dijeron: 'No hagas caso de la gente que solo quiere hacerte daño'. Y se ignoró a sí mismo"; "Antes de detenerse y reconocer su ignorancia optó por ampararse en sandeces que le permitieran seguir avanzando"; "Su última adicción: los aforismos despojados de moralidad"; "La sonrisa de Flaubert: infusión contra el dolor estomacal de Occidente". Muchos aforismos protestan contra los escritores que no tienen la facultad de ilusionarse con sus instintos propios ("El poeta obsesionado con los adjetivos rara vez emplea el apropiado").

El libro dividido en seis partes, posee diversos tonos. Uno de ellos está cargado de observaciones y sátiras que quedan desenterradas para siempre ("Ensoñación". Rueda del despotismo; "Falsa modestia". Montaña nevada; "Herida". Sustrato del empeño sin restricciones; "Meditación".

Eterno primer día de patinaje sobre hielo; "Quimera". Aprendizaje inmaculado). Este glosario se distribuye en una especie de disposición magistral. Benito Romero es un escritor inteligente que encuentra mundos dentro de los mundos, está en su plenitud riendo ruidosamente, aborda ideas que no se acercan tambaleando.

Los mejores aforismos, tras haber poseído riquezas, caen en la pobreza, pero sin perder la distinción. Desajustes reúne por lo menos medio centenar de aforismos que no atrofian el crecimiento. Si pedimos demasiado de este escritor, él nos lo dará. El aforismo es, en muchos casos, un pálido sol brillando sobre lo escrito. La mayor parte de los aforismos de este libro son intemporales, vienen y van, proceden de cualquier tipo de clase, son ricos y pobres, saltan al suelo y no desaparecen. Resulta claro que Benito Romero, que tiene un gran poder para imaginar, nos quiere hacer ver que "la dignidad y la precariedad avanzan en un intento de alcanzar un principio de acuerdo de convivencia pacífica".

José Luis Trullo y Manuel Neila (eds.*), El cántaro a la fuente. Aforistas españoles para el siglo XXI*. Thémata, Sevilla, 2020.

Javier Recas.- El apogeo del aforismo en España es ya una venturosa evidencia. Frente a quienes pensaron que podía tratarse de una simple moda pasajera, y mal que les pese a los que le escamotean sus méritos, el aforismo ha vuelto para quedarse, sin complejos, con la conciencia de relevancia literaria y filosófica. Un género breve pero no por ello menor que se reivindica allí donde aparece con sus destellos minimalistas, sugerentes y provocadores. Su auge, dicho sea de paso, debe mucho a aquella generación de grandes poetas y aforistas que fueron Antonio Machado, Ramón Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez o José Bergamín... Sin ellos, hoy, seguramente, no estaríamos disfrutando de este renacimiento aforístico.

La divisa que hace de pórtico de esta selección es fiel reflejo del auge actual de este difícil y apasionante género: "Tanto va el cántaro a la fuente, que al final se llena", porque, en efecto, lejos de haberse quebrado en el camino, ha sabido crecer y madurar asimilando nuevas formas y conectar con los nuevos tiempos. El nuevo aforismo ha sido capaz de aprovechar (y también potenciar, con su granito de arena) que nuestro mundo es cada vez más consciente de que en lo pequeño también habita lo grandioso, que la escueta pincelada puede resultar más evocadora, más provocadora, más incitadora de la reflexión, y también más gozosa, que lo completo y

prolijo. Esta compilación quiere ser testigo y escaparate de la renovación del aforismo, y, más allá de ello, es también una suerte de reivindicación del género, algo que sus editores José Luis Trullo y Manuel Neila vienen haciendo desde hace años.

Esta cuidada antología, que nos presentan en coedición Apeadero de Aforistas y Thémata, no solo da fe de la extraordinaria vitalidad del género sino también de su valor. En ella se dan cita un amplio abanico de autores de todos los estilos y tendencias: metafísica, moral y metafórica, con sus diversas variantes. Se ha reunido la nada despreciable cifra de 66 autores, ordenados por año de nacimiento (lo que permite apreciar el eco del género en las nuevas generaciones). Aun siendo extensa la nómina de autores seleccionados, los que han quedado fuera, como manifiestan los editores, no se debe a motivos literarios sino a circunstancias ajenas a su voluntad. Como resultado de esta amplia muestra, el lector encontrará representados la practica totalidad de formas del aforismo: desde los de tono sentencioso a los de factura subjetivista; los hallará de carácter moral cercanos a la máxima, como otros de naturaleza especulativa; los hay de corte ficcional, tan del gusto del movimiento posmoderno, como de carácter descriptivo; encontramos definiciones en formato diccionario frente al tono socrático de incisivas preguntas… y tantas otras formas. En todo caso, las muestras que se exponen son, como es obvio, fruto del criterio de los editores, pero todas ellas de incuestionable calidad literaria.

Un rasgo característico de esta selección es el estar compuesta por aforismos breves, dejando de lado los de mayor longitud. Una decisión que subraya la relevancia de que el aforismo preserve su autenticidad en los márgenes de lo escueto, sin desplazarse al territorio del fragmento, más extenso y de naturaleza distinta. Porque si algo define al aforismo de manera innegable, en el complejo y dudoso elenco de características que a veces se le atribuyen, es, por encima de todo, la concisión. Esa cualidad que nos exige movernos en los márgenes del silencio, pero sin instalarnos en él, en un difícil equilibrio entre la exigencia de brevedad y la necesidad expresiva.

El volumen contiene también un prólogo de los editores y una selección bibliografíca que incluye: las obras extractadas, de otros libros de aforismos no incluidos en ella y referencias a estudios monográficos sobre el aforismo y otras antologías.

Ángel Crespo, *Escrito en el aire. Aforismos, 1975-1995*. Edición y prólogo de Manuel Neila. Thémata, Sevilla, 2020.

Jesús Cotta.- Con mucho acierto afirma en el prólogo Manuel Neila que en este libro no nos encontramos ante máximas ni ante sentencias o breves fragmentos románticos, sino ante aforismos, tal como ahora se entienden: breves reflexiones con cierta agudeza que buscan en el lector una impresión momentánea. Pero también es cierto que, después de leerlos en conjunto, se puede decir que todos cantan en el mismo coro y que el himno que cantan es toda una poética, con sus principios y su preceptiva. Y es una poética que tiene la poesía en tal estima, la considera tan rayana en lo sagrado, que no se puede escribir en piedra, ni siquiera en arena, tampoco en agua, sino en el aire, porque no hay en este mundo nada más intangible donde grabar algo tan intangible como esta poética que sitúa la poesía más allá de la verdad, y la verdad más allá de ella misma.

El autor concibe la poesía no como un decir bello y memorable o como un uso más rico del lenguaje, sino como un rescate de lo oculto, lo desamparado, lo que muere a solas, como el acto de hundirse en el fango para ayudar a quien está buscando las azucenas, por usar una imagen que utilizó Federico García Lorca en la última entrevista de su vida. "No se escribe para el presente ni para el futuro, sino para sacar del pozo a las palabras que caen en él los sábados", dice Ángel Crespo en clara identificación con Jesús cuando espetó a los fariseos que incluso ellos, tan respetuosos del sábado como eran, salvarían del pozo a una oveja que se hubiera caído al pozo en sábado. Igual que el hombre no se hizo para el sábado sino al revés, tampoco la poesía se hizo para la preceptiva y la retórica, sino al revés. No es que la poesía esté contra la lógica; más bien está más allá de ella y sus limitaciones. La poesía, pues, no es dominar un oficio, sino asomarse al misterio y balbucear algo digno de él. "El diablo sabe, pero no entiende". El diablo es Zoilo, un crítico, capaz de detectar fallos en Homero, pero no se ha enterado de nada.

Abundan los aforismos que adoptan una perspectiva mística, donde no hay límites espaciales ni procesos temporales. Todo es observado en un todo, como en un rapto: "Nadie puede decir qué edad tiene, porque nadie sabe qué día va a morir". Y sitúa la belleza en un plano superior a la ciencia: "Seguiré creyendo en el sistema de Ptolomeo hasta que el de Copérnico inspire una obra poética como el *Paraíso* de Dante". Prefiere la poesía a la filosofía, la intuición a la deducción, la verdad al pensamiento sistemático, el

misterio a la verdad, la soledad al ruido: "En la soledad, cantan las esferas". La poesía es en sus palabras quitarle un poco de sed a la arena, porque, como diría Maiakovski, la poesía está ahí para arreglar los problemas que no se pueden arreglar, como la muerte, la fugacidad, el desamor, la sed de la arena… Todo eso que se hace por salvar del pozo las palabras que nos salvan no es un esfuerzo vano, porque la poesía tiene un don, que la acerca al *Fiat lux* del Génesis y de la Gran Explosión primera: el de crear belleza que antes no estaba. "Sí hay algo nuevo bajo el sol: cada poema verdadero". Concibe, pues, la poesía como una realidad inefable que perfecciona al mundo: nace en este mundo pero no es de este mundo (en eso nos parecemos a ella), y es lo más alejado que hay aquí de lo soez, y los poetas son sus sacerdotes. "Hay una letra más con la que solo escriben los poetas". Y ese sacerdocio, como el sacramento del orden sacerdotal en la tradición cristiana, imprime en la persona un carácter indeleble: "La poesía es un camino de ida, pero sin vuelta. Los que vuelven regresan de otra parte". El poeta, pues, que reniega de ella no era poeta o, si lo era, sigue, sin saberlo, instalado en ella. Los romanos lo decían de otra manera: "Nascuntur poetae, fiunt oratores": los poetas nacen y los oradores se hacen.

El libro está transido de dos ideas luminosas: la lógica y la ciencia son incapaces de entender la mayor parte de la verdad, porque esta nunca es última y definitiva, sino que está más allá de toda luz; en cambio, la poesía conoce la verdad en su profundidad, es más, la crea.

Con esta poética, es lógico, pues, que los consejos de ella derivadas no consistan en técnicas y normas sino en abrir caminos y desembarazarse de obligaciones. Y así nos invita a sugerir, no a explicar. ¿Y qué es sugerir? Decir la cosa por otro sitio más imprevisto e impactante. Él lo dice así: "Lo evidente no hay que explicarlo", porque "lo callado amplifica lo dicho". Y desaconseja la rima si no es porque el mensaje queda con ella reforzado y no solo adornado: "La rima, cuando la hay, debe crear sentido". Y "no cambies: varía". Eso sí, me desconcierta cuando dice: "Lo más absurdo que puede escribirse es la biografía de un héroe". Quizá lo escribió para eso: para que el aforismo resultara también absurdo.

Un acierto del autor es reunir los aforismos por breves grupos de cinco o seis con un título que los conecta ora por el tema, ora por el tono. Los títulos son del tenor "Cinco parábolas", "Cuatro decires", "Sobre los dioses", "Poesía y verdad"… Como lector de aforismos, agradezco esas cortesías del autor. Así el libro no es una ristra de pájaros cantando uno tras

otro, da igual en qué orden, sino que cantan diferentes melodías según el árbol en que hayan ido a parar.

Bienvenido sea, pues, este libro para amantes del aforismo más hondo y de la poesía más alta.

Jesús Aguado, *Heridas que se curan solas*. *Aforismos sobre la poesía.* Libros de la Resistencia, Barcelona, 2020.

José Luis Trullo.- Aunque la editorial me envió el libro con ese compromiso por mi parte, admito que me va a costar mucho escribir la reseña de *Heridas que curan solas*. *Aforismos sobre la poesía*, el nuevo (que, espero, no último) libro de Jesús Aguado, recién publicado por Libros de la Resistencia. Dado que, para poder escribirla, es preciso que termine de leerlo, y yo no quiero que este libro acabe nunca, me encuentro en un auténtico atolladero.

Ya desde la primera página, percibimos que no nos encontramos ante un libro de aforismos cualquiera; de hecho, ni siquiera creo que se trate de un libro «de aforismos», aunque los incluya, y muchos, y buenos. Más bien se trata de un tratado-en-fragmentos, y no acerca de la poesía, como anuncia el subtítulo, sino de un sinfín de materias jugosas, a cuál más esencial, amparado todo por una «apasionada apología de la inseguridad metafísica». Heridas que se curan solas es una suerte de manifiesto personal acerca de la vida impregnada por la sabiduría, y más aún: de la relación entre el ser y el lenguaje, del valor de lo espiritual para la materia, del compromiso del hombre con la eternidad del instante. Nos encontramos ante una *summa breve*, como irónicamente titulara su aforística completa nuestro llorado Miguel Catalán: y es que no se habla sólo de poesía en este libro, sino más bien desde y hacia la poesía, pasando por todas y cada una de las facetas de la existencia que la nutren. Si «poéticamente habita el hombre en esta tierra», como quería Hölderlin, escribir y leer poesía será la forma preclara de vivir y sentir que estamos vivos, de tal modo que al poeta nada de lo humano puede resultarle, ya no ajeno, sino insignificante, y a la inversa: lo humano se esencializa y trasciende en lo poético (entiéndase esto último como buenamente se pueda) y en el verso se hace posible acceder al «blanco que hay detrás» de las palabras, y que las santifica.

Heridas que se curan solas es un libro para quedarse a vivir en él; para impregnarse de sus palabras, para juguetear con ellas, para sopesar lo que ya se sabía y contrastarlo con lo que ahora se descubre, para no olvidar

la finalidad última por la que estamos aquí (y que no es, como creen los materialistas, disfrutar de los sentidos hasta caer muertos en la fosa). Se trata esta de una obra memorable, trufada de frases que, a modo de filacterias, uno debería coserse en el interior de las ropas, para rumiarlas durante todo el día: «Vivir es aprender a nombrar el límite borroso que hay entre el sentimiento y la conciencia o entre el cuerpo y el espíritu», «El ser breve se apoya en la luz, ese bastón vacilante y firme a la vez, ese pequeño faro que guía a las cosas para que no naufraguen», «Lo dicho se purifica en lo indecible», «La poesía es la clave última para acceder a los secretos de cualquier trascendencia», «En el afuera está la vida verdadera y es de eso de lo que ha de dar cuenta un alma sensible»… Prácticamente resulta imposible no hallar en una página de este libro interminable una o varias ideas luminosas y fecundas. ¿Se entiende ahora por qué no lo quiero dar por acabado, sólo para poder escribir una mísera reseña sobre él, por encima de él, contra él en definitiva?

Como otros poetas eminentes que encontraron en el aforismo una forma de condensación extrema de la esencia del decir poético (José Mateos, Antonio Cabrera, José Luis Morante, Jesús Montiel), se suma Jesús Aguado a una creciente nómina de autores que enriquecen y ensanchan la brevedad con la hondura de su indagación. Alejados de la rotundidad del aforismo clásico, son los poetas quienes abren surcos por los cuales debe discurrir el género más breve, renunciando a la rotunda convicción para atender a «la dialéctica entre lo que se oye y lo que no se oye», incidiendo en esa ambigüedad radical que les permite, como a los versos, ser «oscuros cuando pretenden ser claros y claros cuando pretenden ser oscuros». Por ello hay que celebrar que un poeta como Jesús Aguado pueda escribir que «a una isla desierta me llevaría aforismos»: quizás porque, en su sucinta naturaleza oracular, ellos son los que más lejos y más alto nos transportan.

Ricardo Virtanen (ed.), La *sonrisa de Nefertiti. Los aforistas y la felicidad.* Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2020.

Demetrio Fernández Muñoz.- *La sonrisa de Nefertiti. Los aforistas y la felicidad* supone una muestra de normalización a la vez que de singularidad en la consagración del género aforístico en la literatura contemporánea. Más allá del fenómeno *in crescendo* de las antologías (parte del todo creciente del aforismo en la contemporaneidad), con esta obra nos encontramos ante

una variación del formato al uso por dos cuestiones que la distinguen especialmente.

Por un lado, el trabajo de Ricardo Virtanen naturaliza la antología específica para el aforismo. Mientras que para géneros colindantes (como la poesía), concebir una selección de textos de diversidad autoral, en formato libro, bajo un *leitmotiv* particular, no resulta extraño, para los aforistas dicha posibilidad parecía estar vetada. Escalar hasta esos vértices de publicación era impensable hasta hace pocos años; sin embargo, *La sonrisa de Nefertiti*, tomando como núcleo temático la felicidad, sin ser pionera, es necesaria y se suma a la construcción de una tendencia editorial para el género junto con un elenco de obras similares que han visto la luz recientemente (*Fili mei. Los aforistas y la paternidad*; *Las cosas que no son. Los aforistas y Dios*, de 2018; o, de 2019, *Juega o muere. Los aforistas y lo lúdico*).

Por otro lado, la antología de Virtanen se particulariza por ser una obra de creación, no de extracción. El hecho de que aparezca un pequeño apéndice titulado 'Aforismos éditos' nos indica directamente que el resto de textos son totalmente inéditos, por lo que las flores recogidas por el antólogo parecen más bien nacer con el pretexto de creación del libro, que seguir el proceso habitual y ser recogidas y extraídas como textos de otros libros a los que ya pertenecían. Por tanto, los aforismos de *La sonrisa de Nefertiti* son, en su gran mayoría, originales y surgen a modo de 'entrevista' a su multitud de autores, a quienes se les pregunta, en esencia, qué es la felicidad. A ello, respuestas en aforismos.

Los aforistas se reúnen esta vez para enfrentarse a un concepto de rabiosa actualidad. Lo hacen (de)mostrando, aunque cada cual por su lado y de forma caleidoscópica, su característico juicio capaz de desmantelar el instaurado tópico de 'la' felicidad, un estado de ánimo que parece haberse desvirtuado, anquilosado e impuesto para el ser contemporáneo. En esta ocasión, a la felicidad ("permanente" a causa de las redes sociales, como observa Miguel Catalán, e "imperativa" como la contempla Gabriel Insausti) toca desmitificarla o, al menos, replantearla ante la perpetración de una felicidad de pies de barro, de logro inalcanzable y de patrones globalizadores y totalizadores. Ello se consigue fehacientemente no solo página tras página, sino entre las mismas, a cada texto de *La sonrisa de Nefertiti* y, por si no bastase con los propios aforismos, con un enjundioso, perspicaz y declarativo prólogo ('En defensa de la felicidad'), elaborado por José Luis Trullo, en el que se reflexiona sobre las coordenadas conceptuales en torno a las que giran, en suma, los aforismos del libro, previniéndonos, primor-

dialmente, de que la felicidad "nada tiene que ver con esa versión edulcorada y serializada con la intentan narcotizarnos los libros de autoayuda" y de que se ha alejado de "el camino más sabio y seguro: el conocimiento de los propios límites".

De este manera, ya entre los propios aforismos, bien nos advierte Ricardo de la Fuente, de que "hay felicidades de las que se tiraría en marcha". Y es que existe, como comentábamos anteriormente, cierto perfil (o mejor expresado, un perfil cierto) de la felicidad contemporánea que nos conduciría directamente al desacierto del objetivo, a la insatisfacción. Enrique Baltanás, Javier Bozalongo o Elías Moro, por ejemplo, expresan dicha frustración de la felicidad del siguiente modo: "Con frecuencia buscamos nuestra felicidad en el mismo lugar donde se encuentra nuestra perdición", escribe el primero; "La liebre y la tortuga: la felicidad y la vida", el segundo; "La felicidad es una píldora que casi nunca conseguimos tragar", el tercero.

Puede que la clave de ser feliz resida en mantener su secreto como tal, es decir, en no averiguar las vías para su consecución. De hecho, como intuye Karmelo C. Iribarren, "La felicidad no te deja ponerte profundo". Entre algunas de sus cualidades, lo poco que podemos saber de ella es que, por un lado, se trata de un estado de plenitud para cuya meta no hay camino, para cuyo fin, proyecto. La felicidad, en esencia, parece ser un presente del presente, "un misterio cuyo hallazgo depende de su falta de búsqueda", según define Andrés Neuman. Además, también podemos reconocer su carácter episódico, ya que, como concibe Manuel Neila, "La felicidad no se busca; en todo caso, se recuerda o se desea", o en palabras de Emilio López Medina, "solo comienza a ser identificada cuando empieza a perderse"; o bien, tajantemente, como capta Ramón Eder, "La felicidad dura un cuarto de hora". En definitiva, queramos o no, su análisis no garantiza su inteligibilidad. Así, Francisco Ferrero observa lúcidamente que "Los filósofos son quienes probablemente han estudiado la felicidad en mayor medida y lo único que han extraído de ello es la desdicha personal y la indefinición teórica".

No obstante, la oposición que se destila de la mayoría de textos *de La sonrisa de Nefertiti* no es destructiva, sino reconstructiva. La felicidad, como nota José Luis Morante, "no es un punto inmóvil", se debe (o al menos se debiera) adecuar sin imponer a cada individuo y manifestar sin dominar a la sociedad en general. Felix Trull percibe la primera de las cualidades: "Feliz es aquel que esta donde quiere haciendo lo que debe"; Jesús

Cotta, la segunda: "Extender por amor el bien y la belleza que el universo lleva dentro y no lo sabe. Ese es el sentido de todo". Así, tras leer *La sonrisa de Nefertiti* (agridulce y tragicómica, como la de la Mona Lisa), finalmente creeremos a Javier Puche y a Ramón Eder. Aunque no sea la que parece ser, con sus luces y sus sombras, "La felicidad existe, palabra de niño" y "Nadie se arrepiente de haber sido feliz".

Rafael Ibáñez Molinero, *La VIDA en minúscula*. Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2020.

Miguel Cobo Rosa.- Llegados a cierta edad, superada la 'juvenil' crisis de los 40 y próxima ya la cincuentena, la estadística biológica y nuestra propia experiencia nos advierten que estamos atravesando el ecuador de nuestras vidas. Ello nos permite, no sin cierta melancolía, observar desde la atalaya de los años el desierto de los tártaros con una mirada periscópica. Si volvemos la vista atrás, contemplamos la hilera de velas apagadas, pero aún humeantes (como diría Cavafis) de nuestra juventud que, hasta hace poco nos parecía inextinguible. Si giramos la vista hacia el futuro, ya consolidada la madurez, atisbamos en lontananza nuestra vejez y la incertidumbre del final del trayecto. Cualquier noche comienza –como percibió Giovanni Drogo– la irreparable fuga del tiempo.

Rafael Ibáñez Molinero atraviesa en *La VIDA en minúscula* esa etapa inquietante y confusa, y lo hace desplegando una breve pero intensa colección de sagaces aforismos que compendian una VIDA en mayúsculas, desde la cotidianeidad de las minúsculas de 'esas pequeñas cosas' serratianas que la construyen y la configuran.

El autor va "de su corazón a sus asuntos" con una agudeza reflexiva chispeante, si bien exenta de pretenciosidad, acercándonos a sus contradicciones y a sus dudas, que son también las nuestras, valiéndose con brillantez de los más variados recursos del género (el oxímoron, la metáfora, el símil, la interrogación retórica, la polisemia, el sarcasmo, la pirotecnia léxica...) y lo hace con formulaciones analíticas, hamletianas, con rasgos estilísticos que nos evocan al gran maestro Wagensberg, implicándonos en sus cuestionamientos con un fino humor ligeramente ácido, pero sin acritud, invitándonos a la reflexión sin moralina ni moralejas; a veces con un guiño cinéfilo, muy propio del autor, que nos permite "disfrutar de la belleza del encuadre antes de afligirnos por lo que queda fuera de cámara", manteniendo las distancias para no perder la perspectiva ni del horizonte, ni del

punto de fuga, asumiendo, como decíamos, las contradicciones por encima de las certezas: "Soy más fiel a mis contradicciones que a mis principios". Relativismo moral y vital (más bien escepticismo) que impregna este cuaderno de bitácora con rasgos irónicamente autobiográficos extrapolables a la condición humana en general.

Disfrutemos de la lectura de este lúcido florilegio aforístico, cuyo autor fue –y el que tuvo, retuvo– un gran alero en el básquet profesional, por lo que desde la altura nada metafórica de su genealógica nos lanza un tiro desde fuera del área: inteligencia, ingenio, imaginación… ¡Triple! Válida la canasta y el personal seguro que la aplaudirá.

Elías Moro, *Lo inseguro. Sobre la escritura*. Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2020.

Miguel Ángel Gómez.- Los aforismos son textos que tienen repentinas generosidades milagrosas; unas veces son una sola frase envuelta en una ola de perfume, otras un fragmento sobrecargado de una inquietud narrativa llena de autoanálisis y valor, que se embarca en una búsqueda filosófica. El dragón de la realidad no ha conseguido tragarse a los aforismos, no son escasos y reúnen las visiones llenas de fuerza de los autores. Aunque parece un género sencillo no lo es tanto, y en ocasiones es una torre que no tiene ventana desde la que mirar, con miedo a desaparecer.

Separando el grano de la paja, desechando los discursos excesivamente líricos o las floraciones románticas, encontramos a uno de los grandes, Elías Moro (Madrid 1959). Pronto apreciamos que su último libro, escapa del abismo fangoso de la mala literatura. No parece indeciso en este punto de su obra a pesar de titular su libro *Lo inseguro. Sobre la escritura* (Apeadero de Aforistas). El lector se preguntará qué va a encontrarse en esta nueva entrega. Nada más singular que un autor que se mancha de sí mismo, que enhebra la aguja de la escritura versátil a sabiendas de que la finalidad es impresionar profundamente.

Elías Moro reside en Mérida desde 1982. Entre otros ha publicado los libros de poesía *Contrabando, Casi humanos (Bestiario)* o *Palos de ciego*, y los de aforismos *Morerías* y *Algo que perder*. En los últimos años se ha dedicado casi exclusivamente al género aforístico. Los mejores aforismos se levantan temprano, no se sienten débiles ni perdidos. ¿Qué es lo más característico de los aforismos de Moro? Su carácter polifacético: sus aforismos son como los de un viajero que escribe sobre desplazamientos y se sal-

va gracias a los viajes. Cada viaje fuerza a escribir cosas distintas que le hacen desplegarse hacia nuevos universos. El aforismo sentado en el sillón tapizado de piel de la madurez seduce más que el aforismo intranquilo que acaba teniendo los ojos cubiertos por velos.

En los aforismos de Elías Moro, a través de una voz potente, nos topamos con una sensación de fuerza y de invulnerabilidad. Hay párrafos perfectos, llenos de obsesiones, ideas con un plan previo sin desconocer que en literatura se empieza por tener algo entre manos y entonces se escribe como en una única isla permanente en la que se acumulan experiencias vitales de lo que se dejó atrás, de las heridas. Aprender a escribir un buen aforismo lleva su tiempo. La técnica del aforismo es a veces intuitiva, se aprende sin prisa alguna. En los aforismos del autor que nos ocupa, se nos dice que el poema es una tumba a la que vamos sin aburrirnos nunca ("El poema es la tumba del poeta, esa que visitamos, muchas veces por casualidad, sin ni siquiera haber conocido a quien allí mora").

Lo primero que sorprende de *Lo inseguro* son las palabras que definen a la poesía hablando en voz alta, tranquila y convincentemente; son como píldoras de verdad recubiertas de una capa inocua: "La poesía es un árbol que da flor, fruto, sombra bajo la que cobijarse"; "Será la poesía la que explique el mundo alguna vez. Si es que tiene explicación"; "La poesía no se escribe con certezas sino escarbando en las heridas"; "La poesía, ese enemigo de la prisa". Busca no repetirse de una forma insistente, quiere tentar al fracaso al estilo de Julio Ramón Ribeyro –quien tituló *La tentación del fracaso* uno de sus libros–, comunicándose con los lectores como presos a los que manda mensajes en papeles doblados en forma de flecha, lanzados de una ventana a otra: "Con el poema de ayer, estuve tentado al fracaso, con este de hoy constato una vez más mi irrefrenable caída en ambos extremos, lo mismo en la tentación que en fracaso, de igual miserable manera en la una como en el otro". Detrás de buena parte de los aforismos se intuye lo que no se ha escrito.

Elías Moro nos habla del poema como arquitecto lleno de creatividad: "El poeta construye su casa con palabras, un frágil andamiaje sobre tablones, ligero palafito sobre las aguas a merced siempre de maremotos y seísmos, cueva ignota taponada por la nieve y las ventiscas". Como decía Faulkner: "Cuando se para el reloj vuelve el tiempo a la vida". La vida para Elías Moro es una sonrisa que nos trae un mundo individual ("Tu sonrisa es el poema que aún me falta por escribir"), cada verso una cicatriz ingenua, real y sincera ("El poema es una cicatriz en curso: si sigue sangrando no

está acabado"), la literatura una lengua desconocida ("En la vida de todo hombre hay un poema cualquiera que está escrito para él, que habla de él. Aunque sea en una lengua que ni conoce ni comprende").

Es Elías Moro un ávido lector, un autor claro cuyas palabras leemos corriendo tras ellas, tratando de cazarlas para hallar un buen refugio y de esa manera ganarnos una protección literaria. El libro, amplio y palpitante, posee muchos matices, Pessoa trae un tablero de ajedrez donde nos esperan siempre problemas a resolver, hojas oxidadas, crujidos que nos limitan, niños en pantalón corto alejados, flotando fácilmente en el espacio de la soledad, preguntándose por el sentido de la vida. En toda infancia caben muchas infancias. Como admitía Alejandra Pizarnik, la maestra de las poetas con línea alarmada y curiosa: "Recuerdo las negras mañanas de sol / cuando era niña / es decir ayer / es decir hace siglos". Como un castor en torno de un árbol caído puede moverse quien sepa mirar en la concepción de la poesía de Elías Moro. "Nosotros, como árboles en la penumbra esperando a iluminarse, solo somos los pasivos receptores y amanuenses de su belleza".

José Luis Trullo y Ánder Mayora*, Meandros. En torno a Heráclito*. Thémata, Sevilla, 2020.

Demetrio Fernández Muñoz.- *Meandros. En torno a Heráclito* es un libro inteligente que navega entre el desfile caudaloso del aforismo actual. Su dirección: rumbo a un necesario viraje para un género susceptible de estancarse y apolillarse a causa de reducir su marcha a la velocidad de crucero a la que invita el barco de la moda literaria. Sustancialmente, *Meandros* concibe el aforismo como motor capaz de explorar en las posibilidades de fundamentación, formulación y estructuración del género, espoloneando los sedimentos de una poética folletinesca, (re)productiva de clichés, que podría estar aposentándose en parte significativa del aluvión (o chaparrón) del material de los últimos años.

Escrito al alimón entre José Luis Trullo y Ander Mayora y prologado con un "pórtico" a la altura por/de Manuel Neila, *Meandros* está compuesto por aforismos que rinden homenaje a Heráclito, una de las principales fuentes tradicionales (aún de la eterna juventud para el género) del aforismo universal de todos los tiempos. Los autores se acogen, en palabras de Manuel Neila, "al estilo del maestro", aunque cabría matizar que la imitación, más que pura, se apropia de fines personales con los que construir y

constituir una voz propia. Así, aunque José Luis Trullo y Ander Mayora beban directamente del pensamiento del filósofo que, según una ¿injusta? tradición, llora; aunque asuman a pies juntillas su expresión, caracterizada por unos recursos formales (uso sublime del oxímoron, la paradoja, la *obscuritas*…) y conceptuales (ontología del devenir, moral aristócrata, perspectivismo epistemológico…) *sui generis*; la intención última reside en (re)crear un pensamiento particular a partir de aforismos interconectados.

Así las cosas, en *Meandros* asistimos a un serio a la par que original experimento con el género mediante el que fragmentos de Heráclito, traducidos por Jesús Cotta, actúan como pretextos (tanto en el sentido temporal como en el funcional) para la escritura de aforismos a manos de José Luis Trullo o Ander Mayora en busca de un entramado polifónico que pudiera sonar estridente por lo novedoso, pero dulce por el riesgo y el acierto de esta *rara avis* entre nuestra bibliografía aforística contemporánea.

No obstante, el tanteo con el género no acaba solo en el resultado yuxtapuesto del juego autoral. Si bien exponer en un libro de aforismos un elenco de voces sumadas (aunque al cabo separadas, aun entrecortadas) a una causa, con mayor o menor fortuna y/o buen hacer, ya se ha practicado (en colectivo y en parejas), en *Meandros* se va un paso más allá al contemplar cada aforismo como manifiesto de un propósito estructural, tanto en sus partes (léanse, por ejemplo, el conjunto de aforismos sobre el fragmento XVII de Heráclito, en la parte I, donde José Luis Trullo construye una serie textos sobre un efecto dominó de tema-rema; o la estructura circular de Ander Mayora en sus aforismos sobre el fragmento XXII, también en la parte I) como en el todo. Es más, especialmente, gracias a la estructura global de *Meandros*, podríamos afirmar que nos hallamos ante un libro excepcional (oblicuo con las reglas, o renovador en estas); ya que, en contra de la común organización caótica en los compendios aforísticos, aquí se plasma concienzudamente un injerto estructural entre fondo y forma que afecta tanto a la recepción de la obra (forzando, aunque no descartando alternativas, una linealidad en la lectura de los textos) como a la transmisión del experimento con el género que procura llevarse a cabo. En *Meandros* se nos presenta un aforismo que, desde el principio del libro, va rompiéndose y abandonando su naturaleza de monólogo para abrirse a terrenos totalmente extraños como el dialógico, pudiendo llegar, incluso, hasta unas últimas consecuencias que lo disolvieran como género unipersonal y que lo diluyera en otro, de seña tan ajena, como el dramático.

Así, evidenciaremos un proceso "meta-aforístico", en el que se pasará de aforismos unipersonales de cada uno de los dos aforistas, comunicándose separadamente con el texto base de Heráclito, a aforismos (o "interaforismos") que, sin despegarse de su conexión con el Óscuro de Éfeso, se irán contaminando de su otredad interlocutora hasta dialogar simultáneamente entre sí y con el referente en común. Este tránsito de lo apodíctico hacia lo dialéctico se nos muestra como si José Luis Trullo y Ander Mayora, cual Jano, replegasen sus caras para encontrarse/enfrentarse desde *un yo sin el otro* y *un otro sin el yo*, que han ido vociferándose, llamándose y atrayéndose hasta coincidir finalmente en una entrevista *tú a tú*, en cuyo epicentro, constante, está él: Heráclito. Además, para poder percibir nítidamente este proceso de licuación del género, como haciendo un guiño a las enseñanzas del maestro, los autores distribuyen sus textos en tres tiempos que discurren lejos del tiempo analógico. Así, pese a que podamos diferenciar tres partes (cada una con sus propios ritmos y dinámicas), existen *in media res* aforismos transitorios que fluyen entre las fronteras de cada división, sobre todo en el paso de la segunda a la tercera parte.

De esta manera, en la primera parte del libro, a cada uno de siete fragmentos de Heráclito le suceden una serie de aforismos por separado de José Luis Trullo y Ander Mayora entre los que dista la comunicación entre ambos. Es el inicio del camino y la experimentación es mínima, recae exclusivamente en el diálogo que entabla cada aforista con el texto heracliteo. Cada uno de los autores dispone sus colecciones sin contemplarse entre sí a la hora de construir sus textos (baste como ejemplos de esta independencia aforística las secciones cerradas, citadas anteriormente: los aforismos sobre el fragmento XXVII de José Luis Trullo, o los de Ander Mayora sobre el fragmento XXII).

Sin embargo, en la segunda, para seis fragmentos se nos presenta un conjunto que intercala a modo de contrapunto, de ping-pong, a ambos autores hasta el punto de que cada aforismo es causa y/o efecto de sus colindantes (normalmente los más cercanos). En esta parte el aforismo es ligeramente más extenso, porque parece que los autores empiezan a escucharse entre sí y el texto que se transmite debe, por tanto, argumentar su contenido. Como parece que empieza a existir un interlocutor embrionario, la enunciación debe estar fundamentada, rebajando las dosis de expresividad y aumentando las de apelación y persuasión, tal como sucede, por ejemplo, con la aparición significativa de aforismos en modalidad interrogativa, aforismos refutativos o aforismos que incorporan incluso fórmulas de vocativo

("No hay medias tintas, amigo mío: o todo es sagrado o nada lo es", escribe Ander Mayora) o el uso del nosotros inclusivo ("Bendice el dios los alimentos con que vamos a alegranos", José Luis Trullo), que desvelan el cuasi o ya diálogo que se está trasmitiendo mediante aforismos y que son la antesala del tercer estadio de este experimento con el género.

Por último, en la tercera parte, dos fragmentos de Heráclito dan pie a una charla (formalmente una conversación sin tapujos, entre ambos) que imita al género clásico del diálogo y donde, si hubiere aforismo, ya no es, afortunadamente para el anquilosamiento del género, lo que era.

Cabe detectar que, si bien formalmente hemos presenciado cómo el aforismo se ha deshecho (o se ha transformado), también es cierto que no ha ocurrido así con la actitud congénita de la aforística: la discrepancia de un pensamiento triturador. La huella dactilar de la erística se revela en el hecho de que, ni siquiera en este diálogo final, ninguno de los aforistas (con) vence de nada definitivamente a su oponente, sino que uno y otro se avivan la polémica entre ambos. No hay un Sócrates, no hay verdad que cierre el texto. Hay, sin embargo, un Heráclito, una ausencia de la última palabra, fluyendo entre Apolo y Dionisos, que evita desembocar en brazo muerto.

En síntesis, *Meandros. En torno a Heráclito* toma una agradecida curva pronunciada en un tramo del río aforístico contemporáneo cuyo curso, pese al *floruit* actual, nos es incierto. Corren tiempos de alfombra roja para el género, pero podrían venir entonando cantos de sirena con los que también se corre el peligro de que el aforismo se conforme, cuando es inconforme; se acomode, cuando es incómodo; se formalice, cuando es informal. Hay que avistar y surcar el pastiche, por ello, no se debiera dejar pasar de largo este tipo de libros que consiguen que el género cobre un bienvenido impulso, un viento con el que soplar (y no apagar) la vela del aforismo. Aunque no se sepa a dónde nos llevará la corriente, no es casual que, para tal empresa, el norte lo haya marcado Heráclito. Como recuerda Manuel Neila, que nos dice que recordaba Cristóbal Serra: "Quienes estiman el aforismo en lo que este tiene de instrumento expresivo sin igual, no pueden olvidarle".

Jesús Montiel, *Silencio casi.* Trea, Gijón, 2020.

José Luis Trullo.- En los últimos años, el aforismo español ha asistido a la incorporación de un número creciente de poetas a su nómina de autores, por lo demás una tendencia que no es nueva en la literatura española: baste con

recordar que nuestros mejores aforistas han sido, casi siempre, poetas (Juan Ramón, José Bergamín, Carlos Edmundo de Ory). Con una parte de estos poetas-aforistas mantuve en su momento una serie de entrevistas, reunidas posteriormente en el *libro Una idea con su vuelo. Los poetas y el aforismo.* Una impresión compartida por casi todos ellos era la de que habían desembocado en el aforismo como proceso natural, fruto de una progresiva decantación verbal que les abocaba a ese «silencio» con el cual todo escritor verdadero no puede dejar de coquetear. Lo esencial desborda la capacidad de expresión humana, y los poetas sufren un auténtico desgarro interior cuando deben tratar de plasmar en palabras, tan limitadas, algo que por su propia naturaleza las trasciende. De ahí que poetas-aforistas como José Mateos hayan propuesto el aforismo como un género especialmente propicio para moverse en esa articulación de alusión-elusión que caracteriza la literatura genuina (frente a la falsaria, la cual sostiene que todo se puede decir; peor aún: que lo que no se dice, no existe).

Jesús Montiel, que como poeta ya ha dado sobradas muestras de su excelencia en títulos como *Díptico otoñal, Insectario, La puerta entornada* o *Memoria del pájaro*, llevaba tiempo coqueteando con el género más breve, eso sí, entremezclado en ese otro subgénero literario que es el dietario o cuaderno de notas. Encontramos en *Notas a pie de instante* y en *El amén de los árboles*, sin ir más lejos, numerosos apuntes a vuelapluma, en los cuales podemos percibir un genuino instinto aforístico. De hecho, *Silencio casi*, recién publicado, en puridad es una antología de estos decires efímeros que, casi como un accidente, se le han presentado al poeta en su vida cotidiana, a modo de epifanías que exigían ser transcritas tal cual, sin ulterior elaboración, y que ya habían aparecido en volúmenes publicados con anterioridad (entre ellos, aparte de los mencionados, *Sucederá la flor, El señor de las periferias* y *Casa de tinta*). Otro poeta-aforista, León Molina, me comentaba en cierta ocasión que se había acabado abonando al género al comprobar que aquellos «primeros versos» que anotaba en una libreta, con urgencia y premura, muchas veces se le revelaban preñados de sentido cuando volvía a ellos con la intención de desarrollarlos: y ahí se quedaban, plenos y diminutos, como gotas de agua sobre una bandeja seca.

Montiel tiene el ‘don’ aforístico, de eso no cabe ninguna duda, y creo que con el tiempo ha acabado venciendo sus iniciales recelos respecto a la brevedad. En dicho recelo puede que influyera el hecho de que, hasta hace no hace tanto, se asociaba el aforismo con el dicho sentencioso, la máxima rotunda o, en el otro lado, la frase ingeniosa e intrascendente. Por for-

tuna, las cosas han cambiado mucho, y gracias –en no poca medida– a los poetas, el aforismo ha cobrado músculo literario y filosófico: ahora ya es digno de figurar con todos los honores en las biobibliografías de los mejores autores, como pueden ser Antonio Rivero Taravillo, Juan Manuel Uría, Manuel Neila, Aitor Francos, Gabriel Insausti, Carmen Canet o Erika Martínez. En el caso de Jesús Montiel, su modo de estar en el mundo, tan poético, no puede dar la espalda a esas pequeñas revelaciones que, de continuo, comparecen ante el ojo sensible. La sombra de Christian Bobin (cuyo *Resucitar* ha traducido el propio Montiel) es alargada, y bajo su cobijo muchos están descubriendo las bondades de permanecer atentos a lo que tenemos delante de la nariz, implorando una migaja de atención para embriagarnos con sus delicados perfumes. Esta virtualidad salvífica del instante plenamente acogido en su pureza es, quizás, uno de los grandes atractivos que presenta el aforismo para el poeta esencial. Escribir «a pie de instante», sin ulteriores pulimentos, confiere a la frase una extraña capacidad de sugerir sin consumir: «Las palabras son piedras, pero fueron pájaros», «El amor llena el día de momentos cruciales», «Conquistar la mansedumbre del árbol requiere mucha intemperie», «Cada vez me cabe más vida en la palabra ayer»…

Un aspecto que me parece especialmente llamativo en la aforística de Montiel es la conciencia del autor respecto a la función de la propia escritura breve para alcanzar el sentido –siquiera provisional, siquiera huidizo– de la existencia personal. «No para escaparme de la realidad: escribir para que la realidad no se me escape» (que evoca en mi memoria aquel «si no escribiera, la vida me resbalaría», de Peter Handke en *El peso del mundo*). Escribir de manera casi refleja, como quien va a recibir un impacto y se cubre la cara, permitiría, tanto al autor como posteriormente al lector, permanecer en el umbral mismo donde se encuentran lo infinitamente necesitado de sentido, como la vida humana, con la inconmensurablemente carente de él, como la realidad en bruto. El aforismo, así las cosas, supondría un encontronazo súbito de dos magnitudes incompatibles entre ellas pero que, por un momento, se avienen a saludarse antes de separarse para continuar cada cual con su camino; eso sí, dejándonos en los dedos su levísimo polvo dorado.

Bienvenido sea, pues, este *Silencio casi*, en cuyas poquísimas páginas (no alcanza el volumen las 40) encontramos más literatura, más vida y más verdad que en cualquiera de los opulentos novelones que atestan las mesas de novedades de las librerías en la actualidad.

Felix Trull. *Y de pronto, amanece.* Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2020.

Miguel Ángel Gómez.- Vuelvo a las lecturas asiduas. Un libro nos hace descubrir de nuevo el mundo antes incluso de que lo hayamos comprendido. La atmósfera que crea nos hace padecer un conflicto emocional. Tenemos hambre de lectura, la emoción nunca volverá a excluirse. Hay libros que se muestran, al mismo tiempo, tímidos y salvajes. Miramos a todos lados por buscar una grieta por donde escaparnos, como si nos hubieran acorralado. Cojo *Y de pronto, amanece* (Apeadero de Aforistas), de Felix Trull, en el que la contemplación se produce en un gesto de suprema diversión, mirando el mundo a través de un alba que proporciona un fulgor de joya. Se divide en nueve jornadas, cada una con un doble movimiento de párpados, en las que se despiertan los sentidos llegando a ser casi palpables. Los aforismos son aquí hamacas en noches tropicales, huellas contemplando el firmamento, promesas de iniciar una nueva vida al estilo de Sławomir Mrożek: "Decidí comenzar una nueva vida. Categórica e inapelablemente. Solo quedaba una cuestión por decidir: ¿a partir de cuándo?". Nuestro autor sabe que el presente es vagabundear con una mochila, seguir el camino puro de la literatura. En este libro trata de comprender que el mundo anda mal sin el género aforístico, se duerme tras hundir la nariz dentro del saco de dormir y se despierta temblando. Los jabalíes son maestros y no puedes verlos como maestros porque ya han pasado ("Una charca desierta. Hace no tanto, los jabalíes"). El éter se echa a llorar si alguien no lo toma como es.

Felix Trull (heterónimo que nunca se rinde antes de empezar a luchar, de un hombre que se llama José Luis) parece querer decir: "Prometí traerlos y aquí están". Un elocuente poema de Hugo Mujica abre el volumen. "Ya noche, / caminando, / vi el instante de un relámpago / sobre el charco de una calle, / cerré los ojos / y, blanca e inmensa, y a la vez serena, / se encendía un alba". La belleza del haiku en la que todo se dice a través del símbolo está viva y productiva en estos aforismos: "Salen al paso. Las presencias. Me susurran. Luego, se desvanecen". En la segunda parte de "Apuntes" nos sorprende que el registro de la fe pueda prolongarse indefinidamente: "El humano es un ser hecho por la fe y para la fe. Sobre si a tal o cual objeto, ya es harina de otro costal"; "En la fe pierdes la corteza. Ya eres todo miga"; "La fe es el Paraíso en la tierra, antes de que supiéramos que eran el Paraíso y la tierra". Con asombro leemos los que pertenecen a la tercera jornada, pulcros como una nevera: "Robinsón ambulante: no encontrarás a tu viernes" o "No busco nada. Por eso he de continuar". El viaje no

es circular ni regresar al punto de partida. Son apuntes viajeros que leemos con atención, aunque sean una escritura clara.

No falta aquí el Trull de siempre, aquel que nos impresionó en *Metas volantes* (2015), *Líneas de flotación* (2018) y *La lección de Pulgarcito* (2019). Aforismos metafísicos, que tienen nostalgia de humanidad ("Un amasijo a lo lejos. Humanidad"), de bosque ("Y de pronto, anochece. Vuelvo al bosque, de donde nunca ya saldré del todo"), de vida ("Vivir es imaginarse vivo"). En *Y de pronto, amanece* la literatura está escrita en Días y Noches hasta llegar a la perfección, sin buscar el ansia de perfección como ocurre en todo diario. En la cuarta jornada aparece lo que queda en la memoria ("Un canto en los dientes. Otro en la mente. Tratar de acordarlos. Aunarse al fin"; "De las plazas emana un candor como a medievo"). Nos habla de universos infantiles, frágiles, cerrados a veces en baúles ("Niños pateando un balón. Me uno a ellos. Me dilato de diminuto"). Hay goces que son como pequeñas escenas armoniosas ("Las palomas dan de comer a los ancianos que les dan de comer, siempre ha sido así").

La importancia del volumen también radica en el fino humor y las ideas nada destartaladas ni ruinosas. Ejemplos claros encontramos en la quinta jornada: "Si pensase menos, no existiría más"; "Camino para pensar mejor"; "Piensan más dos piernas que doscientas enciclopedias"; "Escribir es la única forma que conozco de pensar sentado". Los aforismos de *Y de pronto, amanece* son una manera de psicoanalizar el mundo: la mayoría parten de una mínima anécdota que fluye como un río. En la sexta sección del libro vemos una especie de oda elemental a la fotografía en diferentes fragmentos: "Soy una cámara. Todo lo que veo, lo retengo para siempre". Otro de ellos nos habla del instante rápido y cauteloso que parece caminar sobre cristales rotos: "¡Te detengo, instante, para ser bello por completo!". No queremos dejar de subrayar que en esta misma parte lo examina todo: el río que cruza a nado y que le llena de salud y vitalidad; los pies como brújula que le impulsa a orientarse; el túnel de hojas que deja que suceda lo que suceda… etc.

El renacido Felix Trull, próximo al magisterio de Emily Dickinson en las jornadas octava y novena, debe mucho a los alrededores del haiku a base de evasiones silenciosas ("Cuando me aproximo al mar, me crecen aletas"; "Una cabaña abandonada en medio de la nada. ¿Qué mejor templo?"). El autor nos hace ver la profundidad que nos arrastra todos los días y nos la muestra de otra manera. El mejor Felix Trull nos trae una brisa, un Dios que crea una luz consciente del paso del tiempo para las sombras, una

voz que retumba en el bosque y se repite como un mantra en nuestro interior. Una lección muy simple de espléndida literatura que no necesita explicaciones, una sabiduría que respira cien aires diferentes al día.

Isabel Bono, *Caballos que cantan*. La Isla de Siltolá, Sevilla, 2021. 79 págs.

José Luis Trullo.- Tras sorprender agradablemente al lector de aforismos con su magnífico *Hielo seco* (La Isla de Siltolá, 2016), vuelve la escritora Isabel Bono al género más breve con su nuevo libro, *Caballos que cantan*, publicado por la misma editorial.

Lo cierto es que la continuidad entre ambas obras es tal, que podríamos considerar que esta nueva entrega constituye una prolongación natural de la primera, dada la persistencia en una misma perspectiva respecto al mundo, a la palabra y a la posibilidad que tenga ésta de reflejar aquél (con permiso de la sensibilidad de la autora, por supuesto). Como es natural, nadie podría reprocharle a un escritor que permanezca donde está, aunque a veces sí se puede echar de menos un mayor sentido del riesgo (el cual, en literatura, no consiste en aventurarse por donde no se sabe, sino en apostar cada vez más por palpar los perfiles de lo ignoto sin permitir que decaiga en formulismo, ni mucho menos en impostura).

Encontramos en las páginas del libro una miríada de instantes captados en el momento de su estallido significativo, aplicando el principio tan caro al laconismo literario de que «si es breve, tiene que decir mucho más de lo que parece». Así, con frecuencia se suceden las notas a vuelapluma que nos obligan a detenernos para sopesar las resonancias de las palabras que acabamos de leer: «Olvidarse de uno. Dejar de ser ruido», «No pienses, el otoño lo hará por ti», «Oímos decir, y las cerezas abrieron los ojos», «Más viva que esas ramas secas, su sombra»…

También se incluyen aforismos de dicción clásica, contundentes y unívocos: «El futuro no existe, pero llega. Y nos aplasta», «Dar sin adorno, ser sin adorno»… pero son los menos, por fortuna; ya no tenemos los oídos para según qué mazas. Sobreabundan, en cambio, los apuntes líricos –unos más afortunados que otros– que insinúan más que afirman, materializando el principio de la máxima economía verbal que se sintetiza en esta afirmación: «El intermitente zumbido de una mosca al sol construye refugios de un segundo».

Por último, me gustaría destacar esos «apuntes malogrados» que se incrustan en otros de mayor extensión los cuales, de haberlo así querido la autora, habrían podido refulgir aún más de lo que ya lo hacen; me refiero a ciertas intuiciones poéticas que, si se hubieran preservado en estado larvario, habrían alcanzado una efectividad aún más intensa. Un ejemplo: a mí, personalmente, me parece mucho más evocadora la frase «¿Qué más tiene el atardecer que yo no tengo?» sin los antecedentes que con ellos; lo mismo ocurre con otros: «esa bellísima ignorancia»… «intentar traducir una sola palabra al idioma de la luz»… «me entregaré al otoño sin reservas». Será que, de tanto condensar, el lector de aforismos siempre se queda con ganas de más, o sea, de menos: menos palabras, más resonancia; menos denotación, más connotación.

Pero, claro, ese «otro libro» que uno se va escribiendo a medida que lee el libro que está leyendo ya no es responsabilidad de la autora, que bastante ha tenido con entregarnos un nuevo testimonio de su estar en el mundo, recogido y esencial. Ya solo por eso, por transmitirnos la posibilidad de vivir de manera aún genuina, merece la pena montar en la grupa de estos caballos que cantan y lanzarse a galopar, con ellos, en dirección al sol.

Florencio Luque, *Caja de cromos*. Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2021.

Elena Marqués.- No sé estas modernas generaciones, pero aquella a la que yo pertenezco tenía ciertas aficiones coleccionistas. Todos, niños y jóvenes de ambos sexos, disfrutábamos almacenando estampas y cromos, imágenes troqueladas de flores y animales, de ángeles y mariposas, de futbolistas y globos aerostáticos. Los intercambiábamos cuando descubríamos uno repetido; nos emocionábamos al encontrar alguno especial, por su color o su rareza; disfrutábamos de su contemplación sin necesidad de más compañía. Al llegar del colegio, cumplidas las tareas, nos abismábamos en sus destellos de pequeñas joyas, sus guiños exóticos, sus deliciosos detalles reunidos en una caja de lata o de cartón que escogíamos también por su belleza, conscientes de que éramos poseedores de un particular tesoro que había que conservar en el fondo del armario como algo personal y valiosísimo.

La *Caja de cromos* que el polifacético Florencio Luque comparte con nosotros, esta vez en el delicado recipiente en el que suele envolver sus obras Cypress en su colección Apeadero de Aforistas, contiene un atinado y útil florilegio de pensamientos para volver, como entonces, a deleitarnos en soledad, para rebuscar en cada uno de sus compartimentos («Secretos»,

«Sueños», «Retratos», «Disfraces» y «Esbozos») con la seguridad de que vamos a encontrar en ellos una buena colección de sentencias (a veces semejantes en su fondo, pero siempre con matices nuevos) que inviten a la reflexión (hay temas, ideas, motivos que ya rondaban en el primer libro de aforismos de Luque, *El gato y la madeja*; léase los sueños, el tiempo, el recuerdo —«Una caja de música siempre custodia un trozo de infancia»—, el poema, el espejo, la falsedad de la apariencia); afirmaciones que no nos gustaría escuchar («El tiempo nunca tuvo corazón»; pero, por el contrario, «Mientras soñamos, el tiempo nos ignora», «Todo acto de amor restaura el mundo»); aproximaciones a la verdad, si es que esta existe («Habitamos una oscuridad compartida desde la luz del origen»); consejos para vivir, por llamarlos de algún modo («No lo vea todo negro, ponga una superstición en su vida»), donde en muchas ocasiones se trasluce una fina ironía como única actitud vital para afrontar el siglo que nos ha tocado en suerte («Todas las guerras están patrocinadas»); o incluso el humor abierto del juego de palabras («En el chiste el placer siempre es oral»), y a veces aparentes contradicciones que nunca lo son («Vivir es aceptar la incredulidad de estar vivo»), que es fórmula habitual en estos adagios la contraposición de términos contrarios pues, como Luque refleja en uno de ellos, «Contemplar es sumirse en paradojas», y, por ello, «Bienvenidas sean las paradojas, de ellas está hecha la vida».

Porque en el centro de todos esos aforismos en los que la brevedad y la condensación invitan a leer con ansia, cuando eso, la prisa, es lo que hay que evitar para un mejor aprovechamiento, se erige ese cúmulo de antinomias que conforman la existencia, ese hombre demediado en sus distintas facetas, desde su interioridad («Bajo los párpados cerrados todo se ilumina», «Cierro los párpados para abrir los ojos») hacia la contemplación del exterior («También en el muladar crecen flores»), que se nos impone (o simplemente se expone) sobre todo en la sección «Sueños» (la cita de Cirlot que la antecede, «Tengo un hambre sobrenatural de objetos naturales», bien puede actuar como anuncio de las estrellas y los pájaros que por ella se distribuyen), concebidos estos como el espacio de la plenitud y la libertad; desde temas constantes de la literatura y de la vida («Lo que se marcha no regresa; lo que regresa no se ha ido»), obsesiones de filósofos y pensadores («Puedes llenarte de todo sin saber qué te falta»), a minúsculas escenas poéticas que bien podrían devenir en haikus («La ínfima hoja que rinde tributo al otoño hace trascendente el instante en el que cae»), o reflexiones sobre la creación y su trascendencia («El poeta se transparenta en la palabra; la

palabra transparenta su nada», «Lo que la palabra vela, lo hace transparente el poema», «Quien escribe frecuenta a un desconocido», «El arte nos regala la intuición de lo que no existe», y así); desde observaciones personales («Mi fe solo llega a contemplar la montaña»), constatación de hechos cotidianos («La parte positiva de nuestras desgracias siempre la ven otros»), a la confirmación de lo universal a la que la buena literatura siempre aspira.

De Florencio Luque admiro lo atinado de cada una de sus palabras, la sabia elección del ángulo desde el que escuchar, la trascendencia que encuentra en la sencillez de todas las cosas. La capacidad para ver con las manos y tocar con los ojos y destilar así (un aforismo tiene mucho de sublimación, no es sino un alambique donde extractar la esencia de) frases tan solemnes como sencillas, tan complejas como verdaderas, tan musicales (la música forma parte de su vida, como la pintura, pues seguro que comulga con este pensamiento de sus «Esbozos»: «El arte no nos cubre de la intemperie en la que estamos, pero hace que, al menos durante un instante, cese la tormenta») como, en ocasiones, desesperanzadoras («Los altares proyectan la sombra de nuestra indigencia»).

«Si dejas reposar tu mirada sobre las cosas, las cosas se embellecen». Creo que no hay mejor modo de concluir este comentario que invitando al lector a detenerse, a observar («Cuando contemplé la rosa, la rosa fue mi dueña»), a demorarse en cada aforismo, a dedicarle el tiempo preciso, a barajar estos cromos en soledad y con la certeza de que podremos recurrir a ellos cada vez que nos apetezca y descubrir, olvidadas todas las respuestas, una nueva pregunta, una nueva luz en el fondo de la caja.

Emilio Calvo de Mora, *Catedral en construcción.* Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2021.

Elena Marqués.- Aunque el título del libro de Emilio Calvo de Mora nos haga pensar en la Sagrada Familia de Barcelona, un grandioso templo en construcción «por y para el pueblo» desde 1882 y quién sabe hasta cuándo, yo, por eso de que me gustan los sueños aparentemente imposibles, las personas que no se rinden, el valiente trabajo individual, me he acordado más bien de la catedral de Mejorada del Campo, o debería llamarla «la de Justo Gallego», de la que tenía alguna noticia pero conocí mejor a través del Julio Llamazares viajero y *Las rosas del sur*. Se trata de un templo construido con materiales de desecho y de derribo que alcanza, en su controvertido estilo kitsch, una grandiosidad impensada. Y que, como la basílica de la Ciu-

dad Condal, debe parte de su belleza a la conjunción de elementos dispares, al sincretismo arquitectónico y decorativo, y a encontrarse, como la vida, siempre en proceso y un poco al albur.

Como la vida, este libro de aforismos reúne también un poco de todo, se sirve de distintos ingredientes, donde no faltan el humor («Elegí la filantropía hasta que tuve que solicitar la ajena»), la poesía, hecha especialmente de metáfora y símil y de conmovedora belleza («El frío te escala el brazo como un cáncer blanco»), la crítica social («Cualquier declaración de principios es sospechosa de algo que no tiene mucho que ver con la verdad»), el análisis lingüístico, y por ende filosófico («La palabra hambruna…»), y la reflexión personal («Hay días […] en los que uno cree entenderse un poco»). Y, sobre todo, la constatación de la realidad, que se mueve entre cierto pesimismo («Hay contingencias que duran toda la vida») y la salvación por esa fuerza que, según dice el autor, sigue moviendo el mundo («La vida, si amor la mece, carece absolutamente de naufragios»).

Para unir estos elementos utiliza como argamasa fórmulas tremendamente concisas combinadas con fragmentos más extensos de una extraordinaria lucidez (también los breves, aunque su rotundidad a veces aturde); replantea sentencias antiguas (el primer aforismo, «La virtud extrema mira de reojo al puro vicio», ¿no es otra forma más completa de decir «Los extremos se tocan»?); y define-describe, de manera muy singular y expresiva, incluso desde el laconismo y sencillez de la mera oración copulativa («Hablar es desdecirse», «Estar solo es tutear a la muerte», «El censor más locuaz es el olvido»), ideas y conceptos que, como la catedral del título, como el hombre, nunca terminan de definirse-describirse. Al fin y al cabo, en contra de lo que pudiera pensarse por su aparente carácter categórico, por su tono sentencioso, por lo tajante que siempre resulta todo lo breve, un aforismo no tiende necesariamente a la verdad, que, además, «acaba pronto», sino al vértigo, pues, como el mismo Calvo de Mora, en un hábil juego metaliterario, constata, «El aforismo, más que miniatura, es pirueta».

Estructurado en ocho secciones, dedicadas al «Alma» (muy lírico es el que la cierra: «Somos mapas que otros van cruzando. Somos cartógrafos del alma»), a la creación («Escribir es la constatación de que lo que sucede alrededor no cuadra», afirma, entre otras cosas, en ese «Menester de las letras»), a Dios y la religión (aunque, uniendo esta sección con la anterior, se encarga de recordar que «El cielo son los libros»), al vano fulgor de la vida, a ciertas vibrantes emociones y búsquedas perentorias, pues solo «Arde lo que importa: ceniza de la ceniza», a las «Relaciones personales»,

donde se incluye cada uno de nosotros («Hablar de uno mismo como si se conociese»), con una miscelánea «De varia lección» y, como conclusión, una «Coda» enumerativa en la que el conjunto de los elementos resume las aficiones, gustos y pasiones del autor, desde Miles David al latín, pasando por David Bowie y el cine negro (la música aparece como un brillante reflejo en muchos de sus aforismos, como ese neoplatónico saludo a Gustav Mahler que concluye «Un corazón de pájaro es una celebración de la música del cosmos»), *Catedral en construcción* ofrece reflexiones cotidianas («Los secretos conciernen más a quienes se les confía que a quien aluden») que muestran la inteligencia y sabiduría de un autor que ya constató su buen hacer, su dominio de la elipsis y la sugerencia en el conjunto de prosas poéticas *Caballos perdidos en la tormenta* (Cypress, Sevilla, 2020), así como su extraordinaria sensibilidad en un pulso con lo divino y lo humano en el que todos nos reconocemos, con un lenguaje limpio interesado en poner sobre la mesa pensamientos cotidianos sobre los que en ocasiones, o precisamente por tenerlos al alcance de los ojos, pasamos de largo.

Me gustaría terminar con un agradecimiento sincero a esa voz personalísima, sincera y perspicaz que se hace muy presente en cada una de las estancias de esta catedral de palabras, incluso cuando intenta permanecer al margen de lo dicho y se transfigura en un ente impersonal o plural, pues Calvo de Mora nos habla con la certeza de que compartimos los mismos intereses, las mismas dudas, los mismos miedos. Que estamos en el mismo camino en perpetua construcción.

Rosendo Cid, *El aburrimiento no está hecho para gente con prisas.* Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2021.

Elena Marqués.- Rosendo Cid. Quédense con el nombre. Aunque es posible que muchos lo conozcan y sea yo la que está encantada de conocerlo. Porque este artista plástico gallego tiene ya una amplia trayectoria. También en el camino de las letras, y en concreto en este del aforismo, ámbito en el que ha publicado *5000 veces pintura* (2017) *y Los consejos no son un buen sitio para quedarse a vivir* (2018), donde combina dos de sus pasiones, el dibujo y el género breve, y cuyo largo y original título parece anunciar este otro dedicado al aburrimiento, lo que ya de por sí me resulta bastante genial. Si el miedo, la felicidad, la desgracia, el dolor, sentimientos y emociones más o menos grandes y dignos, nos parecen temas muy literarios, merecedores de nuestra atención artística, el aburrimiento, que está más presente

que todos ellos en nuestras vidas, monótonas y rutinarias por definición, que yo sepa, quitando ese *spleen* romántico que por el adjetivo que lo acompaña se suele revestir de cierta aureola entre trágica e idealizada, ocupa poca atención entre los escritores. Será porque estos, concentrados en sus tareas creativas, nunca se aburren. Quiero pensar eso, porque a mí, que lo intento (escribir digo), me pasa. Que nunca me aburro.

Creo que enfocar el aburrimiento con el arma del humor, tal como hace Rosendo Cid desde las mismas palabras preliminares de su texto, es una fórmula acertada, no solo para relativizar o burlarse de nuestra innata o adquirida desgana, que de eso también cabría hacer un estudio paralelo, sino para combatirla durante el buen rato que nos ocupe leer este libro.

Por lo pronto, aunque esté publicado en la colección Apeadero de Aforistas, quizás haya que confirmar que no todos los fragmentos que se reúnen aquí son verdaderamente sentencias ni responden a la aspiración de las máximas en sí. Son, como el mismo Cid se encarga de enumerar en las secciones en que divide la obra, reflexiones; clasificaciones o tipologías («Tipos de aburrimiento» se titula la segunda parte, que regala imágenes como «El aburrimiento circular y mudo de las plazas de los pueblos en las tardes escasas y solitarias» o «Los aburrimientos de septiembre, que son preludio o añoranza»); frases y dichos célebres, no necesariamente de carácter filosófico, que resultarían quizás las más cercanas al propósito del aforismo, que culminan con un hipotético listado de títulos, muchos con dejes de libros de autoayuda, que alguien debería escribir: *Cómo aburrirse con elegancia*, *Una aproximación al placer de la monotonía*, *Frases de ascensor* y *Aburrimiento por países*. Todos ellos los imagino un regalo recurrente en fechas como las que estamos dejando atrás.

No sabría muy bien hablar de este pequeño tratado sin recurrir a múltiples citas. Desde luego es ingenioso, divertido, inteligente, realista, perspicaz. Y esconde reflexiones que no son meros juegos lingüísticos, que también («Por supuesto, el aburrimiento es algo que sucede cuando no sucede nada»), sino que nos revelan verdades acertadas y aceradas, serias y absolutamente reales y realistas. Algunas ahondan en cuestiones generacionales («¿Nos aburrimos igual que nuestros padres?», «El adolescente vive en el temor constante de aburrirse»); otras, algo más allá, suponen una personal crítica, social y sociológica («El aburrimiento no encaja con el capitalismo, de ahí que debamos prestarle más atención»), al *modus vivendi* actual, al aburrimiento del aburguesado («¿Cómo diablos ha llegado el aburrimiento a mi vida?, se preguntan algunas personas que tienen las necesi-

dades básicas cubiertas»); las menos apuntan a cuestiones más trascendentes («Ir al origen del aburrimiento no nos asegura entenderlo», «¿Puede ser el aburrimiento una enfermedad metafísica?», «¿Es el nihilismo un aburrimiento radical?»).

En cuanto a las fórmulas adoptadas para su elocución, son variadas, y van desde la afirmación tajante con «aspiraciones» científicas («Las matemáticas del aburrimiento tienden al infinito»; «El aburrimiento no se crea ni se destruye, solo se transforma en el mismo aburrimiento»), las dudas concesivas, las interrogaciones retóricas («¿Es el aburrimiento una especie de hibernación del intelecto?»), pasando por esquemas propios del refranero («Quien se aburre adrede no se aburre de verdad») o paráfrasis de frases célebres, como este lampedusiano aforismo (este sí lo considero como tal) «El aburrimiento es ese intervalo de tiempo que sucede para que todo siga igual después de que este ocurra», que anuncian la sección tercera, plagada de referencias filosóficas («Me aburro, luego existo»), literarias («He cruzado océanos de aburrimiento para encontrarte») o incluso fílmicas («Aburrámonos otra vez, Sam»).

Pero paro ya, porque a este paso reproduzco el libro entero y no tendría sentido adquirirlo, que seguramente es lo que el autor prefiere. Por supuesto será consciente de que su ingeniosa colección no se convertirá en un superventas, ni siquiera entre la gente con prisas (aunque ¿eso no lo somos casi todos?), que podría tomar una píldora de estas de vez en cuando; pero es que no es el género del aforismo demasiado popular, y aun con esas prisas del título los lectores se decantan por la novela de largo aliento, donde posiblemente encuentren párrafos eternos de descripciones, reflexiones y tramas secundarias bastante más tediosos. No recuerdo que a tales lectores Rosendo Cid los haya mencionado, aunque quizás estén incluidos en ese «Aburrimiento de muchos…»

Javier Recas, *El arte de la levedad. Filosofía del aforismo*. Cypress Cultura, Sevilla, 2021.

Demetrio Fernández Muñoz.- Bajo el título *El arte de la levedad. Filosofía del aforismo*, Javier Recas publica en la colección Scripta Manent de Cypress Cultura un eslabón más de su competente trayectoria en investigación sobre aforística. Tras unos esclarecedores y visionarios *Relámpagos de lucidez* (Biblioteca Nueva, 2011) y *Una grácil y aguda miniatura* (Apeadero de Aforistas, 2020) nos llega ahora *El arte de la levedad*, una nueva

aportación de quien ya puede considerarse, *de facto*, un referente en la teorización y la reflexión acerca del aforismo, tanto por la calidad de la bibliografía anteriormente citada, como por publicaciones paralelas en el tiempo, y aun tangentes, sobre el género (libros sobre hermenéutica, ediciones de clásicos como Marco Aurelio o Mark Twain, prólogos a libros de aforistas actuales como los de Manuel Feria y Emilio López Medina, y una labor activa y profusa en los formatos del ensayo y la reseña).

En esencia, el enfoque que se aprecia en *El arte de la levedad* se nutre de una "fascinación por el aforismo" (en palabras del autor) que lejos queda de obnubilarse a causa del embeleso, sino que se acerca, se origina inclusive, por la *curiositas*, virtud que luce triunfante cuando desemboca felizmente en el racicionio, como es el caso. Pese a ser el tercero sobre el género, se trata de un libro que todavía destila asombro por el fenómeno aforístico, el cual se contempla ahora a través de un balance entre el vuelo perenne, placentero y sorpresivo, al que a Javier Recas le dan pie los aforismos, y una profunda experiencia alimentada por un estudio constante, que actúa como contrapeso.

Quien lea *El arte de la levedad* asistirá al bagaje aforístico de Javier Recas, una suerte de lectura(s) del género interpretativa, consciente, extendida, apasionada, comprometida y "cultivada en una larga y entusiasta degustación del néctar de su agudeza y hondura"; una visión que le ha proporcionado una especie de rayos X capaces de discernir la naturaleza poliédrica del género, que "nada tiene que ver con las amables frases que se leen en tarjetas de felicitación o libros de autoayuda", y sostener un argumentario que enarbole "una reivindicación del aforismo frente a los recelos de una tradición que siempre lo consideró el hermano pobre de la gran obra y del gran sistema".

El arte de la levedad está compuesto por un prólogo introductorio, ocho capítulos en los que se aborda a modo de prisma heterogéneo pero engarzado el fenómeno del aforismo, y una sección bibliográfica completa, clarificadora, abundante y provechosa a la par que apta para expertos e inexpertos. Cada capítulo encuadra el aforismo diversamente, pero siempre con el sostén de un hilo discursivo firme que va orientando la lectura por cuestiones constantes, mas irresolutas aún, sobre el género como: su concisión dimensional (en el primer capítulo, En los márgenes del silencio), la mostración epistemológica *sui generis* (en Flores cortadas), su forma polifacética (en Cien rostros), la simbiosis poético-filosófica de su naturaleza (en Verdad poética), el alcance y la mesura de su hondura conceptual (en

Cargas de profundidad), su equilibrio de *mot juste* entre pensamiento y lenguaje (en El embrujo de lo liviano), su carácter atemporal en calidad de expresión mnemotécnica (en Formas de eternidad) y su didáctica del desengaño (en Vinos secos). Los diferentes bloques temáticos se conforman en torno a una argumentación sólida en la materia por parte de quien maneja con soltura tradiciones aforísticas varias (la clásica, la anglosajona, la hispánica, la francesa, la alemana…) y se mueve hábilmente entre las ricas y distintas caras que conforman las Humanidades.

Finalmente, me gustaría realizar una última apreciación. El libro *El arte de la levedad* se apoya en una selección de aforismos que, radicalmente, impulsa y propulsa los argumentos constituyentes y que, como corazón latente, encierra y hace que lata otra lectura, un lujo de antología personal, fascinante, que desvele que los textos "son los verdaderos protagonistas". No es casual, ya decíamos más arriba que este libro de Javier Recas es fruto de su "fascinación por el aforismo".

Eliana Dukelsky, *Electra destronada*. Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2021.

José Luis Trullo.- *Electra destronada*, el tercer libro de Eliana Dukelsky (Buenos Aires, 1982), constituye una continuación natural de sus dos anteriores obras, de naturaleza estrictamente aforística y publicadas ambas por la editorial granadina Cuadernos del Vigía: *La lengua o el espejo* (con la cual obtuvo el II Premio Internacional José Bergamín de aforismos) y *Crianza*, donde desplegaba un estilo propio desde la primera hasta la última línea, marcado por la impregnación personal de la escritura y la reflexión descarnada acerca de las trampas que nos ponemos a nosotros mismos para tratar de sobrellevar nuestras dudas, nuestros errores y nuestras culpas. Precisamente ese aspecto, el de la culpa, pasa a ocupar un papel esencial en esta *Electra destronada* donde la autora se adentra sin ambages en los pantanos de la literatura confesional, armada tan solo con su palabra y su afán de detectar, en cada pliegue de la vida, una chispa de sentido, aunque sea efímero, aunque sea parcial.

Ocurre que Dukelsky se declara a sí misma «tímida», y ello explicaría, al menos en parte, el escrúpulo extremo con el cual va anotando sus impresiones, según un patrón genérico de diario sin marcas temporales precisas. La verdad, en una época como la nuestra, donde la tónica es justo la contraria (convertir la propia vida en un espectáculo retransmitido en di-

recto), se agradece este recato. Así, la autora opta por aplicar una sordina sistemática, aunque no siempre totalmente efectiva, a sus revelaciones más íntimas, las cuales tienen como destinatario, no desde luego al lector, sino a esa instancia suprema (llámese conciencia personal o lo que se quiera) ante la cual todos debemos acabar rindiendo cuentas más pronto que tarde. Esto también justifica el recurrente uso de la segunda persona, la cual, a modo de espejo o alteridad severa (esa «mirada del otro que reside en ti», pág. 22), mide y juzga lo que se plasma sobre el papel; de hecho, hasta la página 25 no comparece el 'yo' gramatical.

La maternidad (definida como «presente absoluto») cobra, de nuevo en un libro de Dukelsky, un papel central, si bien en *Electra destronada* se constituye en clave axial que parte la existencia en dos: todo parece partir de ella y confluir en ella. Pasado (familia argentina) y futuro (hija española) se anudan en una experiencia abismal como pocas –quien lo vivió, lo sabe–, fecundando una reflexión de amplio vuelo en torno al lugar que uno ocupa en el mundo, cómo gestiona el papel que ha asumido y hasta qué punto debe o no replicar los modelos aprendidos. La experiencia del «desplazamiento» (pág. 81) que supone descubrir que la favorita del padre ahora es la nieta, lejos de ser vivida como una derrota, permite restablecer un vínculo que, en ocasiones, parece haberse disuelto o, al menos, emborronado.

Al concluir la lectura de *Electra destronada*, el lector tiene la impresión de haber acompañado a la autora –guardando una prudente distancia para nada irónica, y sí comprensiva e incluso indulgente– en una vasta operación de autoexploración teñida de no poco «masoquismo» (pág. 20), en la cual ha asistido a una procelosa recopilación de un auténtico pliego de descargo con el cual lograr, tal vez, un principio de aceptación de uno mismo. Arduo objetivo que Dukelsky, mejor que nadie, sabrá si ha logrado alcanzar.

José Manuel Benítez Ariza, *En el corazón del bosque*. Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2021.

Emilio Calvo de Mora.- No es más adentro, en la espesura, como quería el Santo Juan, sino en la claridad entrevista en ella, la que se recama en las hojas y en el aire que ocupa la vasta ocupación del poeta y, de alguna manera, José Manuel Benítez Ariza tiene la honda preocupación del poeta, no únicamente la del narrador, el que hace constar esa efusión íntima y cuenta el recado de lo sentido.

Habiendo uno leído mucho a José Manuel, posee una idea certera de cuál podría ser una de sus preocupaciones a la hora de escribir: la de dar con lo oculto y hacer que, una vez ofrecido, parezca que está bien a la vista. Esta licencia de lector está colmadamente refrendada en *En el corazón del bosque*, el pequeño (grande debajo) libro que ha publicado Cypress en su Apeadero de Aforistas. Entonces queda a cuenta de uno saber mirar, descomponer la apariencia de normalidad de sus textos y encontrar la desbordante imaginería que tutelan. No tanto la musicalidad de lo pronunciado, esa parte de poesía que podría ser requerida o que irrumpe sin disimulo, sino la enunciación primorosa de las palabras.

Benítez Ariza es un sugeridor y se toma en serio el encargo de invitar a que otros se adentren en donde buenamente, por estricta voluntad personal, no lo harían. Quizá de ahí lo del bosque. Asombra (cuanto más se le lee, mayor es esa fascinación) que emplee la sencillez como instrumento y lo cotidiano como material de trabajo. Lo extraordinario (lo que se opone a lo común) acude sin que exista fricción. Qué podría ser mejor, me pregunto, que escribir sin que parezca que se está escribiendo, permitidme la reiteración. Que todo fluya con una normalidad que acaba por conquistar al lector, en el que hay una especie de rendición, un dejarse conducir y no tener conciencia (no sé si esto es del todo cierto) de que está siendo llevado.

Repare el atento lector en la atención del escritor, en esa cualidad en la que lo sutil evoca y deleita. También en la contención, tan escasa a veces. Se suele traer la idea de que hace falta agotar un objeto para transcribirlo con eficacia, pero si algo enseña esta colección de aforismos es que la literatura obra milagros con materiales sencillos: la opulencia de lo cotidiano, el oropel de la rutina.

Hay humor y se agradece que sea también liviano, sin pretender deshacer la intensidad de las imágenes, su deslumbramiento y su pequeña (por contenida, por mesurada) eclosión de milagros. Son de andar por casa esos milagros. El principio de verdad desalienta cualquier otro que se envalentone y desee desplazarlo. El propósito de las entradas (está bien llamarlas así, he tardado en dar con una palabra que me contentara) es el diálogo, el decir manso de las palabras, que son escuchadas y promueven (imagino que ese es el anhelo de José Manuel) inducir a que se inicie una conversación. De hecho, hay muchas que son trazos de conversación, como si se hubieran extraído de ellas y adecentadas para que muten en literatura.

Por lo mismo, por esa voluntad comunicativa, *En el corazón del bosque* apela al corazón: es a él al que se dirige, a quien estimula para que

se sienta aludido y, conforme a ese arrimo de intimidad, conteste. El corazón del lector, supongo, será al final el reclamado. Si está el corazón de por medio, si es reconocible su presencia, habrá también poesía o belleza. "En el bosque silencio y clamor se confunden. Y los dos son formas de canto". Es la arquitectura del bosque (de la literatura, del alma, no sé) la hilvanada por los pájaros (él lo dice) en la bóveda frondosa de las copas de los árboles.

Me agrada que el autor compare un bosque con una catedral. "Quien construyó la primera catedral se inspiró en un bosque. Y quedó muy descontento con la copia". Las certezas se desvanecen cuando no es posible "otear a lo lejos lo que de ningún modo se deja ver". Cunde la primaria sensación de que cualquier suceso puede trabarse en palabras, prendido ahí un fuego condenado a apagarse, pero siempre prevalece la confianza en que podrá ser enardecido de nuevo, ofrecido con toda su majestuosa reata de significados.

El aforista se las ingenia para que no prospere la vocación de escribir sobre uno mismo, pero de algún modo se puede percibir la persona detrás del escritor. Una primera persona que comparece sin estridencias y dice de sí misma lo que podría aplicarse a cualquiera. "Cuando no tengo nada que hacer, la propia nada es un campo lleno de posibilidades, es decir, de incitaciones a la acción. Nunca se está tan ocupado como entonces". Nunca se muestra uno más que cuando interpone una tercera presencia, ajena en apariencia, pero abrumadoramente personal. Igual que "el hambre te reconcilia con tus ancestros", escribir te iguala con tus lectores, o debiera ser dicho a la reversa y es el lector (yo, tras haber leído de varias maneras el breve volumen que edita con su habitual generosidad y respeto José Luis Trullo) el que de pronto se siente conmocionado, porque lo que está leyendo es algo que ha rumiado a ciegas, pensado a ciegas y finalmente sentido a ciegas, pero que jamás ha podido organizar en palabras.

Se añade otra virtud al conjunto: la de no hacer ruido, la de esos silencios que a veces confluyen en el paisaje "y se escucha cantar a los pájaros y una suave brisa mueve la fronda de los árboles y zumban los insectos". Es muy de paisaje José Manuel. Se advierte en la ternura con la que se arranca a contarnos lo que no vemos. El silencio pautado, dice él. Una especie de bondad que va de lo invisible a lo invisible y que nosotros, ya digo que hay que estar atento, recibimos en una suerte de epifanía. Es lo que tiene tener querencia a pintar, como a él le sucede: combina dos lenguajes y es inevitable que uno y otro mariden, dicen ahora los modernos, como si fuese

un sabor que escandalosamente hace que otro se realce de modo que ambos congenian en un alarde de prodigios. Algo así. La portada es suya, añado.

A pesar de que el propio autor (ha confesado) desee que su aforística sea leída poéticamente, podría ser igualmente entendida como un diario. Tiene esa intención de volcado. El dietario es un irse irguiendo continuo, un exhibir la costra y la seda, un darse sin que en modo alguno haya algo propio a lo que se renuncie en el hermoso acto de la entrega. Así que en este diario impostado (lo será en líneas sueltas) hay asperezas y hay partes mullidas y pasar la mano por una o por otra termina siendo una actividad en la que terminamos apreciando la necesidad de las dos. Una parte de la vida se consagra a juntar cosas. La otra, ya saben, a deshacernos de ellas.

En el corazón del bosque es libro de lenta lectura. No crea el amable lector que se despacha en un (fogoso) abrir y cerrar de ojos. La calentura de los textos, ese diálogo abierto que requiere una respuesta, aunque íntima, solitaria, solicita volver a ellos. Ha sido mi caso. Lo he llevado en mi bolso de hombro, aunque prefiera los inviernos y la generosidad de los bolsillos de los abrigos, durante un buen par de semanas. Se abre, se lee un poco, se guarda. Se paladea un murmullo, resuelve uno la incógnita hostil, recita sin alharaca una frase suelta ("Ver comer a los cerdos invita siempre a la humildad") y se siente protegido (eso hacen los libros) cuando te sobreviene un rato inesperado de soledad en mitad del tráfago del día. Aunque únicamente fuese por eso, he disfrutado la compañía de este libro. Es esa la palabra: el libro como amigo, como bálsamo, como una especie de refugio o de mirador. Se ve el mundo y tiene un brillo hermoso.

No es más adentro, en la espesura, que también, sino en la claridad, en la celebración de la luz, en esa humilde ceremonia que consiste en escribir para que otros alcancen a entender lo que por ellos mismos no habrían entendido o lo habrían hecho con mucha menor fortuna o con mucha menor belleza. No puedo dejar de invitar a cualquiera que esté leyendo esto a que se dé un paseo por el blog de José Manuel, *Columna de humo*; yo hace años, muchos, que lo hago. Es otro libro ése: más antiguo, de entrañable visita, como andar por casa.

Antonio Cortijo, *Envasado al vacío*. Cuadernos del Vigía, Granada, 2021.

José Luis Trullo.- Que todos los días sigan saliendo a la luz nuevos aforistas de contrastable calidad cuyo nombre nadie ubicaba en el panorama del

género más breve no debe dejar de celebrarse: habla de la vitalidad de una modalidad literaria que se renueva sin cesar, creciendo por dentro y por fuera. Es el caso de Antonio Cortijo quien, a tenor de la información que sobre él se nos brinda en la portada de *Envasado al vacío*, ha pasado en un santiamén de editar guías de viajes a ganar (*ex-aequo* con Itziar Mínguez) el prestigioso y prestigiador Premio Internacional José Bergamín de Aforismos, en su octava edición.

No nos encontramos ante una mera carambola del destino: de la lectura del libro se concluye que se trata de un autor dotadísimo para la expresión lacónica, a la cual infunde nueva savia en su denodado afán de –salvo raras excepciones– huir del formulismo tan al uso, encontrando maneras afortunadas de comunicar sentidos certeros en palabras brillantemente medidas. Leamos: "Nos pasamos la vida recorriendo el trecho que va del dicho al hecho (pág. 13), "Incluso los continentes van a la deriva" (pág. 15), "Tender la ropa tiene algo de ofrenda" (pág. 17), "Siempre y Nunca Jamás tuvieron un hijo que llamaron Alguna vez" (pág. 20), "A menudo las promesas no son más que amenazas" (pág. 22)... y así, una tras otro, se suceden los aforismos felices, precisos, sin concesiones más allá de las eventuales caídas, por lo demás comunes a cualquier aforista experto (pues, como a menudo apunta el propio editor, Miguel Ángel Arcas, con su sobrio gracejo granadino, "a todo escribano se le escapa un borrón").

Y es que en *Envasado al vacío* no encontramos tan solo a un magnífico aforista, sino a un hombre en el mundo, con su lucidez a cuestas, bregando desde que se levanta hasta que se acuesta por extraerle al caos de la existencia alguna brizna de sentido (aunque, como él mismo apunta, "La vida, si tuviera sentido, sería insoportable"... pero, ¿quién le hace ascos a alguna que otra coincidencia elocuente? Eso sí, "El día que todo encaje, ya nada tendrá sentido"). Tanto se esmera el autor en organizar mínimamente el alud de sus experiencias significativas, que si en una página afirma "El orden no es más que un caos simétrico" es porque antes se ha permitido postular la pervivencia de "Las estrictas reglas de la anarquía".

La lectura de *Envasado al vacío* depara continuas satisfacciones tanto a quien se maneja en el género como al que acaba de llegar a él: "Cada sonrisa engrasa el viejo mecanismo del universo" (pág. 28), "Nos lamentamos de que todo pase, pero ¿qué pasaría si todo (todo) permaneciera?" (pág. 33), "Los secretos mejor guardado son el motor de todo" (pág. 35), "Los goznes no chirrían, nos están diciendo cosas" (pág. 40), "Las infinitas

combinaciones se reducen a dos o tres" (pág. 41), "Todo es fugaz menos las consecuencias" (pág. 43), "Nadie sabe nada. Aunque se lo calle" (pág. 44)...

Me han llamado especialmente la atención aquellos aforismos que, de manera recurrente, dedica el autor a los pájaros, como una suerte de subgénero en sí mismo. No son pocos, en un volumen de 68 páginas, y no hay ninguno malo: "Cada rama espera su pájaro" (pág. 24), "La sombra de un pájaro se arrastra por el suelo" (pág. 34), "Los pájaros son los únicos capaces de descifrar el día" (pág. 37), "El pájaro se adelanta a la idea del vuelo" (pág. 47)... y el mejor de todos, por su capacidad de dotarlo todo de sentido: "Dios hizo el mundo para que los pájaros tuvieran un lugar donde posarse" (pág. 51). Y es que "Los animales saben mucho más que nosotros porque saben lo justo" (pág. 60); no como los humanos, que ambicionando conocerlo todo, acabamos perdidos en la niebla: "Los claros del bosque a la luz, atestados de gente desorientada en busca de qué" (pág. 58). ¡Ojalá fuésemos lo bastante sabios como para detenernos a tiempo y, como los pájaros, hallásemos en el conocimiento, no una herramienta para dominar el mundo, sino un humilde lugar donde posarnos

José Luis Trullo, *Expirar en la frase más breve. Sobre el aforismo y más allá.* Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2021.

Javier Recas.- Mucho se habla sobre el vigor del aforismo en la actualidad, y, sin duda, no faltan razones para ello. Se lo debemos al impulso conjunto de numerosos y excelentes autores, editores, y entusiastas lectores, junto a la influencia de otros factores. Todos ellos han dinamizado este género fascinante. La presentación del libro que hoy celebramos no quiero ni puedo deslucirla con consideraciones distintas a las de los méritos del mismo, que son muchos, pero debo decir, porque sería injusto no hacerlo, que el nombre de José Luis Trullo tiene que ser resaltado como una de las personas que más han apoyado esta venturosa situación del aforismo en España. Quienes lo reivindicamos como género con mayúsculas, con entidad filosófico-poética propia, sin complejos, frente a otras formas tradicionalmente más reputadas, conocemos bien su labor. Una labor en todos los frentes, empezando por su propia obra aforística (tras el heterónimo de Felix Trull, con títulos como *Metas volantes, Líneas de flotación, La lección de Pulgarcito, Y de pronto, amanece. Apuntes para una despedida*; o con el suyo propio, con *Meandros. En torno a Heráclito*, a cuatro manos con Ander Mayora); su actividad como analista y crítico del género, del que da cumplido testimo-

nio, sin ir más lejos, este libro; o como promotor de toda suerte de iniciativas encaminadas al conocimiento y desarrollo del aforismo en nuestro país. Entre ellas destaca su extraordinaria labor editorial en favor del género. Convencido de que "el libro es la patria de la literatura", y literario es, sin ambages, el aforismo, busca para él el acomodo que merece a resguardo de las contingencias de eventuales tuits o del desamparo de páginas de internet de dudosa calidad. Toda esta experiencia, todo este bagaje, obviamente, se pone en juego aquí, se revela en cada página.

Seguramente no será posible deslindar todas estas facetas para alguien como José Luis Trullo que vive plenamente el aforismo como una forma de pensamiento, incluso como una filosofía de vida, con la conciencia radical de la fragmentariedad esencial de nuestra aprehensión del mundo. Trullo descree del pensamiento sistemático, de la racionalidad totalizadora, una idea que a sus ojos no sólo se ha tornado utópica, sino que ya "empieza a resultarnos risible". Ubicados en este estado de desfascinación, debemos ser honestos, afirma el autor: "No procede continuar con la farsa: no sabemos apenas nada, y lo que logramos concluir, enseguida se diluye otra vez en la corriente de nuevos conocimientos. No hay puerto refugio. Vivimos a la deriva". El aforista actual ha sabido acomodarse a este estado de provisionalidad permanente: si escribe aforismos es porque ha superado las reticencias ante lo efímero, ante lo conciso. Cioran decía: "Sólo cultivan el aforismo quienes han conocido el miedo en medio de las palabras, ese miedo a derrumbarse con todas las palabras". El aforista asume la provisionalidad, sí, pero no la ceguera, asume que el conocimiento es fragmentario, pero asegura que puede llegar a ser luminoso, vívidamente luminoso. Hay en el libro numerosas calas en esta perspectiva (Ética del aforismo, Suelo deslizante: el aforismo a la deriva, Aforismo y pensamiento: una aproximación…), aunque late en todo él esta filosofía.

Es la suya una filosofía poética sobre lo real (o, si se prefiere, una poesía filosófica), que tan sólo nos permite esporádicos relámpagos de comprensión. El aforista, escribe el autor, se conforma "con captar algunos destellos, atisbos, relámpagos, con los cuales articular algo parecido a un prontuario de emergencia personal".

Así las cosas, el aforismo se mueve como pez en las aguas de la ambigüedad, de la insinuación y la alusión, eso que Trullo denomina en el libro el "núcleo líquido" de la expresión, un excelente aliado, desde luego, para multiplicar la productividad semántica de su humilde arquitectura. Y es precisamente esta característica la que hizo del aforismo también, un

magnífico cómplice de la escritura diarística. En uno de los capítulos del presente libro, titulado 'Del cuaderno al aforismo', reflexiona el autor sobre la relación entre esta forma de escritura y el aforismo contemporáneo. Su reflexión es especialmente interesante en tanto resalta un elemento que, aunque señalado por la crítica literaria, no ha sido suficientemente dimensionado en la configuración de la naturaleza del aforismo actual. Confiesa José Luis Trullo su personal simpatía por estas joyas literarias que son los diarios y cuadernos personales (antaño, sin embargo, relegadas a meros instrumentos auxiliares para el conocimiento del autor y su obra) con los que se forjó su inicial apego al género: Canetti, Valéry, Cioran, Pessoa… Sobre algunos de ellos nos ha dejado interesantes reflexiones en los últimos capítulos de este libro.

Las páginas que hoy comentamos recorren diversos aspectos fundamentales del aforismo, siempre desde dentro, desde la admiración y la experiencia en la práctica del género, lejos del frío análisis académico y la vocación taxidermista que preside cierta crítica literaria. Más allá de los acostumbradas rutinas definitorias, desde el comienzo, se coloca al aforismo ante el espejo para preguntar por su huidiza naturaleza, tan patente como incómoda. Todas las definiciones, por meticulosas que sean, provocan siempre, confiesa Trullo, un "cierto desánimo", "una sensación de escamotear lo más seductor del aforismo". Parece como si al definirlo lo estuviéramos traicionando y sólo nos quedara confiar en otro aforismo para dar cuenta de su verdadera esencia. Este es el ejercicio mental al que nos invita el autor, para el que no faltan algunos excelentes metaforismos como muestra.

José Luis Trullo echa de menos una mayor atención a la dimensión ética del aforismo, a esos valores que ponen de manifiesto nuestra forma de relacionarnos, algo que ha sido un rasgo fundamental de buena parte de la tradición aforística. Y ello, no por una simple elección temática o literaria frente a otras, sino por algo que anida en la propia esencia del aforismo, o, si se prefiere, en la forma de pensamiento que demanda: "Se es aforista –afirma Trullo– como aventura ética", como una forma de estar en el mundo con nuestros semejantes sin prepotencia alguna, invitando a la reflexión que el punto final del aforismo inaugura. El auténtico aforista no pretende imponer una forma correcta de pensar o actuar porque "se sabe (y al fin, se quiere) limitado y dueño, como mucho, de sus propias reservas". Cuando el aforista pone en juego sus paradojas, su ironía, sus incertidumbres y perpleji-

dades, está movilizando con ello una apuesta actitud ética de modestia, una filosofía de la ligereza.

Hay en las páginas de *Expirar en la frase más breve* una constante reivindicación del aforismo contemporáneo, del género como expresión literaria y filosóficamente madura, alejada ya de los clásicos cánones normativos, didácticos y universalistas que dominaron buena parte de la tradición aforística. Hay una apuesta, en definitiva, por la explotación de las posibilidades semánticas del género, por fortalecer su peculiar apertura de sentido, algo que, a juicio del autor, se halla en el epicentro del aforismo. Porque, más allá de su evidente brevedad (cualidad inexcusable), necesitamos de la apertura semántica para ser reconocido como aforismo. Es ella precisamente uno de sus vínculos más sólidos con la poesía, o, si se quiere ser más preciso, el nexo entre cierta poesía con determinado tipo de aforismo, el que, desde luego, nuestro autor cultiva y defiende. Desde esta vocación filosófico-poética del aforismo, Trullo tiende un puente entre ambas orillas con tres ingredientes fundamentales: la economía expresiva, los valores imaginativos de la palabra y una decidida elusión de los caminos trillados en aras de nuevos cauces expresivos. Nuevos cauces que, como reza el subtítulo del libro (*Sobre el aforismo y más allá*), están también en la naturaleza misma del aforismo actual: abierto a reinventarse a cada paso.

AA.VV., *Flor nueva de refranes viejos*. Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2021.

Elena Marqués.- «Frente a la funcionalidad centrípeta del refrán, que reconduce las peripecias humanas a un puñado de verdades universales […] la crítica literaria ha visto en el aforismo moderno […] una decidida voluntad centrífuga, que privilegiaría la excepción a la norma», afirma José Luis Trullo, editor de la antología *Flor nueva de refranes viejos,* recién publicada por Apeadero de Aforistas. Y lo hace así, sin decir si está de acuerdo o no con la declaración, siendo, como es, versado en la materia.

Será porque entiende que ambas fórmulas, tanto la versión popular de esas verdades transmitidas oralmente por nuestros mayores como la más culta que enlaza con la tradición de sentencias y apotegmas, y que, según se recoge más arriba, pone el ojo en la singularidad, se complementan y se alimentan la una a la otra, no son sino variaciones de reflexiones y pensamientos, generalmente útiles, que intentan, de manera semejante, arribar a

ciertas certezas y seguridades a las que llevamos dándoles vueltas toda la eternidad.

De hecho, en este ensayo lúdico-literario que reúne a varios especialistas del género breve son varias las veces en las que los autores ponen los ojos en lo mismo. El famoso «El hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra» es versionado por Felix Trull, Miguel Cobo Rosa y Eduardo Cruz Acillona, por ejemplo, y cada uno se fija en un elemento del dicho. O «El tiempo pone a cada uno en su lugar», glosado también por dos de ellos. Porque todo depende, siguiendo otro célebre y socorrido refrán, del color con que se miren los hechos, del punto de vista desde el que, en este caso el aforista, se coloque. Y/o de la intención con que se pronuncien, que en el libro que nos ocupa tiene bastante de homenaje y de juego, aunque incluso en este último caso se revela siempre un deseo de hondura y seriedad («Dos no discuten si uno está pensando», «No hay peor ciego que el que no quiere verse», Cruz Acillona *dixit*).

También las soluciones formales adoptadas en esta antología, tan pequeña en volumen como grande en sentido del humor, y del más ácido (me encanta ese «Si Dios te deja a dos velas, el diablo las apaga», de Miguel Cobo Rosa), las fórmulas sintácticas y retóricas utilizadas por los distintos autores coinciden en muchos momentos, y se resuelven en ingeniosos juegos de palabras; en dichos amalgamados (y yo diría, metafóricamente, aljamiados) compuestos por fragmentos de distintos proverbios («A quien madruga, Dios le da con el mazo», considera Elías Moro); o en derivaciones como la que espeta «Hay refranes que en un principio incomodan y luego, se acomodan», de la almeriense Carmen Canet. Algunos aforistas, así Felix Trull, apuestan por el trastrueque de determinantes posesivos y pronombres personales, como en «Mi belleza está en tu interior» o «Corrígete si me equivoco», lo que establece un nuevo diálogo entre los perennes interlocutores que somos. O cambia el orden de los verbos entre la prótesis y la apódosis de una condicional para aportar una visión más amplia y mágica de la realidad («Si no lo creo, no lo veo»). Al fin y al cabo, toda reinterpretación parte de una nueva lectura de un texto preexistente, y a veces basta con el cambio de un solo término, o de una sola letra («La profesión va por dentro», vuelve a afirmar Canet), para causar el efecto deseado. Que en principio puede ser la sorpresa («Renovarse es morir», sentencia Felix Trull; «Lo cortés sí quita lo valiente», reflexiona de nuevo Canet), y quizás ya con eso sería suficiente, aunque es habitual que esa vuelta de tuerca, tras la sorpresa inicial, o incluso después de arrancarnos una sonrisa, nos haga

ahondar en significados más profundos, y nos conduzca a interpretaciones que se nos habían pasado por alto. Me ocurrió con «A los refranes no les gustan mucho las mujeres, las mulas y las cabras», que solo puede hacernos ver, en esa igualación de animales y féminas (de animales considerados bastante estúpidos, por cierto), lo inadecuados que serían hoy algunos de ellos y la raíz, entre otras cosas, machista de nuestro refranero.

Pero bueno, como todo, los análisis sincrónicos no tienen sentido cuando precisamente estamos hablando de textos tan antiguos y con una idiosincrasia tan específica, y que, además, como reza el título, se someten hoy, en esa edición, a un proceso de renovación con intenciones variadas, donde no faltan la crítica y el retrato de nuestra sociedad y nuestro tiempo, como cuando Tirso Priscilo Vallecillos observa «Es de bien nacidos ser occidentales» o «No es más rico el que más tiene… sino el que más defrauda».

En fin, que, tras leer el libro, comprobamos hasta qué punto los refranes siguen estando vivos y tratan aún de captar la complejidad del mundo que nos rodea, pues, aunque su corpus sea finito, sus paráfrasis nunca lo son. De hecho, parece, por los resultados, que a los seis escritores que han afrontado el reto de definir o redefinir refranes viejos no les ha sido del todo difícil enjaular en unos pocos términos tanto verdades universales como excepciones a la norma. Seguramente porque de lo nimio siempre se pueden extraer grandes ideas, que es la base del género breve: contener, en apenas unos gramos de palabras, parte del peso de la humanidad.

Juan Kruz Igerabide, *Hasta cuándo se puede tener razón*. Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2021, 96 páginas.

Elena Marqués.- A veces, yo diría siempre, la sabiduría abruma. Y otro tanto hacen la inteligencia, la moderación y la lucidez. Capacidades y cualidades que no siempre van de la mano; pero que, en el caso de Juan Kruz Igerabide, cuya trayectoria ya nos anuncia a un maestro, se reúnen para dejar pequeñas grandes píldoras en forma de aforismos de toda índole y asunto, desde aquellos dedicados a Dios, pasando por las revisiones de los distintos e incompletos sistemas filosóficos («Platón, aliado con Jesús, logró confundir a la humanidad. El resto de la filosofía son quejas, más o menos eficientes»), las reflexiones históricas, políticas y sociológicas («Tras el bostezo, llega la rebelión. Tras la rebelión, vuelve el bostezo»; «Quien grita libertad, cuando la oye en otras voces, comienza a temer»), las posibilidades o imposibilidades de la ciencia («Las grietas del omnipotente método cien-

tífico son a su vez omnipotentes»), el acercamiento a la creación y al arte, el metaforismo («El aforismo es una manera discreta de profesar ignorancia»), con una pequeña relación de su evolución y/o variantes geográficas para cerrar el libro, y sin olvidar, por supuesto, al propio individuo y sus múltiples defectos («La mayor parte de la humanidad ensaya para dictador»).

Es en estos últimos donde mejor revela Igerabide su capacidad de observación, su prospección psicológica, e incluso cierta acerada ternura, que parecen términos contradictorios pero no lo son. Al fin y al cabo, el universo está lleno de discordancias («Unos investigadores han descubierto en el vacío absoluto ligeras fluctuaciones de la nada resistiéndose a ser nada. Hasta el vacío tiene sus paradojas»); todo contiene algo y su contrario («El aguanieve, como Hamlet, experimenta el ser o no ser»); y el hombre no deja de ser una criatura frágil y en continua evolución (al menos eso es lo deseable), una hoja arrastrada por miles de circunstancias y coyunturas eventuales que lo hacen vivir a la intemperie («Estar abierto a todo deja a uno a expensas de las corrientes»).

Y esta gran variedad señalada no lo es solo de asunto, sino también de modo de abordarlo, desde un tono a veces irónico («El capitalismo camina hacia la autodestrucción, pero primero está practicando con todo lo que le rodea»), a veces resignado, a veces crítico («Las sociedades fundadas sobre valores sólidos suelen prescindir de un buen número de ellos»), en ocasiones, pocas, aparentemente neutro, hasta muchas otras paródico (las imitaciones de adagios conocidos originan atisbos como «El pueblo, unido, jamás será variado» o «Todo tiempo pasado es mejorable»), pero siempre con la profundidad y dedicación de quien de continuo busca aceptando que no hay verdad absoluta; que la duda, la incertidumbre, la perplejidad presiden el flujo de su pensamiento hasta el punto de hacer a Igerabide afirmar «Cuando me conminan a elegir entre A o B, recuerdo todo el alfabeto».

Desde luego, y más en un mundo tan pagado de sí mismo, «Lo que debería ofender es la no duda», pues el misterio no puede ser desvelado con nuestros escasos y limitados medios («Sabemos con detalle por qué, cómo y cuándo llega la noche, pero no sabemos el qué de la noche»). Seguramente es por ello por lo que la relatividad y sus fallas inspiran al escritor vasco no pocas paremias («Afirmar que todo es relativo es expresar un absoluto sobre lo relativo»; «La ciencia convierte la mayor parte de las ideas filosóficas del pasado en mera curiosidad arqueológica; la filosofía convierte a la ciencia actual en mero pensamiento provisional»; «Toda verdad es momentánea, sobre todo si es eterna»), así como el deseo subjetivo-des-

criptivo de delimitar ciertas realidades (iba a escribir «verdades», pero me he detenido a tiempo), intrínseco a este tipo de sentencias («Diplomacia es habilidad de postergar verdades»), que en su caso, sin embargo, resultan poco sentenciosas.

Es en estos pagos definitorios donde mejor se muestra la personalidad original, y pienso que optimista, de Juan Kruz Igerabide. O pesimista pero revestida de un sarcasmo muy sabroso y sagaz en el que las formas se desarrollan en hábiles paronomasias y derivaciones («Ética es conveniencia conveniente») y alguna que otra imagen lírica.

En fin, que resulta difícil espigar en este rico compendio los mejores sorbos. De hecho, creo que ya he recogido en estas pocas líneas demasiados, incapaz de separar en un campo tan bien abonado el suculento grano de la inexistente paja.

Lo que sí me gustaría destacar es que, frente a otros libros del género a los que me he enfrentado últimamente, quizás más solemnes o graves, con la lectura de *Hasta cuándo se puede tener razón* he tenido una sonrisa casi continua, especialmente cuando asoma entre sus líneas las referencias a la vanidad del escritor («Aquel que lee directamente a clásicos como Dante o Tolstoi, puede prescindir de la literatura actual, piensa el escritor, excepto de la mía»; «En los libros de otros leemos lo que vamos escribiendo en nuestra mente, pero mejor escrito») y a esa fragilidad humana sobre la que cabría hoy más que nunca reflexionar, cuando los acelerados modos de vida, ciertas filosofías baratas y el espejismo de las redes sociales nos esconden la cierta incomunicación que nos rodea («La gente que vive sola da pena a la gente que se cree acompañada»).

Solo me queda, pues, recomendar esta provechosa lectura que se inicia y termina con la misma pregunta sin contestación: ¿Hasta cuándo se puede tener razón? Ni un sabio como Juan Kruz Igerabide quiere, o puede, darnos una respuesta.

Jesús Cotta, *Homo mysticus.* Cypress, Sevilla, 2021.

Carlos Marín-Blázquez.- Defender la bondad sin caer en lo ingenuo. Escribir con sencillez y no incurrir en la simpleza. Sumergirse en las honduras de la creación sin dejar de tener los pies en la tierra. Celebrar la belleza del mundo y no por ello omitir una breve pulsión de dolor por la conciencia de la finitud de todo lo creado. Todas estas premisas se cumplen en el libro de aforismos que ha escrito Jesús Cotta, *Homo mysticus*, y en cuyo título ya

despunta una declaración de intenciones lo bastante elocuente como para que nadie se llame a engaño. Por si no bastara con el título, en las dos páginas que sirven de prólogo al libro, y que figuran bajo el significativo epígrafe de 'Epifanía', el autor describe el instante de su vida, allá por los dieciséis años, en que, tumbado plácidamente a la orilla de un río, le fue dado comprender, en apenas el destello que dura una revelación, el exacto sentido del lugar que ocupaba en el universo.

A partir aquel momento, su incipiente vocación de poeta se orientó hacia un propósito de celebración del que no quedaría exenta la tentativa de desciframiento. "Agradecido y afortunado" son las palabras con las que Jesús Cotta describe su estado de ánimo en aquel trance, y es que, como asimismo explica el autor, la experiencia no aconteció únicamente en el plano inmanente de la pura materialidad de los elementos, sino también –y esto es esencial– en un nivel superior, trascendente, y esa revelación le predisponía en adelante a expresar su gratitud hacia "algo más alto y superior y anterior […] que me había regalado todo el inconmensurable cosmos, y tenía que ser una persona porque solo una persona puede hacer regalos y recibir mi agradecimiento".

Homo mysticus constituye, al hilo de lo que vamos desgranado, un testimonio paradigmático de lo que el autor se propuso a partir de aquella tarde pródiga en esclarecimientos. El libro se nos ofrece divido en sucesivos apartados cuyos respectivos epígrafes acotan cada uno de los campo de significado a los que el autor se va ciñendo. Sin embargo, lo reseñable es que del conjunto de sus páginas emana un tono unitario en el que conviven, sin conflictos ni estridencias, los fragmentos de acento metafísico con evocaciones líricas de tono mucho más risueño y celebratorio. El sentido de la ironía y la paradoja aparecen de manera intermitente y actúan como contrapeso a la gravedad de los temas que el autor aborda. Todo adquiere así, pese a la seriedad última de los asuntos enfrentados, esa ligereza, a la vez honda y alada, tan característica de la mejor poesía o –como en el caso que nos ocupa– del aforismo profundo y transparente que tan maravillosamente supieron cultivar autores como Joubert.

Sin grandilocuencias innecesarias, con ese sentido de la inmediatez tan difícil de lograr en toda creación literaria –y que en realidad resulta al cabo un tanto engañoso, pues cada aforismo de este libro esconde un doble fondo de verdades en el que el lector está invitado a indagar a través de una lectura pausada–, Cotta compone una obra que a la postre se revela como un exquisito breviario de maravillas. Su mirada, que parte del deslumbra-

miento ante la inmensidad de lo creado y no deja de interrogarse por el sentido de la existencia, evita caer en la trampa del absurdo y sortea la tentación del nihilismo a través de dos armas esenciales: el sentido del humor y de la constatación de la belleza. Así, sus quejas, tan justas, las leemos con una sonrisa: "Todo un universo ha sido necesario para que surja mi vida. ¡Ya podía durarme un poco más!" Al igual que sus protestas, que nunca incurren en lo agrio: "¿Transmutaciones, reencarnaciones y energías donde ya no soy yo? No, gracias. No soy tan poca cosa".

Su incansable búsqueda de sentido ("Un mundo que ha producido a un ser capaz de preguntarse por su significado ha de tener un significado") no basta para liberarle, sin embargo, de la latente sospecha acerca de la insuficiencia de los dones que el universo le prodiga: "¡Qué asombrosamente maravilloso es todo! ¿De dónde, pues, el barrunto de que me falta algo?" Ese 'algo' es la clave de que existan la creación poética y el arte en general, esas formas, definitorias de lo humano, de atenuar el aplazamiento de unos anhelos que Jesús Cotta acierta a cifrar en aforismos tan sinceros y precisos como este: "Nunca podré satisfacer en vida el apetito que más me acucia: el de vivir para siempre".

De esa imposibilidad se deduce un fondo de melancolía que el mismo autor se apresura a contrarrestar con fragmentos que exhortan al disfrute de la vida terrena y a la fe irreductible en un más allá en el que se verán colmadas todas nuestras expectativas: "El niño teme nacer y el hombre morir. No saben que después viene la vida". Primicia de esa vida la constituye la mirada del artista en la medida en que se manifiesta atravesada de gratitud y fervor por las cosas más entrañables y próximas de la existencia ("La felicidad no estaba en el arte, el éxito o los músculos, sino cuando yo tocaba las constelaciones desde los hombros de mi padre"), pero también cuando se enfrenta, sin inútiles ñoñerías, a la vertiente menos luminosa del mundo ("Para combatir al malo hay que ser más bueno, pero también más fuerte") o cuando, en el colmo del virtuosismo, se muesta capaz de desbaratar la insinuación de una duda con un golpe fulminante de dialéctica: "Quizá el alma no exista, pero todos tenemos una".

En definitiva, he aquí un libro sorprendente por la variedad de matices y por la sutileza de una expresión depurada hasta el límite. Pero sobre todo resulta asombrosa su naturalidad en el empeño de oponerse al espíritu de nuestro tiempo a través de los medios más elementales, que sin duda son también los que mejor atestiguan el alcance y la fecundidad de la vida del espíritu. Si, como dejó escrito Joubert, "La claridad sola debería bastar para

hacer feliz", entonces este libro de Jesús Cotta es un manantial de instantes felices porque, entre otros muchos méritos, atesora el de ofrecerse ante nosotros como un remanso de claridad, como un espacio de luz tan íntimo como hospitalario.

Juan Manuel Uría, *Infancia es lugar*. Cypress Cultura, Sevilla, 2021.

Miguel Ángel Gómez.- "La realidad depende de tu mirada. Mirar es una actitud", ha repetido una y otra vez Juan Manuel Uría siendo auténtico. Su lucidez le hace no dar rodeos y responder directamente. Pocos escritores a los que la inspiración les acuda a raudales a los ojos, urgente, irremediable.

En *Infancia es lugar* (Cypress) −la serie de aforismos que ahora saca− se encamina laboriosamente hacia el inicio, hacia el interior de uno mismo. Si existe algo como un "espacio sin tiempo" o un "espacio en el mundo sin tiempo", entonces se llama infancia. En ese espacio hubo alguien que oía todo el denso murmullo de toda la gente al hablar. Oía el barboteo de bocinas de coche en la calle. Una moto en el fondo de la avenida. Un aeroplano dirigiéndose hacia la zona de despegue. Pasaba noches intranquilas, con amenaza de tormenta. Se sentaba a pensar. Dibujaba lo que no sabía, pero estaba ahí. Lo que miraba era mirado por capas de sí mismo tras adoptar un ángulo conveniente.

Juega Juan Manuel Uría con lo que es y lo que desea ser, conteniendo la respiración: lo que mira tiene historia de color cobre inoxidable, pero no nombre. "Lo que miro", asegura, "se filtra a través del tamiz en el que quedan escorias y lodo". Juan Manuel Uría sabe esperar, acercarse al brillante collar de luces, contemplarse en el espejo con cierta satisfacción siendo una multitud al mismo tiempo: "Soy todos ellos (…) Los dejo conversar. Cada uno tiene razones que el otro, unas veces, rechaza y, otras veces −las más−, ignora". A más de un lector le recordará a Walt Whitman, aquel que tenía siempre algunas magulladuras conteniendo dentro de sí multitudes que son como un fantasma. Hay en *Infancia es lugar*, el esperado último libro de Juan Manuel Uría, aforismos memorables en buen estado de conservación que tienen sangre en las venas. La patria surreal es un lugar que analizar con perseverancia: "Espacio de la posibilidad donde la razón queda suspendida, donde la lógica se llena de agujeros". El mundo recobrado de la infancia nos obsequia con unos cuantos sitios comunes que mirar con asombro ("La áspera creativa es una infancia que busca no aburrirse, que selecciona algunas piedras y unos palos para construir un hogar"). A ra-

tos el autor parece volver sobre su frase anterior, tratar de reescribirla. Son líneas perfectamente visibles igual que aquellas de F. Scott Fitzgerald que rescato firme: "Mientras se alejaba como una nave sobre un océano laberíntico entre las imprecisas masas nocturnas de los grandes edificios, entre gritos y sonidos metálicos tan pronto silenciados como estridentes, la rodeó con el brazo, la atrajo hacia sí y le besó la boca húmeda e infantil".

Leer a Juan Manuel Uría equivale a pasear por los arrecifes barridos por el viento. Es entrar en una casa perfecta que no es demasiado clásica para adornar. El autor experto en aforismos, reunió aquí, en su volumen, textos breves y dibujos con una sensación de férrea dependencia claramente manifiesta en toda esa organización. No escribe sobre infancia, no habla de infancia. Es infancia. Permanece allí donde no hay tiempo. Las palabras salen precipitadamente. Es un escritor nada aburrido, un excelente escritor que trabaja a partir de su inteligencia. "Lo que miro se entrevera con lo que soy. Con lo que he sido. Con lo que deseo (o ya no deseo) ser".

Los fragmentos que encontramos, nos traen cordeles invisibles que unen las edades con mucha facilidad. "En ese espacio hubo alguien. ¿Hay alguien? Si hubiera alguien díganle que me acuerdo, que sigo ahí". Esto trae corrientes de vida invisible, pensamientos subyacentes.

Va en busca del arte auténtico, abre un armario como un niño, levanta la tapa de un baúl vacío, mira en su interior y después se detiene ante una puerta blanca. Toda la escritura de Juan Manuel Uría conduce a otro mundo de ternura, de resplandor, de pensamiento. O mejor, de lo vulnerable y de lo verdadero de la tierra (esa "pura, sin tiempo para la cual fuimos creados, y que jamás deberíamos abandonar", dice José Luis Trullo en su proemio). No resulta extraño que encontremos aquí un punto de partida y un espacio de resistencia: "en definitiva, la infancia, la poesía y el silencio".

Demetrio Fernández Muñoz*, La lógica del fósforo. Claves de la aforística española.* Thémata, Sevilla, 2021.

Javier Recas.- Tras el sugerente título de *La lógica del fósforo, Claves de la aforística española*, Demetrio Fernández Muñoz se enfrenta con solvencia y también con pasión al singular fenómeno de la eclosión del género aforístico en España. La buena salud actual del género es innegable, avalada por el creciente número de aforistas, ediciones, antologías, convocatorias de premios… a lo que se suma una mayor visibilidad en Internet y redes sociales. A esta exuberancia actual del aforismo, sin embargo, no le han acompa-

ñado suficientes estudios teóricos de calado (más allá de artículos en revistas y prensa, prólogos o reseñas) que alumbren los fundamentos y desmenucen sus recursos formales, que establezcan conexiones con el contexto y la tradición, que, en fin, pongan en marcha un diálogo crítico que arroje luz sobre el género más breve y, seguramente, también más escurridizo. El excelente trabajo de Demetrio Fernández, fruto de una tesis doctoral, responde a esta necesidad poniendo sobre la mesa las cuestiones fundamentales del género.

La lógica del fósforo (esa llama escueta del aforismo de ágil combustión) recorre las grandes hitos del género en España e indaga las causas del actual revuelo aforístico, para decirlo con el autor, desde los años 80 del pasado siglo. Pero no deja con ello de lado la huidiza esencia del aforismo, porque tiene la convicción de que sólo a partir de ella será posible entender cabalmente el fenómeno de su expansión. La ardua tarea de una definición está desde el comienzo sobre la mesa, junto a las razones de este escollo y los diferentes opciones propuestas para esquivarlo. El título del capítulo dedicado a ello es muy revelador: "Hacia una indefinición del aforismo".

Una de las ideas nucleares del libro gravita en torno a que la mencionada expansión del género está estrechamente relacionada con el contexto contemporáneo de la posmodernidad, para la cual el aforismo ha resultado ser un excelente aliado con sus compartidos caracteres formales de fragmentariedad, hibridación, fugacidad, subjetivismo… El aforismo actual se sitúa en este mapa conceptual, pero también bebe del poso poético e ingenioso de la tradición aforística española, con la que comparte un firme lazo de unión y continuidad, como bien detalla el autor.

Este extenso y documentado estudio de Demetrio Fernández sobre la aforística española, se despliega en cuatro enfoques analíticos. El primero se centra en un examen teórico y literario de la naturaleza del aforismo con el propósito de identificar su singularidad como género. Analiza su borrosa frontera con otros géneros breves y con la paremiología clásica y actual. No rehúye tampoco el comprometido debate sobre la linde entre el aforismo clásico y el moderno, cuyo corte suele ubicarse en siglo XVII, en la obra de La Rochefoucauld, aunque no faltan voces que subrayan la continuidad del género desde la tradición greco-latina.

El segundo análisis aborda la aforística española desde una perspectiva diacrónica, para mostrar la continuidad de una rica tradición desde los vestigios del aforismo medieval, pasando por el humanismo renacentista, el barroco y la Ilustración, hasta alcanzar mediados del XIX.

La tercera perspectiva analiza la aforística española del siglo XX y lo que va del XXI con el propósito de aprehender los caracteres esenciales del aforismo contemporáneo. Partiendo de los grandes maestros de la época: Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Ramón Gómez de la Serna o José Bergamín, Demetrio Fernández indaga las causas (contextuales e intrínsecas) del actual renacimiento y su consolidación como género literario. Desde ellos, pero también más allá de ellos, la aforística actual inició un nuevo camino poético y filosófico deudor de la posmodernidad.

El último enfoque analítico de este excelente ensayo aborda los caracteres formales y tematológicos de la aforística española contemporánea para mostrar la función del género dentro de las claves de la Posmodernidad. Una función ambivalente, por lo demás, en tanto que el aforismo actual, como aquella, se muestra reacio a las verdades categóricas y a los metarrelatos aunque, por otro lado, también recela de los escrúpulos posmodernos hacia toda verdad y de las declaraciones de la debilidad del sujeto que proclaman su disolución.

Emilio López Medina, *La verdad de la belleza. 99 aforismos sobre el arte*. Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2021.

Juan Manuel Uría.- El arte es la verdad de la belleza. Un arte moral, sencillamente porque el arte es ética, porque debajo de la pátina estética hay una realidad que quiere ser representada no como es (o aparenta ser) sino como debería ser. La belleza sería esto, una forma de mirar, una forma de estar en el mundo, una actitud. Emilio López Medina vuelve a usar conceptos que parecían de otra época: belleza, verdad, ética, en un campo, el del arte, más dado en los últimos tiempos a hablar de decoración, de entretenimiento, ocupada en dar brillo (falso brillo) a la banalidad de un realismo vacuo, intrascendente, que no va más allá de un horizonte previsible. Que no es ni siquiera horizonte sino mismidad sin significado profundo; trampantojo de horizonte. En definitiva una réplica de lo conocido, sin conmoción, sin transformación, sin la necesaria enmienda a la totalidad de lo que somos (y que es lo que debería provocar el verdadero arte).

Lo previsible no puede ser arte. Lo previsible es un adorno, es un bibelot, es rococó. Por eso López Medina, en sus 99 aforismos, nos habla de otra cosa: nos regresa a la intención original, al impulso prístino del hombre, a su necesidad de dar voz a la naturaleza, a la vida, para que podamos escucharla y regresar así al espíritu, a la transversalidad de un espíritu

que (según Eugen Herrigel, en su *Zen en el arte del tiro con arco*,) tiene forma circular y es un espacio, tal la infancia es un espacio, un lugar que está ahí, más allá del tiempo. Un espíritu que informa a la materia para que traduzca a una forma artística lo inesperado, lo que no se ve, lo inexpresable. ¿Quién trata, hoy, en el mundo del arte contemporáneo, de expresar lo inexpresable? ¿Qué ha pasado con este trabajo, esta misión, propia de poetas, esencial del arte si quiere seguir llamándose arte? René Char, Kandinsky, el pintor de las cuevas de Lascaux, un niño con un rotulador en la mano; todos ellos han sido o son conocedores de que el único lenguaje posible para expresar lo indecible (y que la filosofía sigue sin poder hacer cabalmente) es una pincelada espontánea, un verso intuido, una forma azarosa, lo que nos retrata mejor que cualquier espejo. Así se crea un mundo, no desde la lógica cartesiana sino desde el fulgor, no desde la contención sino desde la exageración (todo arte es esencial y generadoramente exagerado), desde la perfección de lo imperfecto, del titubeo, del garabato impetuoso y no buscado, hallado, necesario como una exhalación. Es la lógica poética, es el lenguaje poético que obedece a una razón igualmente poética, que fundamenta una visión del arte radical (doble raíz que se hunde en lo más profundo de lo que somos y vuela en el aire de lo que vamos siendo) opuesta a la de hoy, víctima de lo accesorio y decorativo (y, sobra decirlo, de lo retórico sin ningún contenido). Arte de hoy que es reflejo, representación él mismo de una sociedad en decadencia, donde lo lúdico es prioritario y, por ende y consecuencia dialéctica, donde el mismo concepto del hombre, el mismo hombre, está en crisis.

Emilio López Medina tiene muy clara esta situación, la ha diagnosticado muy bien y también sabe que el arte es la única respuesta que podemos dar, el más certero tratamiento. Una respuesta que materialmente (sanitariamente) debería estar en el núcleo de cualquier sociedad para darse una estructura, una solidez y tegumento, una solución de continuidad que no la lleve a –si no se hace nada– un terrible pronóstico: la descomposición final. López Medina sabe igualmente que el impulso del artista es un impulso constructor, sembrador, concienzador, y que su trabajo –repito– no sólo puede ser estético sino que, al devenir su tarea una búsqueda de la verdad, de la verdad de la belleza, de la verdad en la belleza, ha de ser ineludiblemente ética, espiritual, transformando lo que miramos porque nos hemos transformado interiormente, y hemos transformando nuestra mirada, dando un nuevo sentido a lo que se ve, a la vida, a la humanidad. Sólo dándole un nuevo sentido al hombre –este sí, verdadero horizonte– podremos rescatar a

la humanidad. Un nuevo sentido para darnos una nueva forma de estar en el mundo; una nueva actitud.

Una nueva forma de trascender. Y en esto el artista es promotor y arquetipo, bien formado y con conocimiento claro de causa, fiel a su arte, a su trabajo, a su impulso, a su labor, a lo que debe hacer y no hacer, evitando la vanidad y lo accesorio del mundo contemporáneo (antiartístico). Fiel casi desde la servidumbre. Fiel como un soldado o un sacerdote disciplinado. Debemos regresar por lo tanto –porque en este caso avanzar pasa, paradójicamente, por regresar– y recuperar el concepto de arte como formador de mundo, creador de mundo, de vida, de ser, recentrarlo (y reconcentrarlo) para que tenga la categoría que ha perdido, quitarle el disfraz ridículo con el que hoy lo viste una sociedad más preocupada en el cálculo y la lógica de lo útil, por lo intrascendente, que por la educación sentimental y la conciencia libre, potencial, de sus ciudadanos.

En *La verdad de la belleza. 99 aforismos sobre el arte*, Emilio López Medina nos entrega un breve manifiesto que podría muy bien servir no sólo a los estudiantes de las facultades de Bellas Artes, sino que podría entregarse, casi clandestinamente, a la entrada de las facultades de cualquier disciplina, así como de cualquier instituto, academia, escuela, teatro, cine, bar, portal, en cada calle, en cada barrio, en fin, a cualquier persona, como un manual o breviario preventivo para evitar, en la medida en que todavía se pueda evitar, que se malogren tantos talentos y tantas energías creadoras, contraponiendo a las inercias inéditos movimientos, y provocando, pincelada a pincelada, trazo a trazo, con paciencia geológica, sin prisa pero sin pausa, el cambio de perspectiva general que tanto necesitamos.

Gemma Pellicer, *Medidas extremas*. Renacimiento, Sevilla, 2021.

José Luis Trullo.- "El aforismo es una ciencia felizmente inexacta", se puede leer en este primer libro de aforismos de Gemma Pellicer (Barcelona, 1972), plagado de felices inexactitudes, aunque también de infaustas constataciones: de hecho, para alcanzar la excelencia toda recopilación aforística ha de combinar, en sabia proporción, un poco de ambas: demasiado inexacta pecaría de inverosímil, demasiado infeliz nos incitaría a la huida,

Aunque Pellicer lleva practicando el género más breve desde hace años (habiendo sido incluida en las antologías *Aforistas españoles vivos*, *Bajo el signo de Atenea*, *El cántaro a la fuente*, *Espigas en la era*), no ha sido hasta 2021 cuando ha visto la luz este libro, organizado en tres seccio-

nes: Esencias, Existencias y Aproximaciones, precedida cada una de ellas por un escolio de Nicolás Gómez Dávila. No he alcanzado a entender el sentido ni la utilidad de esta estructura, pero con todo la doy por buena: sea como fuere, permite transitar por los distintos ángulos de una mirada en la cual se concitan, en difícil equlibrio, la lúcida reflexión y la confesión velada, pues no en vano en todo aforismo deja su autor un jirón de piel.

De la mano de Pellicer emprendemos un pequeño viaje alrededor de ciertos temas caros a la autora: la pujanza del deseo como motor de la existencia, los límites de la razón, la potencia del sueño y de la imaginación para entender la propia vida (y la de los demás), las trampas de la verdad, el valor existencial de la ficción, la amenaza de los nacionalismos... No utiliza Pellicer un tono excesivamente sentencioso, aunque tampoco se priva de afirmar con contundencia aquello acerca de lo cual le caben pocas dudas: "Nada de lo que no vemos deja de ser en ningún instante. Lo que sucede nos atraviesa" (p. 37), "La madurez es un requerimiento a no sabemos qué" (p. 65), "La imaginación pone a la realidad en su sitio" (p. 71), "La felicidad que no nos merecemos nos sabe mejor" (p. 77), "Los otros son nuestras verdaderas máscaras" (p. 84), "El infinito se halla donde los extremos se juntan" (p. 89), "El pasado es un muerto viviente" (p. 92), "Somos los recuerdos que nos interpelan" (p. 105), "Se vive en la edad de la inocencia mientras se aprende, es decir, toda la vida" (p. 133)... En cualquier caso, parece preferir la autora la fenomenología de nuestros autoengaños, y apostar por la reconciliación con nuestras debilidades, desechando la fácil tentación de tender el dedo acusador en todas direcciones.

Echo en falta en *Medidas extremas* una mayor presencia de aforismos que abreven en dos de las fuentes aforísticas más recurrentes entre los que practican el género: el humor y la poesía. No creo que a Pellicer le falten recursos en este sentido; para muestra, estos botones: "La muerte nos parte la tarde" (p. 16), "La realidad es una señora imponente y malvada" (p. 17), "Hoy el gobierno catalán ha declarado unilateralmente la independencia a España. Por la tarde fui a nadar" (p. 104) o "Las ideas que sostienen los aforismos pueden llegar a medir un kilómetro y medio" (p. 110), en el primer caso; "Con la pleamar, las corrientes marinas se dedican a escu(l)pir en la orilla nuestro retrato más anfibio" (p. 37) y "La ficción más vívida (y lívida), un osario inmenso de vértebras, plumas (y espinas)" (p. 51), en el segundo. Ignoro por qué la autora no cultiva con mayor profusión estos registros, pues el conjunto habría resultado aún más rico y variado. Tampoco habría estado de más prescindir de algunos aforismos ("Puigdemont o el

sembrador de discordias", "El mundo va a su maldita bola", o de aquellos en torno a Facebook) cuya relativa inanidad, sin embargo, no logra desemerecer el conjunto, presidido por un tono austero, incluso severo, que hay que degustar a pequeños sorbos y, preferentemente, de buena mañana, con todo el día por delante para recobrarse de los certeros ganchos en la mandíbula que nos asesta la autora con sus precisos aforismos, los cuales nos invitan a "reconocer en todo momento nuestra condición anhelante de seres incompletos" (p. 112).

Paula Díaz Altozano, *Meteórica*. Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2021.

Elena Marqués.- Entre los muchos miedos de mi niñez, aparte de los terremotos y las erupciones volcánicas, me aterrorizaba la improbable caída de un meteorito sobre la azotea de mi casa. No sé si algo tendrá que ver que nací bajo un signo de fuego, pero para nada participaba de la ilusión infantil de las estrellas fugaces, que, más que el planteamiento de un deseo, me arrancaban la convicción de una amenaza.

Nada amenazante resulta, sin embargo, el libro de Paula Díaz Altozano, *Meteórica*; una notable selección de aforismos, buena parte de los cuales gira en torno al arte, al que dedica sobre todo la primera sección. Posiblemente porque, como persona formada en la música (la autora tiene el grado de piano), y como interesada, hasta el punto de encaminar a ello su tesis doctoral, en fotografía artística, cree verdaderamente lo que recoge la cita del cineasta ruso Andréi Tarkovski que precede al texto: «El arte proporciona la posibilidad de que lo infinito sea perceptible». De hecho, en más de una ocasión notamos que, para la aforista, se impone la superioridad del arte sobre el mundo («El cielo copia los frescos de las cúpulas», o, con absoluta claridad, «El arte está un peldaño por encima de la razón»). Por otra parte, a través de estos aforismos bien puede reconstruirse su poética y su aspiración creativa («Escribir un océano»). Y por último (aunque en verdad esto no acabe aquí), como otros tantos cultivadores del género, lanza su propio y muy acertado metaforismo al describir estas máximas como «el chispazo del mechero».

En efecto, brillantes como descargas instantáneas, y de una concisión envidiable, pues en un espacio mínimo abre todo un mundo de sugerencias, caminos y matices, las paremias de Díaz Altozano son tremendamente líricas y sinceras («Desde que nacemos, echamos el ancla a la tierra»), útiles y acertadas (me gustaría reconocerme en este «Crear requiere

una dispersión inicial, un 'no hacer nada' previo»), carnalmente humanas al pergeñar al individuo en su fragilidad y su grandeza y en su eterna búsqueda de seguridades. Su aparente sencillez, sus brochazos de frases sin verbo, como pequeñas definiciones personalísimas, transparentan un espíritu inquieto, sagaz y observador que emerge en la primera persona en más de una oportunidad («Camino a contrapaso», «Soy mi batalla») y que no se sustrae del análisis del mundo contemporáneo («La ideología extrema se muerde la cola»), en el que, como afirma en la segunda parte, «la épica es interior», pues, glosando a Giordano Bruno, dentro de cada hombre se contiene el Universo.

Por supuesto, de esas observaciones sobre el acontecer presente extrae pensamientos válidos en cualquier tiempo y espacio, y eso es lo que confiere vigencia y atractivo a estas sentencias tan poco sentenciosas, tan particulares y a la vez tan apropiadas a cualquier oído que se detenga a escucharlas.

Además, la profundidad de muchos de ellas, que admiten dobles y triples lecturas si se quiere («El Universo es una manzana mordida»), muestra la lucidez de quien, para entender, hunde los ojos en las estrellas (el título del libro no es gratuito), filosofa con un lenguaje accesible, se detiene en la infinitud de lo diminuto y en la reflexión especular (hay muchas referencias a lo dual, al enfrentamiento como energía motriz) para aceptar con convicción el relativismo como fórmula de conocimiento («Lo más pequeño es el sol: un punto allá arriba. La inmensidad está en la hierba que pisamos»), pues, según queda dicho, todo reside en la mirada, fundamental en un buen aforista que desea aportar, sobre los asuntos de siempre (¿no tenemos pendientes las mismas preocupaciones sin resolver?), su propio punto de vista, así como pensamientos-visiones cotidianos que, también en su modestia, desvelan gran profundidad, pues de la contemplación de lo mínimo puede deducirse la verdadera escala del mundo.

Y al mundo y a la naturaleza van dedicados muchos de los aforismos de la segunda parte del libro, al Universo vivo, humanizado («El mar me sueña todas las noches», «Cruzo el límite del camino y el bosque empieza a pensarme»), a la relación con el entorno (no hay individuo solo) a través de la mirada subjetiva y transformadora del poeta.

En esa naturaleza trastocada por el hombre no olvida su intervención y su huella, desde la construcción de un viejo campanario al vuelo del astronauta, aunque me llama la atención que, en esa segunda sección, sea el mar, siempre tan simbólico, el que lo rodee todo, pues con aforismos dedi-

cados a esa misteriosa extensión de agua empieza y termina la autora para dar paso a una última parte que recoge las máximas más llenas de luz, de empatía y de principios («Cada mañana es un nuevo Génesis», «Despierto temprano y abro la ventana: algo en el aire recuerda a los días de la creación», «Tu herida ha empezado a sangrarme»). En ellas comparte de nuevo su visión de que el mundo es inagotable. Y que lo haga en unos momentos tan grises, en que son pocos los que miran al cielo a la espera del milagro de la estela de un cometa, resulta especialmente generoso y es muy de agradecer.

José Luis Morante, *Migas de voz*. Universidad Nacional Autónoma de Ciudad de México, Ciudad de México, 2021.

Ricardo Virtanen.- La aforística de José Luis Morante (El Bohodón, Ávila, 1956), formada por *Mejores días* (2009) y *Motivos personales* (2015) (a los que se acaba de unir *Planos cortos. Aforismos y cine*, 2021, publicado al albor de *Migas de voz)*, se da cita en un florilegio que reúne textos de los dos primeros libros, a los que suma los de un inédito: *A sorbos*. Una publicación que sitúa a su autor en el ámbito del aforismo internacional.

Migas de voz se presenta en la bellísima colección Esquirlas, coordinada por el aforista mexicano Hiram Barrios –muy conocido en España por sus trabajos en este campo– en la Universidad Nacional Autónoma de México. El volumen viene prologado por Carmen Canet, una de las voces clave en el resurgimiento del aforismo en España en el siglo XXI, quien alude a estas migas morantianas como "piezas inteligentes" y "escenas de lo cotidiano". En este sentido se apuntan dos de los axiomas que conforman el aforismo actual. Por un lado, su lado reflexivo, inherente a todo texto aforístico, a medio camino entre el carácter sentencioso de la filosofía y el estupor melancólico de la poesía; por otro, lo inteligente en el aforismo de Morante se fragua dentro de una concepción mixta, cercano a lo que Karl Kraus llamaba "búsqueda civil de la verdad". En este sentido, procedimientos propios como la ironía, la inteligencia, la paradoja, el humor o el sentido poético de la realidad convergen bajo el prisma de la aforística contemporánea, de la que José Luis Morante es destacado representante. Lo poético (la veta metafórica) subyace en el aforismo actual junto a lo conceptual. José Luis Morante es un excelente poeta, y cabalga en la determinación de una frase proteica cuyo fogonazo lírico expresa siempre una idea, o la conceptualización de una idea. La poesía como verdad y como pensamiento. El decir bre-

ve, su opulencia metafísica, lo metafórico instalado en la cotidianidad. El aforismo sintético y punzante de José Luis Morante pretende dar sentido a nuestros actos, a la existencia humana, al devenir escéptico que nos recompone día a día. Por esa razón el aspecto moral tiene tanto peso en su paradigma aforístico. El poeta pensador da constancia de un personaje que reconstruye la realidad, con su visión escéptica e irónica, llena de media verdad o verdad y media, como quería el ya citado Karl Kraus. Por eso escribe: "Alguien escribe. Soy parte de la trama. Un personaje episódico".

A lo largo de los tres libros seleccionados, se constata una formulación de la identidad, una novelización de ideas identitarias, como vimos que titula el apartado final. El aforista ucraniano Leonid S. Sukhorukov, precisamente, definió al aforismo como "una novela de una sola línea". Las migas morantianas condensan –al modo del "polen" de Novalis, o de las "hojas caídas" de Rozanov– una novela de ideas, un pensamiento en movimiento, migas certeras condensadas en un decir mínimo, sintético, con que su autor formula "una hipótesis verosímil", "una verdad creíble", como señala el propio escritor en un apartado final, a modo de poética aforística titulada 'Una novela de ideas. (Apuntes sobre el aforismo)'. Ahí queda explícita la tradición aforística en una de las reflexiones de este apartado que titula 'Tradiciones'. Se dan citas algunos de los nombres esenciales en su aforística: Nietzsche, Canetti, Wilde o Chesterton, a los que sumaríamos nosotros los moralistas franceses (sobre todo, Joubert y Rivarol), o la monumental influencia que representa el edificio del aforismo tradicional: Georg Christoph Lichtenberg, (o, en el terreno hispánico, Juan Ramón Jiménez).

Decíamos al inicio de esta nota que la antología se organiza en tres apartados, los dos libros publicados hasta la fecha: *Mejores días* y *Motivos personales*, más el inédito *A sorbos*, que cierra la trilogía. Los dos primeros formulan una colectánea aforística compacta. La aforística de José Luis Morante se conjura en forma diarística. No en vano, en *Reencuentros* (diario publicado en 2007), aparece la síntesis aforística como una de las piedras arquitectónicas de su narrativa. Así leemos: "Cuando estoy solo ensamblo actividades que acentúan mi condición de solitario inútil", o bien: "Alguien escribe. Soy parte de la trama. Un personaje episódico", que engarza con aquella "novela de ideas" que propone el posfacio final.

Los aforismos de *Migas de voces* vienen a ser una síntesis, una suma de instantes donde queda retratada la vivencia cotidiana, por eso la aforística de esta primera etapa se acerca al aforismo moral, puesto que radio-

grafía la realidad con bisturí de entomólogo. En este sentido, podemos leer algunos textos muy sugerentes:

La crítica debe cultivar el pudor. El elogio gratuito suena a sarcasmo.
El egoísta hace del yo apócope de nosotros.
Quehacer constante: acumula quejas.

La aforística morantiana acumula una variedad grande de recursos. La ironía está presente como una forma de identidad propia: "Ejemplos del vacío, las estatuas carecen de secretos" o "Las virtudes se gastan; solo los defectos tienen voluntad de permanencia"; también como paradoja es recurso útil: "Eligió ser testigo mudo" o "Cualquier soledad está llena de encuentros". Mientras, la poesía destella en unos pocos ejemplos de aforismo poético: "Los derrumbes emiten destellos líricos", que a veces engasta con la greguería: "Tampoco son idénticas las sombras de los árboles". Tampoco faltan las tenues referencias a la tradición, como cuando escribe: "La poesía no ha cambiado. Es un interrumpido diálogo con el tiempo: la suma de ayer, de hoy, de mañana", que nos retrotrae al machadiano "la poesía es palabra esencial en el tiempo". E incluso, dentro de una preterida metapoética, no faltan textos que nos remiten al ámbito poético: "Afronto la escritura defendiendo en común que menos es más; calculo estructuras para que nada sobre" (que ensambla con un título poético de Joan Margarit); con alusión al decir aforístico con la intención de precisar lo indefinible de este género en auge: "Aforismo: un zumbido de avispas".

Sin duda, y esta es una impresión personal, el aforismo del poeta José Luis Morante crece, se expansiona, al tiempo que se concreta, con la inclusión de los inéditos de *A sorbos*, que sin duda se publicará en fecha cercana en toda su extensión. Dentro de los textos que conforman la poética aforística que representa el apartado teórico final, leemos: "Lo mínimo es el dardo". Estos nuevos aforismos, en efecto, quieren asemejarse, desde su mismo titular, a "sorbos cortos", a dardos dialécticos. Los textos tienden a una mayor concisión, donde redundan antiguos procedimientos, como la ironía ("El prudente convierte en coma cualquier punto final"), el escepticismo ("Que raíz tiene la nada") o la paradoja ("Ese empeño en acaparar bocanadas de aire bajo el agua" o "Hay una generosidad periférica, que regala lo que no tiene"), si bien suma nuevas formulaciones, como la humorada (mucho menos presente en los dos primeros volúmenes), detallado en estos ejemplos: "Cuántas vísceras se movilizan a la hora del almuerzo", o

"Último refugio de la épica contemporánea, me he apuntado al gimnasio", transformado en ocasiones en humor negro: "Sus caricias restriegan".

Otros textos de este libro recalan en el aforismo lírico o poético de una manera más pertinaz: "Salgo fuera y me paro: la nieve desovilla su madeja de luz", o en el aforismo metafísico: "El polen en suspensión de la vanidad degrada la espina dorsal de los espejos". También es llamativo el aforismo que pretende la definición: "Tristeza. Su matrimonio era un número impar", "Originalidad, cristales rotos que no repiten trazos" o "Las poéticas son epitafios revisables", muy al estilo de lo que presentó el filósofo y aforista Miguel Catalán en su fundamental *Diccionario lacónico* (2019).

A esta recolecta de nuevos aforismos de *A sorbos*, señalamos algún homenaje expreso, y leemos entre líneas a Borges ("Yo soy otro pero a la vez soy yo" o "Yo soy realmente yo, pero ellos son otros"), Ángel González ("El civismo de mi vista cansada practica inversiones pacifistas, empeñadas en corregir el cuerpo de letra") o Gabriel Celaya ("La poesía es un arma cargada de futuro", solo si los versos emplean el exacto calibre"); si bien también aparecen citados Oscar Wilde, Julio Ramón Ribeyro y Alejandra Pizarnik, en perfecta comunión poética/aforística. Como afirma el final de uno de sus textos, "sé que escribir es caminar". El camino aforístico de José Luis Morante presenta una clara simbiosis con su corpus poético. "La escritura aforística no pasa de ser la sombra larga de una fisonomía nómada", dice en 'El yo plural', primer fragmento de sus apuntes metapoéticos del apartado final. Una fisonomía que deletrea una forma de mirar la cotidianidad que completa una "novela de ideas", migas que son gotas de realidad en la voz de uno de nuestros aforistas mayores.

José Luis Trullo y Felix Trull, *Nunca se sabe*. Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2021.

Elena Marqués.- Siempre he presumido de buen oído. De pequeña (y no tan pequeña), disfrutaba entonando zarzuelas (mi madre sigue conservando algunos libretos, con los que yo me desplazaba por la casa como una profesional del grito), y no digamos en aquellos innumerables y eternos ensayos del coro en el que cantaba con más entusiasmo que acierto. Cuando mis hijas empezaron a estudiar música, yo lo celebré mucho, y quise acompañarlas en su batalla contra su particular lenguaje, y enseguida percibía cada nota mal dada y se lo indicaba arrugando la nariz como una experta en humos. Sin embargo, no he sido capaz de distinguir las ¿dos? voces diferentes que

firman este pequeño tesoro de aforismos titulado *Nunca se sabe*, a cargo del crítico y editor José Luis Trullo y su heterónimo Felix Trull, (autor, entre otros, de *La lección de Pulgarcito)*. Será porque, como buenos dialogantes (a ese sano ejercicio, también en su variante solitaria, dedica el apartado 'Aforismos para besugos'), como mejores condensadores de la tradición aforística y como poseedores de una vasta cultura que, no obstante, se parapeta en la sencillez y la buena digestión de lo leído, son capaces de escucharse el uno al otro, respetar opiniones y asumir como propios pensamientos incluso contradictorios gracias a esa humildad que acompaña, como una sombra benéfica, a la duda con la que se abre el libro. Será porque, como explicaba y sentía Borges, en sus palabras resuenan, tal que un eco, las de una larga tradición literaria, aforística y vital de la que todos, más o menos, bebemos. Será porque «Incluso en el monólogo más absorto subsiste un número de voces rebullendo».

Desde luego, se percibe a la legua el estudio y reflexión que hay tras este libro. Ambos se revelan no solo en torno a los 18 núcleos que, estructurados en dos bloques bien equilibrados ('Aforismos tecleado'», 'Aforismos manuscritos'), componen la obra, y que se reflejan en sus correspondientes subtítulos de aire clásico y porte ensayístico ('Sobre la dignidad', 'De epidemias y pandemias'…), sino en la construcción y evolución misma de un razonamiento que, como descubre a nuestros ojos Enrique García-Máiquez en su excelente prólogo, progresa desde el concepto de la duda, protagonista, como dije, de la sección inicial, hasta desembocar en la certeza de la cuestión religiosa ('Eternidades' y 'Levántate y anda. Sobre la resurrección'). Al menos en la certeza de su necesidad y en una hermosa afirmación de la vida («Soy como el árbol, que sólo crece, florece y fructifica para volver a nacer»).

Entre medias, hay que destacar innumerables aciertos descriptivos plasmados en claras construcciones copulativas («La duda es el correlato subjetivo de una realidad que no se deja apresar»), así como interpretaciones y reinterpretaciones parafrásticas de pensamientos, de tan conocidos y aceptados, incuestionables («Dudo, luego existes», «El infierno es el concepto que tengo de los otros»), sobre los que arroja una luz distinta y siempre aguda.

Me ha resultado especialmente interesante el deseo de delimitación del concepto «dignidad», «esa lumbre sagrada», que se complementa en la sección 'Desapego. Contra la autoestima', la menos aforística por así decirlo, así como el elogio a la imaginación; ese pliegue deleuziano olvida-

do de la razón que es no solo principio de la actividad creativa, sino base de la evolución del hombre, origen del progreso, cimiento de nuestra vana existencia. Al fin y al cabo, tal vez sea verdad que «Vivir no es vivir. Vivir es imaginarse vivo».

No olvida Trull-Trullo, como tema quizás perentorio, frente a otros esenciales como el amor, dedicar un pequeño apartado a los últimos acontecimientos ('Virología urgente. De epidemias y pandemias'); sección que da paso al bloque 'Aforismos manuscritos', conformado por algunos de los adagios más poéticos o al menos más aparentemente baladíes (los árboles, las circunstancias, los tópicos), tras los que siempre se esconden pensamientos de calado («En los tópicos, la verdad duerme un sueño peligroso») y también filosóficos. En especial, contraviniendo a Ortega, son verdaderos dardos los dedicados a las circunstancias por su defensa esperanzada de la libertad y, en consecuencia, la grandeza del ser humano («La circunstancia: arcilla húmeda. En las manos adecuadas, adoptará cualquier forma»; «La circunstancia es una pértiga para el espíritu, una estaca para el cautivo»).

Tampoco puede negarse que, tras el aforista (y tras el crítico, y tras el estudioso), transparece un buen poeta capaz de brindarnos hermosas comparaciones y metáforas, y de encontrar siempre la adjetivación precisa («Una certeza es una duda coagulada»); un filólogo conocedor del significado recto de las palabras para, en un golpe de efecto, emplearlas en el campo incomprendido del humor y la ironía (en literatura, al menos, así lo veo yo, la risa y la sonrisa andan algo desprestigiadas), especialmente en la sección 'Dejar de pensar. Contra las ideologías', donde Trull-Trullo afila el lápiz de la crítica con rotundidades como «Se tienen ideas para dejar de pensar durante un tiempo, e ideología para no hacerlo ya nunca más». Tales pensamientos críticos, como no podía ser de otra manera, se agolpan en la sección 'La poesía contra la política' (no cabía otra preposición para unir ambos términos, estos sí opuestos), donde de nuevo brillan perlas como «El poeta ha de demostrar su talento; al político se le da por supuesto», que podría parecer un chiste, pero, desgraciadamente, no lo es.

Y todo ello apoyado sobre un andamiaje basado en buena parte en la antítesis («La certeza es siempre temporal; la duda, eterna»), en los juegos de palabras, aunque poco juego hay en realidad en derivaciones, paradojas y retruécanos –«Las circunstancias son absolutamente circunstanciales, y no circunstancialmente absolutas. (¿O era al revés?»)– y en las preguntas retóricas, así como en una armazón sintáctica a base de yuxtaposiciones (las relaciones lógicas pueden establecerse aún mejor sin nexo

alguno) y relaciones adversativas y concesivas. E incluso, en contadas ocasiones, con un final suspendido. No sé si porque el autor sigue dudando o porque no hay una sola respuesta a cada cosa. O porque, como anuncia el título, *Nunca se sabe*.

Manuel Neila, *Palabras en curso*. Thémata, Sevilla, 2021.

Elena Marqués.- Me llega este libro en un momento crítico. En un momento en el que he perdido un poco la fe en el lenguaje. Y en su título aparece precisamente el término «palabras», con el que, digo yo, su autor, el extremeño Manuel Neila, se refiere a ese cúmulo de signos, con su significante y su significado apuntando a un referente (1), que la semántica considera mínimas unidades de comunicación. Lo acompaña, además de una clarificadora entrevista realizada por el editor, de la que no me resisto a reproducir a pie de página sus ideas sobre la legitimidad de lo humano por lo mucho que las desarrolla en este libro (2), un elaborado y clarificador prólogo de uno de los mejores aforistas españoles, Gabriel Insausti, que pone el acento, entre otras cuestiones, en el carácter dialógico del texto. De hecho, este se inicia precisamente con una llamada del autor al «lector atento» y una ratificación, allá por el tercer aforismo, de su propensión a la plática. Aunque esta sea entre el caminante y su sombra. Como si, a la manera machadiana, una buena manera siempre (3), el autor conversara con el hombre que siempre va consigo. O, siguiendo en este caso los versos de Quevedo, viviendo «con pocos, pero doctos libros juntos […] en conversación con los difuntos» y escuchando con sus ojos a los muertos. Porque esa es, a veces, la única forma de llegar a entender. Por «resonancias». Sabiendo, accediendo a la tradición, a lo que antes se dijo sobre cualquier tema; que nadie nace aprendido ni el mundo empieza con cada quién y todo libro, toda conversación, todo conocimiento, se suma, como palabras en curso, como extensión de la imaginación y la memoria, al gran libro, por ponernos borgesianos, del mundo. De ahí la inserción de frases ajenas, de pensadores como Joseph Joubert o Paul Bourget, más las continuas referencias a escritores y obras y personajes, desde el Hamlet de Shakespeare, pasando por Gil-Albert, hasta llegar a Unamuno, pues «A través de la poesía, la materia conoce lo que siente; a través de la filosofía, lo que piensa; y a través del aforismo, lo que siente pensando».

A ese duplo de ideas complementarias dedica Neila más de una paremia («La trama de lo que pensamos se despliega sobre la urdimbre de lo

que sentimos en el cañamazo del lenguaje»), y a otras dualidades y opuestos que bien pueden llegar a «entenderse» (aquí el verbo es más bien metafórico), pues un conjunto de contrarios, o de fuerzas opuestas («Pensamiento lógico *versus* pensamiento mítico», verbigracia), es lo que mueve el mundo, y de ahí los recursos empleados, donde la antítesis y el juego de palabra y las estructuras binarias cobran protagonismo para señalar su dialéctica. Léase, por ejemplo, ya que antes recordamos al Tiresias argentino, esto: «Senderos que se bifurcan: el de la buena vida y el de la vida buena».

Pero que es el hombre de carne y hueso e imperfecciones (el hombre, además, posmoderno; el hombre, también, artista. Y, por supuesto, el hombre social) quien centra la atención de *Palabras en curso* se comprueba a la mínima de cambio. «Incapaz de conseguir el control de sí mismo, procedió a ejercer el control sobre los demás». Y, para ello, nada mejor que conocer el significado de aquellas, de las palabras, para lo que Neila nos ofrece alguna que otra definición propia, metaforismos inclusive, a pesar de la dificultad de concretar el concepto: «Aforismo. Canto rodado, saeta verbal, máxima mínima, pensamiento sintiente…» (4), a lo largo del libro. Un libro en el que se detecta un afán crítico, un deseo analítico de la realidad, sin soslayar el sentimiento, ni tampoco la intuición y la conciencia (recuérdese el subtítulo: «Sintiencias y pareceres», con ese neologismo que es, a su vez, hábil paronomasia), como bases, como herramientas para el mejor acercamiento al pensar y pensarse. A la sabiduría. Un libro punzante, inteligente, hondo, duro, directo («Todas las grandes fortunas tienen un referente común: la tumba del soldado desconocido»), poblado de imágenes (véase la definición de desolación: «Insolación producida por exceso de sol invisible», que luego remite a la voz parentética «Confinamiento»), a veces irónico («Los atracadores de bancos han caído en la cuenta de que es más eficaz y provechoso dirigirlos»), siempre crítico (con el político, con el capitalismo, con la estupidez), actual, entendiendo por esto último aquello que, por tratar de entender el presente, la inanidad o farsa en que vivimos, pero también las ambiciones que nos mueven (la felicidad, un deseo siempre presentido, recordado, y nunca alcanzado; el amor y su contrario y sus desiertos intermedios), deviene intemporal, que es como decir eterno, pues «Las respuestas cambian con el tiempo; sólo las preguntas permanecen». Quizás porque para eso sirve el aforismo y este es (vuelvo a una de esas definiciones metarreferenciales), en su sencillez estructural, en su apariencia poco amenazadora, «copo de nieve que provoca un alud». Es cuestión de atender al silencio previo y posterior a ese derrumbe. Y aprovecharlo.

NOTAS

(1) A la relación entre las palabras y las cosas dedica alguno de sus aforismos, y al lenguaje en general, y también al lenguaje poético y a quien convive y trata con él.

(2) «Lo propio del hombre, de la denominada erróneamente "naturaleza humana", es la relación que establece consigo mismo (conciencia), con los demás hombres (sociedad) y con la naturaleza (para unos) o la trascendencia (para otros). De ahí que resulte impropio hablar de la crisis (o muerte) del hombre, cuando lo verdaderamente apropiado sería hablar de la crisis (o muerte) de la sociedad».

(3) De hecho, algo así como una glosa encontramos en uno de sus aforismos de la sección III: «Mi verdad, tu verdad, su verdad…».

(4) Pero hay más: «Aforismo. Relámpago en la tormenta, brasa en la hoguera, huella en la arena, grieta en la conciencia, aguja en el pajar». Y, también, algunas indicaciones de los componentes de tales sentencias, con especial atención a la brevedad y los silencios reflexivos que las rodean.

José Luis Morante, *Planos cortos. Aforismos y cine.* Ediciones Trea. Gijón, 2021.

Carmen Canet.- Una nueva incursión en el aforismo es este libro dedicado al arte cinematográfico, titulado *Planos cortos,* última entrega de José Luis Morante. Con un prólogo de Juan Varo Zafra, que comienza con una serie de definiciones magistrales acerca del cine: de Alfred Hitchcock, Ramón Gómez de la Serna, Jean Luc Godard y Andrei Tarkovski, para concluir con la del mismo Morante. Varo, disecciona y hace una personal y certera clasificación sobre los aforismos que integran el volumen y dice: "El modo complejo en que ese mundo se relaciona con el nuestro común es, a mi juicio, el asunto de este libro.". Los protagonistas que se proyectan en estas páginas son el amor al cine y a la literatura.

José Luis Morante, abulense pero afincado en Madrid, es profesor, poeta, aforista y crítico literario. Recoge su quehacer poético en las antologías *Mapa de ruta* (2010), *Pulsaciones* (2017) y *Ahora que es tarde* (2020). Cultiva también la prosa e importantes ediciones críticas. En el campo de la escritura breve tiene publicados los libros *Mejores días* (2009), *Motivos personales* (2014), las ediciones *Aforismos e ideas líricas*, de Juan Ramón Jiménez (2018) y la antología *11 Aforistas a contrapié* (2020). Y *Migas de voz* (2021), antología de sus aforismos.

Planos cortos es un título bordado para hablar de cine y de aforismos ("El aforismo parte desde la conciencia. Es testigo implicado; la visión de un director que dispersa planos cortos"). Con citas de Marco Aurelio, F. Nietzsche y Woody Allen abre el telón de estas frases que como fotogramas se suceden. Así *Planos cortos*, son dos términos cinematográficos que tienen también toda la dosis necesaria que el aforismo requiere.

Es un viaje por el tiempo al que Morante nos tiene acostumbrados, un camino paralelo donde realidad y ficción confluyen de forma natural, y como en un laboratorio de conciencia, en su cuarto interior revela como si fueran fotografías. Así despliega su vuelo en estos segmentos en donde proyecta recuerdos que utiliza como objeto del montaje. Su gusto por contar se asoma a esa ventana indiscreta que unas veces nos abriga y cobija, y otras nos evade, cuestiona y salva.

La identidad de Morante late y le delata en estos aforismos que reflexionan sobre lo humano, y que como espectadores anhelan ver en la gran pantalla un guión justo y digno. La vida sale por momentos de nuestra escena cotidiana y nos devuelve a unos paisajes, a unos horizontes lejanos menos decepcionantes, lo hace con una actitud solidaria, cabalgando por todas las latitudes.

El paso del tiempo, el amor, la soledad, la utopía, entre numerosos temas son las secuencias que filma Morante en este pase-homenaje que hace al llamado séptimo arte: "La proyección trastoca planos existenciales. Todo es sueño; la realidad camina bajo la superficie de las cosas", "La vida social no existiría sin el cine. Somos una avalancha incontenible de actores", "Habitamos dentro de un cuarto oscuro; cada soledad petrifica su película". Nos transporta en algunos momentos, a través de imágenes imborrables, a *Cinema Paradiso* y a rodajes que llevamos grabados en la retina.

No podía faltar en este repaso, el uso de un campo semántico léxico-cinematógráfico así desde el título del libro, pasando por taquilla, casting, secuencia, imagen, butaca, doblaje, travelling, publicidad, NODO, acomodador, largometraje… Ni tampoco la referencia a películas como *El hombre invisible*, *Thelma y Louise*, *Blade Runner*, *Avatar*, *Matrix*, *Un perro andaluz*, con alusiones a películas como *El discreto encanto de la burguesía*, *La vida es bella*, *Mar adentro*, *El Mago de Oz*, o *Duelo al sol*, o a personajes ("Embalsamada en la memoria, la épica superviviente del general Custer anhela el pantalón corto con culeras y el pan con chocolate"). Convoca a directores como Almodóvar, Pasolini, Woody Allen, Walt Disney… y a actores emblemáticos como los hermanos Marx, Buster Keaton,

Charlie Chaplin, Clint Eastwood, James Dean, Marlon Brandon y Cate Blanchett, entre otros. Todo un paseo magistral por la alfombra roja de la historia del cine. Un repaso memorable.

Es un toque al recuerdo la clasificación que aparece del cine: en pantalla grande, cine en casa, cine de arte y ensayo, cine histórico, mudo, en 3D, cine de barrio, de verano, cine matinal…

La filosofía de Platón, Hegel, Nietzsche, Shopenhauer y Kierkegaard, entre otras, habitan entre estas brevedades.

El cine como abrigo nos quita de la intemperie por un rato. Asombro, ironía intercalan también estas frases: "El evento presiente la diversión en rebaño", "El silencio labial con variaciones de la última fila", "Suponía que dar codazos a los dormidos en el cine era un trabajo estable", "El cine es un reducto, el punto cero de un enclave sin mapas". Es relevante la importancia que da a la mirada, sus ópticas variadas, y la disposición establecida que parece sorteada pero en donde todo está medido, supervisado decorado, vestuario y demás funciones.

A modo de epílogo, José Luis Morante añade una 'Nota de autor' en donde nos manifiesta: "Padezco una temprana vocación cinéfila…", y habla sobre el relato entre cine y literatura.

Está publicado bajo el sello impecable de Trea Ediciones, una de las primeras editoriales que crearon colección de aforismos. El motivo de la cubierta, de Fernando Menéndez y Mila García, es excelente.

José Luis Morante, con su claqueta, emprende la acción con esta definición, primer aforismo del libro: "Cine: oficio de la luz"; más adelante escribe otras, "Cine: claridad que viene de la sombra" o "Cine, poesía en los ojos". A partir de aquí ya viene todo rodado, toma ángulo y filma desde su sillón de director estos planos cortos, estos fotogramas sobre la experiencia, siempre esperanzadora. Repasa nuestra existencia con sus decepciones, también lo hace desde su butaca de espectador. Así baja el telón con este último aforismo de tinte machadiano: "El olmo seco, el final de esta historia espera otro principio".

Rafael Ruiz Pleguezuelos, *Talía desencadenada*. Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2021.

Elena Marqués.- En este teatro del mundo, escribir una obra sobre el primer elemento del sintagma que abre esta reseña debería implicar necesariamente al segundo. Sobre todo si pensamos que el género dramático tiene,

entre sus funciones, la de ser reflejo de la sociedad en que se desarrolla. De hecho, algunos dramaturgos ponen todo su empeño en colocar sobre el escenario un espejo en el que mirarnos y reconocernos. No me parece mal. Como buena Aries, yo he sido siempre de ir en busca de grandes tragedias personales, y por ello universales, a lo Shakespeare, Corneille o Calderón. O sea, no tanto reflejo de la sociedad, que también, como de la vida.

No sé qué preferencias tendrá el autor de este *Talía desencadenada. 100 definiciones de teatro (para no quedarse con ninguna)*, dramaturgo él mismo, autor también de la novela *La botella de Bukowski* y, según se ve, padre de estos aforismos y/o reflexiones, acerca del género más conocido por él desde todos los elementos que lo conforman, aunque al encontrar en el número 18 esta afirmación, «La vida no es comedia ni tragedia. La vida es teatro», creo que podríamos hacer buenas migas. También porque tras algunas de esas espurias definiciones se detecta un inteligente sentido del humor y, por imposición del propósito que alumbra el libro, una reflexión metaliteraria continua, que es campo de mi interés; un acercamiento dialógico y conflictivo («El teatro contemporáneo es un actor tan perdido que ya no sabe cuándo reír y cuándo llorar») que hace a Ruiz Pleguezuelos emplear la paradoja para sus intentos de descripción (léanse los fragmentos 17 y 57, entre otros), junto a palabras contundentes como «batalla», «salvación» o «paraíso», así como concluir, según deduzco, que hoy más que nunca debería convertirse el teatro en un género rupturista, golpeador, subversivo, distinto. Aunque, como recuerda en el aforismo 19, esa opción le haga perder admiradores. De hecho (no puedo parar de citar: esto es una mina), «Todos los autores de teatro de la historia estarían olvidados si no hubieran hecho lo contrario de lo que se esperaba de ellos».

Quizás por eso este pequeño volumen se abre con afirmaciones como «Hacer teatro hoy es ofrecer a la gente lo que *cree* que no necesita» (el subrayado es mío) o «El teatro es lograr que el actor diga todo aquello que debería callar», que me recuerdan al papel del bufón de la corte, quien, camuflado en su aspecto y su disfraz algo estúpidos, y a través de la siempre útil herramienta de la ironía y el humor, tenía venia para burlarse del mismísimo monarca.

Porque la función crítica es, ya lo he dicho al principio, una de las propias de las tablas. La palabra apuntando con el dedo acusador, pero también el silencio, la mímica, el gesto, la improvisación. Escribir una historia sin escribir una historia. Y es que este género literario, a pesar de lo que implica el lexema, en este caso el segundo, de este nuevo sintagma, trasciende

sus propias herramientas y es mucho más que un puñado de palabras sobre un fondo bien blanco.

Por ello me resultan especialmente interesantes los textos que, siguiendo las teorías de la recepción, conceden su papel en la finalización de la obra a todos aquellos que les dan vida, pero también al espectador («El teatro es el género más poderoso porque es el único que suma las inteligencias de todos sus creadores»); los que reflexionan sobre la maravilla de actuar en el escenario (léase el aforismo 31); los que hablan sobre la honestidad, la verdad y la función ética de la representación, donde yo incluiría el fragmento 54, esa descripción del monólogo como «la voz del alma que se escucha a sí misma», que es mucho más que ese género o subgénero para cómicos de medio pelo que está tan de moda.

Y, siguiendo con las modas, que no parece un término adecuado para enlazarlo con el arte, también son destacables los aforismos y reflexiones que tratan sobre la trascendencia de las obras inspiradas por Talía y su vida futura («El teatro no es flor de un día, sino espina de siglos»), así como los que recuerdan, cómo no, sus nobles orígenes («Que lo que nació en Epidauro no muera en la frivolidad de un camerino»).

Por cierto, a estas alturas creo que no hace falta justificar que Ruiz Pleguezuelos haya elegido a la musa inspiradora de la comedia y de la poesía pastoril en vez de a la trágica Melpómene para el título del compendio, pues el tono, desde el mismo título y subtítulo, resulta más amable que sesudo, aunque no banal, pues detrás de sus descripciones hay seriedad y conocimiento, dos cualidades que no siempre acompañan a los autores de hoy, junto a una buena dosis de humildad. Basta con pensar que, después de ofrecernos tantos fragmentos explicativos sobre el género, el autor ni siquiera se atreve a quedarse con ninguno. Incluso (eso ya es una imaginativa interpretación personal), a pesar de anunciarnos una centena de definiciones, finalmente solo encontramos 99, lo que me lleva a deducir que la última será la que cada lector, elemento fundamental en la elaboración de todo libro, quiera añadir inspirado por la musa.

AA.VV., ***Tierra de aforistas. Andalucía y el género más breve.*** **Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2021.**

Ricardo Álamo.- Sabido es que el poeta, narrador y también aforista Juan Ramón Jiménez no era muy dado a la chalanería ni a las alabanzas gratuitas a la hora de enjuiciar críticamente cualquier producción artística en cual-

quiera de sus formas. Sin embargo, esa independencia e integridad de juicio del poeta moguereño algunos enemigos suyos la quisieron hacer pasar por el perfecto camuflaje de su aspereza, cuando no de su malhumor. Y si bien es cierta esa volubilidad anímica del Nobel español, mucho más lo es que nunca se dejara sobornar por ninguna clase de sectarismo a la hora de juzgar, por ejemplo, las verdaderas razones que subyacen en la elaboración de una antología literaria y de por qué se incluye a unos escritores y se excluye a otros. Según él, el principal motivo que explicaría la confección de ese tipo de libros es que se suele tener en cuenta más el grado de amistad, de enemistad o de pura indiferencia existente entre quien elige a los antologados y éstos que la calidad o la importancia de los textos de los autores seleccionados. *Tierra de aforistas* es una antología de aforismos preparada al efecto por José Luis Trullo, y si uno se atiene a ese criterio censurador de JRJ sobre las antologías, habría que preguntarse entonces si los veintiún escritores incluidos en ella son realmente los más valiosos de entre los innumerables aforistas andaluces que actualmente se dedican de lleno o en parte a este cada vez más fatigado género literario. La respuesta, obviamente, solo puede dárnosla una lectura minuciosa de los antologados, pero no únicamente de los aforismos contenidos en el libro, sino también de las obras que cada uno de ellos ha ido publicando hasta la fecha, así como de las de los autores no seleccionados. Naturalmente, una tarea como esa constituiría en sí misma una quimera o una proeza, solo al alcance de un concienzudo y atento lector que estuviera completamente al día de todos los libros de aforismos que se publican en nuestra tierra. ¿Es Trullo ese panóptico y hercúleo lector? Teniendo en cuenta su ya extensa e intensa dedicación al género aforístico, tanto en su función de editor como en la de escritor y antologador, no me cabe ninguna duda de que así es y que, por consiguiente, la nómina de aforistas que participan en su antología es la más representativa de Andalucía, lo cual no quiere decir ni mucho menos que la valía de todos ellos se deba medir por igual, pues la facilidad y capacidad para pergeñar sentencias memorables no afecta de la misma manera a unos y a otros. A Trullo, por otra parte, le llama la atención que, a diferencia de otras regiones de España –a excepción, tal vez, del País Vasco, también pródiga tierra de aforistas, como bien saben los lectores que hayan tenido en sus manos *Marcas en la piedra. Doce aforistas vascos* (editorial Renacimiento, 2019)–, Andalucía se destaque por mucho en el panorama nacional e internacional de la producción aforística, cosa singular. O no, si nos remitimos a la tradicional habilidad que los autores del sur han tenido para componer refranes,

dichos y agudezas (y ahí están para demostrarlo los casos de Séneca, Antonio Machado, Carlos Edmundo de Ory o del propio Juan Ramón Jiménez, quien por cierto aseguraba que tenía escritos y guardados en un cajón más de cinco mil aforismos).

Llama asimismo la atención que un buen número de los participantes en *Tierra de aforistas* sean poetas o profesores, o poetas-profesores. Por poner solo algunos ejemplos: Emilio López Medina, Miguel Cobo Rosa, Javier Salvago, Álvaro Salvador, Enrique Baltanás, Carmen Canet, Florencio Luque, Enrique García-Máiquez, José Manuel Benítez Ariza, Jesús Cotta, Juan Varo Zafra o Erika Martínez. No sabemos muy bien la razón de esta querencia de los poetas y de los profesores por la brevedad, pero lo cierto es que abundan más que los novelistas y los ensayistas, y ello no se explica –o se explicaría mal– si se pensase que el grueso de los aforismos de estos autores bebe primordialmente de fuentes líricas o que el propósito de sus ideas persigue más que ninguna otra cosa lo edificante. Ni lo uno ni lo otro. Más bien la ironía, el humor inteligente no exento de mordacidad, la (auto)crítica irreverente, cierta causticidad, la necesaria hondura o un decir afín con lo políticamente incorrecto son las formas más expresivas de la mayoría de ellos. En este sentido, como muestra de un humor socarrón y vivaz destacan los apuntes cáusticos, aunque a veces parezcan ingenuos, de Enrique Baltanás, autor que hasta la fecha ha dado a luz un solo libro de aforismos, *Minoría absoluta* (2010), con mínimas máximas tan punzantes como estas: "Kant tenía una filosofía de solterón: para él, efectivamente, la cosa en sí era impenetrable", "Si las piedras hablaran… pronunciarían discursos muy duros", "Mirarse de reojo en el espejo, ¿no es espiarse a uno mismo?" o "El sol sale para todos, pero no todos se levantan a la misma hora". En esa misma línea de mordacidad y sensible inteligencia crítica se mueve Miguel Cobo Rosa, del que no me resisto a ofrecer algunos ejemplos de su tendencia a la acrimonia: "Como humanos, tropezamos más de una vez con la misma piedra; pero siempre hay alguien cambiándola de sitio", "*Oxímoron profiláctico*.- Por higiene mental, hay que evitar el lavado de cerebro", "Cuando abrazamos una causa con demasiada fuerza, corremos el riesgo de asfixiarla", "Cuando me constituyo en mi abogado defensor, pierdo el juicio", "En todo viaje interior hay un extravío" o "El traje de la vida nunca se ajusta a nuestra medida". Por su parte, los aforismos de José Manuel Benítez Ariza rezuman hondura reflexiva, aunque también en ocasiones los hace volar con cierta gracia o ligereza: "Descartar como inútil todo entusiasmo público que en privado no te parezca más que un disfraz",

"No es suciedad: es solo el pasado, que ha dejado su costra", "Atar muy en corto esa parte de nosotros mismos siempre dispuesta a desfilar" o "Una buena manta abriga siempre más que una bandera". El caso, en fin, de José Mateos es quizá el mejor exponente de un tipo de aforismo que, sin ser el que más abunda en esta antología, es de los más logrados en cuanto a elusión del ingenio y el juego verbal, aunque eso no quiera decir que el escritor jerezano no se deje ganar a veces por la perspicacia de la chispa: "Si ves en lo que se ve solo lo que se ve, qué poco ves", "Para creer en la realidad se necesita mucha imaginación", "La verdad es cárcel cuando es refugio", "El paraíso existe. Cada vez que nos alegramos entramos en él", "Leer bien consiste en no olvidar que debajo de cada frase, de cada palabra, hay una promesa"…

Podría seguir poniendo más ejemplos de las diferentes maneras en que muchos de los aforistas aquí reunidos dan muestras de su buen hacer en este difícil y esforzado género, pero mejor será que el lector amante de las breverías no se lo piense dos veces y vaya a explorar por sí mismo esta fértil tierra de aforistas.

Por último, y parafraseando a César González-Ruano, a quien le gustaba repetir que en España antes y después de la Guerra Civil se estaba viviendo, sin que nadie se diera cuenta de ello, la edad de oro del artículo periodístico, se podría decir casi sin miedo a equivocarnos que en la actualidad estamos viviendo la edad de oro del aforismo, aunque con la salvedad, esta vez sí, de que una gran parte de los lectores y una no menos considerable parte de los escritores sí se están dando cuenta de ello. Que tal cosa sea así es motivo de enhorabuena para la literatura, pero también un acicate para no rebajar la exigencia y seguir manteniendo rigurosos criterios de lo que pasa por ser o no ser propio de este lacónico género, evitando de esa manera convertir esta exuberante edad de oro en una espuria edad de oropel.

Tirso Priscilo Vallecillos, *Breve catálogo de autoridades en el arte del aliento, malaliento y otras exhalaciones poéticas.* Trea, Gijón, 2022.

Ricardo Álamo.- Indicativo del tono burlón y humorístico que tiene este *Breve catálogo* de Tirso Priscilo es que las 'autoridades' a que hace referencia el título del libro sean, entre otras, Peter Pan, Donald Trump, Kim Jong-un, Ned Flanders o Alonso Quijano. Al prologuista, Paulo A. Gatica Cote, le llama poderosamente la atención que el libro tenga una compleja estructura compositiva y una extraordinaria pluralidad formal, amén de es-

tar vertebrado a partir de un impulso centrífugo y antitaxonómico, dada su condición proteica y cierto estilo nacido de la incomodidad.

A mí, por utilizar palabras menos rimbombantes, lo que más me admira de este singular libro es que, como ocurre con los libros de aforismos de Mario Quintana o con las greguerías de Ramón Gómez de la Serna, me deja una sonrisa durante un buen rato después de haberlo leído y releído. Porque si algo precioso tienen los aforismos de Tirso Priscilo es que no son pedantes ni cargantes, sino más bien todo lo contrario. La gracia, la ironía, el juego de palabras, la incitación a hacernos pensar sin la gravedad de lo sentencioso, la huida de lo pomposo o una no oculta inclinación a darle continuidad al horaciano *prodesse et delectare* (enseñar deleitando) son algunas de las señas de identidad más destacables de los más de cuatrocientos aforismos que conforman el segundo libro de este autor "andaluz y leonés a partes iguales".

Estructurado en diecisiete secciones (cada una de ellas bajo el auspicio del nombre de una más o menos rocambolesca 'autoridad'), el libro ofrece una variopinta muestra de la multitud de voces que, como si de un ventrílocuo literario se tratara, Tirso Priscilo es capaz de desplegar en muy pocas palabras. Así, por ejemplo: "Espejo: puerta giratoria de la autoestima", "Los espejos de IKEA reflejan las mismas personas por todo el mundo", "Que lo que ha unido el hombre no lo separe Dios", "La gente que grita cuando discute parece que siempre quiere llevar la sinrazón", "De los *millennials* lo mejor es el nombre", "Hay hombres que piensan que su pene es una llave maestra", "Esa gentecilla tan salada que no hay quien se la coma", "Esa gentecilla que aunque parezca tonta lo es". O ese cómico "Ya no creo en el urólogo, soy apróstata". Según Paulo A. Gatica, esas secciones en que está dividido el libro "componen una suerte de estructura contrapuntística con momentos de tensión y distensión muy marcados", en los que, además, aparecen algunas de "las obsesiones recurrentes del autor en toda su trayectoria", tales como "las relaciones afectivas, la cultura popular, la denuncia y deconstrucción de un sistema de valores tradicionales, el mundo/mundillo de las letras y la creación literaria". Quizá uno de los ejes centrales del libro sea precisamente este último, pues no en vano ya la sección primera (titulada 'Hipatia') la dedica a cuestiones relativas al lenguaje, la ortografía, el habla o las palabras, lo mismo que ocurre con la sección novena (titulada 'Truman Capote'), donde la escritura, los poetas, los premios literarios, el plagio o los libros son *casibus* (casos) en los que se centra la afilada y penetrante lengua de Tirso Priscilo, que sin complacencias ni auto-

complacencias no deja títere con cabeza a la hora de emitir juicios de valor sobre el mundillo literario y sus alrededores, pues como él mismo dice en uno de sus adagios "Me enfrento al mundo con un lápiz muy afilado; parece ingenuo, pero así nadie ve mi arma". De su mordacidad contra cierta forma de entender la poesía afirma: "Quien dice que los poemas le caen hechos confunde poesía con ladrillos: desconoce que con estos sí se pueden construir poemas", "El poeta como el ventrílocuo… cuanto menos mueva la boca mucho mejor" o "Dos poetas discuten sobre la esencia de la poesía y, según sus marcadores, ambos ganan".

Decía Andrés Trapiello que lo bueno de los aforismos es que son la síntesis entre la punta de un iceberg y un atajo, pues debajo de cada uno de ellos, si es bueno, aguarda un continente, y además no nos hace perder el tiempo nunca. Y ciertamente eso pasa con los aforismos de Tirso Priscilo, quien, a diferencia de muchos aforistas que se limitan a parafrasear a otros aforistas o, todavía peor, a parafrasearse a sí mismos, ha sido capaz de crear todo un continente, original e ingenioso, moderno y hecho para el deleite, con aciertos tan peculiares como esas tres modalidades que él llama esagentismos, in-citaciones y locurismos, y a las cuales dedica un capítulo o una sección propia y diferenciada en este libro (Ned Flanders, Alexa y Donald Trump y Kim Jog-un respectivamente). Los esagentismos se llaman así porque empiezan todos con el latiguillo *esa gentecilla que…*, cuyo diminutivo, gentecilla, es ya toda una declaración de guerra a esa gente muy pagada de sí misma por creerse engañosamente importante o especial o más sustanciosa que los demás ("Esa gentecilla que aspira a conseguir el premio Princesa de Asturias por sus ideales republicanos" o "Esa gentecilla que se pone alerta cuando comparte comida"). Por su parte, las in-citaciones completan el inicio de una cita o de un dicho o de un proverbio, más o menos conocido, con una guinda burlona ("*No son molinos, amigo Sancho…* Sino peligrosas hidroeléctricas de puertas giratorias", "*(Mateo 14, 14-21) Y tomando los cinco panes y los dos peces alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a sus discípulos…* Atención: ¡no intenten hacerlo en sus casas!"). En cuanto a los locurismos, el propio término ya indica hacia dónde apuntan sus intenciones, que no son otras que las de poner de manifiesto lo que de diversión y locura puede hacerse con el lenguaje cuando se apresta a enfrentarse jocosamente con la realidad ("El tema del amor el sadomasoquista lo lleva cogido con pinzas", "La eyaculación *pre-coz* solo debería existir en zoofilia" o "¿Informar sobre los genitales femeninos se puede considerar divulvación?").

Sin duda *Breve catálogo de autoridades* no es un libro más de aforismos. No es un libro cualquiera. Y mucho menos lo hubiera podido escribir cualquiera, pues solo en estado de gracia se escriben los grandes libros, cosa que, a tenor de la chispa y agudeza mostradas por este autor andaluz y leonés, parecieran consustanciales a su travieso y lapidario quehacer.

Ramón Andrés, *Caminos de intemperie*. Galaxia Gutenberg, Madrid, 2022.

José Luis Trullo.- Con el paso de los años, la figura de Ramón Andrés no ha dejado de agigantarse, pasando de ser un nombre relevante en el ensayo y la poesía a una referencia intelectual de primer orden en nuestro país; buena prueba de ello es la reciente concesión del Premio Nacional de Ensayo por su libro *Filosofía y consuelo de la música*. Personalmente, siempre he leído con entusiasmo sus magníficos aforismos (con títulos señeros en el género como *Los extremos*, *Puntos de fuga* y *Malas raíces*), en los cuales plasma toda su sapiencia sin hacer la menor concesión a la ligereza, la vanidad o la pedantería.

En *Caminos de intemperie* (Galaxia Gutenberg, 2022) nos encontramos, sin embargo, en un terreno nuevo, el del cuaderno literario, en el cual ya no solo comparecen magníficos aforismos *tout court* («La ilusión ilustrada: amaestrar para la libertad», «Conocer nuestro cuerpo es viajar a una civilización antigua», «En nuestros restos hay jirones de antiguas caídas», «A la melancolía, si crece bien, le sale corteza»… y un larguísimo pero jugoso etcétera), sino todo tipo de anotaciones de mayor o menos longitud y condición: así, junto a piezas de carácter crudamente autobiográfico, tanto acerca de su primera infancia como de la recién conquistada senectud, leemos minúsculos ensayos reconcentrados acerca de Dios, el antropoceno, la tecnología (una de sus bestias negras), la música en los campos de concentración, o nos presenta el perfil de Savonarola o el de una oscura y atractiva musa francesa, Louise Michel. De este modo, al accionar el zoom desde el teleobjetivo en modo macro al gran angular, lo que el conjunto pierde en tensión lo gana en amplitud. En cualquier caso, el hilo dorado que engarza todas las cuentas es siempre el mismo: el de una acerada –e implacable– lucidez que palpa la noche y trata de deducir algunas pistas con que interpretar su sentido o su absurdo final (si es que no son una y la misma cosa).

Ciertamente, Ramón Andrés ha corrido muchos riesgos en este libro, abriéndose las carnes hasta unos límites no siempre fáciles de soportar (ni para el autor, ni para el lector). Uno se siente, a veces, tentado a pasar de puntillas ante ciertos aspectos vitales que, en su ilusa pulsión apolínea, preferiría no conocer; a algunos, admitámoslo, nos siguen gustando los hombres de una pieza, rotundos, homéricos… seguramente porque no tenemos nada de todo ello: somos absolutamente modernos, y esa es nuestra perdición, el vivir fragmentados, cuando no rotos para siempre. Y en ese espejo que nos pone Andrés frente a los ojos, nos echamos a temblar. Pero los libros no se publican (o no deberían publicarse) para consolarnos con verdades más o penas piadosas –todas lo son, incluso las científicas–, sino para recordarnos que estamos hechos de barro maleable, que nuestras formas son provisionales y transitorias, que nuestros proyectos apenas superan el estatuto de pasos que se borran en la nieve, y que todo viene de lo indeterminado y regresa a lo indeterminado, se le llame –como yo lo hago– Dios o la nada. En este sentido, *Caminos de intemperie* se revela como una estación de paso necesaria en la trayectoria de cualquier lector que se precie: en esta España nuestra tan desorientada y superficial, Ramón Andrés sigue siendo un faro imprescindible, incluso –y sobre todo– cuando parpadea.

Michel F., *Contradicciones reunidas*. La Isla de Siltolá, Sevilla, 2022.

Jesús Cotta.- Casi todos los aforistas que leo (¡y leo bastantes!) tienen aforismos que me gustan, pero solo unos pocos aforistas logran deslumbrarme durante todo su libro. Dos de ellos son José Camón Aznar y Alonso Pinto Molina. Y ahora hay un tercero: Michel F. Hacía tiempo que un libro de aforismos no me ensanchaba tanto el horizonte vital e interpretativo. Hay libros de aforismos que distraen, otros que elevan, otros que ahondan… Pero *Contradiciones reunidas* es de los que abren puertas y ventanas donde uno creía que no había nada.

El gran mérito de este libro es la sorprendente e imprevisible variedad de las perspectivas que adopta y con las que reinterpreta del modo más original y luminoso situaciones de la vida cotidiana que, o pasan inadvertidas, o sencillamente parecían aparentemente insignificantes. Esa es para mí su gran aportación.

No hay absolutamente ni un solo aforismo que sobre, porque ninguno incurre en los siguientes defectos, tan habituales entre los que escribimos aforismos: ser una mera provocación, un ingenioso juego verbal, un

contraste conceptual que se queda en fuego de bengala, un ejercicio de francotiradores que no aporta nada bueno al mundo… Michel F. es como un gorrión que vuela por encima de esos lodos y en casi todos sus aforismos refulge la la luz que cada cosa tiene y que él se esfuerza por desvelar adoptando perspectivas insólitas que, sin embargo, parecen hallazgos de lo más naturales.

No es un libro ni pesimista ni optimista, ni realista, sino un libro agraciado por la lucidez y la simpatía de la voz del autor. Y, frente a lo que afirma su estupendo título, no es un conjunto de contradicciones, porque al cabo de su lectura queda claro que las aparentes contradicciones se producen en el campo del pensamiento lógico y supuestamente realista, pero se desvanecen en un plano superior, no sé si místico o sagrado, tal vez el del amor y la poesía. Y aquí unos cuantos aforismos como muestra: "La luciérnaga dice lo mismo que las estrellas, pero más bajito"; "El ego es una rata, se alimenta de cualquier cosa"; "¿Filósofos? Más bien guías turísticas de la caverna"; "La lluvia no se deja nada en los bolsillos mientras tú me hablas de realismo"; "Qué absurdo todo ese esfuerzo para dar una vuelta más en los caballitos"; "¿Si es solo para adultos qué hago con mi parte de niño?"... Y muchos otros que podrían ser inicios o finales de poemas, o frases para que se las tatúe un adolescente para siempre, porque nunca se a arrepentir de ellas. Reciba el autor, pues, toda mi gratitud y mi simpatía.

Jaime Fernández*, El espectador en la caverna.* La Isla de Siltolá, Sevilla, 2022.

Ricardo Álamo.- Hace poco tiempo un escritor amigo mío me decía que cada vez es mayor la tendencia de los escritores de aforismos actuales a componer textos con las mínimas palabras posibles con el fin de aturdirnos con su brillantez, agudeza e ingenio. Según él, esa clase de escritores no harían otra cosa que poner toda su inteligencia al servicio del deslumbramiento o del fogonazo de luz que nos ciega. Llevados por la voluntad de querer poner en cada aforismo algo nuevo, distinto, algo que nos conmueva, nos haga sonreír o nos sorprenda indefectiblemente, estarían así refrendando aquella feliz idea que tuvo Benjamín Jarnés de llamar a los libros de aforismos "cofrecillos de sorpresas". No le quito razón a mi amigo, pues como él uno también piensa que, en un mal entendido ejercicio de la literatura y el pensamiento breves, muchos escritores de aforismos de hoy en día pareciera que no tuvieran otro referente formal que el estilo agudo y juguetón de

las greguerías de Ramón Gómez de la Serna, olvidándose de que –aparte de la gracieta ingeniosa o de la fugaz cohetería verbal– en España ha habido otros maestros aforísticos más hondos o más reflexivos, como Juan Ramón Jiménez y José Bergamín, cuyas sentencias o arbitrios le deben menos a la simple humorada o a la feliz ocurrencia que a los juicios llenos de intenciones, críticos, inteligentes o perspicaces. Cree uno que el aforismo tiene que prestarse a decir algo que le haga pensar al lector, que no se quede en la mera expresión de un lugar común que a cualquiera pueda pasársele por la cabeza. Pensar, escribir y hacer pensar tendrían que ser tres pilares fundamentales que todo aforista que se precie de serlo debería tener en cuenta a la hora de poner sobre el blanco cielo del papel sus reflexiones, y si además deleita, mucho mejor.

Por fortuna, no todos los que hoy en día se dedican a esa literatura mínima (que no menor) se dejan llevar por esa mayoritaria tendencia a singularizar el pensamiento en la mera agudeza o en el artificioso ingenio. Un intento de romper esa tendencia es este tercer libro de aforismos de Jaime Fernández, cuyo título, *El espectador en la caverna*, no sólo no está puesto a tontas y a locas, sino que además –por sus claras reminiscencias filosóficas– representa un manifiesto guiño al lector de hacia dónde van dirigidas sus ideas. Ideas que naturalmente ponen en cuestión, como ya hiciera Platón en el mito de la caverna o en el amplio desarrollo de su metafísica, la generalizada actitud pasiva de la gente ante la realidad que les rodea así como la enorme pero peligrosa trascendencia que tiene el potente caudal de imágenes con que nos bombardean a diario frente al casi siempre más frágil discurso de las palabras. Tributario de ese posicionamiento crítico del pensador ateniense, Jaime Fernández subraya en varios de sus aforismos lo que de acomodaticias y despreocupadas tienen las masas de las sociedades modernas, alimentadas cada vez más por un sinfín de imágenes en las más variadas expresiones que no da tiempo a digerir críticamente, y que las lleva, en el peor de los casos, a confortarlas en el papel de meras espectadoras de una realidad mucho más compleja de lo que en apariencia se la representa. De esa complejidad –viene a decir el autor– pocos son los que se percatan y, por contra, muchos los que se dejan llevar por las distracciones con que se los quiere entretener. Como en *Matrix* o como en la propia alegoría platónica, la verdadera realidad no se revela tal cual es, sino que permanece oculta, pero a diferencia de lo que ocurría en aquella mítica caverna donde los prisioneros sí eran conscientes de las ataduras que los encadenaban y que les impedían ver otra realidad distinta de la que tenían frente a sus

ojos, los modernos prisioneros de las sociedades actuales no perciben las "cadenas invisibles" que los atan a sus cómodos asientos. Por eso Fernández resalta que "El espectador cree elegir entre la tediosa plétora de distracciones que se le ofrecen, pero no ve las cadenas invisibles que lo atan a la butaca, al contrario que los prisioneros de la caverna platónica". Esta idea, como puede apreciarse, por poco original, no es que nos lleve a descubrir el Misisipi, y acaso porque ya estamos demasiado saturados de un discurso socio-político progresista que sigue insistiendo una y otra vez en el adocenamiento a que el sistema económico y cultural de nuestro tiempo conduce al conjunto de la ciudadanía no parece sino que repitiera un lugar común, demasiado común, sin ir más allá de lo ya consabido.

Con todo, no se piense ni muchísimo menos que el libro de Jaime Fernández está armado con copiosas y diversas referencias filosóficas, pues salvo el mencionado Platón y algún que otro guiño a su maestro Sócrates ("Ya se sabe bastante si se sabe que no se sabe nada"), la mayoría de sus aforismos pivotan sobre un heterogéneo repertorio de cuestiones, que van desde la representación de un yo soñado, de un yo especular o de un yo externo ("Los sueños nos dicen de nosotros mucho más de lo que nos decimos cuando nadie nos oye", "A medida que nos alejamos del pasado, éste nos va pareciendo más soñado que vivido", "Creemos conocernos porque nos vemos de la misma manera. Pero los demás nos conocen porque nos ven de maneras diferentes", "Los demás son nuestro espejo. Sin ellos no podemos vernos, aunque intuyamos el aspecto que debemos ofrecer") hasta un encarecimiento de la imaginación ("El exceso de realidad empobrece la imaginación", "La experiencia priva de oportunidades a la imaginación") o un trillado muestrario de disquisiciones sobre el mundo de la lectura y de los libros ("Libros en los que se entra con los ojos cerrados y se sale con los ojos abiertos", "Un libro no muere mientras conserve el don de decir a los lectores lo que son", "Libros en los que entramos enseguida y de los que no sabemos salir", "Libros que caen en nuestras manos y libros que se nos caen de las manos", "Ya se habla más de los autores que de sus libros. Incluso no hace falta leerlos para hablar de ellos", "El lector cree haber leído un libro, hasta que la relectura desbarata su creencia" o "Se escucha un libro cuando se lo lee por primera vez; se conversa con él cuando se lo relee"). Todas estas ideas, como puede verse, no son precisamente novedosas. Están bien dichas, sí, pero sin procurar una mirada distinta con respecto a lo que cualquier avisado lector ya sabe de antemano.

No obstante, pecaríamos de un exceso de reprobación crítica si no destacáramos que *El espectador en la caverna* también contiene una amplia serie de aforismos felices o redondos, especialmente aquellos que indagan en la psicología humana o en la vida en general, más allá de posicionamientos filosóficos trillados de moralina liberal, como por ejemplo cuando oportunamente el autor afirma –con ciertos ecos maxaubianos– que "En esta vida si sólo se gana, se gana la mitad. Para ganar del todo es preciso perder también", o cuando refiere astutamente que "Permanecer siempre a la defensiva nos vuelve cobardes" o que "El rencor agranda las ofensas recibidas, si es que no las inventa". A mi parecer, es aquí, en este tipo de aforismos, donde Jaime Fernández muestra más incisivamente su inteligencia a la hora de examinar y hacernos comprender las muchas imperfecciones que sustentan al alma humana, lo cual, en fin, no es poco mérito, teniendo en cuenta además su resuelta determinación a no querer ejercer el oficio de aforista como mero muñidor de sorpresas.

Carlos G. Munté*, El ladrón de serotonina.* Trea, Gijón, 2022.

Ricardo Álamo.- Siempre que empiezo a leer un libro tengo la precaución (o la imprudencia) de no dejarme llevar por ningún prejuicio sobre el autor, sobre la editorial en que se publica, sobre el número de páginas que tiene o sobre el género al que pertenece. Para no desanimarme antes de tiempo, siempre que empiezo a leer un libro me digo lo que decía Plinio, a saber, que no hay libro malo que no tenga algo bueno. De esa manera me autoestimulo y leo con más entusiasmo que escepticismo cualquier libro del que en principio carezco de referencias, salvo las precisas y consabidas sobre su género, número de páginas, etcétera, etcétera. También me suelo acordar, antes de iniciar la lectura, de aquello que decía el novelista, ensayista y crítico literario Antonio Orejudo cuando reparaba en que no hay más verdad en un libro de quinientas páginas que en uno de cincuenta, por la sencilla razón de que lo genuino de una obra no viene nunca determinado por la cantidad de palabras que contiene, sino por la forma en que estén dichas y por lo que materialmente dicen, más allá de que lo dicho sea corto, mediano o largo.

Todo este preámbulo viene a cuento de que hasta caer en mis manos este libro de aforismos de Carlos G. Munté, yo no conocía absolutamente nada de él. Ni sabía que es aforista y poeta, barcelonés nacido en 1989, redactor publicitario y graduado en Dirección y Guion cinematográ-

fico, ni tampoco que ya había publicado antes tres libros más, *Las copas que no bebí* (2018), *Sniffin' Blue* (2021) y *Esplendores mínimos* (2022). Pero ahora que ya conozco todos estos datos, lo que más poderosamente me llama la atención es la juventud y precocidad de este autor, dado que no muchos escritores pueden alardear de haber escrito y publicado cuatro libros con tan solo 34 años. *El ladrón de serotonina* es, pues, su cuarto libro. Un libro, todo hay que decirlo, minúsculo. Únicamente tiene 80 páginas, que en realidad son 67, si descontamos las páginas de respeto y las que llevan paratextos en forma de título, dedicatoria, cita y un breve proemio en el que se explica que este libro es "extraño" y "algo despistado [sic] y lacónico, con ínfulas de poemario y al mismo tiempo [sic] síndrome de libro de aforismos" que "se terminó de escribir a finales del 2018 [y] ahora, casi cuatro años más tarde, ve la luz en un mundo muy dispar al de la época en la que se escribió". Bueno. Entremos en materia: uno lee las 80 páginas del libro (en realidad 67) y no entiende a qué se refiere el autor cuando afirma que su libro es "extraño". ¿Extraño por ser breve o lacónico? ¿Extraño por ser un libro de aforismos, aunque con ínfulas de poemario? ¿Extraño porque la realidad o el mundo ya no son los mismos que cuando se escribió hace cuatro años? No veo por ningún lado las razones de esa extrañeza, pues es obvio que en el transcurso del tiempo el mundo cambia (*Πάντα ῥεῖ*, que decía Heráclito), y subrayar esa obviedad no tiene sentido, a no ser que los parámetros literarios en los que se mueve el autor ya no sean los mismos que los que le impulsaron a escribir el libro o a que ya no se reconozca en él, cosa que de ser así debería haber aclarado en una nota un poco más extensa o minuciosa. Tampoco se entiende muy bien qué quiere decir cuando afirma con prosa chirriante que su libro es "algo despistado", ¿despistado respecto a qué? O mejor, ¿los libros se despistan? Si quisiéramos ser un poco condescendientes con esa incongruente expresión, podríamos pensar que quizá apunta a que el libro no tiene unidad de contenido o a que en él se mezclan diferentes géneros literarios, pero hasta donde yo sé eso no tiene por qué "despistar" al lector, pues no son pocos los libros en los que la fusión de géneros es un lugar común. Por otro lado, lo de que el libro sea "lacónico" va de suyo, pues se trata de un libro de aforismos, no de una novela o de un ensayo donde haya que explayarse contando pormenorizadamente una historia o desarrollando una tesis. Ahora bien, sin ser para mí chocante que el libro sea lacónico (sólo contiene cincuenta y ocho aforismos, más nueve breves poemas), pudiera parecerlo a quienes consideren que un aforismo por página es un derroche y que se podrían haber condensado en mu-

chísimas menos páginas. Pero, a mi modo de ver, esa espaciación no es ni mucho menos una rémora para el libro, ya que, al igual que suele ocurrir en los libros de poemas, reservar una página para cada aforismo hace que estos respiren mejor y que vuelen con más holgura sobre el blanco cielo del papel, sin atropellos ni interferencias de otros aforismos ubicados en la misma página.

En cuanto a lo que Carlos G. Munté dice por boca de sus aforismos, cabría hacer varias observaciones. En primer lugar, salta a la vista su propensión a mostrar una suerte de desabrida y amarga desafección por la realidad, no reñida, además, con cierta misantropía que se sustancia en aforismos descarnados como estos: "Exijo la custodia compartida de todo este llanto desconsolado, nostalgia febril y rabia contenida", "Os quiero, pero la vida es muy puta y a mí ya no me queda dinero" o "Hubo un tiempo en el que, postrado ante la lentificación de mis tiempos y el tiempo, me dediqué únicamente a absorber la realidad. Ahora escribo para poder vomitarla". Pero donde más se nota ese descarnamiento y sobre todo su hosquedad hacia el mundo es en algunos de sus poemas, como por ejemplo el que lleva por título "Mi arma secreta": *Soy de esos / que no moslestan / a nadie / pero / que odian / a todo el mundo. // soy de esos / de: yo / contra todos, // pero contigo*.

Otra de las cosas que no pasan desapercibidas en el libro es lo mucho que bebe –y nunca mejor dicho– de las fuentes literarias de cierto trasnochado malditismo bukowskiano que tiene a la noche y a la bebida como compañeros inseparables, lo que da lugar a la figuración de un hombre estragado por el alcoholismo: "Somos lo que bebemos", "Que no se fíe uno ni de su sombra suelen decir, pero a quién le quita el sueño su sombra si uno es hijo de la noche y en la noche habita", "Primero bebe, que luego ya encontraremos el motivo", "El alcohol y yo somos uno. Sé que con una simple operación matemática mis problemas desaparecerían, pero me aterra que al restar, sea yo quien se quede fuera de la ecuación", "Batirse en duelo con la tentación y dejarse ganar; todas las noches".

No sabría yo decir, en fin, cuánto hay o no de pose literaria existencialista en este joven autor catalán, a quien, si no fuera por todas estas salvedades que acabo de referir, habría que valorarle ciertos aciertos aforísticos no exentos de originalidad e ingenio, como cuando por ejemplo escribe que "Si viajar cura el nacionalismo, el viaje interior debería curar el narcisismo", "Escribir siempre desde la breve(r)dad, la mía al menos", o por poner un ejemplo más "Cómo quieren que no muera de estrés si uno nace ya con

lecturas pendientes". Sin duda, es en aforismos como estos, sin apegos a formas literarias un tanto manidas, cuando más y mejor aflora su propia voz, su voz más personal y genuina. Sólo el tiempo dirá si la deja volar más o no.

Emilio López Medina, *El mundo que se abre. 99 aforismos sobre filosofía.* Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2022.

Elena Marqués.- He escuchado en incontables ocasiones quejas y más quejas sobre la escasez de pensadores en nuestros tiempos. Habrá quienes ni siquiera los echen de menos. En un mundo que gira a más velocidad de la permitida, y entre tantos cuerpos que prefieren hacer *jogging* para llegar pronto a los umbrales de la fama antes que cultivar la mente, pararse a reflexionar está convirtiéndose en una rareza, en una hazaña de trascendencia épica.

Por eso me resulta tan interesante la labor de Cypress Cultura y su Apeadero de Aforistas, pues, si bien está claro que no todos estamos capacitados para leer sesudos tratados intelectuales, libros como *El mundo que se abre*, de título tan significativo como esperanzador, sí que están al alcance del cualquiera.

En estos 99 aforismos en torno al hombre, los cambios, el conocimiento, el sentido de la vida, la necesidad de vencer el miedo con el orden, los límites de la ciencia, donde no faltan algunos metaaforismos de innegable originalidad y acierto, quien fuera profesor de la Universidad de Jaén, Emilio López Medina, nos hace entrega de un buen puñado de reflexiones que quizás excedan de las dimensiones del género para convertirse en luminosos fragmentos con voz propia. Ya lo anuncia José Luis Trullo en sus palabras preliminares, concienzudas y clarificadoras, al hacerlos entroncar, al libro y al autor, con la tradición aforística de Nietzsche o Wittgenstein, aunque no habla el prologuista de un hilo tenue que detecto por entre la sabiduría que de ellos emana y que, dados los tiempos que corren, es muy de agradecer: un sutil sentido del humor que lo conduce a «alucinar con el personal» y a compartir dichos como «Me gusta la Filosofía, amo la Filosofía. Entre otras cosas, porque es el único trabajo (decente) que se puede hacer acostado». Pero, sobre, todo, con esa fina ironía propia de las mentes lúcidas, y a la manera de Pascal, se permite bromear sobre ella (a la Filosofía me refiero) y sus alcances, pues, como refiriera el matemático francés, «Burlarse de la filosofía es verdaderamente filosofar».

Partiendo de esas premisas, no debería sorprender que un pensador como López Medina lance tantas piedras a su propio tejado («es verdad que los filósofos, en particular, se quedan en la técnica de decir tonterías universales»); que defina esa rama del saber que ha elegido como vocación y modo de sustento tal que «conjunto de errores para afrontar la existencia»; y que en estas páginas se aluda a algunos de los más célebres filósofos de todos los tiempos no precisamente para alinearse a sus «teorías», sino para hacer notar sus agujeros negros y debilidades y establecerse, siempre desde una humildad digna de elogio, como estudioso con criterio propio, como hombre subversivo que emplea el aforismo del mismo modo que los próceres usan la biología y las armas de destrucción masiva, para dinamitar lo establecido, pues «También los aforismos, como los microbios, pueden acabar con las grandes estructuras orgánicas del pensamiento».

He de decir que el tono (de ello habla precisamente en el aforismo 25) no es siempre el de esa sutil ironía que estoy comentando, y que en determinados momentos se reviste de seriedad, que no de solemnidad (¿quizás de un leve desencanto?), lo que hace que su lectura sea amena y a la vez productiva. A ello se une que entre un aforismo y el siguiente en ocasiones se desliza un hilo consecutivo (algunos inician con un «Sin embargo» o un «Por esto» que nos hacen volver por un momento la vista atrás) que lleva a establecer un continuo diálogo hasta rozar, de algún modo (el mismo autor lo deja caer en alguna ocasión), el género ensayístico, del que en el fondo no creo que huya, pues los parentescos entra ambas fórmulas escriturales están bien establecidos. Yo, sin embargo, sí que percibo en ocasiones un deseo de «justificar» la elección de este formato «menor» como medio de expresión y conocimiento (léanse los fragmentos 31 y 70, por ejemplo), pero también de poner por encima de la Filosofía a la Poesía (y de revestir a la primera de la segunda).

«A veces, con una frase, con una idea, el día queda redimido», concluye en un momento dado. Eso pienso yo también.

Quienes tienen el hábito de leer aforismos tienen más posibilidades de que el paso del tiempo le sea más grato. Sé que es un género con un público muy reducido, y que, como el haiku para algunos lectores, puede considerarse una fruslería, un entretenimiento. Algo fácil conducido por la levedad y el ingenio. Supongo que bajo ese marchamo se publican antologías y compendios que no responderían bien al nombre. No es el caso de *El mundo que se abre* ni de Emilio López Medina. Su amplia trayectoria de publicaciones, a la que ahora se suma este pequeño pero muy completo tratado,

solo puede confirmarlo, así como que emplear la brevedad como fórmula para conocer lo que nos rodea no es sino un acierto.

Dionisia García, *El pensamiento escondido. Aforística completa.* Renacimiento, Sevilla, 2022.

Ricardo Álamo.- Literatura amable y serena, plagada de confidencias terapéuticas y necesarias para poder vivir dignamente. Con estas palabras prologales califica Carmen Canet *El pensamiento escondido*, de la escritora Dionisia García (Fuente Álamo, Albacete, 1929). El libro, en realidad, no es un solo libro, sino la reunión de otros tres (*Ideario de otoño*, *Voces detenidas* y *El caracol dorado*), que como oportunamente aclara su subtítulo viene a ser la aforística completa de la autora albaceteña. Entre la publicación del primero en 1987 y la del último en 2011, median casi veinticinco años, tiempo suficiente para tasar la evolución o no del estilo y el pensamiento de esta escritora que ha desarrollado su carrera literaria en dos géneros tan exigentes como son la poesía y el aforismo. De este último, además, y dada la temprana fecha en que publicó su primer libro, se podría decir que es la primera mujer aforista española, cosa que en sí misma ya debería suponer un honor pero que, sin embargo, nunca la ha llevado a postularse en ningún foro ni a vanagloriarse públicamente de tal gesta. Más bien ha sido todo lo contrario, en parte porque –y me remito de nuevo a las palabras de Carmen Canet– es una "mujer que nunca ha querido hacer ruido" y en parte porque su labor como escritora no ha sido otra que la de dejar "discretamente sobre el papel que sus palabras fluyan vitales, emotivas, profundas e imparables". Choca, con todo, que este carácter vital y emotivo de las palabras de Dionisia García, unido al tono confidencial-terapéutico del que se hablaba al principio, tenga como referentes magistrales las máximas y sentencias de autores como La Rochefoucauld, Chamfort, Lichtenberg o Cioran, que no fueron precisamente adalides ni de lo festivo ni de lo confesional. Atendiendo a las muchas veces que Dionisia García hace acopio de recuerdos, impresiones subjetivas e introspecciones nostálgicas, yo diría que el tono que predomina en los tres libros, casi sin solución de continuidad, es el de (paradójicamente) una alegre melancolía: "Retratos de antepasados cubrían las paredes en el cuarto de mi niñez. Dichas efigies ocuparán, de por vida, un lugar en la mente", "Chineros con puertas de cristal esmerilado, donde se guardaban dulces y viandas, junto a tazas con pájaros pintados, y vasos color topacio, para beber mistela", "Interpretaba al piano *Al correr del tiempo*,

a continuación una milonga. Bebimos flor de lima y de frambuesas. Los invitados iban llegando, y acariciaban las teclas del armonio, las cuerdas del arpa, y los nenúfares florecidos. Luces de la ciudad nos recordaron el regreso. De madrugada, nos despedimos. Las notas de la milonga nos acompañaron en la bajada; fijos los ojos en los escalones verde-vidriado, y en el antepasado con barba que nos despedía".

No obstante este confesionalismo evocador, con evidentes muestras de un lenguaje más próximo a lo descriptivo y a la sugerencia preciosista que a la enfática sentenciosidad, no es ni mucho menos el único tono que se desparrama por todo el libro. Los más de dos mil aforismos reunidos en él adoptan toda clase de ropajes. También los hay irónicos, concisos, humorísticos, críticos, admonitorios, religiosos, controvertidos y esperanzadores, a todos los cuales habría que sumar los que son meros apuntes de lecturas y citas de un variopinto elenco de autores clásicos y modernos, entre los que destacan Epicuro, Joubert, Goethe, Fernando Pessoa, Miguel Espinosa o Wislawa Szymborska. En general, y pese a las notas melancólicas que recorren gran parte del libro, los aforismos aquí reunidos están más cerca del humor agridulce de Ramón Gómez de la Serna o del de Josep Pla que de los autores antes citados, y no es de extrañar por eso que también la ironía (y la autoironía) y el juego literario sean señas de identidad destacadas en una buena parte de ellos: "Si alguien se llama Crisóstoma, Dionisia o Telesforo, merece una condecoración", "Las *Elegías* de Propercio me impulsan y gratifican, concluyendo qué poco hemos *properciado*", "La florista no pudo remediar la tentación de dejarse caer en la muerte cuando llegó la estación de los crisantemos", "Los alcaldes tienen demasiadas eles" o "Decidió jubilarse la margarita ante tanta indecisión". Estas humoradas, sin embargo, a veces corren el riesgo de quedarse en simples banalidades o en efusiones intrascendentes, llevando al lector a poner en duda que a ciertos dichos les cuadre bien el marchamo de aforismos y no el de otra cosa de peor nombre, pues más allá de insinuar un detalle o apuntar una sugerencia no desarrollan ninguna idea ni glosan un concepto, como cuando por ejemplo leemos: "La bruja era nuestra señora del miedo", "Señora de notario, y escribir poemas...", "Un instante de ternura", "Una madre. ¡Ah, una madre!" o "¿Y qué es eso de la fama?". Por fortuna, estos apuntes no son muchos, y el libro en su conjunto brilla por un buen puñado de aforismos memorables, aunque, como dice la propia autora, sin estridencias ni tonos fuertes, y hasta con aparente ingenuidad, cosa que en los veinticinco años que

separan *Ideario de otoño* de *El caracol dorado* ha sabido mantener como signo distintivo de su producción aforística.

Concisión y ausencia de verbosidad y de retórica florida, agudeza y celebración de la vida: estas son las verdaderas recompensas de quien se adentre en las páginas de *El pensamiento escondido*.

AA.VV., *Fingimientos*. Selección y notas de Fernando Menéndez y José Ramón González. Trea, Gijón, 2022.

José Luis Trullo.- Desde que, en el ya lejano 2013, José Ramón González diese el pistoletazo de salida con su capital *Pensar por lo breve, Aforística española de entresiglos (1980-2012)*, el género más breve ha dado a luz una cascada de antologías de lo más variopintas, desde la virtual *Enciclopedia de Libros Españoles de Aforismos*, en varios tomos, hasta las más breves y atípicas, caso de *Aforistas españoles vivos* u *11 aforistas a contrapié*, pasando por la monumental *Fuegos de palabras. El aforismo poético español de los siglos XX y XXI*, de Carmen Camacho, *Concisos. Aforistas españoles contemporáneos*, de Mario Pérez Antolín o *Espigas en la era. Micropedia de aforistas españoles vivos*, de Carmen Canet y Elías Moro… y algunas más que me dejo en el tintero. Tengo para mí que estas antologías han cumplido la función de esa «revista aforística» que nunca llegó a existir y que tanto habría ayudado a la consolidación del género, teniéndonos que conformar con El Aforista, Aforistas y las secciones de aforismos en publicaciones como Zenda o Culturamas.

¿Qué necesidad, pues, tenía el género aforístico de una nueva antología de aforistas? Tras regocijarme con la lectura de *Fingimientos*, a cargo del poeta y aforista Fernando Menéndez (quien habría realizado la selección de los nombres que aparecen en el libro) y del propio José Ramón González (cuya aportación consistiría en la exhaustiva, y en ocasiones jocosa, biobibliografía de los participantes), yo diría que toda. De hecho, se trata en cierto modo de una antiantología que, como de manera magistral apunta Álvaro Robledo en el prólogo, viene a poner en cuestión los recientes «intentos interesados (sic) de canonización» del género, para recordar que el aforismo siempre ha sido –y siempre será– ese ratoncillo que corretea por los salones literarios para ponerlo todo en cuestión (incluido él mismo).

Así pues, ¿qué encontramos en *Fingimientos*? Pues un estimulante artefacto libresco, un juego de espejos y trampantojos por el cual desfilan una nómina de autores desconocidos, ya no para el gran público, sino para

sí mismos, imprimiendo a la propuesta un aire de saludable entropía en los tiempos que corren, plagados de abusivas referencias cruzadas y agotadoras citaciones recíprocas «en un mundo literario regido en última instancia por la vanidad» (pág. 30). Que los aforistas que se incluyen en este libro tengan una entidad real o supuesta no importa tanto cuanto la naturaleza subversiva y gamberra del concepto, la cual no obsta para que en las páginas del tomito encontremos auténticas perlas como las siguientes: «Una palabra me vino, una idea se fue», «Muchos silencios, pocos ausentes», «A tantas políticas, tantas decepciones», «El fin de un poeta es un silencio que espera a su epitafio», «Los aforismos son migratorios, van de existencia en existencia», «Ningún aforismo está libre de silencios», «La música nos parte en dos: el corazón y el más allá», «En tiempos superfluos y siniestros, todo se espiritualiza», «Solo Dios es algo incierto e incurable», «Tanto pensar para ser nubes»… todos ellos magistrales aforismos que podría haber firmado el propio Menéndez, de haberlo dispuesto así.

En definitiva, en sus apenas 60 páginas se erige *Fingimientos* en un hito sensacional en la urgente historia del aforismo, por lo que implica de sana autocrítica ejercida, además, por dos auténticos titanes del género, sobradamente autorizados para abordarla y salir airosos del envite.

José Luis García Martín, *Indicios racionales.* Polibea, Madrid, 2022.

Ricardo Álamo.- Resulta curiosa, si no paradójica, la actitud que José Luis García Martín viene mostrando desde hace ya algún tiempo con respecto a los libros de aforismos, dado que por un lado nunca ha ocultado su poco interés por escribirlos al tiempo que, por otro lado, cualquier lector más o menos avisado se habrá dado cuenta de la cantidad ingente de aforismos que el escritor de Aldeanueva del Camino ha ido dejando diseminados entre las páginas de una parte no desdeñable de su obra (sobre todo en sus diarios, pero también incluso en algún que otro poemario). Bien es verdad que en relación a lo primero García Martín ha sido máximamente consecuente consigo mismo y, a excepción de este *Indicios racionales* que acaba de publicar, hasta el momento solo había dado a la imprenta un único libro (*Todo lo que se prodiga cansa*). La paradoja estriba entonces en que, pese a sus reparos por la confección de ese tipo de libros, en ningún momento sin embargo ha cesado su compulsiva tendencia a escribir aforismos. Aforismos que él mismo unas veces los nombra como tales y otras, en cambio, los llama ocurrencias, frases, bagatelas, apuntes o crípticas anotaciones, como si

con ello quisiera quitarle importancia a su propia producción aforística o no deseara que lo encuadraran como uno más en las filas de ese creciente ejército de escritores que hoy en día se dedican a fatigar ese género. Pero, sea por una cosa o sea por otra, el caso es que su obra aforística no para de aumentar, y actualmente la cifra de aforismos que lleva escritos se acerca peligrosamente a los tres mil, que para un autor que no se ha mordido la lengua a la hora de manifestar que una de sus mayores obsesiones en materia literaria es no escribir jamás un libro de aforismos es, como poco, digno de estudio.

Indicios racionales abunda en los temas que más recurrentemente frecuenta García Martín, que suelen ser además los que más importan al común de los mortales: la soledad, la vejez, el amor, la felicidad, la amistad, la verdad, la mentira, Dios…, pero también, y no en menor medida, la poesía, los poetas, el tiempo (no el meteorológico, sino el vital), la inteligencia, la estupidez y la muerte. Obviamente, son temas clásicos sobre los que existe abundante literatura en todas sus formas, pues quien más o quien menos que se haya puesto a escribir difícilmente no habrá dejado impresa alguna reflexión, corta o larga, sobre esos o parecidos asuntos. Sin embargo, la particularidad de los aforismos recogidos en *Indicios racionales* estriba en que muchos de ellos están escritos –aparte de con cierta contundencia– en un registro de voz que se diría fingida o figurada, pues el "yo" que le da expresión a cada una de sus ideas parece metamorfoseado, como si en realidad no se correspondiera íntimamente con el "yo" del propio autor que las sostiene. "El poeta es un fingidor", y García Martín bien que lo sabe. De ahí que no resulte nada extraño que una y otra vez parezca que juegue a fingir que finge que no lo sabe, convirtiendo así la ironía y el guiño cómplice con el lector en una presencia constante a lo largo de casi todo el libro. Incluso el título está puesto en clave irónica, pues no hace falta ser muy listo para darse cuenta de que esos *indicios* no deben ser entendidos como sospechas o meras conjeturas, sino como pruebas irrefutables para su autor de que quiere pasar por ser alguien a quien nunca le faltan razones para justificar cualquier cosa, incluidas, por descontado, sus propias contradicciones. Leyendo sus aforismos se diría que a García Martín lo que más le sobra son razones para todo, y que no cree que haya persona más capaz para razonar impecablemente que él mismo, pues según asegura "Razonar es una costumbre que no suele tener la gente" y "*El hombre es un animal racional*, decía Aristóteles. Lo de animal está claro, pero lo de racional está por ver". ¿Narcisismo? ¿Vanidad? ¿Autocomplacencia? ¿Ombliguismo? A tenor de

lo que a veces manifiesta rotundamente no parece que no sea así, como cuando por ejemplo afirma: "Solo he conocido a una persona con la que me apetezca pasar las veinticuatro horas del día: yo mismo", "Mientras me siga queriendo no todo está perdido. Mientras me siga queriendo ¿quién? Yo mismo, por supuesto" o "Todo lo que tiene que ver conmigo me interesa".

¿Finge García Martín cuando se expresa de esta manera? ¿Juega a no ser él? ¿Es solo una pose literaria para ocultar su verdadero yo? ¿Trata de desconocerse a sí mismo o que los demás lo desconozcan? Fernando Pessoa –uno de sus más admirados poetas– dejó escritas unas palabras que muy bien podrían responder a esas preguntas: "Conocerse es errar, y el oráculo que dijo 'conócete' propuso un trabajo mejor que el de Hércules y un enigma más negro que el de la Esfinge. Desconocerse conscientemente: he aquí el enigma. Y desconocerse conscientemente es emplear activamente la ironía. No conozco cosa mayor, ni más propia del hombre en verdad grande, que el análisis paciente y expresivo de los modos de desconocernos, el consciente registro de la inconsciencia de nuestras consciencias, la metafísica de las sombras autónomas, la poesía del crepúsculo de la desilusión".

A mi modo de ver, ese recurso a la práctica activa de la ironía es el que emplea García Martín en las opiniones, ocurrencias o disquisiciones sobre sí mismo, que ni mucho menos habría que tomárselas al pie de la letra, ya que el autorretrato que aparece tras su autoconocimiento –como el pessoano– es claramente errático. De ahí que él mismo no tenga reparos en afirmar categóricamente: "Me trato siempre con todo respeto, pero nunca me tomo demasiado en serio". Y es precisamente esta falta de seriedad la que explica la diversidad de ecos y de voces que utiliza para conformar su propia imagen contradictoria ("Cierro los ojos y unas veces me gusta lo que veo y otras no"). Asimismo, esa diversidad de ecos y de voces le sirve también para adoptar múltiples tonos, unas veces moralizante, como de consejas de vieja ("Si la vida se te hace cuesta arriba, piensa que será peor cuando todo empiece a ir cuesta abajo", "Mejor que ser apreciados por muchos, serlo por las personas que uno aprecia", "Disfruta de los pequeños placeres de cada día antes de que los eches de menos") y otras veces poético ("Sin la luz de la melancolía, la mayor parte de la belleza del mundo resultaría invisible").

De lo que más adolece el libro es del frecuente recurso a la anáfora, de ciertas repeticiones y de ligeras variaciones sobre un mismo tema, así como de algunos aforismos no muy afortunados por no ir más allá de lo insulso. Como muestra de lo primero, sirvan estos ejemplos: "Viajar lejos, muy

lejos, pero a un sitio que está aquí al lado", "Recordarlo todo es tener una pésima memoria", "Decir siempre lo mismo, pero cada vez de distinta manera", "Tengo claro que hay cosas que nadie tiene claro". Ejemplo de lo segundo sería esta ristra de pares: "Cambiar de rutinas puede convertirse también en una rutina"/"Cambiar de costumbre puede ser también una costumbre", "Me gusta dejar de lado mis rutinas para darme luego el placer de recuperarlas"/"Ningún regalo como recuperar rutinas", "Hay una epidemia contra la que nunca se inventará vacuna: la de la estupidez"/"Nada hace tanto daño como la estupidez, el virus más contagioso de todos y contra el que no se ha inventado vacuna". Y de lo tercero: "No hay cara sin cruz", "Todos los días me aburro un poco", "Las mañanas saben a gloria", "No tengas demasiada prisa por llegar a la meta". Claro que como a García Martín le sobran razones para todo, él mismo se encarga de autodefenderse de esas repeticiones y de esa insulsez apostillando que "Las cosas importantes hay que decirlas más de una vez" o "No me preocupa repetirme, nadie se toma la molestia de leerme salvo a salto de mata".

Por fortuna, esas recurrencias no son la norma en el conjunto del libro, aunque su autor debería estar más atento para no incurrir tan frecuentemente en ellas. Gratifica, en fin, que entre las páginas de estos *Indicios racionales* abunden los aforismos punzantes, como estos que dicen: "Las tonterías ayudan a vivir, la inteligencia a sobrevivir", "El amor es a menudo sin por qué, pero para el odio siempre hay motivo", "Dios no sabe nuestro idioma y por eso necesita intérpretes", "Ser libre es estar solo". Y es que si por algo se caracterizan muchos de los aforismos de García Martín es por no andarse por las ramas e ir directamente al grano, sin hacer concesiones a lo melifluo.

Daniel Rivallo, *Intuilectos.* La Isla de Siltolá, Sevilla, 2022.

Ricardo Álamo.- Hay quien dice que España es un país que goza de una tradición aforística potente y singular, en la que han predominado dos variantes "mayores", la metafísica y la imaginista, aunque tal cosa no quita que, como afirmaba Umberto Eco, no haya nada menos definible que el aforismo, pues se trata de un género que admite múltiples expresiones, algunas de ellas inclasificables o paradójicas, como los antiaforismos o las formas híbridas y mestizas que, más que haber pervertido su sustancia, han buscado su remozamiento para presentarlo con nuevas hechuras y mejorarlo o, como poco, ponerlo a circular por otros caminos distintos a los ya

acostumbrados. De ahí que algunos autores de nuestro pasado reciente y también de ahora mismo se hayan atrevido a romper con el marbete sentencioso con que solían expresarse nuestros clásicos a la hora de darle forma a unas ideas o a unos pensamientos breves que muchas veces, además, estaban revestidos de cierta moralina y ejemplaridad con que adoctrinar a los lectores. Como hicieran en su día Ramón Gómez de la Serna en sus greguerías, José Bergamín en su pensamientos liebres, Carlos Edmundo de Ory en sus aerolitos o más recientemente Miguel Agudo Orozco en sus parapensares –ninguno de los cuales se conformó con atenerse al modo tradicional de esculpir aforismos–, el libro del filósofo y dramaturgo Daniel Rivallo se presenta como un conjunto de ideas breves en el que pone en práctica lo que él llama *intuilectos*, palabro de clara filiación kantiana que nace de la unión de la intuición sensible y el intelecto. Por eso no es de extrañar que la cita que da paso a sus aforismos sea aquella famosa frase de la *Crítica de la razón pura* en la que el filósofo alemán consignaba que "sin sensibilidad ningún objeto nos sería dado y, sin entendimiento, ninguno sería pensado". De hecho, Rivallo subtitula entre paréntesis sus *intuilectos* como *razonares intelisibles*, porque entiende que el intuilecto es algo así como "una intuición que sabe más de lo que mira al elegir –sin observar– el objeto de su contemplación y un intelecto que comprende menos de lo que ve al percibir –sin aprehender– la realidad sensible", lo que da lugar a "una percepción de lo abstracto –que no se encierra en el concepto y "escoge bien" su sensación–, una abstracción de lo sensible –que no discurre únicamente a través del conocimiento e intuye".

Quienes hayan leído la referida obra de Kant y conozcan de sobra la abstrusa terminología que empleaba el filósofo de Königsberg, así como las dificultades expresivas que tenía a la hora de trasladar al papel sus ideas, no se sorprenderán mucho con esa fraseología de Rivallo en su afán de definir con precisión el término "intuilecto", neologismo que como él mismo explica se origina a partir de la unión de la forma latina *intuitionis*, que a su vez procede del verbo *intueri* (tener la vista fija sobre algo, fijarse en, contemplar, ver con absoluta claridad), y del sustantivo *intellectus* (habilidad de escoger bien) formado a partir del prefijo *inter* (entre) y *lectus* (elegir, escoger). Queda claro, pues, que el resultado de la unión de esos dos términos latinos es el palabro "intuilecto", cuyo equivalente, además, es el "razonamiento intelisible". Ahora bien, ¿entenderá el lector medio –que no mediocre– todo ese *excursus* conceptual?, ¿comprenderá sin tener que devanarse los sesos que esa forma de razonamiento *intelisible* con que Rivallo se re-

fiere a sus aforismos surge "cuando el contemplar del comprender –la razón ve más de lo que conoce– y el entender del observar –la intuición discierne más de lo que atiende–" se dan? Parecería más bien que su digresión tan meticulosamente enrevesada, antes de darle a conocer sus aforismos al lector, no pretendiera otra cosa que envolverlo en una retórica de altos vuelos filosóficos para justificar algo tan sencillo como que algunas de sus creaciones aforísticas son fruto de la hibridación entre la razón y la intuición, o, por decirlo a la manera zambraniana (de María Zambrano), entre lo que siente la razón y piensa el corazón, si es que tal cosa es efectivamente posible. Además, y por otro lado, otra particularidad de los aforismos de Rivallo es la creación de frases que incorporan curiosos neologismos de no muy fácil comprensión que casi necesitarían de una exégesis para entender correctamente su significado: ¿qué querrán decir "Abisalizarme en un libro", "Acontexistir", "Tricameralidad del espejo: identidad, diferencia, Prozac", "Veluzidad: 299 792 458 m/s", "El naufragio *sinelando* en una quilla"? Más que aforismos parecen acertijos, que llevan al lector a transmutarse en una especie de sibila con poderes adivinatorios para descifrar el oscuro mensaje que tales aforismos encierran.

Otra peculiaridad no menos cara a la narrativa breve de Rivallo es lo que él llama el aforismo lúdico o enconado, del cual también nos ofrece una *abschweifung* o digresión, en la que refiere, entre otras cosas, que "El aforismo lúdico ↔ enconado filosófico poético. El aforismo lúdico es enconado. Cuando omite lo enconado en la elipsis, salta el resorte del artefacto lingüístico. Lo enconado es una nueva piel de serpiente. Mudar la piel lingüística no es sustituir escamas de lenguaje, sino reemplazarlas por otras de mayor tamaño, haciendo la frase más corta. Cabe más enconado en la no necesidad de decir. Se escribe menos, pero se escribe más grande". ¿Queda claro? Pues si no lo captan, veamos algunos ejemplos de lo que son los aforismos enconados o lúdicos: "Se vende partícula elemental a precio invisible", "La muerte del sujeto por *atrope-yo*", "Si re-tumba en los oídos es un réquiem", "La *yoyofísica* del narcisista", "Cuando llueve a cántaros nos esculpimos", "Mantenerse a calvo de una melena", etc. Sí, son juegos de lenguaje, ni más ni menos; lo de filosóficos o poéticos ya es otro cantar. Y sí, la filosofía está muy presente en todo el libro, como lo demuestra el hecho de las frecuentes alusiones explícitas o no a un sinfín de filósofos (Bergson, Wittgenstein, Platón, Aristóteles, Kant, Heráclito, Descartes, Heidegger, Anaximandro…), con quienes la cosa no va más allá de hacer unos cuantos chistes ("Hay dos grandes metafísicas en la Antigüedad: la caverna de Pla-

tón y los pisos de protección oficial de Aristóteles", "Un juicio sintético *a priori* es un abrigo de poliéster", "Immanuel *Can't*", "La escalera de Wittgenstein la pintó Antonio López") sin que se problematicen sus pensamientos o se polemice con ellos.

Tiene, en fin, Daniel Rivallo la tendencia a juguetear con el lenguaje o incluso a oscurecerlo ("El vuelo en venación pasiva de la mariposa", qué querrá decir eso) y a abusar de dos fórmulas sintácticas simples, la copulativa y la elíptica. En este sentido son innumerables los aforismos en que emplea la unidad sintáctica sujeto-verbo ser-predicado. Pero con todo, y pese a estos reparos, *Intuilectos* contiene una buena porción de textos lúcidos que no desmerecen su lectura. Aforismos más aquilatados ("El talento es la condición de posibilidad del fracaso") o más corrosivos ("El mecanismo del hombre vulgar es análogo al de una cafetera clásica: a una cierta presión, la voluntad se mezcla con al estupidez y acaba saliendo el idiota") en los que se percibe algo más que la mera ingeniosidad o el chiste fácil.

Miguel Agudo Orozco, *Juegos malabares.* La Isla de Siltolá, Sevilla, 2022.

Ricardo Álamo.- De los tres libros de aforismos publicados hasta la fecha por el profesor de Filosofía y también poeta Miguel Agudo Orozco (Tarragona, 1976), tal vez sea este *Juegos malabares* su libro más redondo. Lo subtitula "Siempre parapensares", por aquello –supongo– de que, como en los dos anteriores, trata de activar el pensamiento del lector, queriéndolo convertir en un agente participativo de sus propios pensamientos o en alguien que no se limite pasivamente a engullirlos sin más ni más, sino que los medite, los repiense, los lucubre y hasta juegue con ellos. Porque sin duda uno de los aspectos más destacados de los aforismos de este libro es el permanente juego de palabras con que su autor levanta ingeniosamente el vuelo de sus máximas. Son muchos los "parapensares" que al lector se le ofrecen aquí y que están erigidos casi con idéntica fórmula. Una fórmula que a veces funciona perfectamente y otras no tanto, puesto que no es ni muchísimo menos fácil mantener el mismo grado de ingeniosidad o de agudeza verbal en todos y cada uno de los casi trescientos aforismos que conforman el libro. "Parapensares" sí, pero también podrían llamarse "Parareíres" o "Parasonreíres", ya que no hay página en la que Miguel Agudo Orozco no sea capaz de llevar una sonrisa a los labios del lector que, con

cierto agrado y regocijo, no dejará de estimar sus profusas y abundantes sutilezas verbales.

Trajedia: el drama de tener que decidir qué ponerse cada día.
Aloe vera est. (Julio César).
El tiempo es una espada de acero inexorable.
De oca en oca significa algo así como de vez en cua-cuando.
Todos los caminos con flores conducen aroma.

Como puede verse en estos breves ejemplos, la mecánica usada por el autor es muy similar en unos casos y otros: la leve variación en una letra, en una palabra, en una locución popular o en un dicho conocido hace que se altere por completo toda la secuencia lingüística, dándole la vuelta a su significado pero sin que se pierda del todo el trasfondo conceptual originario. Esta particular mecánica constructiva parecería sencilla de hacer si no fuera porque para ejecutarla se requiere una enorme dosis de imaginación y de inteligencia, así como una extraordinaria capacidad de retorcimiento del lenguaje para encontrar la justa expresión festiva del mismo, sin caer por ello en el chiste fácil o en la ocurrencia inane.

No obstante estos juegos, algunos de los aforismos de Agudo Orozco no son refractarios a la crítica sobre ciertos aspectos de la vida en general e incluso sobre los propios aforismos. Así, con respecto a los usos y costumbres que tienen los políticos cuando están inmersos en una campaña electoral, se plantea con sorna si "*Pedir el voto,* ¿no se considera mendicidad?". O, quitándole importancia a la escritura aforística y a quienes la cultivan como si fueran popes hablando desde un pedestal, afirma sin que le duelan prendas "No te creas los aforismos. No son dogmas". Quizá, a mi modo de ver, en este otro tipo de aforismos –más acerados, más penetrantes y más reflexivos– es donde Agudo Orozco ofrece mejor su visión incisiva sobre la realidad:

La injusticia de vivir con lo justo.
Hay dos tipos de verdades: las que se descubren y las que se inventan.
El mediocre es medio creído y medio cretino.
Hay heridas que se cosen con el hilo de una conversación.
El signo de nuestro tiempo: ignora et labora.

Por otro lado, también en ocasiones –escasas ocasiones, y es cosa de lamentar– en *Juegos malabares* topamos con algunos aforismos que se apartan tanto del juego de palabras festivo como de la crítica afilada. Son aforismos que yo llamaría "negros", por lo que tienen de conciencia lúgubre de la realidad o porque son capaces de borrar la tenue sonrisa que se nos había puesto antes en los labios, dejándonos pensativos y con el alfiler de la melancolía prendido en nuestro espíritu. De este tenor fúnebre serían buenos ejemplos: "La lentitud del corredor de la muerte", "En los relojes de sol, el tiempo es lo sombrío" o "Hacer una casa es tejer una penumbra".

Con todo, y como decía al principio, el único peligro que corren algunas de las páginas de *Juegos malabares* puede ser el de quedar sometidas a un excesivo jugueteo con el lenguaje, ya que no siempre el resultado de ese jugueteo es igual de afortunado. Ocurre así cuando Agudo Orozco no genera con sus juegos de palabras un pensamiento sagaz, avispado, profundamente vivo y penetrante, quedándose solo en la superficie, del lado de la simple ocurrencia o del chiste: "La cara culta de la Luna", "*Dios aprieta, pero no ahoga*. (Noé)", "*¡Qué nervios!* –dijo la neurona–", "Cuanto más viejo era, más canas de vivir le entraban", "Hay gente que es muy barrioviajera"…

Por fortuna, estas chistosas expresiones no son la regla general, y el lector que se preste a adentrarse en las páginas de *Juegos malabares* no se verá defraudado, pues sin duda se trata de un libro que casi a partes iguales le hará pensar y reír. Lo que evidentemente no es poca cosa.

Álvaro Campos, *La certeza del color*. EDA libros, Málaga, 2022

Carmen Canet.- Con *La certeza del color*, su primer libro de aforismos, Álvaro Campos se inicia en este género breve que viene pisando fuerte, pero que sabemos que viene de muy lejos. Es un volumen particular y atrevido para ser el comienzo de este escritor joven. Y es que estamos acostumbrados a los libros de aforismos en donde se sortean las frases unas detrás de las otras y que rememoran todos los temas recurrentes de la vida y de la literatura, y pese a que algunos autores estructuran en partes, veremos la peculiaridad de las de este.

Alvaro Campos, nació en Málaga en 1981, poeta y ensayista autor del cuaderno de poesía *trENes* (2013) y del libro *Buda en el Bolshói* (2014), que fue finalista del Premio Andalucía de la Crítica en 2015, en 2018 publi-

có el ensayo *¡Abajo el sistema! El Estado de Bienestar en la Gran Recesión*. Su obra aparece en revistas antologías y estudios colectivos.

Dos citas acertadas y significativas dialogan, desde el título que elige, con los aforismos que se incluyen. Una es de John Berger: "Para el ojo humano, todo lo visible tiene un color." Y, la otra de Sergio Chejfec: "Creo que la literatura, si sirve para algo es para ampliar la escala de los grises."

Contiene cinco apartados: 'Cuadernos de artismos', reúne aforismos con un denominador común en donde el campo semántico que maneja es el metaliterario, en donde la poesía, los libros, los lectores, el arte y el mundo literario son los temas elegidos: "La poesía de la poesía es el misterio", "Todo libro es una forma de muerte", "Un lector que apunta crea una obra nueva", "El arte ofrece el espectáculo sublime de la repetición", "En literatura nada tan embriagador como el asombro ante un poema que te habita."

La segunda y la quinta parte tituladas: 'Diccionartio básico de dudas' y 'Guía de últimas verdades', son aforismos en donde juega con las diferentes lecturas que se les puede dar a las palabras, acude a definiciones ocurrentes pero que dan que pensar, parecen ligeras pero tienen un peso de reflexión: "Diccionario. 1. M-Alta costura. Cajón de sastre", "Obras completas 1. f. Fiestas. Pompas fúnebres de grandes escritores", "Cita 1, m. Ocio nocturno. Coito", "Desamor. 1. m. Educación. Academia de ciencias del amor".

En la tercera sección titulada: 'La vida indubitada' y en la cuarta 'Del amor a la mentira (y otros deportes de riesgo)', escribe frases de los temas recurrentes de la vida, el tiempo, el amor, la duda, la justicia, entre otros: "El sentido de la vida es vivir", "En el mundo de la duda, solo existe la certeza", "Algo tendrá el amor que desamora", "Una persona sin palabra no habla sino ladra".

Nos cuenta Álvaro Campos que estas reflexiones surgen de anotaciones que ha ido recogiendo durante bastante tiempo y que ha recopilado para este libro. El autor contempla y explora percibiendo las certezas y sus paradojas que se dan en nuestra existencia, en el día a día y lo hace a través de juegos del lenguaje, neologismos, con imágenes vitales, con recursos estilísticos en donde, lo poético, lo reflexivo, lo simbólico y la ironía se aúnan.

EDA libros, en su colección de aforismos, Seguro azar, hace una edición, junto a la ilustración de cubierta de Daniel Díaz Godoy, elegantes.

Sus frases concisas tienen una mirada, un punto de vista desde el que acceder a la realidad, no demasiado distante de esa mirada o clic foto-

gráfico que es de algún modo el aforismo. Así, sus fragmentos se exponen para que cada lector le dé su lectura, su matiz. Son aforismos abiertos como tienen que ser los aforismos contemporáneos.

Álvaro Campos nos los entrega como el abanico que se abre en la cola de un pavo real, repleto de cromatismo y de posibilidades a todas las miradas del lector. La atmósfera que envuelven sus frases vienen muy a propósito con esta cuarteta memorable de Ramón de Campoamor: "Y es que en el mundo traidor/nada hay verdad ni mentira/todo es según el color/ del cristal con que se mira.". Por eso este repaso y a la vez paseo por las palabras que nos dan luz y compañía, en donde los significados solo tienen *la certeza del color*.

Manuel Neila, *La vida entre líneas.* Libros del Aire, Boo de Piélagos, 2022.

Ricardo Álamo.- Por extremado que pueda parecer, la mayoría de los libros de aforismos, y me atrevería a decir que también los poemarios –da igual si libros breves o largos–, poseen una condición singular que muy difícilmente se podría aplicar al resto de libros pertenecientes a otros géneros literarios, a saber: que, en esencia, son puras antologías. Me explico: no creo que, en general, un aforista (o un poeta) decida de antemano qué número de aforismos (o de poemas) va a escribir. Ni siquiera creo que, con previsora anticipación, explore mentalmente los temas, las ideas o las cuestiones sobre las que piensa volcar sus reflexiones, procediendo así a delimitar con anterioridad a su escritura cuál va a ser la estructura final de su libro. Tengo para mí que una parte considerable de los aforistas (y poetas) escriben a salto de mata, según vayan acudiendo a sus meninges intuiciones, presentimientos e ideas más o menos acabadas sobre lo que quieren expresar, como si sufrieran la abrasadora descarga de un rayo que encendiera súbitamente la espita de su genio o de su ingenio. Lo que quiero decir con esto es que muchos libros de aforismos, a diferencia de las novelas o de los ensayos, se escriben a medida que lentamente se van acoplando materiales diversos. Por usar una metáfora, se diría que el escritor de aforismos (o de poemas) es algo así como un constructor de mosaicos, alguien que, tesela a tesela, va componiendo un paño (un texto) que únicamente tendrá pleno sentido una vez que esté terminado y se pueda contemplar tanto en detalle como en conjunto. Ni que decir tiene que, antes de dar por acabado su libro, el escritor de aforismos –que seguro que habrá generado un cuantioso nú-

mero de ellos– se habrá entregado a una laboriosa tarea de autocensura y enmienda, o sea, a un severo trabajo de corrección y selección, eliminando aquellos aforismos que considere que no deben ir en su libro por las razones que sea. Por eso no me resisto a pensar que, a excepción de un número limitado de casos, la inmensa mayoría de los libros de aforismos que se escriben, en puridad, no son más que libros de antología (lo cual, claro está, no tiene que llevarnos a pensar que sean antológicos). Dicho esto, no está demás reseñar que, de un tiempo cercano a esta parte, se han editado algunos libros de aforismos que huyen del habitual modelo misceláneo y se estructuran en torno a una misma patrón temático, como por ejemplo *Tempo di silencios* o *Los sueños de las sombras*, de Fernando Menéndez García; *El aburrimiento no está hecho para gente con prisas*, de Rosendo Cid; *El olor del espacio*, de Sihara Nuño; *Remiúrgica*, de Juan Manuel Uría y José Luis Trullo, o *Meandros*, de José Luis Trullo y Ander Mayora.

El nuevo libro de Manuel Neila (Hervás, Cáceres, 1950), *La vida entre líneas*, responde sin embargo al modelo misceláneo tipo antología. En él se recoge una amplia muestra de aforismos extraídos de libros anteriores suyos, como *Pensamientos de intemperie* (2012), *Pensamientos desmandados* (2015) y *Pensamientos del malestar* (2018) y *Palabras en curso* (2020), aunque también incorpora una parte hasta ahora inédita, *Palabras situadas* y *Palabras al vuelo*. Neila ha dividido su libro en dos secciones, 'El pensamiento errante' y 'La vida por dentro'. En la primera incluye una selección de los tres primeros libros y en la segunda una de los otros tres. Pero a quien haya seguido su trayectoria aforística no se le escapará que de los cerca de quinientos aforismos recogidos en esta antología casi la mitad ya fueron publicados en una antología anterior y no muy lejana en el tiempo, *Discordancias* (Libros del Albur, 2019), de modo que esta nueva antología no podría entenderse justamente sin tener en cuenta aquella otra. En *Discordancias* (título que, por cierto, bebe del pensamiento de Heráclito: "Lo contrapuesto llega a concordar, y de las discordancias surge la más bella armonía"), ya se ponía de manifiesto cuáles son los decires y sentires más acusados en el pensamiento de Neila. Sin ir más lejos: su cruzada contra la estupidez y las imposturas de todo tipo (políticas, económicas, literarias, etc.), su nostalgia del *ethos* trágico del poeta, su crítica a la cultura del espectáculo, su humor desengañado, su filiación filosófica con autores como el mencionado Heráclito, Aristóteles o Nietzsche, su poca condescendencia con este mundo mediocre o su oído moral para la ética y la metafísica, pues, según él, de la misma manera que se tiene o no se tiene oído para

la música, se tiene o no se tiene oído para esas dos dimensiones del espíritu humano ("Un aforista sin oído para la ética puede ser un buen organillero, pero en modo alguno un buen organista", "Hay personas que tienen oído para la música, otros para la moral, y otros más para la metafísica. Pero la mayoría no oye nada"). Estos temas, estos decires y sentires, como no podía ser de otra manera, vuelven a aparecer redoblados en *La vida entre líneas*, si bien es cierto que con el añadido de un Neila un poco más escéptico y desenfadado. No en vano, tanto en *Palabras situadas* como en *Palabras al vuelo*, los dos libros inéditos incluidos en su antología, menudean aforismos en los que el autor pone fin a su sentencia con un aire que se diría de desplante o irónico desdén, como cuando dice: "Solo se sabe *decir* en puridad cuando se consigue *desdecir* claramente. Con todo y con eso, ¡vete a saber!", "Solía decir que el ángel es el eslabón perdido entre el pájaro y el hombre; pero, como era uno de ellos, ¡vete a saber!").

Frente a la tradicional escritura fragmentaria inscrita dentro de la dictadología tópica, hoy en día prácticamente ya superada, los aforismos de Manuel Neila tienen lo que muchos cultivadores del género vienen practicando con relativa frecuencia en los tiempos modernos: ese primor por la agudeza y el ingenio, o esa lúcida ironía que tan cara es a nuestra cultura literaria. Así, por ejemplo, se entiende que las pinceladas críticas que Neila desparrama en algunos de sus aforismos estén llenas de fino humor y no se presenten como graves sentencias admonitorias contra esto o lo otro. Según él, el buen acuñador de aforismos no debe dictaminar, sino constatar, o, en el peor, de los casos, tomar dictamen de sus propios errores. O, lo que viene a ser lo mismo, un buen aforista no debería moralizar ni sentar cátedra; su misión, en todo caso, sería la de mostrar aquello que el ruido de lo cotidiano oculta impidiendo que oigamos aquello que la vida contiene por dentro o aquello que está escrito "entre líneas". De ahí que su decir, el decir de Neila, obligue al lector a adoptar el ángulo del discordante, de aquel que, si no quiere pasar por un ser adocenado y adoctrinado, tenga que repensar las palabras para darles el valor y el sentido que realmente tienen y no aquel que falazmente nos quieran imponer.

Eludiendo lo pretencioso y lo excesivamente solemne, los aforismos de Neila, en fin, no buscan deslumbrar al lector, pero sí alejarlo de ciertas formas perniciosas de pensamiento, especialmente de aquellas que no dicen nada y nada dicen. Y eso, pudiendo parecer poco, sin duda es mucho.

Daniel Mocher, *Los propios pasos.* La Isla de Siltolá, Sevilla, 2022.

Ricardo Álamo.- Quien diga que en un libro de aforismos (y, por extensión, en cualquier otro libro) hay cuestiones mayores y menores, no sabe de lo que habla. Tan importante es la elección del título del libro como la disposición y el orden de cada uno de los aforismos en el mismo. Fundamentalísima es, por ejemplo, la decisión de cuáles deben de ser el primer y el último aforismo, ya que en ese primer aforismo estará cifrada (o no) la promesa de algo sorprendente y prodigioso que el autor le hace al lector para que le dedique su tiempo a su libro, mientras que en el último aforismo tendrá que estar (o no) inserta la posibilidad de que algo significativo retumbe dentro del lector y de su memoria. Igualmente crucial es la elección de las citas de otros autores en las páginas de respeto. Cualquiera de estos aspectos que podrían parecer menores o sin mucha importancia en relación al contenido *sensu stricto* del libro, no deberían dejarse al albur del mero capricho o de la desganada voluntad del autor, puesto que suponen para el lector un termómetro valiosísimo con el que medir la temperatura literaria (e incluso moral) de aquello que se expone y se dirime en cada una de sus páginas.

Sin querer pecar de aquiescencia, cada una de estas consideraciones previas que desparramo aquí a modo de desiderata parece que no las hubiera obviado ni una sola vez Daniel Mocher en *Los propios pasos*, su tercer libro de aforismos. Un libro en el que tanto su propio título como el primer y último aforismo, amén de la cita inicial de Joseph Roth, giran sincopadamente alrededor de unos mismos temas en los que el movimiento melódico de su voz queda supeditado a la progresión de unos acordes que, como ocurre en la música barroca con el bajo continuo, sufre rápidos y frecuentes cambios de ritmo, aunque sostenido sobre un compás uniforme, claro y sencillo. Esa melodía en la que rítmicamente suena su voz –aunque con ligeras variaciones– no es otra que la de un sujeto cuyos pasos (en la vida, en la literatura y en el pensamiento) se sustentan en una reconocible y reconocida tradición (o en unos préstamos) a la que Daniel añade sus propias notas. Cómo si no entender que el aforismo con el que se abre su libro afirme que “La mayoría de las cualidades propias son prestadas” y el aforismo con el que se cierra diga que “Aunque nos perdamos, la mejor manera de encontrarse es seguir los propios pasos”, veneros o manantiales cristalinos ambos procedentes de esa profunda y sabia fuente que fue la obra del novelista y periodista austríaco de origen judío Joseph Roth, quien, a modo de lección espiritual, dejó escrito para la posteridad que “Mientras uno se

mueve por sus propios pasos parece que va a vivir eternamente*”*. Esos pasos literarios, vitales, que se encaminan hacia la eternidad de la mano y de la compañía de lo que otros autores plasmaron genialmente en sus obras, son sin duda alguna los que Daniel Mocher toma como referentes para no perderse en el laberinto de este mundo nuestro, a la vez complejo y sumamente banal, pasos que él hace propios y que le sirven para darle otra vuelta de tuerca a asuntos tan diversos pero relacionados entre sí como son la bondad, la piedad, la humildad, la belleza, la verdad, Dios, la soledad o el ego.

Dividido en seis partes (Cualidades propias, Estar como si nada, Interés público, Lo más pequeño, Viejos amigos e Ingeniería poética), el libro de Daniel tiene la impagable virtud de que bastaría con leer su primera parte para saber que el pensar y el sentir que destila su voz son los de alguien que “canta lo pequeño o aquello en lo que el acento es canción y no aria y ringorrango” (como diría mi amigo Javier Castro Flórez). Una voz que además ni condesciende con la vehemencia propia de quien se sube a una tribuna para pontificar sobre todo lo humano y lo divino ni mucho menos se presta a apostrofar –como un hábil y sofistero moralista– acerca de las miserias sociales, económicas y políticas de nuestro siglo o de sus muchas y enraizadas injusticias. Más bien la voz de Daniel Mocher se expresa con moderación y sentido común, sin estridencias de ningún tipo, en tono bajo, a veces con un leve *staccato* burlón, y otras amortiguando en la medida de lo posible su juicio censor.

Uno de los temas más recurrentes en todo el libro es el de la representación del “yo” en sus relaciones con los demás, y a tenor de lo expresado por Daniel Mocher en muchos de sus aforismos, se diría que en alguna medida son casi todos ellos tributarios de aquella fórmula rimbaudiana, paradójica y contradictoria, comprendida en el enunciado “Je suis un autre” (Yo soy otro), en el que la identidad del sujeto se confunde con la del prójimo o, en todo caso, no renuncia a una yuxtaposición con ella, buscando quizá en último término su proximidad y no su rechazo. Naturalmente, una lectura en clave religiosa también es igualmente pertinente, puesto que explícita o implícitamente el mensaje de no responder al mal con otro mal (como en el sermón de la montaña), sino con el bien, y amar al enemigo, sobrevuela en más de una ocasión sobre algunos de ellos. Lean, si no:

Piensa en los demás y acertarás.
El pan compartido sabe a gloria.
La mejor manera de pensar por uno mismo es pensar en todos.

Lo importante hay que esconderlo al alcance de todos.
La historia de la humanidad se redime cada vez que alguien pone la otra mejilla.

Ni que decir tiene que, excepción hecha de estos ejemplos, otros muchos aforismos de *Los propios pasos* van mucho más allá de esa declarada postulación por lo simbiótico y menudean aquí y allá ciertos reclamos sobre la utilidad de lo inútil (en la estela, por ejemplo, del manifiesto de Nuccio Ordine), como cuando afirma "Qué inútiles nos volvemos cuando solo podemos darle importancia a las cosas útiles"; o sobre la falta de introspección y de autoconciencia (en la estela kantiana), al manifestar que "Los autómatas del siglo XVIII producían una mezcla de encanto y pavor. Nosotros, los autómatas del sigo XXI, estamos perdiendo todo el encanto"; o, en fin, sobre los risibles o patéticos deseos de felicidad que se graban como un mantra casi forzoso en el inconsciente colectivo: "Tener un apartamento en la playa a veces sale muy caro, nos puede costar toda la dignidad que poseemos".

A que no nos dejemos adocenar y a que miremos más por nuestro bien y por el de los demás van dirigidos *Los propios pasos*, un libro que sin levantar la voz nos reclama.

Florencio Luque, *Melismínimas. 100 aforismos flamencos.* Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2022.

Ricardo Álamo.- Lo dijo Arcadi Espada en una entrevista reciente, a propósito de la publicación de *Molde roto. Una conversación con flamencos* (Renacimiento, 2022): la pureza en el flamenco no es una fórmula matemática, de modo que la disputa entre puristas y defensores de la contaminación o del flamenco evolucionado no tiene ningún sentido, porque lo que importa es la intensidad con que un artista se expresa y la verdad que pone en lo que dice o hace (y cómo resuena aquí la mínima máxima cervantina "quien sabe sentir, sabe decir"). Este decir o hacer –que los flamencos dicen y hacen de muchas maneras, con el cante y con el baile, pero no solo, también con el silencio y el dolor y los gemidos y los ritos e incluso con el hambre–, a diferencia de otras formas de expresión artística, no contemporizan con lo sentencioso ni lo senequista, ni mucho menos con las retóricas del amaneramiento. Porque a la poética del flamenco lo que le va, lo que nutre su oscura médula, es el laconismo, aquello que se dice del modo más directo y sin ro-

deos. "Menos es más" podría muy bien ser el adagio inherente a la poesía flamenca. Decir mucho con poco, y sobre todo decir sintiendo lo que se dice, incluido lo que se dice en silencio. Este laconismo y este silencio tan poco refractarios al arte flamenco le parecen capitales a Manuel Ángel Vázquez Medel, catedrático de Literatura y Comunicación de la Universidad de Sevilla, quien en el prólogo a *Melismíninas*, de Florencio Luque, escribe lo siguiente: "El silencio es invocado como raíz del cante, que ha de adentrarse en lo invisible e iluminarlo desde su desnudez, transmutar el dolor, obrar el milagro, fundir lo apolíneo (armonía) con lo dionisíaco (hondura), y alcanzar en lo jondo algo más que música. Porque hay que cantar con la voz del corazón y saber oír ahondándonos en el abismo. Una experiencia que nos hiere, de la que nadie sale indemne". Ahí es nada. ¿Admiten todas las artes esta invocación al silencio, a la hondura, a la invisibilidad y al abismo? Dicho así, parecería que el flamenco es más una mística o una especie de profesión de fe que un arte mundano. Pero no nos engañemos, siendo un arte no todos los artistas que lo practican llegan a comprenderlo, y menos que nadie quienes solo se acercan a él para entender su técnica.

No parece este el caso de Florencio Luque, quien, en los cien aforismos sobre el flamenco reunidos en este libro, a fuer de pasar por entendido, es también capaz de transmitir con palabras lo que de abismal y de hondo entraña este oscuro arte. Se diría, incluso, que parte de su poética aforística no está muy lejos de lo que Ramón Gaya pregonaba en *Naturalidad del arte y artificialidad de la crítica*, pues no en vano, como tajantemente defendía el pintor y escritor murciano, lo más patético del crítico de arte es que entiende de una cosa que no comprende. Y en este sentido hallamos por ejemplo que Luque enuncia: "La técnica suele amedrentar el duende", "Ningún análisis musical logra estremecernos, una nota *a cuerda pelá* sí" o "Cuando se baila académicamente se es contorsionista". Y si de invisibilidad y desnudez del cante hablábamos antes, Luque pondera: "Cuando el cantaor cierra los ojos se adentra en lo invisible" y "El cante nos desnuda".

El duende, el pellizco, el dolor como fuente natural del cante y del baile, la encarnación de la música en todas las partes del cuerpo, la negrura de lo jondo, lo misterioso, la sobriedad y el respeto por las formas de expresión del arte flamenco son algunos de los temas más recurrentes tratados en este singular libro, donde además resuenan los ecos dispares de múltiples voces, pues como bien claramente se anuncia en el prólogo se trata de una obra de una alta calidad poética y de pensamiento en la que no rechinan ni Kant ni Lorca, ni Wittgenstein ni Rousseau, ni Nietzsche ni Hobbes, y que,

salvando que alguna vez se deje caer en el chiste fácil o en la greguería ramoniana ("Quien canta bonito, acaba atún"), es una muestra excepcional de lo que cabalmente se puede decir del flamenco y sus alrededores. No en vano, el libro está dividido en cinco secciones: Boca, Manos, Pies, Público y Crítica, todas las cuales juntas vendrían a ser los pilares fundamentales sobre los que se asienta el arte mayor de los gitanos, que paradójicamente siendo tan rico brota de lo pobre ("La indigencia jonda recoge las más sagradas limosnas"), germina en el ámbito reducido de ciertas élites ("El flamenco es un género popular bastante impopular") y pese a su carácter de desmedida intimidad se expresa como un gemido universal ("En la más honda intimidad del cantaor, la comunión más universal") que muy poco tiene que ver con las más simplificadas e inanes expresiones del folclore ("En el flamenco se está solo, en el folklore acompañado").

Impagable, pues, este *Melismínimas* de Florencio Luque, que demuestra que el género del aforismo no tiene límites, y que del flamenco se puede hablar diciendo mucho con poco, lacónicamente, como quien canta o baila de verdad, o sea, sin retórica.

Ángela Mallén, *Microorganismos*.El Desvelo, Santander, 2022.

Ricardo Álamo.- Hace ya bastantes años, cuando en España apenas nadie escribía aforismos y salvo rarísimas excepciones ninguna editorial apostaba por ellos, leyendo los *Nuevos ensayos civiles* de Joan Fuster me llamó poderosamente la atención una de sus muchas inteligentes acotaciones, motivada esa vez por el hecho de que se paraba un momento a hablar precisamente de los aforismos. En poco menos de un párrafo, el escritor valenciano decía que en la lectura de cualquier escritor solemos tropezar con cláusulas redondas, llamativas, que si las sacáramos de su contexto podrían pasar por máximas, sentencias, apotegmas o moralidades de la especie más típica, pues todo el mundo segrega aforismos de cuando en cuando, y posiblemente incluso sin querer, hasta el punto de que –y así concluía su reflexión– "en algunos países, los editores hacen con ellos antologías que tienen Dios sabe qué usuarios –desde el que busca en ellos "citas" para su pedantería hasta el que sólo aspira a encontrar un entretenimiento estimulante". Muchos años después de leída esta acotación de Fuster, y cuando curiosamente un ejército de escritores españoles se puso a escribir aforismos y las editoriales (pequeñas, medianas y hasta alguna grande) comenzaron a interesarse por ellos y a publicarlos, me vine a topar en el libro *Pequeña gala-*

xia (Libros al Albur, 2018), de Ramón Eder, con un aforismo en el que, en líneas generales, se sustanciaba y resumía la idea expresada ya con anterioridad por Fuster y que literalmente decía: "Estamos entrando en una época en la que si un escritor no escribe un libro de aforismos se lo acaban escribiendo, entresacando frases de sus libros". Y sí, digo no, porque no es que estemos entrando, es que ya hemos entrado en esa época en la que más de una editorial le ha publicado a algún célebre escritor –que no practica el aforismo ni por tanto es aforista– un libro de aforismos "entresacando" frases redondas, llamativas o sugerentes de algunos de sus libros. Por eso me parece justo reivindicar aquí y ahora la figura del aforista *ad hoc* que, al contrario de quienes voluntaria o involuntariamente usurpan su condición literaria con libros misceláneos y que no beben directamente de la fuente natural de la que manan los aforismos, elaboran a conciencia y metódicamente cada una de sus mínimas máximas, de forma exenta y no como partículas textuales segregadas de un cuerpo de texto mayor al que pertenecen. Con esto quiero decir que hay escritores, como Ángela Mallén, que –pese a llevar una trayectoria literaria alejada del género aforístico, pues sus producciones se han volcado hasta el momento en la poesía y el relato mayormente y en la novela menormente– no han necesitado extirpar o que le extirpen algunas frases del cuerpo de sus libros para escribir a propósito un libro de aforismos, un buen libro de aforismos: este *Microorganismos*. Formada en psicología clínica y filología alemana, pero también profesora, traductora e intérprete, Ángela Mallén confiesa que le gusta "escribir para pensar en las personas, en los mundos y en las musarañas", toda una declaración de principios que muestra por un lado su preocupación por la realidad más cercana (las personas) pero por otro lado también su voluntad de explorar esa misma realidad desde otras perspectivas menos manidas que las que habitualmente supura el pensamiento tradicional y biempensante, quizá porque –y esto es una suposición mía–, en la estela de Lawrence Durrell, le parezca que en último término existen tantas realidades como uno quiera imaginar.

Estructurado en ocho capítulos, que a su vez se dividen en diferentes apartados, *Microorganismos* es un libro que no desprecia la incursión reflexiva en los más esenciales temas que afectan a toda la humanidad, destacándose en muy amplia medida los de la libertad, la política, la verdad, el bien, la felicidad, el amor y la vejez, aunque también incluye una no despreciable cuantía de aforismos dedicados a la poesía, así como una serie de consignas a modo de imperativos morales. Escritos con un lenguaje sobrio, sin malabarismos verbales ni vana retórica, la mayoría de los aforismos de

Ángela Mallén no tienen otro propósito que combatir las manifestaciones tóxicas del pensamiento, aunque sin renunciar por ello a la creación de espacios de reflexión que nos ayuden a mejorar el mundo y sus circunstancias. "Microorganismos probióticos" los llama ella un tanto pomposamente, y de ahí que cada uno de los capítulos del libro esté encabezado con el nombre de una cepa o de una bacteria en la que se condensan sus cualidades benignas (como por ejemplo la *Propionibacterium freudenreichii*, útil para combatir la incongruencia medioambiental de quienes a la vez que se muestran hostiles contra el consumismo no abandonan los hábitos de consumo que los integran en una parroquia). Luchar contra la mediocridad o contra la mal entendida normalidad o contra las imposturas son asimismo aspectos en los que la autora esgrime sus consignas "probióticas", a veces en forma de denuncia ("En la corte triunfan los aduladores solícitos. Así es como se inflama el mediocre, crece su meliflua arrogancia y mataría por defender su ridículo territorio", "Es imposible salir de un colectivo aletargado en la complacencia sin entrar en otro letargo autocomplaciente"), otras de manera sutil ("Qué normal parece todo") y otras más de modo categórico ("No confundir literatura con impostura", "Vive sin hacerte el muerto" o "Elevemos distancia a la injusticia"). Todo lo cual no quita que en ocasiones algunos de los aforismos de Mallén bordeen el humorismo o se revistan de cierto irónico ingenio, como cuando se pregunta "¿Existe Dios?" y se responde "¡Sabe Dios!", o como cuando en un alarde de divertimento lingüístico declara: "Hay ciertos abstemios cuya vida es una borrachera".

Microorganismos, en fin, está lleno de aciertos, y acierto mayor que todos es la reivindicación que hace la autora de no dejar el mundo en manos de los verborreicos, cosa que, a su manera, ya en su día subrayó Juan Ramón Jiménez al afirmar que "Ser breve, en arte, es, ante todo, suprema moralidad".

Guillermo Busutil, *Papiroflexia. Sobre el libro y la lectura.* Fórcola, Madrid, 2022.

Ricardo Álamo.- No hace mucho le leí a un célebre (y celebrado) escritor de diarios y crítico literario que los libros de aforismos acostumbran a ser invertebrados, como la España de Ortega y Gasset: una articulación de ocurrencias que oscilan entre el tópico y la arbitrariedad, el juego de palabras y la moralina. Y sí. Puede que tenga razón. Pero, ¿toda la razón? Veamos. La primera parte de su frase es ocurrente, quizá porque al hermanar los libros

de aforismos con el título de una de las obras más famosas del filósofo español aún no deja ver a las claras a qué puede estar refiriéndose. Sin embargo, después de los puntos y seguidos, con la explicación que da sobre lo que significa que los libros de aforismos acostumbren a ser invertebrados, se entiende crudamente el juicio peyorativo con que los califica. Pero que haya libros de aforismos en los que las ocurrencias, el tópico, la arbitrariedad, el juego de palabras y la moralina menudeen entre sus páginas no implica necesariamente que sean malos libros. También en las novelas, en los libros de poesía o en los de relatos hay tópicos, ocurrencias y juegos de palabras y no por ello son libros infumables. Y no es una cuestión de si esos elementos brillan más o menos, sino de si están bien escogidos o bien dosificados o bien justificados dentro de la índole del género literario del que se trate. Tratándose de un libro de aforismos sería bien raro que no los contuviera. Porque si hay un género literario que más que ningún otro se presta a las greguerías, las agudezas, las ingeniosidades y cuantos caprichos lingüísticos puedan imaginarse, sin ser por ello un baldón ni una merma, ese es, sin duda, el de los aforismos.

Viene todo esto a cuento porque, dentro de la escritura aforística, el nuevo libro de Guillermo Busutil, *Papiroflexia*, no renuncia a ninguno de esos elementos literarios que venimos comentando. Y, en efecto, hay en él juegos de palabras, frases ingeniosas, reflexiones agudas, pero también, como dice en el prólogo Nuria Barrios, algunas críticas y numerosos homenajes a escritores desconocidos y a escritores amigos, aunque, por encima de todo, lo que más hay es un inmenso amor a la imaginación, al lenguaje y a los libros, cosa que no es muy difícil no pensar si se advierte que su subtítulo es precisamente *sobre el libro y la lectura*. Si exceptuamos aquel *Escritos y dichos sobre el libro* que publicaran Manuel Bartolomé y María Vidal en la célebre colección que la editorial Edhasa consagró a finales del siglo pasado exclusivamente a los aforismos, no son muchos los libros de esta clase de género que estén dedicados, de principio a fin, a trenzar hilo tras hilo de pensamientos sobre la escritura, la lectura, los escritores, los libros y todo lo que tiene que ver con la profusa madeja de las palabras. En este sentido, el libro de Busutil es de los pocos que se atreven a discurrir, sin solución de continuidad, aforismo tras aforismo, por la peligrosa senda de no hablar de otra cosa que no sean los libros y sus más inmediatas confluencias. Peligrosa senda porque, a fuer de insistir una y otra vez sobre los mismos temas, corre el riesgo de llevar al lector a una saturación o a un hartazgo sobrevenidos por no encontrar otra cosa que una eterna repetición de lo

mismo aunque con más o menos ligeras variaciones. Así ocurre en aforismos como estos: "A veces las palabras tienen crisis de conciencia" y "Las palabras también tienen crisis vitales". No obstante este peligro (al que habría que sumar la reiteración de una fórmula consistente en homenajear a un escritor o escritora con alusiones a los títulos de algunas de sus obras, y valgan como ejemplos los siguientes aforismos: "Baricco vistió de seda las palabras que se ondulan", "Dickens tuvo grandes esperanzas en las palabras en tiempos difíciles", "Manuel Vicent reconoce a las palabras por su son de mar", "Nabokov cazaba palabras pálidas o con ardor" o "La fantasía del libro es ser de arena como en Borges"), no obstante ese peligro, decía, el mérito del libro de Busutil estriba en la capacidad que tiene de ampliar sutilmente el espectro de lecturas sobre la lectura y los libros, a veces escogiendo formas de expresión poéticas y otras recurriendo al *dictum* enfático. De lo primero son pruebas innegables estas perlas:

La palabra es la mariposa de la escritura.
Guardar libros bajo la cama eleva los sueños.
La pestaña de un lector es un guardapelo.
Existen palabras con vocación de pétalo.
Las palabras con insomnio mudan en grillos.
La ternura de los libros es contemplarte dormir desde la mesita de noche.

Como decía al principio, también en *Papiroflexia* hay ocasión para la crítica ("La enseñanza ha deshabitado el lenguaje", "La mercantilización del libro produce monstruos") o para la reflexión ("No permitamos nunca que nos desahucien de leer", "El lenguaje infunde poder, procura comunicación, crea encantamientos"), si bien es verdad que el *leitmotiv* que mueve a casi todo el libro es la contundente afirmación de que al ser del hombre lo singulariza la palabra. Así lo dice Busutil sin tapujos en uno de sus aforismos más afortunados: "Somos seres del lenguaje y sus ficciones". Aforismo que lo emparenta con el heideggeriano *"*el lenguaje es la casa del ser*"* y con el valverdiano (de José María Valverde) "ser de palabras", pues como bien se encarga de sentenciar el propio Busutil en otro de sus más logrados aforismos, "el lenguaje es un árbol al que no dejan de crecerle ramas". Pero, eso sí, unas ramas que no pretenden buscar solamente la luz de la realidad o de la verdad objetiva, sino que se alargan más allá de esta persiguiendo mundos de fábula, mundos de ficción o realidades novelescas. No en vano, la mayoría de los escritores a los que se homenajea en el libro son literatos,

novelistas, poetas o narradores, clásicos y modernos, muchos de ellos contemporáneos, en cuyos libros Busutil ha encontrado las palabras, las historias o los versos de su vida. De ahí que se atreva a confesar que ha vivido hasta el final en los libros en los que estuvo, que es la mejor manera de agradecer a los libros y a quienes los escribieron su amor por ellos. Y en eso *Papiroflexia*, en sus múltiples escrituras, pese a ser un libro pequeño, no se queda ni mucho menos corto.

Demetrio Fernández Muñoz, *Plancton*. Detorres Editores, Córdoba, 2022.

Elena Marqués.- Me llega a casa un pequeño libro, *Plancton*, que, según leo en la portada, ha ganado el Premio Internacional Artemisa de Aforismos. Lo firma Demetrio Fernández Muñoz, un profesor muy joven nacido a finales de los ochenta, cuando quien traza estas líneas ya estudiaba, como mucho más tarde haría él, Filología Hispánica, posiblemente con la misma inocencia y el mismo deseo de conocer los resbaladizos mecanismos de la literatura.

Creo que por aquellos años ni siquiera sabía yo qué era un aforismo. Y, de haberlo sabido, igual lo habría mirado por encima del hombro como algo poco meritorio, fácil de construir. Porque la sencillez tiende esas trampas, y la juventud y la ignorancia, muchas más.

Hoy me he convertido en una lectora no diría voraz, pero sí entusiasmada de la brevedad de estos relámpagos de lucidez y cruce de puntos de vista, pues, contra lo que en principio pensaba, los aforismos no pretenden dictar sentencia como otras fórmulas clásicas con las que a veces se confunde, sino ofrecer una visión personal e incluso frágil del mundo que vivimos. Y hacernos reflexionar, que es algo que nunca está de más.

Por eso el título de estas brevísimas oraciones me parece tan acertado. Como partículas elementales vivas y prácticamente invisibles que navegan por el mar de la realidad, su variado y variopinto mensaje nos nutre sin apenas percatarnos, flota en nuestros oídos para hacernos caer en la cuenta de las oportunidades del lenguaje («Amar desordena la marea»), la importancia del pensamiento abierto y de la tradición («Tolerancia: yo soy tú y sus circunstancias»), la poesía que vive en las contradicciones («Cruce de miradas: cuatro agujeros negros cediéndose la luz»), la necesidad de cultivar la crítica («Wikipedia es la décima musa, la del olvido»), la salvación del humor. De hecho, algunos de estos aforismos, a mi parecer, se aproxi-

man bastante a la greguería («Las tijeras son géminis en el zodiaco desastre», «Dentro del dentífrico hay una serpiente en pijama»), son serios juegos de palabras que bien podían describirse a través del metaforismo con que el escritor de La Vila Joiosa define al género como «desproporción aurea».

Este es uno de los recursos más destacable en un opúsculo en el que, aun en su excesiva parquedad, se percibe una agudeza y entusiasmo de largo recorrido. Se trata de un libro cargado de brevísimas paremias que trasluce inteligencia, frescura y belleza, cualidades imprescindibles si se quiere decir algo de interés. Y un humor acerado y elegante que ya querría para mí misma («Desobedece a tu ordenador»).

Además, el libro, que no tiene una estructura ni una fragmentación clara, pues, como el plancton que le da título, se compone de partículas mezcladas y en suspensión, tiene momentos brillantes también por su lirismo («Nos atamos desnudos»; «El centro de la pena está en la garganta. Lloramos, en parte, porque tenemos sed»), y se cierra con una nota de autor que parece más bien una petición de perdón.

Ese rasgo de humildad me resulta casi conmovedor. Esa *excusatio non petita* en la que Demetrio Fernández reconoce la juventud de sus palabras, habla de su intención recopilatorio-abarcadora y filosófica, y explica ese extraño título para reunir un conjunto informe e ilimitado de aforismos.

Porque lo que viene también a decir es que esta tarea aún no ha acabado. Un libro nunca tiene fin. Se abre en nuevos sentidos en cada lectura, y bien puede verse complementado en futuras ediciones con nuevos microorganismos de reflexión y deseos de verdad. De verdad propia, a la manera machadiana, que es la única que admite la fórmula del aforismo y deberíamos admitir nosotros mismos, demasiado proclives a pontificar por extenso como si el pensamiento tuviera fronteras inamovibles.

Aitor Francos, *Quien escribe es otro.* Renacimiento, Sevilla, 2022.

Ricardo Virtanen.- El poeta Aitor Francos (Bilbao, 1986) redondea ya una obra literaria considerable, con siete libros de poesía: entre ellos, *Las gafas de Pessoa*, 2018, *Memoria del adentro* (2020) o *Museo del hombre* (2024); tres volúmenes de haiku: *Filatelia* (2017), *Buzón en el desierto* (2018) y *Migas de sombra* (2023); y dos antologías críticas sobre la poesía y el aforismo vasco: *Las aguas tranquilas* (2017) y *Marcas en la piedra* (2019). En el ámbito del aforismo ha publicado *Fuera de plano* (2016), *Camas* (2018) y *Tinta rápida* (2020).

Hay una coherencia en la obra de Aitor, un hilo invisible que conecta unas obras con otras, creando un *continuum* de conciencia y de otredad. Su poesía linda con sus haikus, que tienen un reordenamiento más ortodoxo, y al tiempo mantienen una conexión evidente con el edificio aforístico (leemos en *Memoria del adentro*: "Ser cicatriz es una rara costumbre"), y asimismo con el haiku, que en ocasiones ofrece su cara B aforística. Por eso escribe este sencillo y equilibrado breve texto: "Mi destino es el instante". Brevedad, instante, fragmento como *input* literario.

Desde su primer libro, la aforística de Aitor se confabula en un pensamiento de la identidad, de la conciencia, de la representación del mundo en miniatura, que nos presenta un aforismo cotidiano y subjetivista, como podemos leer desde Lichtenberg a Lec. Se formulan textos que son como diarios del pensamiento, normalmente sin epígrafes ni agrupaciones temáticas. Huye nuestro aforista del texto monolítico, temático, y con una marcada conciencia crítica, como Machado, formula un aforismo que es palabra en el tiempo, hondura reflexiva, lindando repetidamente con un ímpetu metafísico o metaliterario (constante ya desde *Fuera de plano:* "Los aforismos son como granos de maíz echados en una sartén con aceite hirviendo"). Aforismo que denota porte filosófico y reflexivo, dentro de esa sugestiva cotidianidad de la que antes hablábamos, lejos de la poeticidad de algunas vías del aforismo actual, aun siendo él mismo poeta. Desde su primer título, *Fuera de plano*, nuestro aforista se sitúa en un aforismo exigente, que denota la búsqueda de una identidad de pensamiento, lo que cubre todos sus espectros literarios, engendrando una variedad temática, como se lee en nuestra aforística contemporánea, donde la imagen genera la sombra de un pensamiento en ciernes. *Camas*, su segundo trabajo, constata un *locus* variable, bajo un mundo de identidad deformada y cambiante, mientras *Tinta rápida* supone otra nueva conjetura en torno a la identidad, la búsqueda de una realidad complaciente, siempre expresado desde la perspectiva de dos planos adyacentes, como cuando escribe: "Lo de fuera es la realidad de otra realidad, cuando lo de dentro deja de ser la realidad". En cierta manera estos libros han ido constituyendo una identidad propia, casi inconfundible, certeramente paradójica y metamorfoseada, que concluye en nuestro actual libro. Sin duda, todo esto viene a conformar cierta indagación en torno a la escritura y lo metapoético, que presenta una de las características propias de su escritura (no solo aforística): "Escribir lo menos posible para ser el mejor esclavo de la inspiración*"*, o sobre la otredad, otro tema predilecto de Francos: "Ama la suma. No te hará ser más, sino ser otro".

Quien escribe es otro se halla dividido en dos secciones. Una primera indaga en todas las cuestiones capitales del aforista: la identidad, la otredad, la realidad, la belleza, la verdad, la felicidad, el amor o lo metapoético (poesía, aforismo); una segunda, muy breve, gira en torno al envés metapoético en su totalidad, lo que conforma en ocasiones una poética en movimiento. Una de las cuestiones capitales de la aforística de Aitor, y más en este libro, el último de los suyos, es la búsqueda de una identidad, en los límites de las dimensiones de un teatro, que es el vivir, bajo una introspección del acto del ser. Por esta razón, el aforista va recreando autores y obras inexistentes: Burni, Delafield, Miyuzi, Amildsen, Villeret, Tommasi, aunque aparezcan personajes reales, como el pintor Balthus, cuyas citas de libros suyos aparecen jalonando aforismos apócrifos ("No hay citas, sino gente citando", leemos), dentro de un juego identitario apócrifo, y un juego de espejos –o espejismos– que deletrean la no esencia de la que también estamos hechos.

En este sentido es clave el desdoblamiento del yo. Decía Rimbaud que *yo es otro* para delinear la idea de que sólo se llega a comprender el mundo cuando asumimos una visión distinta a nosotros. De ese desdoblamiento parte *Quien escribe es otro*, en una incesante búsqueda de la alteridad, que también está en su poesía, como vemos en *Memoria del adentro*: "No sabemos qué somos, pero queremos ser más", "Yo soy yo y mi silencio que quiere hacer otra pregunta" o "El yo es un nudo corredizo". En todo el libro, y en otros suyos también, existe una voluntad de desdoblamiento, de ser otro, de desaparecer en el laberinto de la realidad, y desatar aquellas "voces encharcadas de mi conciencia", y en perseverar en "la demostración de mi inutilidad". La extensa primera parte viene matizada por esta consideración, con la suma de tres citas en el frontispicio que nos alertan: "Demuestra que no eres tú", "Ni una cita más. ¡Pero dadme credibilidad!" y "El yo, tu primer antecedente", que son apócrifos firmados por Bochniewicz, Reeple y Gallardo.

En *Quien escribe es otro* hallamos los recursos propios del lenguaje aforístico, como el sarcasmo ("Date por vencido y tendrás pie de foto"), la ironía ("Cualquiera puede ser feliz una eternidad al día"), el humor ("Recuerda que los buenos aforismos te dejan siempre salir antes de entrar" o "El futuro te espera siempre levantado") o la cita conversa ("Escribir libros es mi manera de tatuarme el cuerpo", Francos *versus* Pessoa), aunque sean la paradoja y el envés poético capitales en el fluir de sus aforismos, los recursos clave en este aforista entre lírico e irónico, a lo que sumamos el uso

de la paradoja ("Escribe porque solo así serás libre para no escribir", o "Fue tan rápido que le faltó brevedad"). Como aforista que radica su voz en constantes vitales poéticas, la aparición de metáfora y alegoría se vuelven recursos constantes: "El amor te llena las manos de pintura", "Una ventana nace de mi cuerpo", "Rezar arañando piedras" o "La nieve sabe perder el tiempo mejor que yo". Los aforismos de Aitor Francos formulan una búsqueda continua de certidumbres imposibles, desde la metapoesía, desde el conocimiento, desde la asunción de otra realidad que nos circunda en toda nuestra existencia, de la existencia de un eco que va constituyendo una otredad de la existencia.

Una segunda parte, muy breve, conforma una poética donde predomina el aspecto metapótico del aforismo. Se definen aforísticamente poema, poesía, poeta, escritura o lectura desde una concepción vitalista y poética ("La poesía como un amor de madre, extrañamente posesivo e invasor"). Esto es, el aforismo es vía de proclamación de una poética en ciernes. Así, leemos: "La poesía es la piedra que puede ser pulida solamente por la respiración de la muerte", "La poesía nunca cicatriza" o "La poesía se cura soñando". Mas la metapoesía sobre el aforismo también se percibía en el apartado anterior: "La vida del aforismo, porque en el aforismo hay vida inteligente". La condición de poeta nos sirve ahora para prefabricar una poética propia, que, no obstante, se ha fraguado durante todo el libro (leemos en la primera parte: "Algunos poemas, por más que los miremos a los ojos, no saben qué confesar"). Es curioso que el envés metapoético de esta parte se incline hacia una poética, como un complemento anexo a su propia concepción de su poesía. En cualquier caso, este nuevo libro de Aitor Francos resulta una extensión natural de su anterior, *Tinta rápida*, con el que se conjunta en base a una poética aforística común. Con *Quien escribe es otro*, publicado en la bellísima de la colección 'A la mínima' de la editorial Renacimiento, Aitor Francos prosigue una tarea aforística de enjundia, y se sitúa, pese a no haber cumplido aún los cuarenta años, entre los nombres que debemos tener en cuenta en la ya tan concurrida aforística contemporánea.

José Luis Trullo y Juan Manuel Uría, *Remiúrgica*. Thémata, Sevilla, 2022.

Elena Marqués.- A veces las voces más complicadas solo nombran lo más simple. A veces los neologismos son necesarios para explicar lo que pocos saben señalar. Aunque esa realidad exista desde el principio de los tiempos.

En *Remiúrgica*, dos escritores y la precoz artista e ilustradora Luna (aunque su padre, Juan Manuel Uría es también pintor: no cabe mejor combinación para esta invención literaria) dialogan entre sí y con el mundo remontándose al origen.

Partiendo de las palabras preliminares de la poeta mexicana Sihara Nuño que definen el término como «un acto revolucionario desde su concepción», este opúsculo se mueve en completa libertad, tiende sus manos en un acto creativo perpetuo, en un hacerse mientras se piensa y se escribe, en un gerundio seminal que nunca acaba.

Apoyados en el valor trascendente de la poesía, en la intuición como aproximación al conocimiento, en la disolución de lo indistinto, pues no sabemos a quién corresponde cada reflexión (más adelante lo confirman: «Todos los creadores son perfectamente anónimos»), Trullo y Uría ponen ante nuestros ojos atónitos el misterio del azar, «que une libertad y necesidad en el mismo trazo»; de lo infinito; del estado latente y esperanzador de la posibilidad (hermosa la paráfrasis juanramoniana «Latencia: dame el nombre aproximado de las cosas»), pues «Toda obra consumada profetiza lo que ya nunca será» y «Decidirse, ¡qué claudicación! Concluir, ¡Bárbara renuncia», razonan.

En su faceta de aforistas, que es algo como decir en su papel de filósofos y poetas al mismo tiempo, el binomio Trullo-Uría habla también de la escritura como búsqueda, de la búsqueda en sí «para tener más sed». De la recreación continua que es toda creación. («El artista, en puridad, no crea nada (todo le viene hecho), pero lo compone todo»). De la fluencia y el movimiento como única fórmula de concebir la vida. «El saber que se duerme, muere. Solo el que vela (la fuente que siempre mana en lo más hondo del bosque), desvela y revela». Hablan, por supuesto, también de la capacidad de asombro, algo que no deberíamos perder. Ser niños siempre, algo que no solo tendría que exigírseles a los poetas, sino al hombre mismo.

No creo que sea solo por influjo del pensamiento oriental por lo que *Remiúrgica* se convierte también en una invitación a prescindir de lo superfluo, a desnudarse y desanudarse. A existir «Marcados por el ritmo del corazón, de la respiración, de la escucha». A sumergirse en «Una realidad desnuda, sin trampantojo». A vivir en el presente y en el yo («Ni regresar ni avanzar; ni pasado ni futuro»; «Presente radical y absoluto»), no como recomendación egoísta (alguna pincelada crítica al materialismo actual se desliza también en un momento dado), sino como ese espacio de reflexión donde hallarse y ser.

Y, como medio para 'obtener' ese estado de bienestar, ingredientes tan sencillos como la duda, el balbuceo, la humildad, «la inteligencia insumisa del poeta». El abrir los ojos y esperar la revelación en forma de agua clara, de luz fresca, de danza primitiva. «Ser semilla todavía». Porque la creación (y no solo se refiere al universo en expansión) no acaba nunca.

Por ello hay un intento de desnombrar («Olvidar para regresar»), de volver a la amalgama sin nombre, de nadar «entre charcos sin gramática», de llegar por esas vías a Dios; pero no se manifiesta, por el contrario, caos. Quienes escriben estas páginas recurren a imágenes conocidas, se mueven en referencias ancestrales, muestran su asimilación cultural y emplean, rejuvenecidos, motivos comunes (el paraíso perdido al que queremos retornar, entre otros). Hay orden en el desorden de los pensamientos, pues para eso sirve la escritura. Incluso las pinturas de Luna, como pausas en blanco y negro, deslindan y estructuran temáticamente la obra y ofrecen un respiro en lo profundo.

Porque todo lo que se nos revela es sencillo, y por eso no lo vemos. Como si estuviéramos a metros bajo el agua. Está delante de nuestros ojos, pero lo disfrazamos por miedo o por vergüenza de no aceptarnos como somos: pura mezcla de materia y espíritu, vulnerabilidad.

La luz en exceso no ilumina, sino que deslumbra y ciega. Creo que *Remiúrgica* consigue el equilibrio, gracias a la brevedad y tino de sus fogonazos, para que quien quiera entender, entienda. Que se una o no a ese espíritu de renovación entre el silencio y la semilla, esa es otra historia.

Vicente Luis Mora, *Teoría.* Mixtura, Barcelona, 2022.

Ricardo Álamo.- Hay libros de aforismos que perfectamente podrían pasar por libros de microensayos unitarios y libros de microensayos unitarios que podrían pasar por libros de aforismos. Tanto monta, monta tanto, y *Teoría*, de Vicente Luis Mora (Córdoba, 1970), que se presenta como libro de aforismos, bien podría encuadrarse en cualquiera de los dos casos, dado que, a diferencia de los libros de aforismos al uso –que se pueden empezar a leer por cualquier página, sin necesidad de saber qué se ha escrito antes o qué se ha escrito después, pues carecen de correlación–, la principal característica de forma y fondo que contienen sus aforismos es la ilación o conexión lógica entre unos y otros, en un *continuum* que los va uniendo metódicamente como piezas de un engranaje mayor al que muy bien se le podría llamar "Teoría sobre la teoría". De esta manera se entiende que el propio autor, en

un momento dado de su discurso metódico, llegue a decir que "Este libro no es filosofía, pero es teoría con método", un método que no disuena mucho del spinoziano *more geometrico*, pues en él los aforismos están dispuestos como eslabones de una cadena inferencial que paradójicamente no término ni conclusión: "Amamos la teoría porque nos propaga y multiplica, porque su locura nos hace infinitos".

En más de una ocasión Vicente Luis Mora deja claro que su libro no es un libro de filosofía, pese a que lo parezca (hay referencias a figuras emblemáticas del pensamiento filosófico como Heráclito, Descartes, Rousseau, Nietzsche o Derrida, y a conceptos sustanciales de la metafísica, la ontología y la gnoseología como *logos*, arquetipo, subjetividad, pensamiento, mundo, etcétera), sino un libro sobre la superioridad de la teoría sobre la filosofía: "Lo malo de la filosofía es su irreversibilidad" y "Por eso amamos la teoría, por eso la teoría es infinitamente más bella e importante [que la filosofía], porque mira, como el busto de Jano, en las dos direcciones del tiempo, o camina hacia delante mientras mira hacia atrás, como el ángel de Klee. Porque nos expande en todas direcciones". Esa superioridad de la teoría sobre la filosofía la justifica el autor cordobés apelando a que mientras la filosofía ordena (todo orden es simplificación), la teoría en cambio desordena (el desorden o el caos es la complejidad de la realidad). ¿Y cuál es entonces la labor de la teoría, cuál el empeño de quien teoriza, a diferencia del que filosofa buscando encontrar un sentido o un orden en el mundo? La teoría no busca sentido, no trasciende, no crea, no produce, destruye, deconstruye, explora y entierra saberes. De ahí que, en oposición al modo de pensar filosófico, en vez de entender la teoría como creatividad haya que pensarla como destrucción. Por eso Vicente Luis Mora empieza afirmando que "La teoría no filosófica es en gran parte improductiva, superficial y volátil, y por ello completamente imprescindible", y, ya casi al final del libro, termina enunciando una teoría general de la destrucción, que, más o menos viene a ser la tesis sobre la que gravita gran parte de su argumentario. Tesis, por otro lado, que claramente bebe de las fuentes derridianas del postmodernismo, pero mal digeridos, a rebufo de los Deleuze y compañía, con sus rizomas y demás zarandajas. Pero esta oposición filosofía/teoría parece una ocurrencia vacía y falaz. Por decir algo, hay filosofías plagadas de teorías y teorías filosóficas, así como filósofos "antiteóricos" (o que se perciben a sí mismos como tales) y teorías carentes de esas virtudes que el autor les atribuye; de hecho, la mayoría no las tienen en absoluto. Como planteamiento,

más bien parece un subproducto muy *mainstream* (el mundo es absurdo, etc.) y sesentayochista.

Pero *Teoría* es más que la postulación de una tesis. Muchas de sus páginas son también una suerte de compendio de definiciones acerca de qué son los aforismos, los mitos, las obras de arte, el universo o la identidad. Sobre los aforismos, por ejemplo, gusta Vicente Luis Mora de metaforizarlos con una recurrencia excesiva a lo luminoso o relampagueante. Así se puede apreciar en casos como estos: "El aforismo es luz balbuceante", "El aforismo es un chispazo entre sinapsis neuronales", "Pero, si el sistema se piensa como irradiación, como circuito cerebral iluminado, el aforismo aportará su luz balbuceante", "El aforismo como electrón, como chispazo, como destello". Esta recurrencia a caracterizar el aforismo como un relámpago o una epifanía lumínica (¿Bergamín y su *El cohete y la estrella*?) la sostiene Mora con la idea de que el pensamiento, lo mental e inmaterial, aflora como destello de un sustrato material y corpóreo cuya simbiosis da lugar a lo que él llama "cuercerebro" o "cuercebro", palabro que se origina a partir de la unión del cuerpo y del cerebro y que convierte al ser humano en la única parte de la naturaleza a la que no le importa ser absurda, pues el "cuercebro" es como un radar cosmológico del sinsentido. Y precisamente este sinsentido, esta realidad indiferente hacia nosotros, esta insensibilidad de la naturaleza por las producciones humanas, es también otra de las tesis que alimenta las páginas de *Teoría*. Por eso, "Pensar científicamente es hacerte consciente de que el universo te importa a ti, pero tú no le importas a él" o, dicho con palabras más desoladoras: "No lo olvides: el universo prefiere llover a hacerte caso". La teoría, pues, de Vicente Luis Mora es que, recordando a Pascal, el hecho constitutivo del cosmos es su indiferencia, y que la filosofía, no la teoría, solo pude proveernos de un sistema consolatorio dirigido a convencernos de que esa indiferencia no debe importarnos, haciéndonos conscientes de la inutilidad de todo, pues el lenguaje (el lenguaje de la filosofía y cualquier otro lenguaje) "es el modo en que el universo expresa su conciencia de esa indiferencia".

Libro, en fin, duro de roer, duro de leer y duro de aprehender, que parece que haya sido escrito como un todo y luego descompuesto en partes, y que exige del lector una atención reconcentrada de la primera a la última página y desde el primer hasta el último aforismo, si no quiere perder el hilo de su nada fácil concatenación que –sorprendentemente– está hecha casi por entero, según reza el colofón del libro, en un solo día, lo cual puede entenderse como un mérito o como un demérito, según se mire, pues por un

lado es innegable el profundo calado microensayístico y de compresión llevado a cabo por el autor, pero por otro lado sostenido con tesis muy manidas dentro del marco posmodernista de la filosofía, cerrándose así el camino a la exploración de nuevos y más originales ideas.

Benito Romero, *Una galaxia imperfecta*. La Isla de Siltolá, Sevilla, 2022.

Ricardo Álamo.- Aforismos y filosofía hermanan bien. Lo vienen haciendo desde antiguo. No hay más que recordar a Heráclito, el Oscuro, que nos dejó una ristra de sentencias oraculares y misteriosas, difíciles de interpretar, algunas de las cuales, sin embargo, han hecho fortuna y en una conversación cualquiera se las podemos oír decir a quien nada sabe de filosofía ni de su procedencia, como si formaran parte del refranero popular o fuesen frases proverbiales del acervo de nuestra cultura, sin dueño ni autor, propiedad ya de todos ("Nadie se baña dos veces en el mismo río", "El camino hacia arriba y el camino hacia abajo es el mismo", "Todo cambia, nada permanece", "La guerra es el origen de todo"). Y no es mala cosa que así sea, que el común de la gente se haga eco de una máxima y la vaya repitiendo, pues qué mejor destino le cabría a un pensamiento privado que convertirse en pensamiento público, de todos. No creo que a ningún escritor de aforismos le incomodara saber que algunos de los suyos tuviesen ese destino, que, como se dice ahora, se hiciesen virales y que el vulgo se los apropiara hasta hacer desparecer involuntariamente su autoría. No es mala cosa que así sea, pero qué difícil es que lo sea. Benito Romero (Santa Cruz de Tenerife, 1983) es licenciado en filosofía y ha publicado ya varios libros de aforismos: *Horizontes circulares* (2018), *Desajustes* (2020) y este último, *Una galaxia imperfecta*, que aquí reseñamos. Y no le ha ido mal, ya que con el primero consiguió el Premio AdA de los lectores al mejor libro de aforismos promovido por la asociación cultural Apeadero de Aforistas, y con el segundo el II Premio de Aforismos La Isla de Siltolá, cosas ambas nada desdeñables teniendo en cuenta la corta trayectoria literaria de este joven autor, algunos de cuyos textos, además, han sido incluidos en diversas e importantes antologías, como el *Diccionario lacónico* (Sequitur, 2019) de Miguel Catalán, o *Espigas en la era. Micropedia de aforistas españoles vivos* (Apeadero de Aforistas, 2020), a cargo de Carmen Canet y Elías Moro.

Dividido en cinco capítulos (Trayecto, Territorio, Gavetas, Impresiones y Escombros), *Una galaxia imperfecta* se abre con la siguiente cita

de Juan Ramón Jiménez: "No son ley ni regla –estos aforismos– para nadie ni para mí mismo. Son, solamente, deducciones gustosas, sensuales, caprichosas". Pero no sabemos muy bien por qué Benito Romero ha elegido precisamente esa cita. ¿Hay algo de deducción o de sensualidad o de capricho en las páginas de su libro? A tenor de lo que hemos leído, se diría que no. Sus aforismos no son juanramonianos, y por no ser no son ni poéticos ni sensuales, ni mucho menos deductivos, lo cual, con todo, ni supone desdoro ni tampoco mancilla. A nuestro entender, quizá esa cita esté escogida para ofrecerle al lector una perspectiva moral que el escritor tinerfeño no quiere ocultar que comparte con el poeta de Moguer, y que se plasma en una ausencia total de engolamiento y en una postura literaria sustentada en la honestidad y el recato. Si la honestidad de Juan Ramón Jiménez le llevó a decir en los últimos años de su vida "A todo se llega. He aprendido a ser sucio. Y me parece bien", no menos honesto se muestra Benito Romero cuando –acaso siguiendo la estela de ese aforismo de JRJ– escribe "Ese engorroso instante en el que las palabras "viejísimo" y "sucísimo" se dan un grato apretón de manos".

Sin llegar a hacer sangre, sin querer epatar ni tampoco ensañarse con nadie, lo cierto es que la mayoría de los aforismos de *Una galaxia imperfecta* se mueven entre la crítica mordaz, la ironía e incluso el sarcasmo. Así, menudean aquí y allá los alfilerazos a la soberbia, la pedantería, la estupidez, el neoliberalismo, el ocio o el engolamiento propios de una sociedad desajustada como la nuestra ("Desajustes en los horizontes circulares de una galaxia imperfecta") sobre la que el escritor, el aforista, vierte su mirada escrutadora de observador no limitándose a levantar acta de tales desajustes, sino ejerciendo de fino y sutil crítico de los mismos. En especial, esa crítica se muestra felizmente ejemplificada en el segundo capítulo del libro, que lleva por título 'Territorio', donde el mundillo de las letras y cierta clase de escritores (los ególatras, los petulantes, los vanidosos, los pretenciosos, etcétera) no salen muy bien parados que digamos, dada la abundancia de pildorazos y apuntes un tanto cáusticos que el autor tinerfeño arroja inmisericordemente sobre ellos: "Mundillo literario: soporífera Guerra Fría", "Escritores que se entretienen con sus ocurrencias igual que niños jugando con la arena de la playa", "Hay escritores que lamentan no poder estampar su firma sobre sus heces", "Hay escritores que solo respetan a los colegas de oficio que publican libros en los que siempre aparece su fotografía en la solapa", "Los escritores, tras aplaudirse en público, se despellejan en privado como medida de saneamiento", "Hay escritores que, llegado el momento,

desean convertirse en estatuas". Tampoco los filósofos y sus filosofías, junto con los poetas y los propios escritores de libros de aforismos se libran del impacto de la punta afilada de sus dardos: "La épica y la poesía sirven para engatusar a los incautos", "Poetas místicos obsesionados con la fama y el dinero", "Joven poeta: seductora ave de rapiña", "La filosofía debería ser el afilado machete con el que nos abrimos paso a través de la jungla en lugar de la inane pieza de museo a la que ha sido relegada", "El metafísico contempla la vulgaridad del mundo desde su feliz globo imaginario".

Otro capítulo feliz de *Una galaxia imperfecta* es el titulado 'Gavetas'. Salvando las distancias, me recuerda un tanto al *Diccionario de los lugares comunes*, de Flaubert, y también al libro de Felipe Benítez Reyes *El intruso honorífico*. En los tres casos, cada uno de los autores compone un breve glosario de términos que definen de manera paródica y caricaturesca. El de Benito Romero empieza por 'Abstracción' y termina en 'Yo'. Del primero dice: "Parque de atracciones que agobia soberanamente a los adultos, motivo por el que suelen negarse a visitarlo, aunque sea como simples acompañantes de los menores"; y del segundo apostilla con ironía: "Árbol que debe regarse a diario y del que conviene no encariñarse en demasía".

En síntesis, estamos ante uno de los mejores libros de aforismos que se han publicado en los últimos años, lleno de aciertos en forma de textículos que harán disfrutar a cualquier lector enfermo de literatura y amante, por supuesto, de las grandes letras mínimas.

Roberto Herrero, *Astronautas cobardes.* Trea, Gijón, 2023.

Ricardo Álamo.- Han pasado cuatro años desde que Roberto Herrero publicara su primer libro de aforismos, *Abrir la ventana está sobrevalorado*, del cual Javier Irazoki dijo que no contenía grandes bloques de verdad ni tampoco ecos de la arenga o del sermón. "Sus afirmaciones –decía Irazoki– arrastran una bola de preso: la duda". Han pasado cuatro años y ahora, en este nuevo libro, de título tan aparentemente desconcertante como el primero, se podría decir que esa 'bola de preso' sigue estando presente, pues no en vano una de las singularidades que lo recorre casi de principio a fin es la excesiva cantidad de interrogaciones que el autor se plantea, mostrando así que no le importa tanto dar una visión acabada de sus puntos de vista como interpelar al lector para que sea él quien asuma el riesgo de pensar cuáles pueden ser las mejores respuestas a tanta pregunta que en cada página le salga al paso. Es verdad que hay escritores que usan el recurso retórico de

preguntar afirmando o de afirmar preguntando, logrando así que la interrogación no llegue a ser más que una inocua redundancia. No es el caso de Roberto Herrero. Y no lo es porque cada una de las muchas interrogaciones que se hace (y nos hace) son verdaderas interrogaciones, preguntas abiertas a la indagación, cuestiones que no se pueden ventilar sin una honda reflexión encaminada no a despejar cualquier clase de duda sino a sugerirnos la propia pertinencia de una serie de cuestiones en las que acaso nunca habíamos reparado. *El libro de las preguntas*, tituló Edmond Jabès una de sus más aclamadas obras. También el libro de Roberto Herrero podría haberse llamado así. Entre las diferentes preguntas que incluye algunas tienen un aire raramente inquietante sobre el doloroso presagio de deterioro que lleva aparejado todo comienzo en una relación amorosa: "¿La primera cita ya cuenta como termita de la convivencia?"; o sobre los rescoldos que quedan tras una ruptura: "¿Los regalos que sobreviven en las dos orillas del fracaso son una forma de seguir amándose?"; otras, en cambio, se revisten de cierta prosaica ironía: "¿Los amantes tienen días festivos?"; también las hay que cuestionan el concepto de identidad, muy mediatizado por las simulaciones a que dan lugar las nuevas tecnologías: "¿Son los selfies la falsificación perfecta?"; y, *last but not least*, no dejan de ser relevantes aquellas otras que tienen puesto el punto de mira en lo que subyace al silencio: "¿Qué son los sonidos del silencio? ¿Los deseos tal vez?". Y ya que ha salido la palabra *deseo*, no está de más subrayar la relevancia que tiene este impulso en gran parte del discurso aforístico de Roberto Herrero, quien –como si siguiera el dictado repetitivo del mantra spinoziano que afirma que "el deseo es la esencia misma del hombre, es decir, el esfuerzo que cada uno realiza por conservar su ser"–, una y otra vez nos recuerda que vivir es precisamente deseo de vivir, pues "vivir consiste básicamente en imitar a Sherezade", o sea, en no claudicar ni desfallecer nunca ante la peligrosa inminencia de la muerte. Quizás por eso, por reivindicar la importancia que el deseo tiene como motor de la vida (que no de la mera supervivencia), como profunda pulsión que nos arrastra a proyectar grandes empresas artísticas, religiosas o científicas, en las que poder realizarnos como personas, uno de los aforismos de Herrero nos inste a que, pese a nuestra conciencia de finitud, guardemos intactos nuestros deseos incluso hasta el final. Y, a propósito de esto, cómo no acordarse entonces del cervantino "Con poco me contento, aunque deseo mucho" o de aquellas otras palabras que, poco antes de morir, cuando ya estaba muy avejentado, enfermo de diabetes y agonizaba en su casa de la madrileña calle de León, Cervantes dejó escritas el 19 de abril de 1616:

*"*Ayer me dieron la Extremaunción, y hoy escribo ésta. El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan*"*. A tenor de las muchas veces que en *Astronautas cobardes* se hace mención del deseo como prueba de vitalidad, menguante o no, se diría que Roberto Herrero tiene muy claro que la vida no es solamente subordinación a las normas y al orden socialmente establecido sino también, y mucho más sustancial, insubordinación del deseo. De ahí que el título del libro cobre pleno sentido si lo entendemos como una invitación a no renunciar a nuestros deseos (por muy estratosféricos que sean) y a no dejarnos achantar ni por la pusilanimidad ni por la cobardía. Sólo así lograremos no ser unos astronautas atrapados en tierra o, como mal menor, unos Dioses insignificantes y sin ninguna esperanza.

La sinceridad, el perdón, la nostalgia, el sentimiento de pérdida, la melancolía, la belleza de la música religiosa de Bach o esa tumba que nadie visita y que se llama soledad, son también otros temas de los que se ocupa este libro, cuyos aforismos están construidos como instantáneas fotográficas, llenas de poesía, sin apenas alardes retóricos y con la sola pureza de unas pocas sencillas ideas. Salvo en un par de casos en los que el autor se deja ganar por la ingeniosidad verbal, como cuando dice que "El peligro de dejar la mente en blanco mucho tiempo es que alguien te *okupe*" o "Esperar es aGODOTador", esas sencillas ideas quizás no le reportarán al lector una retahíla de verdades concluyentes sobre la realidad que le rodea, pero sí, en cambio, podrán sugerirle una manera distinta de verla, posiblemente menos complaciente pero también más perspicaz e incisiva de lo que estaba acostumbrado. Al libro, en fin, le cuadraría bien la propia definición que en él se ofrece de la belleza: "una inestable mezcla de misterio, serenidad y alegría agitada en silencio". Más no se puede pedir.

Manuel Amorós, *Catedral.* Renacimiento, Sevilla, 2023.

Ricardo Álamo.- Nunca hasta ahora había leído un libro de Manuel Amorós (Benejama, 1960). La razón es bien sencilla: nunca hasta ahora Manuel Amorós había publicado un libro. *Catedral*, que ha resultado ganador de la octava edición del Premio de Aforismos Rafael Pérez Estrada, es el primero que publica. Según las agencias de prensa, Amorós se licenció como arquitecto por la Universidad Politécnica de Valencia y ejerce como profesor de matemáticas en un instituto de educación secundaria de Villena (Alicante). Esas mismas agencias refieren que este novel escritor, ya entrado en años, sólo había publicado algunos artículos divulgativos de arquitectura y un pu-

ñado de relatos recogidos en diversas antologías. Antes de *Catedral*, su mayor logro como escritor neófito fue ser finalista de un concurso de microrrelatos. Estas son las escasas credenciales literarias de este autor. Como se puede colegir, no son muchas, pero ese hecho dice mucho y bien del jurado que le ha concedido el premio a este escritor principiante, un jurado que no se ha dejado influir en modo alguno por intereses espurios que pudieran enturbiar la limpieza del concurso, bien premiando a un escritor más renombrado o bien distinguiendo como ganadora a una obra más al gusto del lector habitual de aforismos.

Catedral contiene únicamente 55 aforismos, y, teniendo en cuenta que la dotación del premio es de 3.000 euros, el coste de cada uno de esos aforismos asciende a la sustanciosa cantidad de 54,54 euros. No está nada mal, y lo está aún menos si a uno le da por contar el número de palabras que ha empleado su autor para esos 55 aforismos. Si no he contado mal, suman exactamente 706, lo que implica que cada una de ellas (da igual si es una simple y brevísima conjunción o un largo sustantivo) valga lo mismo que, por ejemplo, un paquete de tabaco o un *pack* de cápsulas de café, o sea, casi 5 euros. Desconozco si Manuel Amorós fuma o no fuma, o si le gusta o no el café, pero en caso afirmativo deberá de estar contentísmo al saber que, por cada prosaica "y" que aparece en su libro, le han pagado un paquete de tabaco o un *pack* de cápsulas de café.

Bromas aparte, *Catedral* es un librito apañado. Es verdad que no contiene ni grandes ni profundas ideas, y que está armado con unas cuantas greguerías, algún que otro juego de palabras, unas pocas agudas paradojas, dos o tres buenos chistes y unos decorosos acertijos, proverbios y hasta refranes. Se diría que todo el empeño de Manuel Amorós a la hora de confeccionar su libro ha estado orientado no tanto en hacer pensar al lector como en hacerle sonreír, cosa que no es ni muchísimo reprochable en un género donde nombres mayores como el de Ramón Gómez de la Serna, Tono, Mihura, Enrique Jardiel Poncela o Ramón Eder han hecho maravillosas ingeniosidades con muy pocas palabras. En este sentido Amorós también tira de ingeniosidad y no pocas veces es capaz de estar a la altura de esos grandes maestros del aforismo, hilvanando la ironía con una imagen feliz, o la brillante ocurrencia con una representación perspicaz de la realidad, como cuando dice: "Con las pajaritas fabricamos el alma de papel de los pájaros", "La forma gótica de los paraguas nos hace feligreses de la lluvia", "La luna es la bala de plata en el pecho oscuro de la noche" o "Subirse a un tren es recorrer la espina dorsal del paisaje". Como se puede apreciar en estos po-

cos ejemplos, lo que bulle en ellos se aproxima más a la descripción metafórica, con tintes poéticos, que al análisis y la reflexión crítica de la parcela de la realidad a la que se refieren. Lo mismo podría decirse de esos otros que aparecen en forma de refranes, proverbios o acertijos, donde los juegos de palabras, el ingenio y el golpe de gracia verbal se enseñorean completamente del aforismo, reduciéndolos como en otros muchos casos a mera pirotecnia. Refranero (II) dice así: "Nunca dejes para mañana lo que puedas hacer pasado mañana", que como puede verse no es que tenga mucha enjundia como idea, aparte de jugar a darle la vuelta al conocido refrán. Esta vertiente de pirotecnia verbal y de juego de palabras llega a veces incluso al extremo de convertir una idea lúcida en una ingeniosidad en la que el lector recibe primeramente el impacto de la ingeniosidad antes que la carga de profundidad que encierra la misma, caso del aforismo en que se enuncia que "Un niño famélico es un pequeño paso para el hambre pero un gran paso para la inhumanidad".

Como Julio Camba, que en muchos de sus artículos denunciaba injusticias y desafueros, pero sin renunciar a incrustar aforismos llenos de humoradas y de gracejos, Manuel Amorós tampoco renuncia a tratar muchas de las cuestiones que se tienen por arbitrarias o ignominiosas (como el hambre, la contaminación, la guerra, el engaño o la impostura) con una clara y decidida voluntad cáustica, llevado tal vez por la convicción de que la ironía es mucho más brutal que cualquier argumentación cuando de lo que se trata es de denunciar falsas verdades.

Además de todo esto, Amorós gusta de usar la paradoja como recurso retórico, a veces con mucho tino ("¿Quién no empuñaría un fusil para acabar con todas las guerras?") y otras no tanto, como cuando se empeña en reducir su juicio a un socorrido chiste ("Confíe en mí, dijo el médico, antes de ser psiquiatra fui loco"). En cualquier caso, *Catedral* contiene mimbres de exquisita sensibilidad poética, así como greguerías muy logradas, suficientes cualidades como para no defraudar al lector de aforismos más exigente.

Carmen Canet, *Cipselas*, Madrid, Polibea, 2023.

Ricardo Virtanen.- En su *annus mirabilis* la almeriense Carmet Canet (1955) ha publicado tres trabajos aforísticos: *Interruptores*, junto a Ricardo Virtanen (Sonámbulos), *Monodosis* (Trea) y *Cipselas* (Polibea), los cuales redondean la obra aforística de una de nuestras mayores referencias actuales

del aforismo español. De su obra anterior, sobresalen fundamentalmente tres volúmenes: *Malabarismos* (2016), *Luciérnagas* (2018) y *Olas* (2020). En cierta manera, la aforista ha ido demarcando la textura grácil del aforismo que ella gusta desarrollar, caracterizándolo de varias maneras: como malabarismo, como una luciérnaga, como ola que pronto se recoge o se difumina, como una monodosis, o, como ahora, lo que surge como una cipsela, o aquenio, esa flor fruto del diente de león, y asimismo su vilano o corona, el cual posee una gran belleza y delicadeza, aunque efímero por naturaleza. Así pues, queda detallada esa supuesta inconsistencia del aforismo, el cual posee cualidades curativas al purificar nuestro organismo. En este sentido, estas cipselas canetianas se metamorfosean en textos que asombran y reformulan nuestra cotidianidad. También fue Cypsela una isla mítica situada en la antigüedad frente a Palafrugell, que fue tragada por las aguas en el siglo IV d. C. En el prólogo, Javier Bozalongo, con quien había publicado Canet un libro a cuatro manos en 2019 (*Cóncavo y convexo*), expone algunas cuestiones clave de la aforista almeriense, entre ellas la capacidad dialógica de sus aforismos con el lector. Y leemos: "Los aforismos se construyen para reconstruir la vida".

Cipselas se divide en tres partes bien diferenciadas, presentadas desde un mismo campo semántico. La primera, 'Cipselas', abunda en el habitual aforismo canetiano desenfadado, ocurrente, poético, feminista y sugerente. Algunos de ellos se insertan dentro de la novísima fórmula de escribir aforismos contemporáneos: "La vida, con sus tonos grises. Y sus marrones", "Cuando ordenaba mucho, no encontraba luego lo que buscaba", "Tenía arrugado el corazón. La piel tersa", "Los sentimientos hay que mostrarlos aunque no se vean" o "Los tipos demasiado épicos y poco líricos son dramáticos", en que se detalla a las claras la reformulación aforística de la almeriense, con uso magistral de la paradoja, la humorada, el desenfado o el ingenio. Una segunda sección recurre a otra de las partes del diente de león, antes aludido ('Vilano', que conforma la parte superior de la cipsela), para referir aforismos en su mínima expresión, donde la precisión cabe encuadrarla dentro de la intuición, esto es, la precisión de lo compacto del aforismo bajo el prisma de la levedad, la sutileza, lo elemental. Así, podemos leer algunos ejemplos: "De tanto tropezar le salieron alas", "La fotografía es un aforismo en silencio" o "El tiempo no lo cura todo pero anestesia", pura levedad textual, irónica y sorpresiva canetiana, o lo que es lo mismo, Canet en estado puro. El tercer y último epígrafe, 'Bulanicos', que son esos frágiles algodoncillos que sobrevuelan el aire, muy habituales en Granada (don-

de vive la aforista), encierra otra de las caracterizaciones clásicas del aforismo contemporáneo: la definición, asunto que desarrolló mejor que nadie el aforista y filósofo, ya fallecido, Miguel Catalán, quien en su *Diccionario lacónico* (2019) incluyó, cómo no, aforismos de la propia Canet. Algunas de las definiciones más divertidas y *lacónicas* son estas: "Yo, ombligo", "Kiosko. Ciudad japonesa", "Soltera. Femenino singular", "Memoria. Arte de no olvidar", "Netflix. Enemigo del gimnasio".

En definitiva, con estos dos libros casi consecutivos, *Monodosis* y *Cipselas*, la aforística de Carmen Canet gana enteros y se sitúa como una de las propuestas más sugerentes e innovadoras de la aforística del siglo XXI.

VV. AA.*, El aforista brinda el relámpago [El trueno es cosa del lector].* La Isla de Siltolá, Sevilla, 2023.

Ricardo Álamo.- A Josep Pla le gustaba repetir que, a la hora de escribir, había que poner dentro de cada palabra una cosa. Con ello quería decir que las frases que se hicieran deberían de remitirse lo más exactamente posible a lo concreto, evitando lo abstruso y lo incomprensible, en aras de facilitarle al lector no sólo la claridad de pensamiento de quien escribe, sino también de brindarle la posibilidad de acceder a un marco de representación del mundo bien definido. Así, en lugar de disparatar con conceptos, palabras o términos oscuros en enunciados y proposiciones profundamente abstractas, el escritor, para Pla, tendría que ser aquel que tiene que decir lo que hay que decir de la realidad con precisión y justeza. Digo todo esto porque el aforismo es un género que por su carácter breve, sentencioso o lacónico, se presta, en algunos casos, a ser usado como un experimento narrativo en el que, como en la evolución del arte figurativo clásico al arte abstracto contemporáneo, las formas que se pretenden representar a través del lenguaje ya no se corresponden claramente con los objetos de la realidad o estos no son reconocibles como partes del mundo real, y debe ser el lector quien interprete a su manera lo que no se sabe muy bien qué haya querido decir el aforista. Por eso, quizá, el subtítulo que lleva este libro (*El trueno es cosa del lector*) no sea ni mucho menos casual, sobre todo si nos detenemos en lo que concierne a uno de los seis autores que participan en él, Daniel Rivallo, quien, como bien se nos dice en su semblanza, "cultiva un aforismo híbrido, que incorpora neologismos y nuevas formas narrativas y ensayísticas pertenecientes a otras disciplinas". Esas disciplinas, aunque no se nos diga cuáles son, están básicamente relacionadas con la filosofía, con la música, con el

cine, con la pintura, pero principalmente con la biología, con la física y con otras muchas más especialidades de la ciencia. Dado que en algunas de esas mismas disciplinas podemos encontrar un nutrido ramillete de ejemplos de enunciados sentenciosos (entre otros, "Pienso, luego existo", "$E=mc^2$", "La suma de las masas de todos los reactivos que intervienen en una reacción, es igual a la suma de las masas de todos los productos que se obtienen", "El Arte es *yo*; la Ciencia es *nosotros*", "No basta con oír la música; además hay que verla" o "En un medio isótropo, el flujo de transferencia de calor por conducción es proporcional y de sentido contrario al gradiente de temperatura en esa dirección"), la propuesta de Rivallo de hacer frases que incluyan nociones filosóficas o científicas no debería suponer ningún inconveniente a la hora de asumirlas como parte de nuestro legado cultural, pues no en vano, como pensaron los humanistas del Renacimiento o también los primeros filósofos, el saber es uno y sólo uno, aunque se pueda compartimentar en distintas materias. Lo que ya es otro cantar es que los aforismos de Rivallo, con su mezcolanza de nociones científicas entreveradas de neologismos, tengan visos de erigirse en verdaderos enunciados de naturaleza filosófica o científica, pues más parecen una broma o una humorada revestida de tintes pseudocientíficos que unas proposiciones cabalmente racionales y razonables. Lean si no: "Que el cruasán, debido a su composición de masa de hojaldre fermentada en una hipérbole asintótica, pone en práctica la conocida función de Riemann (ζ) al calcular el valor del área bajo la curva que deja el mordisco de un molar", "Que el estilo es la ontología de la construcción del pensamiento, mientras se resiste al lixiviado de la forma", "Que la *inconsutilidad* del hilo es como el motor inmóvil de Aristóteles; que pespunta sin pespuntarse" o "Que en las arrugas de Beckett cabe *La fenomenología del espíritu* de Hegel". A tenor de estos ejemplos, no me parece descabellado pensar que en este tipo de aforística hay como una línea de continuidad con lo que Alan Sokal y Jean Bricmont denunciaron en su célebre libro *Imposturas intelectuales*, y que Gonzalo Menéndez Pidal resumió de manera impecable advirtiendo que esa clase de textos "resultan, en el mejor de los casos, confusos y vacíos de sentido, [ya que] nunca parecen intentar comunicar algo concreto a los lectores. [Y] acaba uno sospechando que lo que se proponen es asombrar a sus públicos con una jerga incomprensible".

Por fortuna, en *El aforista brinda el relámpago* –que viene a ser una celebración de la publicación número cincuenta y uno de la colección de aforismos de la editorial La Isla de Siltolá– hay otros cinco aforistas (Miguel Agudo Orozco, Jaime Fernández, Tomás Rodríguez Reyes, Benito

Romero y Javier Sánchez Menéndez) cuyos aforismos se mueven dentro de los cánones más acrisolados del género, menudeando en todos ellos la ironía, las paradojas críticas, los juegos de palabras, los golpes de efecto, las definiciones sorprendentes o las reflexiones profundas sobre los temas más comunes, y puede que también más odiosos, como la muerte, la soledad, los totalitarismos políticos, la vejez, la mentira, la explotación, el lucro, etc., etc. De cada uno de estos seis autores se exponen cincuenta aforismos inéditos con los que se quiere homenajear al género y, de paso, servir como "bella introducción para todos aquellos que deseen adentrarse en este fascinante mundo de la literatura de la brevedad". Como no podría ser de otra forma, esta iniciativa de La Isla de Siltolá es bienvenida, y no nos podríamos dar por más satisfechos si, pasados unos años, nos encontrásemos con un nuevo libro que esa vez conmemorase sus cien publicaciones.

David Acebes y José Antonio Olmedo, *El monstruo en el camerino.* Trea, Gijón, 2023.

Ricardo Álamo.- En uno de los números de la recientemente desaparecida revista de nueva literatura *Clarín*, el profesor y crítico Fernando Valls comentaba, en un largo y minucioso artículo titulado 'Pensamientos sorprendentes y definiciones insólitas de Miguel Mihura', que el comediógrafo madrileño "nunca publicó un libro de máximas, como hiciera Jardiel Poncela en 1937 con sus llamadas *Máximas mínimas*, ni tampoco utilizó jamás el concepto de greguería, ni se atrevió a llamar aforismos a sus pensamientos breves", y que, a lo más que llegó, en su juventud, "fue a recoger bajo el marbete de *Pensamientos* toda una serie de opiniones breves, más bien toscas y chabacanas" a las cuales no quiso llamar aforismos por parecerle un término excesivamente 'serio', más propio de literatos que de historietistas como él. "Ni siquiera inventó –añadía Valls– ningún otro nombre más o menos divertido, como hiciera su amigo Tono, con las *100 tonerías*, que en 1938 recogió en forma de libro, [ya que] la tonería le resultaba un marbete demasiado personal, de un humor algo mecánico". Pero no obstante esa renuencia a dejarse conceptuar como un escritor de aforismos, máximas o greguerías, siguiendo la estela de su amigo Ramón Gómez de la Serna, "lo que sí hizo Mihura, bien que a su manera, fue un elogio de la brevedad, la concisión, el estilo escueto y sencillo ("hay que escribir ceñido y corto")". Y ceñidas y cortas fueron la mayoría de sus historias, dentro de las cuales iban insertas un sinfín de greguerías, cosa que no habría de extrañarnos si

tenemos en cuenta que en la primera mitad del pasado siglo la greguería (humorismo+metáfora) hizo furor entre los escritores cómicos que frecuentaban la tertulia de Pombo, quienes, en diversas etapas, nutrieron con sus sátiras y humoradas las páginas de revistas gráficas como Buen Humor, Sileno, Gutiérrez, Muchas gracias, Tajo, La Trinchera, La Ametralladora o La Codorniz, siendo Ramón, Tono, López Rubio, Camba, Fernández Flórez o el propio Mihura sus más conspicuos representantes. Y es que humor y brevedad han sido tradicionalmente dos elementos propicios a un matrimonio literario espléndido, que abarca desde los agudos e ingeniosos epigramas de Marco Valerio Marcial hasta las punzantes socarronerías de Oscar Wilde o los juegos de palabras de Max Aub, por poner sólo algunos ejemplos.

De esa tradición humorística tan acrisolada en la historia de la literatura y, en especial, dentro del género breve, es a todas luces deudor el libro de aforismos *El monstruo en el camerino*, que han escrito al alimón David Acebes y José Antonio Olmedo. En sus 'Consideraciones previas', se señala que lo que han querido hacer –y, a mi modo de ver, lo han conseguido– es llevar el aforismo al extremo de sus convenciones, más allá de las premisas del canon, con las miras puestas en la renovación del género o su cliché y la consecuente creación de un nuevo concepto de aforismo, que ellos denominan 'arsofismo', palabra que resulta de la combinación de las mismas letras que componen la palabra 'aforismo', pero en la que en el fondo y en la forma están subsumidos los términos Arte, Sofisma y Aforismo. Claramente un arsofismo, nos dicen, no es más que otro modo de ser del aforismo, algo así como un artefacto literario traspasado por el humor (y la humorada) pero imbuido de un espíritu crítico, en ocasiones también reflexivo, incluso científico (o todo lo contrario), cuya finalidad última es doble, ya que por un lado pretende retratar o denunciar las injusticias, mentiras y manipulaciones de nuestro tiempo *líquido*, mientras que por otro lado procura que esas mismas denuncias no sean ni declaraciones solemnes ni tampoco juicios edificantes, sino más bien manifestaciones hilarantes de un discurso disconforme con la decadencia moral en la que se halla inmersa la sociedad actual.

Si el humor crítico es la seña de identidad más notoria de *El monstruo en el camerino*, nada tiene de sorprendente que sea precisamente 'Humor vacui' el primero de los once capítulos en los que está dividido el libro, pues según los autores "el humor es la actitud del ser inteligente" y la mejor herramienta para alcanzar a entender el vacío de nuestra existencia. La filosofía, la literatura, la economía, la ciencia, el tiempo, la guerra, la traición o

la muerte son algunos de los temas más o menos recurrentes sobre los que Acebes y Olmedo aplican su corrosivo y sarcástico punto de vista, ya que si hay algo especialmente valioso que pretenden inspirar en el lector es sobre todo regocijo, en la creencia de que la hilaridad es música celestial provocada por la risa. Un sencillo ejemplo de esto sería el siguiente arsofismo: "¿Puntos cardinales? N. O. S. É.". Repárese en que a la pregunta por cuáles son los puntos cardinales, se responde con el acróstico formado por los nombres de los propios puntos, obteniéndose un *NO SÉ* que es en parte realidad y en parte metáfora de nuestra ignorancia. Otros ejemplos a destacar son los que se centran en la ambivalencia problemática del lenguaje ("Prueba de que el lenguaje es demasiado recurrente. En dos pala...", "Por más sustantivos neutros que inventemos, por más artículos, sufijos y términos genéricos que habilitemos para tratar de equiparar lo femenino a lo masculino, siempre habrá un resquicio en el lenguaje que represente su atávico machismo"), las complicaciones a que dan lugar las nuevas tecnologías ("La tecnología nos facilitará tanto las cosas que llegará al extremo de complicarlas", "La tecnología ha traído un gran presente a nuestros hijos: la soledad") o el nacionalismo ("Mientras haya banderas, ondearán tempestades", "¡Abajo banderas! ¡Arriba pendones!"). Pero, sin duda, donde más altura hilarante alcanzan los aforismos o arsofismos de este singular libro es en la puesta en escena de una infinidad de greguerías que nada tienen que envidiarle a las de Gómez de la Serna, Tono o Mihura. Si no, lean: "Los que comen pescado tienen pescadillas por la noche", "La luna es el lunar más bonito que tiene la noche", "En China están prohibidos los tirachinas", "El viento va a su aire", "Los puntos suspensivos son las gotas que sangra una frase que hemos herido de muerte", "Consejo para un cerebro en forma: diez reflexiones al día", etc.).

Ni egolátricos ni egofóbicos, ni grávidos ni leves, los aforismos de *El monstruo en el camerino* vienen a ser una demostración de que el concepto dadaísta del arte de lo breve sigue más vigente que nunca, y que la comicidad y el humor suelen ser mucho más persuasivos que la mejor de las argumentaciones cuando se trata de desactivar cualquier fraude o engañifa. Lector, lectora, prueba a leer este libro y te convencerás de que, en fondo y en forma, no todo ha estado siempre suficientemente bien dicho.

Manuel Feria, *El río de la perplejidad*. Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2023.

Elena Marqués.- Afirma Javier Recas, compilador de *El río de la perplejidad*, que elaborar una antología no es fácil. Supongo que en algunas ocasiones menos que en otras. Pero lo que sí me parece innegable es que espigar de la obra del escritor isleño las mejores máximas, independientemente de su complejidad, debe ser un absoluto goce. Nada de lo que se recoge en este opúsculo es desdeñable, tanto por la sabiduría que refleja como por las fórmulas que emplea para transmitírnosla, de una concisión y concentración envidiables, donde no faltan la sencillez ni la ironía, un fino humor siempre de agradecer para los que andamos bajos de ánimo.

Los aforismos que aquí se proponen, comprendidos en *Verlas venir* (2015), *En ascuas* (2017), *Diccionario imaginario de un irónico* (2018) y *Fe de vida* (2023), ofrecen un estupendo ejemplo del buen hacer en el género de Feria, de su ingenio natural, de su lucidez y su diálogo con la cultura y la tradición sin caer en la pedantería (de hecho, algunos recuerdan el tono popular del refranero, como «Amores por desengaño no suelen durar un año»), así como de su mirada bien fijada en el mundo contemporáneo, sobre el que aporta acertadas pinceladas críticas sin excesivas sombras de acritud. Todos ellos nos dejan espacio para la reflexión y la asimilación de nuestra pequeñez, nuestros límites; denotan una profunda humanidad y conocimiento, una aceptación de la vida en la que, sin embargo, o precisamente por ello, evita pesimismos y angustias. Y eso que algunos de ellos aciertan en plena línea de flotación. Aun así, como digo, su moderación nos permite permanecer a flote.

Destaco en el acervo un grupo de recomendaciones o consejos de tipo imperativo («Profundiza y discreparás», «No abras una puerta que no sepas cerrar», «Ama sin medida. Amar lo justo es perderse la locura»), muy propias del género desde sus orígenes, por su hábil contundencia, que, como otros tantos, ofrece siempre una dualidad que comprende no solo contrarios, sino una gradación de ese juego que no deja der ser la vida. Y, como tal juego verbal, se sirve de esos opuestos conceptuales con belleza poética y un buen equilibrio léxico, especialmente en oraciones adversativas donde cada elemento sirve de contrapeso. Esa combinación binaria aporta siempre un tono de sensatez y mesura que hace trasparecer un espíritu calmo, poco habitual en los tiempos que corren, aparte de una profundidad prodigiosa y una clara sensación de verdad. En esa misma línea se sitúan las construc-

ciones condicionales, de la que tengo recuadrada, entre otras, esa que reza «Si contentas a todos el mundo te engañas a ti mismo», por si alguna vez la adopto como blasón.

Mención aparte merecen los aforismos descriptivos, con sus habituales fórmulas copulativas, que tienen su mejor representación en la decantación que ensaya en el *Diccionario imaginario de un irónico*, donde las fórmulas nominales se imponen dejando cierta firmeza clásica. En ellos de nuevo se detecta el ingenio del autor y el placer por los dobles sentidos, por mirar desde ángulos no siempre considerados literarios (así lo hace notar también Recas en su prólogo: «La obra de Feria sigue la noble estela del género aforístico, vivo ejemplo de disonancia, de lateralidad»), pues, lo queramos o no, el humor parece reñido con la literatura seria, cuando es una de las mejores herramientas para transitar por terrenos movedizos.

También contribuye a identificarnos con sus mensajes la habitual mención al tú lector, que logra una amable complicidad de la que es difícil sustraerse. Todo ello, imagino que ayudado por la labor compiladora de Recas, es aún más admirable al tratarse, como digo, de un conjunto de aforismos de libros distintos, que comprenden casi una década, y en los que, sin embargo, se percibe unidad de pensamiento y estructura firme, unos cimientos sólidos de una voz que, aunque se confiese perpleja, nos gana a su razón y nos sitúa frente al río de la vida y la realidad de lo humano con la clara herramienta de la palabra justa.

José Manuel Benítez Ariza, *Garabatos.* Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2023.

Ricardo Álamo.- Hacía mucho tiempo que no me encontraba ante un libro tan difícil de encasillar dentro de los usuales géneros literarios como este *Garabatos* de José Manuel Benítez Ariza (Cádiz, 1963). El propio autor, en el texto explicativo (y justificativo) que da inicio al libro, tampoco tiene muy claro a qué clase de género pertenece la suma de textos que a lo largo de 2022 ha ido componiendo en forma de 'enunciados breves', pues por un lado no se atreve a etiquetarlos con el marbete de aforismos, pese a que pudieran tener "algún parentesco con la escritura aforística", y por otro lado tampoco descarta la posibilidad de que puedan ser leídos como los "pies de foto" que suelen servir de complemento verbal a las imágenes impresas. En cualquier caso, y aunque el autor no se decida a recusar abiertamente ninguna de las dos posibilidades –dejando al lector en el limbo de no saber qué

clase de libro es el que tiene en sus manos–, al adentrarse uno en sus páginas se dará cuenta rápidamente de lo poco que importa cuál sea su adscripción genérica, dado que lo que al fin y al cabo interesa saber es hasta qué punto esos 'enunciados breves' –que no son enteramente aforismos ni 'pies de foto'– funcionan o no por sí solos como artefactos verbales llenos de significado y de sentido. Y es precisamente a este respecto, el de la funcionalidad literaria (de significado y de sentido) de esos 'enunciados', sobre el que el lector tendrá que juzgar si Benítez Ariza ha llegado o no a conseguirla. A mi modo de ver, su arriesgada apuesta por aunar imágenes (fundamentalmente acuarelas, dibujos a tinta china y bocetos a lápiz, al carboncillo o a rotulador de lugares, objetos, animales y personas sobre los que ha posado su atención) y textos descriptivos o explicativos de esas mismas imágenes, se realiza a la perfección (logrando así el efecto deseado de multiplicar los significados y sentidos que las imágenes pudieran despertarle al lector/espectador) cuando efectivamente en el libro esas imágenes aparecen acompañadas de sus respectivos textos, complementando estos a aquellas, pero no así cuando los textos se nos presentan viudos de sus correspondientes imágenes. En este último caso (y, lamentablemente, son mucho más numerosas las ocasiones en que esto se produce respecto a las veces en que imágenes y textos forman una unidad), lo que se le ofrece al lector es una serie de textos vacíos de referencias icónicas o figurativas, haciendo así que los fundamentos plásticos sobre los que se deberían sustentar dichos textos los tenga que imaginar o inventar el lector, cosa que desactiva en gran medida esa funcionalidad literaria a que antes hacía referencia. Dicho esto, no está de más advertir que el mismo Benítez Ariza, siendo consciente del riesgo que corría a la hora de no ilustrar la mayoría de sus textos en el libro, invita no obstante al lector a que por alto ese riesgo y los visualice como quiera, pues no en vano cualquier materia textual –bien sea relato o novela y especialmente poema– se presta siempre a disparar nuestra imaginación sin necesidad de que venga acompañada de una previa representación iconográfica. Ahora bien, esto último puede funcionar más o menos eficazmente cuando el texto que se nos da tiene los suficientes elementos visuales o alegóricos como para que nos podamos hacer una representación de los mismos, y así ocurre por ejemplo como cuando Benítez Ariza escribe: "Rectas apenas entrevistas al fondo de un mar de bruma. En medio algún que otro islote rocoso, escarpado, inabordable: la Sagrada Familia, la Torre Glòries" o "Me asomo a la terraza y vuelvo a ser el niño que, con un carrete de hilo, jugaba a sondear esa altura. Con un pobre soldado de plástico atado al cabo,

en caída libre, hasta tocar el césped allá abajo". Sin duda, estos dos ejemplos extraídos al azar, podrían servirle a cualquier lector para figurarse mentalmente cada de uno de los dibujos descritos en los mismos, sin necesidad de tener que recurrir a su visualización previa para poder hacerse una 'idea' de cómo fueron efectivamente realizados por su autor en el blanco cielo del papel.

Pero qué ocurre cuando tales 'enunciados breves' son sumamente abstractos o no presentan los pormenores figurativos precisos para que de su lectura nos hagamos una representación más o menos aproximada. Qué ocurre en casos como los siguientes: "Miran a la lejanía y son mirados desde un poco más cerca. De espaldas al espectador, son también horizonte: si avanzara hacia ellos hasta rebasarlos, caería al otro lado" o "Jugar al anacronismo por insuficiencia del presente: ay, Gaudí". En el primer caso, nos podríamos preguntar quiénes son los que miran a la lejanía (¿animales, personas?) y quién o quiénes los que los miran. Y en el segundo, cuál es el anacronismo al que se alude en referencia a Gaudí. Si no fuera porque Benítez Ariza ha optado por apuntar entre paréntesis al final de cada uno de sus textos una suerte de título o rótulo que los contextualiza espacialmente, al lector se le haría realmente difícil escenificar gráficamente lo sugerido en ellos. Así, en el segundo de estos dos ejemplos, sabemos que se está refiriendo a la *Casa Botines* [vista] *desde la plaza de San Marcos* de León, mientras que en el primero remite sin más especificación a un *Horizonte con figuras*, sin que en este caso termine de aclararnos qué clase de figuras son esas (¿personas, animales?) a las que se refiere.

Es de destacar, sin embargo, que al poner en pie unos textos que nacieron como complementos a una serie de dibujos y acuarelas, Benítez Ariza no pretendía condicionar la mirada del lector, a quien, como ya he dicho antes, le ha dejado enteramente abierta la posibilidad de imaginarlos a su gusto, aunque eso no repare del todo la mengua que supone no haberlos presentado todos como la unidad que en realidad forman unos y otros. De haberlo hecho, y no sólo en unos pocos casos, *Garabatos* sería sin lugar a dudas un libro mucho más completo.

Entre los rasgos definitorios que a los lectores habituales de Benítez Ariza no se nos suele pasar desapercibidos están su sobriedad expresiva, su acendrado lenguaje poético incluso en la prosa y su atenta mirada reflexiva –a veces con un punto de duda o perplejidad– sobre la realidad que le rodea, una realidad que no termina nunca de ser del todo aprehensible para quien la observa, la dibuja o la describe, quizá porque, como él mismo dice,

lo más que podemos hacer con ella es "intentar retener lo abocado a perderse". Y, efectivamente, cuando el escritor gaditano la observa, la dibuja o la describe, el resultado es brillantemente perdurable.

El libro, en fin, se cierra con una curiosa e incluso divertida 'Poética del garabato' en la que su autor ha querido condensar en pocas frases lo que significan los dibujos y acuarelas que ha ido trazando con su mano de nieve. Sirvan como ejemplos los siguientes:

El garabato es a la línea lo que el borrón a la mancha: un fracaso, pero también una posibilidad.
Es falsa, muy falsa la pretensión de modestia que lleva a algunos dibujantes y pintores a llamar a lo suyo garabatos.
Firmar: cifrar tu identidad en un garabato.
Dios creó el mundo trazando garabatos.
Los niños, en cualquier caso, no dibujan garabatos: son los adultos quienes no saben ver más allá.

Miguel Pardeza, *La cola del cometa.* Renacimiento, Sevilla, 2023.

Ricardo Álamo.- A menudo descreído, hosco y tierno a la vez, con muestras de cierto cinismo frente al pensamiento único, humorista trágico y apático, desesperanzado y desganado, irónico y mordaz con su propia figura pero sobre todo con la de quienes tontamente van por el mundo de figurones… Quienquiera que conozca más o menos a fondo a Miguel Pardeza (La Palma del Condado, 1965) no podría estar más de acuerdo con esta somera descripción que de él hace Carlos Marzal en el prólogo de *La cola del cometa*, primer libro de aforismos del escritor onubense, quien, hasta el momento, sólo había dado a la imprenta la imponente obra periodística de César González-Ruano, así como dos novelas, ambas de un marcado carácter autobiográfico, *Torneo* y *Angelópolis.* Ni que decir tiene que en una y otra novelas ya aparecía esbozado un dibujo de sí mismo que en líneas generales no se diferencia mucho del que ahora acaba de trazar en su nuevo libro, dándose así la circunstancia de que podría decirse que en los tres libros hay algo así como "una suerte de unidad o coherencia de pensamiento" en la que el personaje literario que habla, reflexiona o dialoga se nos presenta no tanto como un ser monolítico, unidireccional o radicalizado que como un personaje de ideas tornadizas, versátiles e inestables, alejadas por tanto de cualquier posición dogmática o de cualquier forma de pensamiento (y de

sentimiento) fija e inalterable. Plenamente consciente de esa versatilidad reflexiva o de ese irrefragable inconformismo –que en el fondo no es otra cosa que un profundo descreimiento de cuantos sistemas filosóficos, religiosos, políticos o de cualquier otra índole se nos quieren infundir como auténticas panaceas remediadoras de todos los males de nuestro mundo–, acaso se entienda mejor que al propio Pardeza no le cueste nada admitir que hasta cuando más conforme le parece que está consigo mismo más ganas le dan de ser otro. Un 'otro' que, dado su acusado escepticismo por casi todo, no es de extrañar que en muchas ocasiones se exprese contra algo: contra los idiotas, contra ciertos perversos políticos (y su lenguaje), contra los malos escritores, contra los salvapatrias, contra las memeces de nuestro tiempo y, por supuesto y no en menor medida, también contra sí mismo. Sobre este singular modo de pensar *a la contra*, probablemente al lector y a la lectora le llamarán poderosamente la atención que una parte considerable de los aforismos de Miguel Pardeza tengan como destinatarios las nefastas políticas de los políticos, amén de sus casi siempre resbaladizas y falaces ideologías. Yo tengo para mí que su recurrencia a impugnar la mala gestión de aquello que más nos debería de incumbir a todos, eso que los griegos de la época clásica (Sócrates, Platón y Aristóteles, entre otros) tenían por lo más importante (la justicia y la *polis*), ni es fruto de un mero afán de epatar haciendo frases redondas ni tampoco de un encubierto deseo de ganarse la aquiescencia de aquellos que pudieran pensar como él, sino más bien de un compromiso moral consigo mismo a la hora de denunciar las tropelías y las arbitrariedades de quienes cínicamente las cometen refugiándose en la coartada de una gran causa o de una idea sacrosanta, sea ésta unas veces dios, otras la nación, y otras más la pobreza, la depauperación del planeta o la salvación de la humanidad. Como muestra de esto que digo, aquí van algunos ejemplos:

Cuando veo a un político perorar ante las masas enfervorecidas
me pregunto si el lenguaje es el rasgo verdaderamente diferencial
del ser humano.

Más que la gestión de expectativas, la política es la manipulación
de la esperanza.

Lo malo de la política actual no es que haya confundido la gestión pública
con un circo, sino que participa en él con el único objetivo de hacerse
merecedor de todas las portadas.

Se habla mucho de que la lógica populista consiste en proponer soluciones simples a problemas complejos, pero no tanto de que, como reverso de esa lógica, también acostumbra buscar soluciones complejas a problemas simples.

Repárese en que todas estas insistentes y categóricas reprobaciones a quienes se encargan con más maquiavelismo que deber cívico de manejar los frágiles hilos de la *cosa pública*, brotan no tanto de un sentimiento de indignación como de un pensamiento sagaz sostenido en último término por una lógica que, como apunté más arriba, es deudora de una particular manera de estar en el mundo, a saber: la de ir a la contra. Tal cosa explicaría entonces que una de las frases favoritas de Pardeza sea "no estoy de acuerdo", y que su voz más propia, la que le da originalidad a sus aforismos, no condescienda tanto con la especulación filosófica como con la gracia de darle forma a unas ideas que sin duda podrían ser de todos nosotros pero que únicamente él ha tenido el acierto de singularizar. Esta singularidad queda realzada por el hecho de que la mayoría de sus aforismos no son puros excursos teóricos de una (llamémosla así) 'personalidad impersonal'. Más bien todo lo contrario, pues una y otra vez, aforismo tras aforismo, se percibe que el autor no tiene la oscura pretensión de esconderse detrás de una máscara. De ahí que sea toda una declaración de principios el aforismo con el que se cierra el libro, en el que literalmente dice que "no hay libro, por muy mentiroso, fantástico o hermético que sea, que esconda del todo al autor", cosa que combina perfectamente con otro aforismo en el que afirma que "todo lo que no es autobiografía también es autobiografía". En su caso, claro está, esos aspectos autobiográficos son ampliamente conocidos, notorios y notables, pero tal vez por eso mismo, por llevar arrastrando el peso de una existencia que prácticamente desde que era niño ha estado tan públicamente expuesta al examen de los demás (especialmente, de los medios de comunicación de masas), ahora ya, a las puertas de la dorada edad, pueda entenderse que Pardeza tenga la sabia aspiración de conseguir, por fin, el anonimato y no ser nadie, o incluso que, a medias entre irónico y liviano, no haya día que no se quiera un poco menos.

No quiero terminar esta reseña sin recordar que, como dice Carlos Marzal a propósito de cualquier libro de aforismos, pero especialmente de éste, entrar en uno de ellos es como buscar una intimidad inteligente que sepa transmitir la imagen de un carácter construido gracias al sabio manejo de

las palabras. Sin duda, en su larga aventura por el mundo, la intimidad inteligente de Miguel Pardeza no defraudará a nadie.

Paulo Gatica, *Lapidaria.* Trea, Gijón, 2023.

Ricardo Álamo.- Como la novela contemporánea, que ha acabado subsumiendo casi todos los géneros literarios, los libros de aforismos presentan cada vez más una diversidad de tonos, estructuras, formatos, lenguajes o hechuras textuales que los alejan sin solución de continuidad de su tradicional y clásica fisonomía. No son pocos los aforistas que en los últimos años están experimentando con nuevas formas de escritura breve, huyendo o desertando del aforismo efectista, de la vana ingeniosidad o del mero chiste, así como también de la artificial agudeza que se vale del lenguaje no tanto para ofrecer una idea original o un pensamiento profundo como para epatar al lector con una obviedad o un lugar común engalanado con el brillante oropel de una feliz ocurrencia. A Paulo Gatica (El Puerto de Santa María, 1984) se le conocía hasta ahora fundamentalmente por sus trabajos de investigación en el campo de la aforística. Doctor en Literatura Española e Hispanoamericana por la Universidad de Salamanca, tiene escrita una tesis sobre el aforismo hispánico contemporáneo, además de diversas obras de carácter teórico sobre este mismo género (por ejemplo, *Aforismos, debates y perspectivas*, 2019). *Lapidaria* es, sin embargo, su primera incursión creativa como aforista, lo que supone haber dado el salto desde la reflexión crítica o el comentario de texto a la propia inmersión en un terreno literario donde, a tenor de sus publicaciones anteriores, es un especialista. Quizá porque Gatica conoce bien el género y sabe en qué aspectos no hay que reincidir para no caer en lo más trillado del mismo –*verbi gratia*: cualquier efectismo grandilocuente envuelto en una fraseología vana–, o quizá porque simplemente ha querido blindarse contra los rutilantes juegos de palabras y las astucias paradojales a que tan fácilmente se prestan los aforismos, lo cierto es que los suyos son fieles ejemplos de lo que José Ramón González llama una "poética de la complejidad" que "exigen del lector un doble o triple movimiento introspectivo".

Ciertamente, como ejercicios de introspección o de exploración de la propia conciencia se podrían definir los aforismos del autor portuense, que a lo largo de su libro va dibujando a grandes rasgos el perfil de una persona que pondera más el escepticismo que las lapidarias certidumbres que le pudiera ofrecer un mundo donde nada es lo que parece. De ahí que se

atreva a decir que su yo interior padece las inclemencias del tiempo: unas inclemencias que, por descontado, son variadas y variables.

Por otro lado, Gatica, en su apuesta por huir de los alardes retóricos aborda un sinfín de cuestiones como la verdad, el silencio, el rencor, el amor, la literatura, el lenguaje o la muerte, de una manera sobria y contenida, como si en el fondo no quisiera pasar por un diletante o un moralista subido a un púlpito desde el que lanzar sus lapidarios anatemas. Lejos de arrogarse esa espuria condición, lo que se propone Gatica es indagar, sin aprioris y sin prejuicios, lo que habita en su conciencia a partir de su propia experiencia vital. Una experiencia vital que no es tributaria de un reduccionismo simplificador de la realidad, sino todo lo contrario. Por eso no es poco significativa su constante elusión de lo obvio y lo palmario, cosa que José Ramón González ha sabido destacar en su prólogo como una de las señas de identidad de este libro: "El autor elude lo obvio y lo evidente y su escritura se convierte en exploración que nos compromete en una lectura activa y creadora en la que el goce consiste precisamente en el hecho de participar en un proceso de desvelamiento que se despliega en momentos/movimientos sucesivos. No es, por lo tanto, una oscuridad o una dificultad artificiosa y falsa, sino la consecuencia lógica de una escritura que se plantea como ejercicio de indagación y búsqueda, y que ofrece en el texto un territorio abierto por el que el lector puede transitar de formas diferentes, realizando recorridos diversos en busca de un sentido plural que se postula como recompensa. No es algo que se da gratuitamente, sino algo que se logra o se consigue, y que exige compromiso y esfuerzo".

Sin entrar a debatir con José Ramón González si realmente la propuesta de Gatica le exige o no compromiso al lector, puesto que como ya dije antes no creo que el autor de *Lapidaria* persiga orientar moralmente a nadie, yo diría que lo que le reclama es el sacrificio de analizar la realidad sin autocomplacencias, tal vez (y esto es ya interpretación mía) desde ese posicionamiento intelectual que la filosofía griega llamó *epojé* y que consistía en la suspensión del juicio para llegar a conocer la realidad sin convencionalismos ni tópicos. De otra manera no se entendería que Gatica, en el arranque de su libro, diga a modo de advertencia pero con determinación: "Trabajo la verdad con paciencia y escoplo. Descarto la materia sobrante y pulo los vértices más agudos. Finalmente, contemplo su perfil vacío sobre el pedestal: la plena ausencia y posibilidad". Ausencia de pleonasmos y de lugares comunes a la hora de vérselas con la verdad de la realidad, y po-

sibilidad de nuevas y efectivas interpretaciones de la misma: a mi modo de ver, es lo que los aforismos de Paulo Gatica ofrecen al lector.

Lucho Aguilar, *Lo que esconde el manglar*. Trea, Gijón, 2023.

Ricardo Álamo.- La publicación de un primer libro de aforismos siempre suele despertar un mínimo de interés en el curioso lector que desea saber qué voz es la que se esconde detrás de su autor. ¿Será la de alguien que tiene algo nuevo que decir o, por el contrario, será la de alguien que quiere decirnos algo viejo pero de una forma original y distinta? ¿Esa voz sonará cantarina y, como la de ese raro pájaro llamado cenzontle que tiene la cualidad de entonar un sinfín de sinfonías, será capaz de interpretar con sus pocas y escogidas palabras un memorable concierto? ¿O, en cambio, desafinará con su verbo, haciendo comprender al lector que no le valía la pena llegar hasta el final del concierto? Lucho Aguilar (Valencia, 1958) es músico, contrabajista de jazz, aparte de licenciado en Historia y en Ciencias de la Música. Por tanto, con ese bagaje musical a sus espaldas, debe de saber necesariamente la importancia que tienen el orden, el número y el acento de las palabras a la hora de producir un efecto cadencioso, armónico y rítmico. Como en la poesía, incluso como en los microrrelatos, esos tres aspectos de las palabras son decisivos si se quiere conseguir el aplauso del lector por haberle hecho disfrutar de una notable musicalidad. Y esa musicalidad, precisamente, es la que ha logrado Lucho Aguilar con los aforismos de *Lo que esconde el manglar*. Porque se trata de aforismos de una gran intensidad verbal y semántica, profundos en su mayoría, bien medidos, en los que en general nada sobra y nada falta. Sin miedo a equivocarnos, se podría decir que el autor no sólo ha buscado trasladarnos un conjunto variado de ideas y reflexiones muy personales, sino también de dárnoslas de la manera más melodiosa y acompasada, como si hubiera seguido un patrón polifónico. No en balde, pululan por el libro un número considerable de contraposiciones y paradojas, así como las definiciones categóricas, que tan buen juego suelen dar en el género aforístico.

Por otra parte, si vamos al meollo temático del libro encontraremos que los pensamientos que acoge se apartan, en gran medida, de los lugares comunes y de las obviedades, eludiendo con cierta soltura caer en una concepción palmaria de las diferentes realidades que trata, sean estas la lengua, Internet, la ignorancia o la frivolidad, por poner sólo algunos ejemplos. Y es que Lucho Aguilar no condesciende con un examen complaciente del mun-

do, puesto que lo que persigue, más bien, es mostrarnos la cara oculta del mismo o una realidad distinta. Por eso no es de extrañar que en el prólogo José Ramón González señale que Aguilar encarna perfectamente lo que significa ser autor, que viene del latín *augere* (aumentar, agrandar o mejorar), ya que con sus aforismos "acrecienta nuestro mundo al ofrecer una mirada –una visión/versión– diferente y nueva. [Porque] sea cual sea el asunto que aborde en sus textos –el amor, la vanidad, la autoconciencia, la muerte, la poesía, la escritura, la amistad...–, lo hace desde una perspectiva que nos descentra y nos descoloca". Dicho en otras palabras, en ningún caso los aforismos de *Lo que esconde el manglar* examinan la realidad con indulgencia.

No sé si Lucho Aguilar es conocedor del libro *Un poco de swing, por favor. Aforismos sobre jazz* (Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2022), de Emilio Calvo de Mora, pero el caso es que me llama poderosamente la atención que, siendo él mismo músico de jazz e historiador de la música (cosa que se nota en el equilibrado acorde con que enuncia sus ideas), a la música sin embargo no le dedique más que un solo aforismo en todo su libro, y no precisamente en un tono benevolente, pues llega a decir con indisimulada impiedad que "Un músico es una prostituta con clientes preferenciales". Pero no sólo se muestra poco reverente con los músicos, sino que también, en los escasos momentos en que se refiere a sí mismo, se retrata como alguien dudosamente dichoso, alguien que afirma que en el arrabal de su corazón convive la bondad con sus escombros. ¿Y cómo no acordarse entonces de todos esos músicos, cantantes y artistas que han hecho de sus vidas unas auténticas tragedias, de esos a quienes el éxito o la falta de éxito les llevó a ahogarse en la furiosa corriente de su existencia? No sabemos, porque Lucho Aguilar no nos lo dice, si los escombros que alberga su corazón son suficientemente hediondos como para haberlo enterrado alguna vez en la inmundicia. Y no lo sabemos porque se cuida muy mucho de darnos pistas acerca de su propia vida, de sus luces y de sus sombras, ya que (quiero pensar que imbuido de cierta modestia o tal vez guiado por un prurito de timidez) no expone su "yo" a un ejercicio de destripamiento, eludiendo de esa manera cualquier clase de exhibicionismo. Ni siquiera se atreve a ficcionalizar su persona, algo tan de moda hoy en día entre algunos novelistas y poetas. Se diría, en fin, que en sus aforismos hay mucha más preocupación por la vida de los demás que por su propia vida, y quizás eso explique que su punto de vista sobre la realidad sea como el de un *flâneur* que la observa con desapasionamiento, con una distancia crítica pero mesurada de aquellos aspectos del vivir que más le asombran, entre ellos la estupidez, la ignoran-

cia, los trampantojos o la vanidad, a los que en última instancia trata de comprender o de desentrañar la razón de su ser. Por eso no es de extrañar que, en una de las muchas definiciones que da sobre qué son los aforismos, diga que un aforismo es como un manglar de sentidos.

Ramón Eder, *Los regalos del otoño*. Renacimiento, Sevilla, 2023.

Ricardo Álamo:- Al leer cada nuevo libro de aforismos de Ramón Eder (Lumbier, Navarra, 1952), me suelo acordar de unos versos de José Luis Tejada en los que, al modo machadiano del Juan de Mairena, decía con suma gracia: "Aforismos. Poética./ Reducir la cantidad/ en busca de calidades/ sin mengua de la verdad;/ y lo demás, vanidad/ de vanidades". Ciertamente, o eso me parece a mí, los libros de aforismos de Eder se ajustan a la perfección a lo dicho en esa sucinta 'poética', puesto que, en aras de exponer la verdad (o su verdad), se atreve –como buen aforista– no tanto a engolarse con una copiosa retahíla de apuntes breves como a administrar con sabiduría un relativamente exiguo número de golosas y valiosas observaciones. En el prólogo con que se abre *Los regalos del otoño*, dice Eder que hay muchas maneras de leer un libro de aforismos, pero que en general se podrían reducir a tres: 1) leerlo de un tirón (siempre que sea suficientemente breve como para que pueda leerse de una sentada); 2) leer varias páginas seguidas hasta que vuelva a apetecernos seguir leyéndolo; y 3) "leer varios aforismos hasta encontrar uno que nos guste o seduzca especialmente y entonces hacer una señal con un lápiz, cerrar el libro y reflexionar sobre el aforismo que nos ha seducido". Ni que decir tiene que, a su modo de ver, esta última manera de leer es la más enriquecedora, por cuanto permite pensar y repensar o darle vueltas a los posibles dobles sentidos de los aforismos que en una primera, rápida y superficial lectura pueden pasar desapercibidos al desatento lector. Pero, me pregunto yo, ¿realmente los lectores de aforismos son tan autoexigentes como para leer así? ¿Y una lectura como la que Eder sugiere no presupone en el fondo que en un libro de aforismos no van a ser muchos los aforismos que especialmente nos seduzcan, dado que, si no fuera así, estaríamos constantemente haciendo señales con un lápiz e interrumpiendo la lectura y cerrando el libro para ponernos a pensar y repensar sobre lo leído? Con estos interrogantes no quiero decir que el escritor navarro no tenga razón en su propuesta ideal de lectura, y ojalá todos los lectores tuvieran esa tan inmejorable predisposición a la hora de abrir las páginas de un libro de aforismos (y, por extensión, de cualquier libro) como

para pararse unos segundos y meditar. Me temo, sin embargo, que casi nadie lee así, ni libros de aforismos ni libros de cualquier clase, a no ser que uno tenga un interés especial en recopilar citas, frases o textos perspicaces que por alguna razón (generalmente, una razón mediada por el afán de aprender) le pudieran ser útiles para la vida o para el conocimiento. A este respecto –y perdonadme la pedantería– Erasmo de Rotterdam, en su *Institutio principis christiani*, recomendaba lo siguiente: "Leer con un cuaderno a mano para apuntar las frases susceptibles de ser reutilizables posteriormente. Asimismo, la confección del cuaderno propio –o diario de lecturas– podría reportar, no ya beneficios pedagógicos, sino morales. [Y] siguiendo el ejemplo erasmista, Juan Luis Vives le recomendó a Catalina de Aragón (a petición de esta), que para la educación de María (la futura Reina), era muy recomendable, además de la lectura de "buenos autores" (entre los que incluía a Nebrija, Erasmo y Tomás Moro), que la princesa tenga un gran cuaderno en el que tome notas de su propia mano: ya sean palabras, encontradas en la lectura de autores serios, que le serán útiles en su uso cotidiano, o raras y elegantes; o bien, expresiones espirituales, graciosas, ingeniosas, eruditas; o bien sentencias graves, jocosas, agudas, burlescas; o historias de las que sacar un ejemplo para su vida". Y –poniéndome más pedante aún– César González-Ruano recordaba que Vital Aza llevaba en cuadernos escritos con su letra grande juicios, comentarios y una especie de antología caliente y personal de toda frase o sentencia que de un libro le había impresionado. Mi pregunta ahora es: ¿cuántos lectores atesoran esos cuadernos? A excepción de yo mismo, que tengo unos cuantos, no conozco a ninguno más; quizás Vila-Matas, que tiene a gala ser un "artista citador", como en su día lo fue también George Perec.

Pero me estoy yendo por las ramas, y mejor será que me centre en el libro de Ramón Eder que, como otros muchos suyos anteriores, no tiene desperdicio. Dividido en trece capítulos y abierto cada uno de ellos con un aforismo ilustrado (la figura de un arquero que lanza una de sus flechas-sentencias al corazón o a la mente del lector), lo más destacable del libro es que todo es destacable, desde sus irónicas críticas a los indefendibles cambios de normas ortográficas de la Academia de la Lengua ("Según la última normativa de la Real Academia 'solo' si es adverbio se puede escribir con acento y sin acento, es decir se puede escribir bien y mal") hasta sus burlones alfilerazos al anonimato con que algunos se ocultan en las redes sociales ("Los hay que están en Facebook, escondidos con un pseudónimo, para curiosear como la vieja del visillo"), pasando por su descarnado cuestiona-

miento de los propios libros de aforismos ("Incluso en los libros de aforismos que más nos gustan tacharíamos muchos aforismos", "Un libro de aforismos en el que todos los aforismos fueran brillantes sería tedioso"). Pero, pese a estos posicionamientos rotundamente críticos, se diría que el modo de decir que tiene Eder no es nada vehemente, incluso me atrevería a afirmar que tiene la habilidad literaria de presentar una verdad contundente envuelta en cierto aire de vacilación, como cuando por ejemplo dice que "Algunos días pienso que el ser más monstruoso que ha existido en la época moderna fue Hitler, pero otros pienso que fue Stalin", dándonos a entender con ello que esa duda, esa vacilación, no empañan la certeza de que ambos dictadores fueron el mismo monstruo con dos cabezas.

De esa sutileza crítica con que Eder maneja sus ideas da también suficientes pruebas en el reproche que le hace a cierta clase de políticos que lo fían casi todo a sus buenos sentimientos antes que a la eficacia de su gestión, poniendo en peligro no sólo el bienestar de la ciudadanía sino también la propia salud de las instituciones democráticas. Así, no es de extrañar que en algunos momentos del libro lance sus envenenadas y socarronas flechas contra esos modos patéticos de hacer política, pues "Quizás para un país sea mejor que sus políticos sean algo pillos pero siendo eficaces en los importantes asuntos que gestionan que no que sean unos buenazos torpes e ineficaces" o que "En las democracias modernas tendría que haber algún tipo de castigo para aplicárselo a los presidentes de gobierno que dejen el país peor de lo que lo encontraron: por ejemplo, hacerles mediante una suscripción popular, un monumento ridículo y vergonzoso".

Asimismo, no son pocos los aforismos dedicados a los que quieren hacerse pasar por escritores ("En España no hay muchos escritores, lo que hay es mucha gente que publica") y a quienes se toman la escritura como una carrera de obstáculos que hay que vencer, aún a costa de cultivar no sólo las amistades importantes sino también las contrarias ("Ningún escritor llega muy lejos si no consigue hacerse algunos enemigos importantes en el gremio de escritores"). Enemigo declarado de la práctica de los géneros literarios mejor vendidos, como la novela o el ensayo, Eder sin embargo no oculta su pasión por la lectura, a la cual celebra una y otra vez, ya que según él leer es una de las pocas formas de ganar el tiempo. Y, sin duda, a ganar el tiempo es lo que nos enseña *Los regalos del otoño*, probablemente uno de los recientes libros de aforismos donde más aforismos hay dedicados precisamente a reflexionar sobre los aforismos y en el que su autor, con valentía, se atreve a denunciar el escaso eco mediático que suele tener este género

considerado menor, ya que "Como hay pocos premios específicos para el aforismo, hasta que se subsane esta injusticia, el aforismo debería participar de los premios de ensayo y de poesía porque de ambas disciplinas es partícipe". Sabia propuesta, en fin, que muy a mi pesar caerá en saco roto, y eso que, como decía el filósofo Jacob Moleschott, sin fósforo, sin aforismo, no hay pensamiento.

Mario Pérez Antolín, *Mínima esencia.* Thémata, Sevilla, 2023.

Ricardo Álamo.- Cuando tengo que reseñar un libro de más de ochocientos aforismos, me pongo a temblar. ¿Por dónde empiezo? ¿Me centro en el tono general del libro? ¿Espigo sólo algunos pocos aforismos y los comento? ¿Destaco los aciertos y censuro los errores que pueda contener? ¿O hago una faena de aliño en la que, obviando la mayoría de las ideas expuestas por el autor, me limito a señalar cuál ha sido su objetivo a la hora de darle forma a su hercúleo y voluminoso proyecto? Indudablemente, ante libros así me asaltan las dudas, pues haga lo que haga tengo siempre la impresión de que me quedo corto o de que no soy capaz de sintetizar en aproximadamente mil palabras todo lo que da de sí un libro con tantos y tan variados aforismos, donde los temas, las ideas y las fijaciones reflexivas del autor no tienen un *leit motiv* común y, sin solución de continuidad, van saltando de un asunto a otro, bien sean el amor, la moral, la libertad, el tiempo, la vanidad, la nostalgia, la felicidad, el arte, la poesía, la belleza, Dios, la vejez, el yo, las relaciones sociales o algunos aspectos inherentes a la política, por poner algunos ejemplos. Ni que decir tiene que *Mínima esencia*, de Mario Pérez Antolín (Stuttgart, 1964), es uno de esos libros que me hacen temblar por todo lo que llevo dicho.

Según Ignacio Gómez de Liaño, que prologa el libro, una de las características más acusadas de las creaciones aforísticas de Pérez Antolín es su raíz surrealista. Hasta por tres veces destaca esa particularidad, que la entronca, además, y como no podía ser de otra manera con el surrealismo daliniano, pues a su entender los aforismos de *Mínima esencia* describen "de la forma más exacta y breve el arte surrealista que revelan numerosas obras de Dalí", de la misma manera que, *mutatis mutandis*, "la obra artística de Dalí tiene no poco de aforística". Y como ejemplos de ese carácter surrealista de algunos de los aforismos de Pérez Antolín, Gómez de Liaño distingue los siguientes: "De entre nuestros órganos, ninguno tan logrado como la boca. Muerde y besa. Te hace pasar del placer al dolor sin que notes

la diferencia" o "En cuestión de sentimientos la única certeza posible es: *Te odio, amor mío*".

Que me perdonen Dalí o Gómez de Liaño o Pérez Antolín, pero a tenor de estos dos ejemplos yo no veo surrealismo por ninguna parte, a no ser que el concepto de surrealismo se haya rebajado tanto que ahora se lo conciba como una vulgar excrecencia de la propia realidad, sin ninguna compleja arista que lo ligue al inconsciente y a las pulsiones irracionales que rompen la lógica del pensamiento. Y esos dos ejemplos valen tan poco como ejemplos de aforismos surrealistas como cualquiera de los más de ochocientos que contiene el libro. Porque, vamos a ver, ¿no es lo lógico que la boca, aparte de servir para morder, sirva también para besar?, ¿qué tiene de surrealista esa doble función?, ¿y de verdad no se nota la diferencia cuando te besan o te muerden? Y, respecto a esa única certeza posible de los sentimientos (¿habrá acaso certezas imposibles?), supongo que a nadie le parecerá un disparate que a una persona se la pueda amar y odiar al mismo tiempo o sucesiva y alternativamente, pues nada suele ser más voluble que un sentimiento, y raro es el caso de quien a lo largo de su vida no experimenta emociones contrapuestas (y si no que se lo pregunten a John Lennon y a Yoko Ono, que en el tiempo que estuvieron casados vivieron una relación tormentosa, con grandes episodios de amor y torrenciales momentos de odio, hasta el punto de que no fueron pocas las veces que se zurraron de lo lindo uno y otra).

En realidad, los aforismos de Pérez Antolín, más que por el surrealismo, se caracterizan por lo que yo llamaría cierta "aspereza reflexiva", puesto que la mayoría de ellos están escritos con voluntad de hacer pensar al lector, pero casi sin concederle un respiro, una gracia o una mínima humorada. Incluso me atrevería a decir que son aforismos que se han ido pensando mientras se los escribía, como si nacieran de la misma escritura y no de un plan previo, ya que uno se los puede representar como fulguraciones o como relámpagos repentinos que caen del atormentado cielo del pensamiento del autor sobre nuestras acomodaticias cabezas. Así se explicaría la visión un tanto amarga aunque no del todo desengañada que Pérez Antolín tiene de sí mismo: "No sé a cuántas personas he ofendido, pero estar en alguna lista negra afianza mi capacidad de resistencia", "Mi aspiración: ser despreciado, carecer de precio, despreciarme. Así hasta adquirir valor de nulidad", "Todo lo que escribo, lo escribo contra mí. Gracias a que no me caigo bien, he descubierto el valor de la aceptación" o "Estoy harto de ser quien soy. Me gustaría ser menos yo y más nadie".

No parece, en fin, que el autor se muestre muy complaciente consigo mismo, quizá porque tampoco se complace mucho con lo que ve en el mundo que le rodea. Y en particular se muestra especialmente crítico con las nuevas tecnologías (posición apocalíptica frente a la del integrado, por usar la conocida terminología de Umberto Eco), a las que acusa expresamente de ser un instrumento al servicio de los egos exhibicionistas ("Hemos dejado de implicarnos en lo público por mostrarnos públicamente. De la lucha hombro con hombro a la exhibición pantalla con pantalla") o también de robotizar nuestras acciones ("Hacemos, indefectiblemente, todo aquello que la tecnología nos posibilita hacer aunque no sepamos muy bien para qué hacerlo").

Como decía al principio es difícil sintetizar en una escueta reseña todo lo que un libro como éste encierra. Pero no querría terminar sin destacar que *Mínima esencia* es una obra llena de meditaciones filosóficas, que huye de la vana verbosidad y de la fácil ocurrencia, y que invita al lector a que se ponga en guardia contra las falsas evidencias. Por eso no es un libro para leer de un tirón ni de corrido.

Javier Salvago, *Nada como la nada.* Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2023.

Ricardo Álamo.- No son pocos los escritores que además de poesía escriben prosa, pero quizá sí son menos los que en la prosa no se dejan llevar por sus efluvios poéticos y renuncian a alambicar sus frases con retorcidas metáforas. Por todo lo que he leído de la obra de Javier Salvago, tanto en verso como en prosa, me atrevería a decir que ninguno de sus textos llevan la mácula del esteticismo vacuo ni están imbuidos de profusas ornamentaciones verbales cercanas al barroquismo o a expresiones abigarradas. Se diría, más bien, que en uno y otro caso, en verso y prosa, Salvago no ha abandonado nunca las dos principales señas de identidad que han caracterizado desde su primer libro toda su restante escritura, y que no son otras que la sobriedad discursiva y la sencillez en el decir. Él mismo ha escrito alguna vez, de manera lacónica y contundente, que a la hora de darle forma a las ideas de lo que se trata es de "hacer sencillo y fácil lo complejo, claro lo oscuro", cosa, todo hay que decirlo, que ya en su día Juan Ramón Jiménez juzgó como lo más conveniente para cualquier escritor que quisiera ser comprendido, pues "No se trata de decir cosas chocantes, sino de decir la verdad sencillamente, la mayor verdad y del modo más claro posible y más duradero", algo no tan

difícil de ejecutar si uno no quiere caer en lo conceptuoso o en la oscura palabrería.

Nada como la nada es un libro de aforismos –el segundo en la producción textual del escritor sevillano, después de que en 2016 publicara *Hablando solo por la calle*– en el que sus máximas, mínimas, fragmentos y frases sueltas no pretenden complacer al lector ni tampoco darle una visión amable de la compleja realidad en la que estamos inmersos. Su título, además, remite claramente al poemario *Nada importa nada* (2011), donde, en uno de sus poemas, ya avisaba de la poca importancia que tiene todo. De ahí que Salvago tampoco en este libro condescienda con el buenismo o con los postulados falsamente esperanzadores que le hagan creer al lector que *el mundo lo tiene todo para ser un paraíso*. Lo sería, tal vez, si sobráramos nosotros, los seres humanos, que, según él, somos quienes hemos convertido un paraíso a nuestra medida en un infierno a la medida de todos. Traspasados de desilusión, pesimismo y decepción, los aforismos reunidos en este libro muestran un perfil del autor y su mundo que dejan poco lugar a las dudas o a la confusión, pues una y otra vez, página tras página, expresan una visión descarnada de la existencia, a la que prácticamente no se le concede casi ningún resquicio de exultación y de la que pareciera que no hay mejor salida para escapar de su sinsentido que desaparecer, ya que "El mundo es una manzana podrida y los gusanos somos nosotros". Resulta cuando menos curioso que este descarnamiento con que Salvago contempla actualmente la vida ya lo mostraba en su primer libro de poemas, *La destrucción o el humor* (1980), donde en una de sus 'Soledades' advertía que "por esta senda,/ que llaman vida, todos/ vamos a tientas,/ igual que un ciego./ En ceniza terminan/ todos los fuegos". Pero esos fuegos en los que termina cualquier vida no son únicamente aquellos a los que nos veremos abocados todos al final de nuestra existencia, sino también esos otros (más indignos o más ruines) producidos por quienes, en lugar de hacernos la vida más placentera, menos problemática y sobre todo más verdadera, se dedican a enturbiárnosla y a falsearla con vanas promesas de felicidad: "Miente, político, los tuyos y los bobos te creerán". Lo que Salvago nos reclama es que no creamos a ningún embaucador o farsante disfrazado de bienhechor. De ahí que su mayor crítica vaya dirigida a los políticos y a quienes detentan el poder, sea este económico, religioso o incluso cultural, pues "con tanto político cínico, vamos a tener que exigir que se introduzca en el código penal el delito de insulto a la inteligencia y a la sensibilidad".

Las redes sociales, Dios, el dinero, la historia de la humanidad, también buena parte de la poesía y la cantidad de crímenes que se han cometido en el mundo en nombre de la verdad, la moral y el saber de cada época, son algunos de los temas sobre los que reiteradamente se ceba el autor de *Nada como la nada*, título con que ha bautizado su libro no por afán de producir una bonita eufonía, sino porque, fiel a su desencantamiento de la existencia, cree que es el *locus amoenus* donde mejor se puede estar: "La muerte es lo mejor que nos puede pasar. Pero eso solo lo descubrimos cuando nos morimos y ya no podemos contarlo". No sé si Salvago habrá leído a Schopenhauer, pero a tenor de su aquiescencia por el desengaño y su concepción de la vida como fuente de dolor, parece que no anda muy lejos de las tesis filosóficas del pensador alemán, quien en algún lugar de su obra manifestó que si bien en un principio todo es un frenesí de deseos y un éxtasis de placer sensual, poco después, sin embargo, llega el turno de la frustración, la paulatina destrucción y el marchitamiento de las ilusiones. Schopenhauriano o no, el caso es que también los aforismos de Javier Salvago se prestan a una lectura anatematizadora de la vida, sin concesiones a ninguna promesa de felicidad duradera, esa "pelotita de los trileros" o esa "zanahoria con que nos engatusa la vida cuando se cansa de darnos palos". A las toneladas de ilusos o ingenuos que salen cada mañana a comerse el mundo, Salvago los manda directamente a comerse una mierda, esos "tipos con trajes caros que se levantan cada mañana muy temprano con el único afán de ganar dinero, caiga quien caiga, muera quien muera". La vida debería de ser otro afán, otra cosa. Pero ¿qué cosa, qué afán? Pudieran ser el amor o el humor o el talento o la inteligencia, pero no. Porque nada puede ya contra su desencanto. Nada, excepto la nada, que todo lo borrará como si nunca hubiera sucedido.

José Luis Perdomo, *Obras encogidas.* La Isla de Siltolá, Sevilla, 2023.

Ricardo Álamo.- No me cabe ninguna duda de que este primer libro de aforismos de José Luis Perdomo (Algeciras, 1973) está recorrido de principio a fin por un innegable tono desenfadado e irónico. En clave burlona está puesto el título, *Obras encogidas,* y en clave asimismo bromista está colocada la cita anónima en alemán que sirve de antesala al resto del libro y que literalmente dice: "Das Zitieren in Femdsprachen verleiht eine distinguierte Erscheitung", es decir: "Citar en otras lenguas da un aire distinguido". Lo de que la cita aparezca sin firma y por consiguiente se pueda enten-

der como anónima, tengo para mí que no es más que otro ardid burlesco que utiliza Perdomo para epatar al lector, y no me extrañaría que su verdadera autoría se la debamos a él mismo, quien muy probablemente se habrá inventado la frase y luego habrá recurrido a un traductor googleano español-alemán para hacer partícipes a los lectores de su guiño humorístico. Y es que el humor, el demasiado humor, es la principal seña de identidad de su libro. Humor, mucho humor, hay en sus más de cuatrocientos aforismos. Se diría que el único y principal propósito del escritor algecireño al escribirlos no ha sido otro que jugar a pasárselo bien, pero, eso sí, sin perder ni un momento de vista que también nos lo pasáramos bien sus lectores. Así se entiende que declare en la página 20 que se apresuró "a escribir este librito al cumplir los cuarenta y nueve años porque dicen que la creatividad decae a los cincuenta", cosa que naturalmente no deja de ser una *boutade*, puesto que la historia de la literatura está llena de ejemplos eximios que demuestran todo lo contrario (sin ir más lejos, J. R. R. Tolkien tenía sesenta y tres años cuando publicó *El señor de los anillos*, Arthur C. Clarke cincuenta y uno cuando vio la luz *2001: una odisea del espacio*, José Saramago setenta y tres al editarse *Ensayo sobre la ceguera*, Mario Vargas Llosa sesenta y cuatro cuando publicó *La fiesta del chivo* o nuestro Cervantes cincuenta y ocho cuando dio a la imprenta la primera parte de *El Quijote*). Pero ya digo que Perdomo no se toma muy en serio nada de lo que dice. Tan es así que ni siquiera se toma en serio su propio *nom des lettres* y en un momento dado (página 73) llega a ironizar sobre los equívocos y las descacharrantes consecuencias a que ha dado lugar su raro apellido: "Perdomo. ¿Perdón? No: Perdomo. ¿Perdón? Así he llegado a perder trenes". Siguiendo la estela de las greguerías de Ramón Gómez de la Serna, a quien por cierto dedica uno de sus aforismos ("El mecanógrafo es el pianista de la mono-tonía"), Perdomo no perdona en casi ninguna página su acusada preferencia por los juegos de lenguaje y las ingeniosidades verbales, sin más pretensión literaria que la de sacarnos una sonrisa: "Sólo las gallinas dictan una ponencia al día", "Si me dan a elegir, prefiero pasar a la prosperidad que a la posteridad", "La poesía está llena de malversadores", "Epitafio: Con su permiso, me voy a tumbar" o "Buscando la excelencia, publicaba varios libros por año. Cuando murió nos legó una obra excedente".

No obstante esta recurrencia a los juegos de lenguaje y al ingenio verbal –que no tiene ni mucho menos que ser entendida como una tacha–, uno de los aspectos que más interés despierta este libro es la profusión de páginas que precisamente hablan de los libros y de sus aledaños (escritores,

géneros literarios, plagios, bibliotecas, librerías, signos de puntuación, accesorios de lectura, etcétera, etc.). No son pocos los homenajes que Perdomo le dedica a sus escritores preferidos, muchos de ellos grandes nombres del aforismo, como Nietzsche, Antonio Porchia, Cioran, Juan Ramón Jiménez o el ya mentado Ramón Gómez de la Serna. Esos homenajes, además, se complementan con encendidas reivindicaciones de la lectura ("Leer no es suficiente, pero siempre leemos poco") y el pensamiento ("Hablar es gratis, dicen, pero pensar es un lujo..."). Un pensamiento, por cierto, que ni quiere condescender con actitudes o expresiones poco precisas ni militar engañosamente en las imperturbables filas del escepticismo, pues este, como se sabe, no toma partido ni por la mentira ni por la verdad, ni por la afirmación ni por la negación, manteniendo a quien lo secunda en un estado mental de reposo, aquel estado que los antiguos griegos llamaban *epojé* ("Primera regla del club de los escépticos: desconfíe de los escépticos", "El escepticismo no puede ser militante porque la verdad nunca es un acuerdo de mínimos"). Aunque en ningún momento Perdomo utilice el concepto "posverdad", leyendo algunos de sus aforismos se percibe bien a las claras que es un concepto que denosta. Por eso afirma, con contundencia, que la verdad, a diferencia de la mentira, no necesita ser verosímil. La verosimilitud sólo es una añagaza que usan astutamente los maquiavélicos para ganarse a los ingenuos, haciendo que una mentira bien disfrazada de verdad sea más creíble que una dura verdad sin soncapa.

Y como decía antes, cuántos aforismos dedicados a los libros y sus aledaños. Son tantos y tan juiciosos y amenos que, espigándolos y reuniéndolos todos, bien merecerían formar una obra aparte, algo así como lo que en su día hiciera Elsa M. Ramírez Leyva en su *Trataditos sobre el mundo de los libros y la lectura* o, más recientemente, Guillermo Busutil en *Papiroflexia. Sobre el libro y la lectura*. Lean si no estos ejemplos:

Novela histórica: novela sobre novela.
Subrayar es leer con los dedos.
Los buenos libros inspiran; todos los demás expiran.
Hasta el escritor más impío sueña con ser editado en papel biblia.
No es raro que en un libro de aforismos haya alguno que no entiende ni su padre.

Por fortuna, y a propósito de este último aforismo, todos los que ha escrito Perdomo en estas *Obras encogidas* se entienden perfectamente.

Javier Rábago, *Parpadeos*. Taurus, Madrid, 2023.

José Luis Trullo.- Parpadeos es un libro que puede llamar a engaño, especialmente por el prólogo que, brillantemente, ha escrito para él Basilio Baltasar a modo de presentación. Y es que, a despecho de su apariencia (frases breves y, con frecuencia, contundentes como suelen serlo los aforismos en su versión más reconocible), en realidad nos encontramos ante un cuaderno de apuntes en toda regla, en la estirpe de la que han escrito, en algún momento, muchos artistas, y no sólo plásticos. De hecho, es en dicho espacio donde el género más breve, en su acepción moderna, fue creciendo hasta emanciparse y convertirse en lo que ahora es. Cierto es que la expresión pulida y depurada de las 705 notas que componen el volumen le confiere al conjunto una impresión que en un primer momento nos puede despistar; pero basta con adentrarse en su lectura para constatar que se trata de algo sustancialmente distinto. Veamos qué.

Ante todo, nos encontramos frente a un auténtico «espejo a lo largo del camino» en el cual Andrés Rábago (ortónimo del genial El Roto) consigna sus reflexiones, ocurrencias, juicios sumarísimos, invectivas, valoraciones y opiniones personales que se le antojan al hilo de los días. Ocupan el grueso del volumen aquellas notas que dedica a su propia disciplina, la pintura, donde alcanza un nivel de hondura y penetración muy estimable. Escribe: «Pintar para que el que vea perciba y el que perciba conozca» (169) porque «el placer estético es un placer menor frente al placer del entendimiento» (275); «Por la ventana del cuadro penetra la luz de lo que está mucho más allá de él» (91); «La tela en blanco tiene algo de embrión congelado» (247); «El dibujo es un árbol deshojado del que intuyes su belleza en primavera» (354); «El artista establece las causas, las consecuencias pertenecen al espectador» (400); «Cuando el hiperrealismo pinta una serpiente, en general sólo acierta a pintar su camisa» (569)… Intercalados, comparecen sus dictámenes acerca de otros pintores, especialmente desfavorables en lo que atañe a sus contemporáneos, mientras que sobreabundan las críticas respecto al mercado del arte, al público que lo consume y a la sociedad en la que nos encontramos.

Frente a la banalidad que nos circunda, la pintura se erige en un espacio ungido por una sacralidad específica: «El estudio no es para mí un centro de trabajo, sino de oración» (301); «Parpadeo: durante un instante, me pareció ver una luz sagrada. ¿Dónde estuve?» (387); «Todo cuadro, de ser cierto, es una revelación, una manifestación de una inteligencia sin nom-

bre ni rostro, sólo bruma y calor» (365)… Esta comprensión del arte como último reducto de lo sagrado es de estirpe romántica, claro está, pero ello no le resta ni un ápice de su actualidad, al revés, muestra que en el ámbito en el que se mueve Rábago rige la «atemporalidad» (concepto que dice preferir al de eternidad, por estimar este último limitante) y que lo excelso trasciende las épocas. En estas consideraciones estimo que van a sentirse especialmente interesados los aforistas españoles actuales que también cultivan la pintura –y a quienes recomiendo la lectura de este libro–, caso de José Mateos, Florencio Luque, Juan Manuel Uría, José María Benítez Ariza o Javier Recas. Lo que sí llama la atención es la ausencia a cualquier alusión a otro pintor español, también escritor, con el cual comparte Rábago la visión del arte; me refiero, claro está, a Ramón Gaya (baste un ejemplo de este último: «El arte verdadero está unido a lo sagrado, como la vida misma»). Tampoco es ocioso recordar aquí el magistral libro de aforismos que Antonio Cabrera consagró a la pintura, *Gracias, distancia*, los *Apuntes sobre pintura* de Juan Manuel Uría o las *5.000 veces pintura* de Rosendo Cid.

Posee *Parpadeos* un componente marcadamente confesional que, a tenor de la provecta edad de su autor, personalmente me desconcierta y ruboriza; así, afirma sin rebozo: «He tenido que llegar a viejo para saber un poco, pero ya no me queda tiempo para que ese poco que sé me sirva para algo» (483)… «Cuando no estoy en el estudio, soy un rey en el exilio» (559)… «Sé que avanzo, pero no sé por dónde ni hacia dónde, y no siempre en lo que hago encuentro una pista» (645)… «Conociendo mi habitual torpeza, me asombra que a veces aparezca algo que me parece bueno. ¿Quién lo hará?» (657); «Me preocupa no saberme ganar la otra vida» (491); «Si fuese capaz de superar todas mis torpezas en lo que hago, quizá lo que hiciese ya no sería tan mío» (594)… Aunque sé que, como afirma Ramón Eder, «Está bien introducir el 'yo' en los aforismos para saber que nos habla alguien, no la frígida sabiduría», no me siento cómodo ante la exposición descarnada de las zozobras interiores del prójimo; como lector, soy bastante apolíneo y, a contracorriente de los gustos imperantes –propiciados por la amplia estirpe de pavesianos, pessoanos y cioranianos en ejercicio–, percibo con mayor acuidad la intimidad de los demás cuando esta se vela que cuando se desnuda. Ocurre, sin embargo, que Rábago –como buen romántico– estima que «Todo está en la realidad y toda la realidad está en uno mismo» (84) y que «Mis fuentes pueden estar fuera de mí, pero el manantial siempre está en mí» (665); por ello, no sorprende su perplejidad y repulsión ante los elogios que se le deparan (que vive como una forma de expolio), o la recu-

rrente preocupación –un tanto adolescente, para mi gusto– por el juicio que puedan merecer sus obras, incluso cuando se disfraza de una estentórea indiferencia.

Salpimentan el libro, aquí y allá, aforismos de hechura convencional que, para un lector avezado, no resultarán especialmente llamativos, sin dejar de mostrar una factura impecable: «La luz, vista desde fuera, deslumbra; vista desde dentro, ilumina» (33); «Una buena idea: aquella que mantiene su misterio al exponerla» (84); «A los humanos no nos es dado crear, como mucho podemos aspirar a combinar lo ya creado» (133); «La seguridad no es fiable, sólo la duda lo es» (176); «El ojo tiene un hermano gemelo que lo observa mientras ve» (304); «La brevedad, cuando es exacta, lo dice todo» (538); «No repetir una equivocación, ¡hay tantas nuevas esperándote!» (614); «Un arquetipo es una multitud concentrada en una sola figura» (626), «Dar por terminada una obra significa casi siempre admitir una derrota» (696)… En cualquier caso, proporcionalmente están en franca minoría, sobrepasados en número por los apuntes diarísticos y las reflexiones en primera persona.

En resumen, *Parpadeos* es un libro atractivo pero de recorrido limitado por la propia naturaleza de su planteamiento, algo así como un compendio de las «virutas de taller» (tomando en préstamo la expresión del diario de Miguel d'Ors) de un artista sin duda talentoso, además de escritor estimable. Su extensión se antoja algo dilatada para el contenido que ofrece, incurriendo en frecuentes redundancias que pueden llegar incluso a hastiar. El saldo final, pues, no pasa de discreto… algo que, si atendemos a lo que afirma Rábago con cierta insistencia a lo largo de las páginas, no desagradará en absoluto al autor.

Demetrio Fernández Muñoz (ed.). *Puntales de la brevedad. Aforistas en construcción.* Cypress Cultura, Sevilla, 2023.

Javier Recas Bayón.- Desde 2020, el estudio sobre el género más breve tiene un referente inexcusable en *La lógica del fósforo*, obra en la que Demetrio Fernández Muñoz (Villajoyosa, 1987), desgrana con maestría las claves de la aforística española. A su dedicación como investigador y autor hay que añadir su excelente labor como dinamizador del aforismo en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. En su nueva entrega, *Puntales de la brevedad. Aforistas en construcción*, Demetrio Fernández lleva a cabo un análisis crítico del decurso aforístico en España en esta década dorada que

va desde 2013 a la actualidad, para luego ofrecer una escogida selección de autores y aforismos. En el prólogo, comienza describiendo los hitos convergentes que han dinamizado el aforismo en España: la convocatoria del primer certamen literario específico para el género: el Premio Internacional José Bergamín de Aforismo; la publicación de la primera antología sistemática del género: *Pensar por lo breve. Aforística española de entresiglos 1980-2012*, prologada por José Ramón González; la proliferación de colecciones dedicadas al aforismo en diversas editoriales; la publicación de antologías de los nuevos autores; la aparición de investigaciones tanto divulgativas como académicas sobre el aforismo; y, finalmente, la celebración de eventos monográficos dedicados al género (Congresos, Jornadas…)

Demetrio Fernández valora, como no podía ser de otro modo, este boom de manera positiva, pero también atisba peligros que con prevención y vigilancia se deben intentar conjurar. La fábula de la rana y el buey le sirve para ilustrar lo que bien podría pasar con el aforismo si caemos en la ingenuidad de pretender, como aquella pequeña rana, inflar más y más nuestra modesta envergadura olvidando sus limitaciones. La eclosión actual del aforismo parece haber inaugurado, paralelamente, el tiempo del 'todo vale, si es breve', sin filtro ni rasero. Bien pudiera pasar que esta inflación aforística se volviera en su contra, cayendo en picado como el cohete tras su fulgurante ascensión, colorida y sonora. Como dice en el prólogo: "Estos tiempos de barra libre para el aforismo lo son para lo bueno, pero también para lo malo".

Con todo, el balance de esta década dorada, afirma Demetrio, debe ser positivo pues se ha producido un salto cualitativo en el género como nunca se había visto en su ya larga historia. Nuestro autor, acertadamente, nos indica tres razones que justifican, parafraseando a Kant, su salida de la minoría de edad: en primer lugar, el reconocimiento literario del aforismo, que comienza a ser considerado "literatura de pleno derecho", pese a que todavía queden algunos a quienes les rechine que este modesto género alcance tan prestigiosa etiqueta. En segundo lugar, su pertenencia a una antigua y noble tradición que, lejos de renegar de ella, en el fragor creativo de los nuevos tiempos siempre se tiene presente. El aforismo actual demuestra que hunde sus raíces en la tradición, que se enriquece con ella y la admira, pese a que aún debemos abrirnos más a las fuentes autóctonas españolas. Y, en tercer lugar, la emergencia de trayectorias literarias plenamente aforísticas, con lo que el aforismo, para decirlo con palabras de Demetrio Fernández, "pasa de formar parte de una escritura satélite, aledaña, a una central, si

no focal" mediante una toma de conciencia literaria y filosófica que dibuja el perfil de su autor, ahora ya sin complejos, con el deseo y el orgullo de presentarse al mundo como aforista.

La excelente antología que nos presenta Demetrio Fernández en *Puntales de la brevedad* es –no podía ser de otro modo– una "traición al todo", como él mismo dice, pero también una cabal representación del boom del aforismo en la actualidad. Si bien no están todos los que son, los veintiún aforistas seleccionados (Miguel Ángel Arcas, Carmen Camacho, Carmen Canet, Jesus Cotta, Eliana Dukelsky, Ramón Eder, Aitor Francos, Gabriel Insausti, Emilio López Medina, Lorenzo Oliván, Carlos Marzal, José Mateos, Fernando Menéndez, José Luis Morante, Manuel Neila, Mario Pérez Antolín, Javier Sánchez Menéndez, Felix Trull, Juan Manuel Uría, Juan Varo Zafra y Ricardo Virtanen) forman parte indiscutible de los cimientos del género a comienzos del siglo XXI, cuyo impulso y buen hacer lo han llevado a ese punto de ebullición en el que hoy se encuentra..

Juan José Martín Ramos, *Si no veo mi rostro*. Polibea, Madrid, 2023.

Miguel Ángel Gómez.- El aforismo −como el diario que revisa días pasados− tiene mucho de género mixto que nos proporciona cierto goce o satisfacción. Puede ser una frase memorable y cruda, una máxima sin lenguaje rudo, un proverbio con el temor de no ser bien comprendido, una sentencia que queremos que valga (o se derrumbe) por sus propios méritos, etc. Tiene a veces relación con textos completos, y tiene que ver también con el haiku que, pese a su brevedad, nos deja la cabeza rebosante, saturada de grandes temas. Pese a su engañosa facilidad "es extraordinario porque todavía contiene un elemento de misterio, que llena la imaginación con algo que tiene categoría de éxtasis" (Henry Miller). *Si no veo mi rostro* (Polibea), de Juan José Martín Ramos, encierra grandes frases maravillosas que nos deleitan por su precisión y claridad.

Nada más abrir el libro, leemos a Francis Scott Fitzgerald: "Uno debe saber ver que las cosas son imposibles y, sin embargo, estar absolutamente dispuesto a intentarlas". El confesionalismo es como si nos plantara en un desierto en el que nos encargan un recado: "A mí me ha tocado ser yo", "¿De verdad tengo algo que decir?", "Se es como se delira". Más de un tercio de los aforismos de *Si no veo mi rostro*, si el lector atento se fija, hace mención al intruso, a las relaciones, a la religión, al deseo. Muchos tonos tiene este libro en el que nada queda en suspenso. Qué espléndidos los de-

dicados a la fe: "¿Qué dios existe sin mí?", "Frente a las creencias las evidencias".

Sobre las promesas incumplidas y los errores hay muchos aforismos. "Yo prometía. No he cumplido", "El fallo de un jurado siempre es un error". Hay aforistas muy conscientes de lo que debe ser el aforismo y de lo que no quieren que sea un aforismo. Martín Ramos tiene las ideas claras cuando nos ofrece su visión de la muerte: "Llegado a esta edad, ¿cómo enfrentarse a lo que ya no será?", "Retirarse con la alegría de no dejar nada atrás", "¿Qué recordaré de todo esto cuando muera?".

Algunos de los aforismos nos producen un alivio misterioso y nos hacen frotarnos las manos llenas de esperanza: "El que se queda quieto ya ha llegado", "Pase lo que pase, ya lo sabías", "Nada es un destino".

En otro nivel, ya en el prólogo nos advierte José Ángel Cilleruelo: "Martín Ramos se desenvuelve con holgura en el aforismo clásico −el que tiene su origen en los proverbios sapienciales y su desarrollo a la sombra de la filosofía− lo adereza con trazos contemporáneos". Así cuando dice: "Escribo porque (soy) Leo", "Cuando alguien dice dios yo pienso en el horóscopo".

Juan José Martín Ramos editaba en los años 90 la revista Versión Celeste, donde pausadamente iban saliendo poemas y relatos de autores desconocidos que nadaban en la abundancia. Dirige la editorial Polibea a partir de 2009 con colecciones de prosa, poesía, traducción y aforismos que son familiares de una manera superior a todo conocimiento. Es autor de *Negar la luz*, su único libro de poemas hasta la fecha, de una novela corta, *La curiosidad del espía*, a la que seguirán, probando varios estilos, *La noche calma mi ansiedad* o *Légamo del amor y de los libros*.

Recupera Martín Ramos para este último libro de brevedades, con generoso e inagotable amor a la literatura, la belleza, el recuerdo y el desarraigo. Es antes que nada un buen lector sin desánimo y con honestidad.

Resulta discutible el aforismo "Si en el más allá no hay sexo, ¿para qué lo querríamos?". Muy atinados, en cambio, resultan sus observaciones sobre el fantasma: "Cierras los ojos, tus fantasmas bailan en la oscuridad".

José Martín Ramos es un aforista del amor y de la memoria. Tiene en sus aforismos compromiso, un compromiso con el género, pensado pausadamente, con sensatez, meditando la cuestión desde cualquier posible ángulo. La línea en la que se incluye tiene como referentes principales a Cioran o Julio Cortázar.

Difícil resulta leer sin conmoverse: "En el amor siempre hay un cuerpo que se deteriora". Aforismos espléndidos con aire misterioso, textos breves con ideas, sentimientos, planes, ocurrencias chistosas, deseos que estallan dentro de la cabeza de su autor.

Los buenos aforismos hablan del apogeo de la muerte en la vida, del callejón sin salida posmoderno, levantando un monumento con un toque sensacional. Hechizo deslumbrante, inteligencia inconmensurable, jardín romántico.

Leemos *Si no veo mi rostro* y no perdemos el tiempo, miramos sus líneas con la boca abierta buscando nuestro rostro entre la multitud y preguntándonos: "Si no veo mi rostro, ¿cómo sé que soy yo?".

Ricardo Virtanen (ed.), ***Un instante en el paraíso. 50 aforistas y la belleza.*** **Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2023.**

Elena Marqués. Hay dos momentos del día para mí temibles. Las tres de la tarde y las nueve de la noche, cuando irrumpen en la pantalla las noticias. No sé desde cuándo no se inauguran con alguna imagen que no sea de desolación. Guerras. Catástrofes naturales. Enfrentamientos políticos. Crisis económica. Por eso, hoy, más que nunca, necesitamos la belleza.

Afirma José Luis Trullo en el prólogo a esta antología de aforismos a cargo de Ricardo Virtanen que les corresponde a los poetas entregárnosla. Son ellos sus depositarios, como seres proteicos portadores del fuego de las palabras. (Aunque, glosando a Mayora, la belleza no las necesite). Supongo que en este caso el director del proyecto Apeadero de Aforistas estaba pensando en el concepto de poesía como género literario (también Jesús Cotta la considera oficio del poeta, pues, así lo afirma Uría, «La belleza será poética o no será»), aunque yo, como Dionisia García, prefiero ampliarlo a todos los ojos (los ojos limpios de Elías Moro y de Karmelo C. Iribarren) que saben mirar y encontrar lo inefable, aquellos a los que asalta por su fiel predisposición a los prodigios. De hecho, los aforismos que recoge este libro, nada menos que de la pluma de cincuenta creadores, la abordan desde muy distintos puntos de vista, desde su versión efímera, a veces no exenta de frivolidad (Ricardo Álamo, Rafael Ruiz Pleguezuelos y José Luis Morante nos los recuerdan), al dolor de su carencia; desde la verdad de lo pequeño a lo maravilloso de su inutilidad.

Aun así, no tengo claro que las múltiples visiones y descripciones que componen este opúsculo, alguna de ellas de gran calidad poética, con-

sigan el propósito de resolver el misterio («Solo entiendo la belleza incomprensible», dice Michel F; «Detrás de la belleza aguarda, inexorable, el misterio», secunda Manuel Neila), de captar su luz y explicarla, de entender su modernidad.

Desde luego la tarea es ímproba, y llena de posibilidades. No hace mucho recordaba una conversación entre amigos sobre la subjetividad de la belleza y los cambios de modelo estético a lo largo de la historia de la humanidad. (Sobre lo primero incide, entre otros, Paula Díaz Altozano.) Lo que sí creo que nos trasladan estos cincuenta poetas y aforistas en sus microtextos es su grandeza, así como su condición íntima, de entidad suprarreal que se percibe mejor, como recuerdan León Molina y Florencio Luque, en el silencio. Señalo así una de las observaciones más acertadas, para mí, a cargo de Emilio Calvo de Mora: «Quien vislumbra la belleza ignora la muerte», que da cuenta de su tamaño alcance, de su frágil eternidad, de su búsqueda inacabable e imposible, como recuerda Eliana Dukelsky.

También me gustaría destacar lo acertado del título por reunir lo que Canet, que deja algunas de las observaciones más valiosas, identifica con los instantes felices (como también apunta Cilleruelo, por ejemplo) y la visión ideal del edén del que fuimos expulsados, al que precisamente la belleza puede aproximarnos. Son muchos los aforistas que inciden en su relación 'natural', valga la redundancia, con la naturaleza, con la ausencia de artificio, huyendo, como señala José Antonio Olmedo, de «humanas gramáticas».

Porque la belleza, la verdadera, aquello a lo que el hombre 'debe' tender para llamarse hombre (así lo considera Ramón Eder), es un don propio («¿Existía la belleza de la noche estrellada antes de que hubiera ojos para mirarla?», se pregunta, sabiendo la respuesta, José Luis García Martín), que nos ilumina y nos hace ir más allá; algo divinamente humano (léase a Miguel Cobo Rosa) que una parte de los convocados a formar parte de este libro identifican, igual que los clásicos, con la bondad (Javier Sánchez Menéndez mismo). Bondad, verdad, belleza en una sola aspiración, una promesa (porque «La belleza da hambre, no saciedad», recuerda Insausti; «el nombre que le damos a las muchas formas de nuestra sed», describe José Mateos), una Idea, como la trinidad platónica del filósofo (que no, parece ser, del político).

Describir lo inefable, esa es la cuestión. No sé cuántos aforismos más necesitaríamos para continuar con la misma sed. Somos seres imperfectos, finitos, pero sí que podemos (algunos tocados por la gracia) perma-

necer en nuestra obra, en esa belleza que trasciende con mucho al material del que están hechas.

Rafael Ruiz Pleguezuelos, *Usted está aquí. Aforismos desubicados.* Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2023

Carmen Canet.- En *Usted está aquí. Aforismos desubicados*, Rafael Ruiz Pleguezuelos nos entrega su segunda incursión en este género breve que cada vez se consolida más. En sus frases nos sitúa y nos acerca a las cosas que nos rodean y nos importan.

La búsqueda de la identidad es el eje de este libro. Por eso escribe: "Acompáñame en la búsqueda y me habrás encontrado"; "Defiendes tu identidad. Esa que cambia todo el tiempo"; "Si me encuentras perdido, devuélveme a la literatura"; "Cómo me gusta buscar donde no puedo encontrar"; o "Con una brújula en la mano, todos somos vagabundos".

Rafael Ruiz Pleguezuelos (Granada, 1974). Doctor en Filología Inglesa y licenciado en Filología Hispánica y Teoría de la Literatura. Profesor y escritor de novela, teatro y aforismo. Es columnista habitual y reseñista en distintas publicaciones. Desde 2018 es Académico de la Academia de las Artes Escénicas de España. En 2020 aparece la novela *La piel del lagarto*, Premio Tiflos de Novela 2020. En 2023 gana el Premio Jaén de Novela con *La flor egoísta*. Actualmente *El jardín herido* es la novela finalista que opta al XXX Premio Andalucía de la Crítica 2024. De libros de aforismos tiene *Talía desencadenada* (2021), y el que presentamos, ambos en Apeadero de Aforistas. En 2019 publica la obra teatral *Saturno en Agosto*. Sus obras teatrales han sido estrenadas en Madrid, Barcelona o Granada, y girado por numerosos puntos del país.

Es recurrente en los aforismos de este libro el uso de la palabra geografía, así como el campo semántico que despliega este término. De ahí las palabras que recorren sus frases: universo, espacio, existencia, tierra, esfera, planeta, continente, horizonte, mapas, topografía, cordilleras, llanura, habitantes, fronteras, sima, isla, ríos, mares, cielo, estrellas, sol, norte, sur, este, oeste, globo terráqueo… Toda esta terminología nos conforma todo un atlas de geografía humana, que Ruiz Pleguezuelos a través, principalmente, de la prosopopeya o personificación junto a otros recursos, abrazan vida y geografía. Hace que nos vigile un faro como una brújula cómplice, a modo de un cuaderno de bitácora. Así escribe: "La Tierra fue creada para extraer poesía de ella, no petróleo"; "Me gusta la palabra continente. No así su

contenido"; o "Ya tenemos geografía para hombres y mujeres, del presente y pasado, física y política. Con lo que no contamos aún es con una que nos permita querernos".

La poesía, la lectura y los libros también son un denominador común que recorren las dos secciones en las que estructura el libro: I Ninguna-Parte y II En-Todas-Partes. Así estos ejemplos: "Lo realmente bello de la tarde es que se hunde en la noche"; "Veo en cada horizonte una frontera del deseo"; "Los mares son ese poema extendido sobre la tierra."; "No poseo más certeza que la de tu ausencia"; "Los ríos no van al mar. Van a los libros de los escolares".

Rafael Ruiz Pleguezuelos nos describe y es solidario en este mundo en donde nos sentimos, a veces, desubicados. Nos dice que: "La palabra ubicuidad es un insulto. Debes decidir dónde merece la pena estar"; o "Apaga tu yo para encender el nosotros". Así: la duda, el tiempo, el amor, la naturaleza, la literatura, la vida y la muerte se ubican entre sus frases. Es un libro de preguntas, de reflexiones en donde unas veces avisa y explicita, en otras sugiere cuestiones que nos hacemos, en las que no queremos escarbar, pero que las sabemos. Hace que caigamos en la cuenta de que son temas que todos vivimos, que no son cuestiones individuales. Por eso este título cómplice: *Usted está aquí*, con un subtítulo-guía: *Aforismos desubicados*.

Ginés Aniorte, *De verbis*. Renacimiento, Sevilla, 2024.

José Luis Trullo.- A pesar de que se ha presentado editorialmente y difundido mediáticamente como un volumen de poemas, *De verbis*, de Ginés Aniorte, es un libro de aforismos con todas las de la ley. Basta con leer cualquiera de sus páginas para reconocer –en su voluntad de síntesis entre una idea intelectualmente compleja con una dicción literaria rica y matizada– al género más breve en las frases que lo componen (desde la primera: "Haya silencio antes de hablar" hasta la última: "Quien deja su memoria por escrito solo lleva a la tumba sus despojos").

No alcanzamos a entender por qué motivo se ha tratado de eludir la inclusión –incluso por parte del autor del epílogo del libro– de un proyecto como *De verbis* en el seno del género al que, sin sombra de duda, se adscribe, pero no puede tratarse de razones literarias o intelectuales, sino más bien de prejuicios o escrúpulos sociales o psicológicos.

Tal vez haya quien no estime al aforismo capacitado para acoger propuestas ambiciosas, y por ello no se atreve a decir su nombre. Pues bien,

los que así lo creen están equivocados: basta con recordar el eximio antecedente de Friedrich Nietzsche, proseguir con el del Wittgenstein del *Tractatus* para desembocar en el Cioran de los *Cuadernos*, para constatar que no se trata, en modo alguno, de un género menor. Todo lo contrario: el aforismo es un instrumento de una potencialidad prácticamente infinita para embarcarse en aventuras filosóficas y literarias de grandes dimensiones. Faltaban voces que lo asumiesen y pusieran hilo a la aguja. Aniorte, en *De verbis*, ha demostrado que es apto para la tarea: ¿por qué lo oculta o pretende hacer pasar gato aforístico por liebre poética? Lo ignoro.

Pero entremos en materia. Si prescindimos de las prolijas y un tanto abstrusas reflexiones que vierte Dionisio Espejo al final del volumen (cuya pertinencia no despeja las dudas acerca de su necesidad), *De verbis* es un "tratado" acerca de las palabras: de su importancia, su origen, su funcionalidad, sus usos, sus registros, su calidad intelectual y su dimensión espiritual... Se trata, qué duda cabe, de un volumen extenso, quizá demasiado; prolijo hasta la extenuación; meticuloso, puntilloso, agotador. Hay que tomarse, ya no días, sino semanas, tal vez meses para concluirlo. Así fue escrito y así merece ser leído. Un escritor hercúleo exige un lector a su altura.

Los aforismos de *De verbis*, admitámoslo, son correctos, estimulantes y certeros, si bien no dicen nada que no haya sido dicho antes (ni falta que nos hace): "Allí donde hay palabras no acaba la vigilia, no hay ceguera posible" (pág. 41); "Una palabra puede desviar un pasado de su órbita" (pág. 57); "Al pronunciar un nombre, se erige una evidencia" (pág. 77).

La confianza, incluso la fe en la capacidad demiúrgica de las palabras, repiqueteada con una pertinacia pluvial, sin embargo no obsta para constatar que una gran sombra las amenace: la del silencio. "Nos devasta el silencio atronador" (pág. 128); "Bajo la piedra yace el silencio insondable" (pág. 135); "La palabra es mortal, no así el silencio" (pág. 136). Sin embargo, es más fuerte la certeza de que las palabras no son mera ilusión, forja en el vacío, simulacro de realidad, sino apuesta existencial fundamentada en una verdad antropológica: "La palabra es el único milagro al que he asistido" (pág.154); "Sin vosotras no puedo alcanzar mi destino" (pág. 167); "Sin ellas, qué sabría yo del mundo" (pág. 170). La letanía gratulatoria puede llevar a resultar fatigosa, por falta de ulterior desarrollo: "Con vosotras persigo todo aquello que el hado jamás ha de brindarme" (pág. 180); "Un río de palabras fertiliza mis días" (pág. 191); "El solo hecho de nombrar me ennoblece" (pág. 209); "Vivir por ellas o morir en ellas" (pág. 238).

A estas alturas, ya hemos comprendido que no se trata tanto de desplegar un argumentario orgánico, una exposición convencional de postulados según una jerarquía clásica, sino de una acumulación abrumadora de pinceladas en torno a un único núcleo irradiador, a un volcán en erupción permanente.

Personalmente, no recuerdo haber leído jamás una obra de una ambición semejante. No me repugna en absoluto el propósito que la pone en marcha, ni desestimo las piezas que la constituyen, aunque entiendo que, para algunos paladares, resulte prácticamente "ilegible" (en expresión de un crítico amigo mío).

En cualquier caso, encomio el mero hecho de que se haya escrito, y también editado, pues intuyo que no se trata de un libro que vaya a cosechar muchos lectores, ni mucho menos grandes ventas. Tal vez haya de quedar como un titánico gesto en el vacío circundante, donde se opta por formatos menos ambiciosos, más cómodos para la lectura displicente y la fácil digestión. Aun con todo, bienvenidas las bellas gestas literarias, aunque estén condenadas a ser recibidas con la más estrepitosa indiferencia.

Miguel Agudo Orozco, *El tergiverso*. La Isla de Siltolá, Sevilla, 2024.

Ricardo Álamo.- El nuevo libro de aforismos de Miguel Agudo Orozco lleva por título *El tergiverso*, un palabro de su invención que luego explicaré a qué se debe o qué significa, y que evidentemente no está puesto a moco de pavo. Pero este Tergiverso bien podría haberse titulado *El libro de la risa y el olvido*, emulando la famosa novela de Milan Kundera, porque una de las características más notorias del libro de Agudo Orozco no es otra que la de estar armado, de principio a fin, con la intención de provocar la risa (o, cuando menos, la sonrisa) del lector. Y es que prácticamente no hay aforismo suyo que no deje un buen sabor de boca.

Sin pretender pontificar ni revestir sus juicios con la pátina plomiza de la profundidad reflexiva o de la sentencia grave y trascendental, se diría que los aforismos de este libro no buscan otra cosa que un sano entretenimiento o un juego travieso en el que el retorcimiento del lenguaje, las paradojas, los palíndromos y las humoradas (muchas de ellas en el mejor estilo de las greguerías ramonianas) tienen claramente su razón de ser.

Con una economía de lenguaje precisa, con un mínimo de palabras, sin alardes retóricos, página tras página el autor ha puesto toda su inteligencia al servicio de la gracia (que no de la gracieta), disparando sus fle-

chas envenenadas de ironía y guasa contra por ejemplo nuestro mal sistema de aprendizaje ("Al mismo tiempo quieren memoria histórica y aprender sin memoria"), contra la privatización de la sanidad ("Sanidad privada de sanidad"), contra la sociedad digitalizada ("Whatsapp, los *wathsapp*: esos somos nosotros, ese el nombre de nuestra tribu") o contra el mal uso de la ortografía –y yo añadiría que también de la gramática– por parte de los políticos y de los propios docentes ("Especialmente dedicado al gremio político y al pedagógico: encuentre las siete diferencias entre *falta de ortografía* y *falta ortografía*").

Pero, como decía al principio, el título del libro tiene una justificación que nace precisamente del acusado recurso que emplea en el retorcimiento del lenguaje, pues el sustantivo "tergiverso" no existe como tal, y no es más que una acuñación hecha a partir del verbo "tergiversar", que es lo que más notoria y notablemente lleva a cabo Agudo Orozco a lo largo de todo el libro, en el que se tergiversan palabras, dichos, frases, nombres y hasta conocidos enunciados filosóficos, poéticos o literarios, sin más voluntad que la de provocar la hilaridad, el alborozo o un nuevo punto de vista más incisivo sobre los mismos. Prueba de ello son los siguientes ejemplos: "El hombre es la medida de todas la fosas. (Protágoras)", "Solo sé que no sé nada, pero en compañía sé mucho. (Sócrates)", "Repienso, luego resisto. (Descartes)", "Yo soy yo y mi cara de circunstancia. (José Ortega y Gasset)") o "Menos menos es más. (Mies van der Rohe)".

Con ser un libro de aforismos sustanciado básicamente en el humor, es cierto que en algunos momentos puede correr el riesgo de orillarse hacia el mero chascarrillo o hacia la simple gracieta o la ocurrencia burlona, como cuando dice que "los pájaros en la cabeza del cura son *aves marías*", "España tiene dentro a sus propios eñemigos" o "Dogmas dos, cinco". Pero con todo, incluso en este tipo de aforismos que parecen inanes, si se hace una lectura más allá de la literalidad, se puede encontrar un oculto sentido que traspasa el mensaje aparentemente superfluo para ofrecernos una perspectiva crítica con aquello a lo que apunta, pues un dogma puede entenderse como una suma de verdades ilógicas, como ilógico es que dos más dos sean cinco; o que la cabeza de un cura se entienda como una cabeza a pájaros, que es como decir que la tiene llena de ilusiones; o, en fin, que España, o el territorio de España, esté en peligro de desintegrarse por cuestiones de lengua, sobre todo de quienes tienen otra lengua y creen que tal cosa es razón suficiente para separarse de España.

Decía Giovanni Papini, en *Bufonadas*, que, a su parecer, faltaban hombres que quisieran hacer sonreír para hacer pensar, y que además intentaran sugerir alguna idea insólita o algún problema curioso a través de la representación humorística (en el sentido inglés) de un tipo o un hecho. Pues bien, esa falta de hombres la soslaya de manera sobresaliente Agudo Orozco, quien con sus aforismos es capaz no sólo de hacernos reír sino también de hacernos pensar. De hecho, su libro lleva como subtítulo *Parapensares*, queriendo decir con ello que el horizonte al que ambiciona llevar al lector es al de la reflexión, sin que ello obste para que además pueda pensar con humor sobre cualquier tema que le proponga, sea este el lenguaje, la historia, la filosofía, el infinito, la muerte o el pesimismo. Así que, *El tergiverso* podría llevar por subtítulos *Parareíres* o *Parasonreíres*, pues ni que decir tiene que una sonrisa se nos escapa al leer: "Cuando un humorista muere, va al más jájá". Y, sin duda, ese "más jájá" bien puede ser este libro lleno de corrosivo humor y de picardía.

Raquel Vázquez, *Entre coche y andén.* Renacimiento, Sevilla, 2024, 110 págs.

José Luis Trullo.- El aforismo español actual lleva tiempo enzarzado en un debate agotador en torno a si su entraña tiene más de poética o de filosófica. Frente a quienes ponen de relieve su compromiso con la imagen significativa, se yerguen los que ponderan su alcance conceptual. Como casi siempre, la verdad está en el medio: en admitir que el buen aforismo, tal y como se entiende en el siglo XXI, debe acoger ambas vertientes, la de la belleza y la de la verdad, en una síntesis difícil y no siempre conquistada.

Sea como fuere, no deja de crecer la nómina de poetas que, en la España del siglo XXI, están cultivando el género más breve: entre los autores más provectos, destacan Dionisia García, Fernando Menéndez, Manuel Neila o José Luis Morante, ampliándose con los miembros de una segunda generación, formada por nombres como los de José Mateos, Lorenzo Oliván, Carlos Marzal, Gabriel Insausti, Carmen Camacho o Jesús Montiel, que se suman a los ya clásicos Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, José Bergamín o Carlos Edmundo de Ory.

A muchos de ellos tuve oportunidad de entrevistarles para el libro *Una idea con su vuelo. Los poetas y el aforismo* (Libros al Albur, 2019), donde indagaba acerca de las razones que podían haberles llevado a cultivar una modalidad expresiva tan singular como el aforismo. Entre ellas se en-

contraba Raquel Vázquez, quien admitía que se había acercado a él para «explorar un nuevo territorio, con sus propias reglas y que a su vez limita con otros géneros, entre los que destaca el espacio fronterizo que mantiene con la poesía. En esa intersección se establece un diálogo en el que se cuestionan y enriquecen recíprocamente» (pág. 23). Cinco años después, aparece *Entre coche y andén*, el primer libro de aforismos de la poeta gallega, una autora que cuenta con una sólida trayectoria coronada por varios galardones prestigiosos.

El volumen se estructura en tres grandes bloques (Metro, Cercanías y Larga distancia) en forma de círculos concéntricos, desde la más estricta intimidad hasta una visión inscrita en una clave más social y colectiva, aunque en todos los casos manteniendo un ojo puesto en el lado opuesto de la estación, pues no es concebible la una sin la otra.

En el primer bloque abundan los aforismos donde la autora acusa los golpes de la decepción, el desánimo y las ilusiones frustradas, coronados por el lema «No existe otro argumento que la pérdida» (pag. 17): «El fracaso es una unidad de tiempo» (pág. 12), «Sangramos poco para tantos caminos que se cortan» (pág. 15), «Los errores más grandes sonríen desde el espejo» (pag. 19), «La vida es ir echando más de menos» (pág. 23), «Al final lo que queda es una copia barata de la desesperación» (pág. 29), «Las ruinas nos acogen como un espejo roto» (pág. 30). «El dolor nos reduce a perchas» (pág. 35)… La letanía puede llegar a resultar fatigosa, pues se va fraguando en el lector la impresión de cierto masoquismo expresivo, por lo demás nada infrecuente en ciertos poetas aforistas (pienso en *Insomnios* de Victoria León, con el que *Entre coche y andén* comparte cierto espacio lírico-metafísico). De todos modos, asoman la cabeza, entre tanta queja, algunos destellos risueños: «Cada día sobrevivido es una victoria» (pág. 24) o «Fuera, tras la ventana, el mirlo canta una llave» (pág. 31), pues la autora es consciente de «El peligro de que en el ángulo muerto se quede la esperanza» (pág. 33).

Poco a poco, quien escribe cae en la cuenta de que, para recobrar el necesario aliento vital que le aparte de la negra amargura, conviene, en lugar de reconcentrarse corteza adentro, donde sólo hallamos heridas, cortes y magulladuras, «tender las ramas» (pág. 45); y es que la interioridad, si se empantana, acaba convirtiéndose en una charca apestosa. Es mediante el redescubrimiento de la alteridad («La barbarie termina ahí donde tú comienzas», pág. 68) como el testarudo e indigente 'yo' puede volver a la existencia y reconciliarse con ella: «Reflexivamente insignificantes, transi-

tivamente trascendentes. Sólo somos si nos tiende ese doble puente otra mano» (pág. 58). Admitir que el infierno no son los otros, sino nosotros cuando les damos la espalda, es una idea que se va abriendo paso, de manera tímida y parpadeante, pero irrebatible: «La verdadera patria son las personas [a las] que amamos: sin ellas somos siempre extranjeros, a su lado reconocemos el hogar en cualquier parte» (pág. 73). Como un marino que, tras surcar alta mar durante años en una raquítica chalupa, tuviera que admitir que no se basta a sí mismo, que tendemos naturalmente hacia otras personas, Vázquez va abriéndose poco a poco a la fraternidad bien entendida (la que mana espontáneamente del corazón, y no coactivamente del cerebro): urge «acoger al otro del mismo modo en que recibe a la luz el agua» (pág. 74), pues «la herida sería algo menos profunda si no ardiéramos tan solos» (pág. 75).

La tercera parte ya se escribe desde la plena aceptación de que vivimos rodeados –en el mejor y en el peor de los sentidos– y de que al margen de los otros no hay salvación, sólo absurdo. Los humanos somos seres sociales en el más amplio y fecundo sentido de la palabra: en cuanto aprendemos a hablar, nos insertamos en una comunidad a la que nos debemos, cada cual en la medida de sus talentos nativos y de sus preferencias individuales. Surgen entonces aforismos en dialéctica con las injusticias sociales que la autora denuncia –pues nadie que se comprometa con sus iguales puede soportar impertérrito que abusen de ellos–, así como otros donde se lamenta ante la frivolidad y el materialismo de nuestros días: «Los mayores arsenales duermen sigilosamente, sin ser vistos, en los despachos» (pág. 81), «La dignidad a medida de una tarjeta de crédito» (pág. 84), «El horizonte del mundo como un vertedero de plasma en 4K» (pág. 85), «Se nos educa en la inmediatez, se nos educa para la desmemoria» (pág. 99)… Aun con todo, por mucho que irrite y escandalice el mundo en el que convivimos, es preferible sufrir en compañía que agonizar en soledad.

A medida que la autora ha ido desprendiéndose de cierto solipsismo yacente para recobrar su plena humanidad copartícipe, se van percibiendo señales de una lenta maduración que pasa por modular los propios deseos y acoger como un acontecimiento «ese milagro de que las cosas estén» (pág. 104). Se impone un sabio contento por el mero hecho de estar vivo, pues la alternativa es morir antes de ser enterrados: «Si hay que claudicar, que sea al final» (pág. 110). Como si hubiese atravesado un desierto sin palmeras, Vázquez emerge reconciliada consigo misma y con la vida pues, se-

gún anuncia el aforismo final, «Los pájaros cantan una mañana más, y sostienen el mundo».

La peripecia que acabo de describir no se presenta, lógicamente, lineal ni homogénea (*Entre coche y andén* no es, para entendernos, una novela en aforismos), sino que se desenvuelve de manera subrepticia, entrecortada por aforismos de corte clásico y observaciones de mayor o menor alcance; sin embargo, creo que no he sometido al libro a una interpretación forzada si he puesto de relieve este argumento que lo recorre desde la estación de partida a la de término. Vázquez nos ha invitado a compartir con ella un viaje iniciático, una metamorfosis personal con final feliz, o al menos así lo he entendido yo.

La moraleja es la de que, frente a la tentación de dejarse arrastrar por el abatimiento, es preciso «construir nuestro propio optimismo» (pág. 102), pues no existe «Ninguna actividad creativa tan primordial como la esperanza» (pág. 98). En un entorno socioliterario donde ciertos conceptos parecen haber sido proscritos, porque los han secuestrado los infaustos gurús y los coaches de baratillo, poner sobre la mesa palabras como 'optimismo' o 'esperanza' ya me parece de una valentía encomiable; por desgracia, están de moda en el mundillo de las letras los perfiles abatidos, abúlicos y atormentados. De esos cantos de sirena parece haber querido escapar Vázquez, pues ante la gran disyuntiva que a todos se nos presenta («Poco más que un abismo y una cuerda. Nos queda al menos, elegir mirada: la del ahorcado o la del funámbulo», pág. 97), en lugar de la comodidad de la renuncia ha preferido optar por el riesgo de la apuesta. Y yo, que lo comparto, lo celebro.

Ramón Eder, *Los aforismos son las estrellas del cielo.* Renacimiento, Sevilla, 2024.

Ricardo Álamo.- ¿Cuál debe ser la función de un aforismo? ¿Hacer pensar (o repensar) al lector? ¿Sacarle una sonrisa? ¿Divertirle? ¿Entretenerle? ¿Modificar su perspectiva sobre un asunto banal o trascendental? Para contestar convenientemente a todas estas preguntas sin duda sería de una inestimable ayuda que los propios aforistas hicieran una declaración de intenciones acerca del objeto último de sus personales creaciones y explicaran para qué escriben lo que escriben, como si de una 'poética' o una suerte de decálogo se tratara. A veces –aunque no es lo más habitual– algunos escritores se atreven a exponer sin ambages y hasta con prosa clara y precisa qué

concepción tienen ellos mismos de sus aforismos. De esa manera no sólo le aclaran al lector cuál es el propósito de sus escritos, sino que además le ofrecen de antemano una clave inequívoca de lectura. Esto último es lo que ha hecho Ramón Eder (Lumbier, 1952) en su nuevo libro a través de un breve prólogo titulado 'El aforismo irónico'. Dice Eder: "El aforismo irónico es un pensamiento de una especie de filósofo con sentido del humor que está escrito con la sensibilidad de un poeta que escribe textos breves por cortesía con sus lectores". Y, más adelante, añade: "Los aforismos irónicos pueden ser profundos, críticos, de tendencia ética, paradójicos, filosóficos, políticos, ingeniosos, lúcidos, mordaces, autobiográficos, humorísticos o poéticos". Lo que no pueden ser (porque eso iría contra la esencia misma de lo que son) es herméticos, impenetrables, pedantes, pomposos o cualquier otra cosa que los exima de la singularidad 'irónica' en que se sustantivan. Por eso Eder valora especialmente que la ironía y la extrema brevedad sean las características principales de los aforismos que él y otros muchos escriben en la actualidad, "que son diferentes a los aforismos herméticos en los que había caído el género aforístico al final de la época analógica", sin que ello quiera decir que no se haya de evitar el peligro de caer en la mediocridad de lo fácil o del chiste tonto, tan a la mano una y otro a la rápida e irreflexiva exposición pública por medio de los canales digitales.

En *Las estrellas son los aforismos del cielo* no vamos a encontrar, por tanto, un florilegio de pensamientos altisonantes o sesudos, enfáticos o solemnes. Como fugaces destellos de luz en la oscura noche del pensamiento, los aforismos de Ramón Eder anteponen la claridad, la sensatez (incluso muy a menudo el sentido común) al disparate, la locura o las mamarrachadas disfrazadas de "falsa sabiduría de falsos sabios que se ponen de moda". De ahí que en uno de sus aforismos diga tajantemente que "Los listos no suelen ser sabios", y en otro que "Los políticos mienten porque no son tontos y saben que si repiten mucho una mentira acaba siendo una especie de verdad". Pero ojo con el matiz: una *especie* de verdad, no una verdad. Y de matices como este, de sutiles matices están compuestos muchos otros aforismos de Eder, que tal vez por eso mismo no condescienda con quienes piensen que un libro de aforismos lo puede escribir cualquiera, ya que, según él, y paradójicamente, el de los aforismos es el género literario más fácil de escribir, pero, a la vez, el más difícil de escribir bien o de forma memorable. Y memorables son sus aforismos sobre el amor a los hijos ("El amor a los hijos es una especie de narcisismo superior"), la Historia ("Con verdades de los perdedores y mentiras de los vencedores se escribe la his-

toria"), la decadencia de Occidente ("Es difícil no tener la sensación de que vivimos en Occidente en una época privilegiada pero también vacía y vulgar en la que incluso los mitos y los héroes son, casi todos, anodinos y repelentes") o el Mal ("El mundo va mal porque la gente mala es realmente mala y los que no son malas personas no son tan valientes como deberían", "Defender el anonimato en X (antes Twitter) es tan estúpido como creer que los malvados no son peligrosos").

El lenguaje de Eder es sencillo, claro, contundente, nada barroco ni inclinado a la filigrana verbal. Ni siquiera le tienta el adorno lírico para embellecer sus ideas. Todo lo fía a la desnudez de una prosa cristalina, pero no brillante, donde el prosaísmo no es tanto una mácula como una cortesía con el lector, a quien trata de hacerle comprensible sus inteligentes puntos de vista, que huyen una y otra vez de la mera ingeniosidad o de la avispada ocurrencia.

Capítulo aparte es el de la reivindicación del humor, que al escritor vasco le parece fundamental para hacer de la escritura y de la lectura algo glorioso. Dice, por ejemplo: "La falta de humor en un escritor hace que aunque sea bueno parezca que le falta algo". Y es que, como Chesterton, a quien por cierto también reivindica ("A veces releo a Chesterton porque noto que necesito chestertonita"), Eder no deja de reconocer que la peor literatura es aquella que está cargada de pesantez y de pedantería, y los peores literatos son aquellos que carecen de la gracia de tener gracia cuando se expresan por escrito: "Muchos escritores se dan cuenta de que el humor es clave en la gran literatura y ellos lo intentan pero no pueden evitar utilizar un humor de pacotilla porque son solemnes, pedantes y pesados, sin poder evitarlo".

Nada solemne, en fin, se muestra Ramón Eder en esta nueva entrega de sus aforismos, que son gráciles y ligeros, irónicos e incisivos, y que por deferencia con el lector no le hacen perder el tiempo con ningún lastre.

Emilio López Medina, *Luego serás mejor que joven.* Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2024.

Miguel Ángel Gómez.- Emilio López Medina ocupa un buen lugar en la aforística española, que no deja de ser a veces como esa cabaña que está en las colinas, a poca distancia de la ciudad. Parecemos ansiosos por abrir las páginas y trasladarnos allá inmediatamente.

En una primera hojeada de *Luego serás mejor que joven* (Apeadero de Aforistas) se nos presentan todos los ingredientes que poder relacionar con la verdad: el amor, la belleza, la salud, los males y la niñez. En cada uno de los tramos nos habla de pérdidas y de rasguños. Emilio López Medina se ha atrevido a sacar un conjunto de textos sobre el antes y el ahora: "Antes me importaba solo el futuro. Ahora que estoy instalado en él, ¿qué me importa este futuro? Ahora me interesa el pasado: es decir el conjunto de cosas que pudieron ser futuro y no fueron". Para continuar: "Tu pasado ofrece caminos inexplorados que no tiene tu presente".

No tiene miedo López Medina a encender una y otra cerilla y lanzar una rápida mirada alrededor. Todo lo que se contempla sigue siendo un paraíso si se lo contempla con una conciencia limpia. Ni le tiene miedo a la intimidad como si se tratara de Nietzsche, a quien se cita expresamente: "Podría decirles a estos jóvenes: ahora eres mejor que viejo, pero luego serás mejor que joven".

Los mejores aforismos tienen mucho de apuntes, parecen realizados por espectros de personalidades tan interesantes y diversas como Ramón y Cajal, Pitágoras, Heráclito, Santo Tomás de Aquino, Wilde o un Maestro del Zen. El penúltimo del libro nos habla de que "la vejez y la muerte son más bien un proceso de deconstrucción en el sentido más amplio y literal de la palabra: toda la estructura montada a lo largo de la vida se va desmontando".

Dan en la diana los aforismos que hablan de la infancia como quien habla desde otro mundo: "Niñez: temor a lo desconocido. Vejez: temor a lo conocido"; "El simple desearía volver a la juventud para disfrutar, el sabio para rectificar"; "Cuando uno es niño no se imagina, no es consciente de cuánto sufrimiento, de cuánto dolor soportan los mayores con que trata (…) no se da cuenta del detalle obvio de que la vida en ellos ya no está montada sobre el entusiasmo como en él, sino sobre la supervivencia".

La explosión del aforismo popular experimental en el siglo XXI nos enseña que es posible ser popular sin ser populista. No es López Medina el primero que se ocupa de la vejez, pero su libro *Luego serás mejor que joven* quiere abarcar la lenta cancelación del futuro, los trazos espectrales y luego la nada.

Hace que reine una calma misteriosa en sus escritos cuando lo leemos y a continuación se oye el sonido de una voz, una voz humana. Siempre nos sorprende cayendo al vacío, como el barco ebrio de Rimbaud, quien se-ñalaba: "En medio del furioso embate de las mareas,/ yo, el otro invier-

no, más sordo que cerebro/ de niño, ¡corrí!, y las penínsulas a la deriva/ jamás soportaron barahúndas más triunfantes".

En López Medina hay un virtuoso aforista, un erudito que escribe fragmentos como un visionario que se quiere hacer cargo del timón de la innovación. Lleva a los aforismos ideas que suelen estar incrustados en la prosa: "Un viejo es aquel que ha conseguido ir superando la mala fortuna de la vida para caer en el infortunio". Los aforismos familiares son como agua que fluye clara; otras veces su carga es mayor y el agua marrón, pesada. Hay hombres ambiciosos o descuidados que viven en la colina, como bien sabe el autor. Sus frases están plagadas de anécdotas que son como prados inmensos, bosques, estanques en que beber, dispuestos sobre la colina. Cruzado por multitud de arroyos literarios, López Medina vuelve a Nietzsche en quien se desdobla: "A veces pienso que un anciano es solo un niño al que se le ha puesto el cabello blanco". El mundo de la infancia es como si descansara en la habitación adjunta.

Emilio López Medina gusta de reflexiones contundentes que son como una brújula que nos permite mirar al oeste, y seguir adelante. Nos referimos al ejemplo de "Esta es la vejez. No hay días buenos o malos. Hay días animados o tristes, pero consecutivamente peores, y todos peligrosos". Hay algún que otro ejercicio poético ("Mientras los demás venden sonrisas, el viejo las regala"), certero y cercano. A Ortega y Gasset se le homenajea con frecuencia ("Yo y mi consciencia hemos envejecido juntos").

Todas las edades nos llevan a preguntarnos qué haremos luego, dónde viviremos, etcétera, porque "la madurez es el tiempo de disfrutar los aciertos de la vida. La vejez, como despedida, es el tiempo de meditar sobre los errores de la vida".

En *Luego serás mejor que joven* abundan las ironías que se leen con gusto, sin excepción son bellas, pero ¿de qué nos habla? De recursos filosóficos –más necesarios inclusive que el dinero–, del naufragio final, de la decrepitud última, de las fuentes que pueden llenar la vaciedad. De los antiguos males también se ocupa con insistencia.

Hay libros para leer y reflexionar en el momento, este es uno de ellos. Interés y variedad caracterizan los aforismos de Emilio López Medina: nos hacen no perder el tiempo que nos queda jugando como niños realmente libres a pesar del final desastroso

José Luis Morante. *Paso ligero. La tradición de la brevedad en castellano (siglos XX y XXI)*. La Isla de Siltolá, Sevilla, 2024.

José Luis Trullo.- Que el aforismo es un género con una amplia tradición filosófica y literaria a sus espaldas es algo que cualquier persona mínimamente culta tiene meridianamente claro; que ha sido cultivado (bajo sus distintas modalidades: máximas, sentencias, apuntes) por los mejores autores de la cultura europea y española, un hecho irrefutable. Siendo así las cosas, ¿por qué parece que siempre tiene que estar demostrando su carta de ciudadanía a la comunidad intelectual? ¿A qué se debe el recelo con que, a menudo, parece ser recibido cuando se sienta a la mesa en igualdad de condiciones? Bien es cierto que no es un problema que sólo padezca él, también aqueja al relato breve, al artículo, al poema en prosa: se los percibe como los parientes pobres de un quehacer que, por un prejuicio que asocia extensión con calidad, desprecia lo que requiere poco tiempo para ser juzgado (ya que no para ser creado). Resulta fácil despachar de un plumazo un puñado de aforismos o un cuento corto, sobre todo si no se detiene uno a apreciar sus pliegues, sus matices, sus 'resonancias'.

Sea como fuere, en los últimos años el aforismo ha visto redoblado el esfuerzo necesario para hacerse respetar, al sufrir la contaminación lateral de las redes sociales donde cualquier frase puede hacer pasar por algo que no es. Si bien a un lector cultivado no hay que persuadirle de la dignidad poética y conceptual de un aforismo, esto no es así en el caso de quien consume compulsivamente textos sin atender a su densidad reflexiva y literaria. Y es que un aforismo es el género más vulnerable: por su presencia modesta, es fácil abusar de él, tanto a la hora de escribirlo como de interpretarlo (y hay que admitir que ciertos aforistas tampoco han hecho demasiado para desfacer el entuerto, con su displicencia compositiva y su escaso rigor a la hora de publicar).

Para poner remedio a una situación que podría desbocarse, me parece encomiable la tarea de quienes, desde dentro del propio género unas veces y desde sus inmediaciones otras, han puesto sobre la mesa sólidos argumentos en defensa del aforismo. Es el caso de Manuel Neila, quien en *La levedad y la gracia* recopilaba varios estudios en torno a los ilustres antecedentes del género más breve; de Carmen Camacho, cuyo *Fuegos de palabras* demostraba la simpatía que han sentido a lo largo del siglo XX los poetas por él; de Demetrio Fernández Muñoz, al que debemos *La lógica del fósforo. Claves de la aforística española*, el estudio más exhaustivo y docu-

mentado en torno a la tradición aforística española… A estos hay que sumar el ingente caudal de antologías que se han publicado en los últimos años (*Aforistas españoles vivos, Verdad y media, Concisos, El cántaro a la fuente, Espigas en la era, Puntales de la brevedad*), unas más extensas y comprehensivas que otras, pero siempre con la voluntad de dar a conocer al gran público el alto nivel de la aforística actual; entre todas ellas destaca, sin duda alguna, la seminal *Pensar por lo breve*, de José Ramón González, quien ponía en valor la continuidad existente en el seno del propio discurrir aforístico español, relativizando así el impacto de la tecnología en el auge que conoce en los últimos años. Otras iniciativas han contribuido a apuntalar esa labor de evangelización aforística, como es el caso del Congreso Nacional de Aforismo (Universidad Complutense de Madrid, 2021), las Jornadas Universitarias: 2013-2023 La década prodigiosa del aforismo español (Universidad de Sevilla, 2023), la publicación de la revista AFORISTAS o la apertura del portal Aforística Española Actual en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Todos estos acontecimientos no han hecho más que consolidar la convicción, ya irrefutable, de que el aforismo no es una moda (como todavía insisten en proclamar quienes apenas leen libros de aforismos), sino un fenómeno consolidado que apenas ha empezado a dar todo lo que es capaz, pues no en vano nos encontramos ante una forma expresiva extraordinariamente dúctil y con un amplio horizonte de crecimiento por delante.

En este contexto favorable, saludamos la aparición de *Paso ligero*, de José Luis Morante. Nos encontramos ante un volumen en el cual se exponen los hitos que jalonan la tradición aforística del siglo XX, con calas en los grandes referentes del género (empezando con Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y José Bergamín hasta llegar a Cristóbal Serra, Vicente Núñez y Rafael Sánchez Ferlosio) para adentrarse en el siglo XXI, con nombres señeros como los de Manuel Neila, Fernando Menéndez y Ramón Eder, mostrando así la pervivencia y continuidad entre una y otra época. Ya solo este empeño merece nuestra gratitud, pues todo esfuerzo realizado para visibilizarlas nos parece valiosísimo.

Es cierto que resulta extremadamente arriesgado el elaborar una nómina selectiva de los aforistas actuales más señalados, y de hecho se echan en falta algunos que han mostrado un compromiso permanente con el género desde hace años, como Emilio López Medina, Carmen Camacho, Gabriel Insausti o Manuel Feria (a quienes, incomprensiblemente, ni siquiera se nombra, y cuesta creer que el antólogo no tenga noticia de ellos), o

se les cita apenas de pasada (Mario Pérez Antolín o José Mateos, dos paladines del género), mientras que es desmesurado el espacio concedido a ciertos autores que solo han publicado un libro de aforismos (Erika Martínez, Victoria León o Raquel Vázquez).

Tampoco me parecen de recibo las graves omisiones que se constatan en la bibliografía, como es el caso de *Escrito en el aire*, la aforística completa de Ángel Crespo; los *Aforismos del solitario*, de José Camón Aznar; o *Suma breve* de Miguel Catalán, uno de los libros más señalados de la última década. Las semblanzas biobibliográficas adolecen de falta de elaboración: así, se omiten títulos como *Palabras en curso*, de Manuel Neila; *La orfandad de Orfeo*, de Antonio Rivero Taravillo; *Meandros*, de Ander Mayora y quien esto escribe; o *Dos por la tarde*, de Juan Manuel Uría, todos ellos –sin excepción– incluidos en la colección Gnomon de la editorial Thémata, una de las más señeras en dicho ámbito. Brillan por su ausencia las referencias a escritores que han publicado varios libros de calidad contrastada –aunque sobre gustos no hay nada escrito– mientras que sí figuran nombres que nada tienen que ver con la temática del volumen (Lichtenberg, Baudelaire, Wilde o Celan). Si alguien desea orientarse en el proceloso mundo de la bibliografía aforística, es mejor que busque en otro lado, pues nos encontramos ante una propuesta desconcertante.

En cualquier caso, el saldo final no deja de ser positivo. Esta nueva antología (y su estudio previo) es un paso firme, uno más –ni el mejor, ni el peor–, en la decidida voluntad del aforismo por hacer valer sus poderosos méritos literarios y filosóficos, que los tiene, y muchos.

Ricardo Álamo, *Pasos de seda. Aforismos sobre los gatos*. Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2024.

Elena Marqués.- Soy ‘dueña’ de un gato desde hace más de nueve años. O él se convirtió en mi amo y señor apenas cruzó el umbral de la casa que compartimos. En esa alianza en la que él pone la belleza y yo, la comida, nos vamos bandeando, sin mucha esperanza por mi parte de que algún día considere obedecerme.

Que el gato es uno de los animales más misteriosos y, no sé si por eso, más literarios que existe, nadie lo niega. Quizás por ello es la compañía elegida por muchos escritores. Por compartir características como el deseo de tranquilidad y quietud. Por pasar «casi toda la vida soñando con otras vidas» (Ricardo Álamo *dixit*). Quién no recuerda a Julio Cortázar, Doris Le-

ssing, Charles Bukowski, Carmen Martín Gaite, Truman Capote, Colette, Hermann Hesse o Patricia Higshmith retratados con un gato o un ramillete de ellos. Quién no ha leído y admirado la célebre cita de José Emilio Pacheco («Ven, acércate más./ Eres mi oportunidad/ de acariciar al tigre/ – y de citar a Baudelaire») que sirve al libro que pretendo reseñar como frontispicio.

Porque, aparte de su papel en la mitología y la superstición, de prestarle rostro a la diosa Bastet en Egipto y acompañar a Ares en sus periplos de guerra, hay célebres felinos en libros y cuentos, desde *El gato con botas* del clásico de Perrault, pasando por el de Cheshire de *Alicia en el país de las maravillas* o *El gato negro* de Edgar Allan Poe, sin olvidar a Zapaquilda y Marramaquizel, protagonistas del poema épico-cómico de Lope de Vega. Hay libros en los que asume la voz narradora, como *Soy un gato*, de Natsume Soseki, o *La historia de la humanidad contada por un gato*, de Gérard Vincent. Hay también algún ensayo dedicado a ellos, como el *Elogio del gato*, de Stéphanie Hochet, y hasta gatos famosos en la animación, empezando por aquel comedor compulsivo de lasaña y odiador de los lunes. Pero desconozco si existía hasta hoy algún libro de aforismos dedicado a este felino ancestral.

Ricardo Álamo, licenciado en filosofía, escritor prolífico en los géneros más breves, al que he tenido ocasión de conocer en estos días, ha decidido llenar ese hueco con un opúsculo, *Pasos de seda. Aforismos sobre los gatos*, donde reúne sus reflexiones en torno a este animal «como figura filosófica, literaria y poética elusiva, incluso trascendente, ante la cual el ser humano no es extraño que se sienta fascinado, pues sintetiza todo aquello a lo que aspira, pero se le escapa», reza la contracubierta del libro. Quiere esto decir que el autor considera al animal desde múltiples perspectivas, sin olvidar las pseudodescripciones tópicas sobre sus envidiables siete vidas, la paz que se siente al contemplarlo y lo que puede aprenderse de ellos, su mirada enigmática, sus afinidades con el hombre, su supuesto carácter equilibrado («Ninguna vieja loca está tan loca como para volver locos de remate a todos sus gatos»). Su propia belleza.

No falta, en este amplio repertorio tripartito de ritmo delicado e ilustrado por el también escritor José Manuel Benítez Ariza, algún aforismo con un toque humorístico («La prueba de que Dios es un gato es que ninguna de las plegarias de los hombres le quitan el sueño»), e incluso otros que resultan muy poéticos («Alfa y Omega: la eternidad tal vez sea un gato ovillado»), en los que utiliza Álamo las figuras retóricas propias del género lí-

rico, especialmente la paradoja, recurso muy adecuado para describir la naturaleza felina («Egipto no habría sido Egipto sin la minúscula grandeza de los gatos»).

Aprecio mucho, en esa intertextualidad propia de los autores grandes y humildes, los múltiples homenajes a ciertos autores que para mí, además, son fundamentales, como Borges y su oro de los tigres, el ruido y la furia faulknerianos de los que tan alejado está el sujeto de sus disquisiciones, Luis Antonio de Villena con *Los gatos príncipes*, el poema de Jaime Siles… De hecho, el título del libro procede de una composición de la salvadoreña Emma Posada que yo me empeño en pensar que eligió el autor de estas páginas por señalar con él no solo el apreciado sigilo de los gatos, sino la parquedad de términos con que se construyen por definición los aforismos y la sorpresa que en ocasiones nos ofrecen sin casi previo aviso. Como un gato al acecho.

Por último, me ha llamado la atención la fórmula utilizada en algunas de estas reflexiones, en el sentido de que se dirigen a un tú que no es mi mucho menos el autor, ni el lector, sino el objeto mismo del libro («Naciste para el sueño», «Como a ti, gato, también a mí me gusta…»), en una humanización/personificación acorde con estos tiempos en que las mascotas se convierten en algo más que un miembro de la familia. No voy a suponer en Ricardo Álamo actitud misántropa alguna que lo haga refugiarse en esta tendencia moderna, pero sí que debo remarcar que en ninguno de sus aforismos califica al animal negativamente. Quizás no haga ninguna falta. Tal vez en el amable sistema de signos, compuesto por guiños, cabezazos y ronroneos, con que estas hermosas criaturas se comunican aún duerma algún dios antiguo al que es preciso no indisponer con sentencias más ásperas. Bastante ruido tenemos que soportar en este mundo clamorosamente arisco.

Julio Llorente, *Titubeos*. La Isla de Siltolá, Sevilla, 2024.

Ricardo Álamo.- Como la mayoría de los libros de aforismos, *Titubeos*, que es el primer libro de aforismos que escribe Julio Llorente (Santa Cruz de Tenerife, 1996), se puede empezar a leer por cualquier parte, incluso por el principio. Dividido en catorce capítulos, en cada uno de ellos pululan los temas más variados: Dios, la belleza, la verdad, la ciencia, el amor, el bien, el sufrimiento y un largo etcétera. Pero no obstante el título que lleva el libro, se diría que con respecto a esa variedad de temas el autor no muestra

apenas ningún titubeo, ya que sus puntos de vista suelen ser si no rotundos, sí claramente seguros y firmes. En especial me ha llamado la atención su posicionamiento celebrativo de la existencia o su indisimulado canto a la vida, que no a la mera supervivencia ("Aviso propagandístico: no hemos venido al mundo para sobrevivir, sino para vivir", "La vida es una maravilla a condición de que uno no la atosigue con sus expectativas" o "Si la existencia es un don, nuestra vida debe ser ante todo una fiesta que la celebre"). Un canto a la vida que Llorente, a veces, hasta se atreve a festejar de manera tan ingeniosa como en el aforismo que dice: "La vida está tan estrechamente relacionada con el alcohol que su verbo debería escribirse así: *bibir*".

Ni que decir tiene que la vida que tanto se celebra en muchos aforismos de este libro no es la vida en abstracto ni tampoco cualquier vida (y menos que ninguna, la vida alcoholizada), pues a poco que vamos uniendo cabos entre unos y otros aforismos nos damos cuenta del trasfondo religioso cristiano y filosófico agustiniano que los envuelve. Y es que la figura de Dios, como sostén y columna vertebral de la vida, es, a juicio de Llorente, la que debe dar sentido a todo aquello que nos rodea y nos concierne, sea bueno o malo, dichoso o miserable. Por eso llega a afirmar que "Lo más difícil de ser católico no es creer en Dios, que es relativamente fácil, sino reconocer Su huella en todas las criaturas, incluso en las más miserables". Criaturas miserables, criaturas sufridoras, criaturas dolientes, pero no por ello criaturas infelices, viene a ser el mensaje de raíz agustiniana que se significa en el libro, pues no pocas veces el autor formula con otras palabras aquella idea de San Agustín que decía "es malo sufrir, pero es bueno haber sufrido". Así, por ejemplo, leemos: "Hay algo bueno en el sufrimiento. A su modo, crudamente, desgarrándonos, nos dice que estamos hechos para el infinito". O, más aún, "Obtenemos los mejores gozos allá donde podemos obtener también los mayores sufrimientos". Pero, a diferencia de San Agustín –o también de Platón y de Kafka, que llegaron a cancelar el mundo sensible y carnal, dándole sólo relevancia cierta al mundo espiritual, ya que el mal, lo diabólico y lo siniestro los relacionaban con lo impúdico y lo sensitivo– Llorente sin embargo no denuesta todo lo referente a la vida concupiscente y terrenal, porque la considera una parte más de la vida creada por Dios y, por lo tanto, abierta a nuestro disfrute. De ahí que diga, casi como diría un epicúreo, con regocijo: "Yo, tan poco místico, le agradezco a Dios la vida disfrutándola como disfrutaría el mejor de los regalos, entre vinos y risas".

Con todo, su explícita declaración (o, más bien, habría que decir su artículo de fe) de que sea Dios el garante último de la vida y de la existencia del mundo, no hace sino recusar cualquier otro tipo de explicación (en especial la científica), de modo que, como él mismo dice, su "objeción contra la ciencia es que puede hacernos insensibles a esa verdad que cimienta todas las demás: que la existencia es inexplicable como un milagro". Y, ciertamente, la existencia podría entenderse como un milagro, como milagrosos pueden entenderse también muchos otros avatares de la vida, pero de ahí a afirmar que la existencia sea inexplicable hay un abismo, pues no sólo descarta toda posibilidad comprensiva de la realidad desde la razón y el pensamiento objetivo, sino que además da pábulo a cuantas creencias religiosas (no únicamente la cristiana) quieran postularse como fiadoras metafísicas de todo lo que existe. Según Llorente, los esfuerzos de la ciencia por explicar la vida son estériles y "por muchos avances que se produzcan, por muchas investigaciones que se acometan, ningún científico podrá responder nunca a la pregunta fundamental: ¿por qué el ser y no la nada?". Pero, para ser precisos, Llorente debería de saber que esa pregunta no es una pregunta que se haga la ciencia. Esa pregunta se la hace (o se la hizo) la filosofía, y huelga decir que hace ya bastante tiempo (desde, por lo menos, Kant) que quedó cancelada o convertida en un entimema.

Aparte, en fin, de esta problematización o, más exactamente, reprobación de la ciencia, *Titubeos* se ceba en no pocas ocasiones con las nuevas tecnologías y con las redes sociales, lo que ya va siendo un lugar común dentro de cierto tipo de pensamiento aforístico. En la estela de Álvaro Salvador, que ya en *La vida no te espera*, de 2014, afirmaba que "el infierno no son los otros, el infierno está en la Red", Llorente por su parte incide en denostar el uso del móvil o de cualquier otro dispositivo que nos conecte con realidades más o menos virtuales que, según él, son esclavizantes, y al mismo tiempo tan lúdicas como perversas… No sé, pero a mí ese discurso execrativo contra las nuevas tecnologías me recuerda a los alegatos decimonónicos contra el maquinismo, tan caros a una mentalidad naturalista y casi rousseauniana que veía en el progreso un retroceso y en la evolución social una involución, lo cual sin duda explicaría que a Llorente le parezca que hay más verdad en el niño que ve una figura dibujada en una nube que en el científico que estudia sus compuestos... Y sí, claro, habrá más verdad poética, pero ¿en serio es esta clase de verdad la que mueve a la humanidad a querer vivir más inteligente y prósperamente? Por supuesto que, como él

mismo dice, "la belleza es el tributo que el escritor rinde a la verdad", pero mejor sería no hacer de la verdad un caso meramente literario.

Javier Recas, *Un viento propicio*. Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2024.

Ricardo Álamo.- "La aforística […] es una disciplina peligrosa por muchas razones, pero sobre todo porque no hay nadie que sea tan torpe como para no urdir un gran aforismo, o incluso dos. Lo difícil empieza a partir del tercero". Estas palabras son de Carlos Marzal y están espigadas de su libro *Nunca fuimos más felices*, que el lector avisado sabrá que no es un libro dedicado a teorizar acerca de los aforismos, pero que, sin embargo, contiene unas breves y sugerentes reflexiones sobre los mismos. En ellas, dice Marzal, además, que el género aforístico tal vez sea, dentro de la variedad de la literatura, el que más anónimo vuelve a sus autores, por aquello de que "parezca que los aforismos los haya escrito nadie (no que nadie los haya escrito)", ya que "la brevedad ayuda a que suceda así, como ocurre con los refranes, con los chistes, con los epitafios", que obviamente tienen detrás a un autor, pero que "al instante de existir dejan de tenerlo y pasan a ser voces, lo que viaja en el aire [porque] tal vez los aforismos se escriben para eso: para que nadie se los pueda atribuir del todo, y para sustentar la idea que algunos defienden, según la cual la literatura carece en el fondo de autoría". Entre esos *algunos* a los que no nombra Marzal, se encuentran Shelley, Paul Valéry y Borges, entre otros.

Indudablemente, las palabras de Marzal acerca de la no-autoría no dejan de ser una bonita entelequia, pues en los tiempos que corren nada le gustaría menos a un escritor que su nombre se perdiera en el anonimato, y que su voz o su singular lenguaje literario quedaran enmascarados detrás de un *solo caballero omnisciente* que algunos de esos *algunos* también llamaron Espíritu. Porque, si así fuera, poco o nada tendríamos que decir de este primer libro de aforismos de Javier Recas, en el que precisamente lo que más sobresale es su propia voz, concisa y clara, lúcida y coherente, sin apenas manierismos ni vacuas retóricas.

Dividido en ocho apartados, *Un viento propicio* está planteado como una suma de reflexiones y de pensamientos sobre los grandes temas que deberían de importar a cualquier ser humano: el tiempo, la amistad, el amor, la muerte, la felicidad, la belleza, etcétera. De manera lapidaria la mayor parte de las veces, pero también de un modo insinuante, incluso turbador, en otras, los aforismos de Recas vienen a ser como relámpagos de clarivi-

dencia cuando tratan de captar lo que hay dentro y fuera de nosotros y de las cosas. En general, no suelen moverse en el pantanoso terreno de las dudas ni buscan sembrar en el lector la semilla de la perplejidad. Se diría que estos aforismos huyen de vacilaciones y de titubeos, pero no por ello pretenden ni mucho menos ser aleccionadores. No. Recas no es un sermoneador. Más bien es un pensador, alguien a quien el mundo, la vida, la realidad, le hacen reflexionar para extraer conclusiones que le sirvan de apoyo para no sucumbir a los estragos del tiempo y sus miserias. Y, aunque es un pensador, no por eso claudica ante los discursos filosóficos que a lo largo de la historia han querido subsumir el mundo en una serie de teorías reductoras a nuestra comprensión. De ahí que pueda decir sin complejos que "la reflexión filosófica paga en perplejidad su osadía por agitar las aguas". Esas "aguas" son el mundo, todo lo que nos concierne, próximo o lejano, y que, por mucho que la filosofía haya tratado de encapsular para hacérnoslo comprensible, siempre hay algo en él que se nos escapa, quizá porque, como pensaron Schopenhauer y Nietzsche, nuestros recursos lingüísticos y conceptuales no alcanzan a penetrar lo que son esas "aguas" o este mundo profuso y complejo, siempre atravesado por los dientes del tiempo.

El tiempo. El paso del tiempo es uno de los temas sobre los que medita Recas. Y como no podía ser de otra manera, el olvido, la memoria o el halo sublime e ilusorio que el paso del tiempo otorga a los días remotos, son aspectos concomitantes que no pasa por alto, porque, como él mismo dice, "Si convocas al olvido, acude la memoria" o porque "Ni siquiera nuestro pasado está a resguardo de mudanzas". Y al hilo de esto, la pregunta que nos podríamos hacer (que Recas también se hace) es si en esta vida de constantes mudanzas a la que nos arrastra el tiempo cabe o no la felicidad. A tenor de lo que afirma en el aforismo que dice "La felicidad demanda presente" se diría que sí, pero sin perder de vista que "El presente no es más que el delgado filo del tiempo" y que la felicidad –sea un viento propicio o un calmo remanso– "es un cóctel de trago corto con ingredientes desconocidos".

A José Luis Morante, que prologa este libro, los aforismos de Recas le parecen amparados en las razones de la filosofía. Y así es. Ahora bien, esa filosofía no es la filosofía de las grandes teorías ni de los elevados conceptos que pretenden clausurar la realidad de una manera definitiva, ya que el proyecto de Recas aboga por una filosofía minimalista de huidizos atisbos. Y esos huidizos atisbos son sus propios aforismos que, en lugar de aumentar la complejidad de la realidad, intenta reducirla lo más posible, ya

que "Como todo arte minimalista, el aforismo es una forma de poda". Y sí, los trescientos aforismos que conforman *Un viento propicio* son, a mi modo de ver, una de las mejores expresiones literarias de esa forma de poda.

Gregorio Luri, *Una triste búsqueda de alegría.* La Isla de Siltolá, Sevilla, 2024.

Ricardo Álamo.- Se define a sí mismo Gregorio Luri (Azagra, 1955) como un *poliprágmata*, término con el que despectivamente los griegos señalaban a quien se sentía atraído por muchas cosas sin ser especialista en nada. En cierto sentido el poliprágmata vendría a ser como una especie de diletante, alguien que, como aficionado, cultiva diversos campos del saber sin ser un profesional. El mismo Luri afirma que si se hubiera dedicado a una sola cosa no sería él, aunque matiza: "Si hubiera podido elegir esa cosa […], quizás me hubiera pasado la vida escribiendo la Enciclopedia de las cosas que no le interesan a nadie". Huelga decir que esta declaración de principios es, como poco, de raíz ferlosiana, pues sabido es que Rafael Sánchez Ferlosio se pasó toda su vida analizando, reflexionando y escribiendo sobre cuestiones que él mismo decía –posiblemente con falsa modestia– que no interesaban a nadie. Y digo lo de falsa modestia porque esas cuestiones no eran ni mucho menos intrascendentes ni superficiales. ¿O es que acaso lo son el amor, la muerte, la política, la guerra, el lenguaje, los medios de comunicación y Dios?

Del mismo modo que Ferlosio le quitaba importancia a los temas sobre los que elucubraba, también Luri se arriesga (¿con falsa modestia?) a minimizar sus reflexiones en forma de aforismos sobre un enorme cúmulo de asuntos, que van desde la problematización de la convivencia a la infantilización de la propia infancia, pasando por los desperfectos de la educación o la difícil armonía entre los ideales colectivos y los individuales, entre otros muchos asuntos que no son para nada superfluos. Ni lo son ahora ni lo han sido nunca, pues no en vano cada uno de ellos ha formado parte de los diferentes discursos de la filosofía desde que esta se puso en marcha hace ya más de dos mil años. Por eso quizás no es de extrañar que la filosofía esté muy presente a lo largo de todo el libro de Luri, quien, a la manera de Sócrates o de Platón o de Anaxágoras o incluso de algún sofista, desparrama sus juicios en busca no tanto de la alegría (como sugiere el título de su libro) como en busca de la verdad. ¿O es que no suenan a Sócrates estos aforismos suyos: "No es la ignorancia la causa de nuestros males, sino la ignoran-

cia de nuestra ignorancia", "Quien está gobernado por su propia ignorancia, no se autogobierna"? ¿O a Platón este otro: "La esperanza ilustrada de que con más educación, menos cárceles, nos ha dejado en herencia presos más instruidos"? ¿O a Anaxágoras este: "Aparentemente, en tanto que partes del todo, somos partículas similares a cualquier otra –un gusano o una galaxia–, pero es en esa aparente similitud donde no nos encontramos"? ¿O al ideario sofístico este otro: "El maestro que le ha demostrado al alumno la verdad de A, no es suficientemente buen maestro si no se esfuerza por mostrarle la posible verdad de su contrario"?

Sin duda, la filosofía, y en particular la filosofía socrático-platónica, está muy presente en la aforística de Luri (de hecho, su tesis doctoral la dedicó a la *República* de Platón), pero no tanto la filosofía de carácter metafísico como la filosofía política, esa que tiene como objetivo conformar una sociedad de ciudadanos cabales y responsables, dominados por el sentido común (y por la comunidad de intereses) y no por el egoísmo, la ambición exclusivamente personal o la codicia. De ahí que la realidad actual no le sirva como ideal de lo que debería ser una auténtica realidad ejemplar, dado el alto grado de superficialidad e ignorancia sobre la que está constituida, cosa que le lleva a decir que para comprender la superficialidad del presente basta con detenerse a pensar en lo que se entiende hoy en día por radicalismo, pensamiento crítico o autonomía. A tenor del éxito obtenido por los medios de desinformación y por las nefastas políticas educativas, que más que crear ciudadanos bien formados e informados no ha hecho sino democratizar y extender el poder de la opinión en detrimento del del conocimiento, añadiéndole a esto una cada vez mayor subordinación de la razón a la emoción, se diría que, desde la perspectiva de Luri, estamos viviendo una de las épocas más demagógicas y populistas de la historia de la humanidad, con el aciago resultado de que la libertad de pensamiento queda reducida a mera "libertad para adherirnos a una tendencia ideológica sin saber muy bien para qué".

De este credo lurisófico salen mal paradas nuestras escuelas ("En nuestras escuelas es posible obtener sobresaliente en aprender a aprender y suspender en todo lo demás"), el periodismo ("La capacidad para ver escándalos donde hay problemas es la peor contribución de los medios de comunicación a la política moderna") y especialmente las ciencias sociales, debido a lo que él llama el "giro emocional" que de manera creciente está invadiendo todos los códigos de relación interpersonal ("La colonización emotivista del mundo de la vida está consiguiendo hacernos creer que la dignidad

ya no está ni en lo que se es ni en lo que que se hace, sino en lo que se padece"). El resultado de todo ello no puede ser más catastrófico, empezando por una exacerbada sobreprotección de la infancia (y, a este respecto, habría que recordar que hace más de treinta años, en 1993, ya Nanni Moretti se escandalizaba en su exitosa *Caro Diario* del grado superlativo de infantilización a que estaban llegando las sociedades modernas) y terminando por la deriva oscurantista de incultura, trivialidad y barbarie a que nos están arrastrando las incesantes reformas educativas y el populismo político. Según este panorama catastrofista y apocalíptico de la realidad que dibuja Luri, tal vez se podría pensar que las mejores soluciones para remediarlo vendrían de la filosofía, tan dada siempre a concebir respuestas ingeniosas para todo, pero no. Lo que Luri propone es algo aparentemente muy fácil: una vuelta al sentido común, ya que, según él, "lo que el sentido común no sepa poner en la vida, no sabrá ponerlo la filosofía". Y puede que tenga razón, y que no haya mejor remedio para combatir los males de nuestro tiempo que pensar y actuar con sentido común, pero digo yo: ¿acaso el sentido común ha sido alguna vez lo más común en nuestros modos de vida como para regular justa y sensatamente nuestras relaciones? Miremos atrás, contemplemos la historia y seguro que no nos engañaremos acerca de cuál es la verdadera respuesta.

José Ángel Cilleruelo, *Ventana ciega*. Mixtura, Barcelona, 2024.

José Luis Trullo.- José Ángel Cilleruelo es uno de los escritores que ha mostrado en los últimos años un compromiso más firme y exigente con el género más breve (se le llame aforismo, apunte, nota, fragmento o como se quiera). Aunque hasta ahora solo contaba en su haber con un único libro, *Lunáticos*, lo cierto es que de manera puntual (como un reloj) ha venido publicando en su blog una entrega de sus más recientes creaciones en este ámbito, además de incluirlos en las sucesivas entregas de sus diarios editados, presentándose así –frente a advenedizos, oportunistas y pelotaris de diverso pelaje– como un auténtico militante del mismo.

No es Cilleruelo un autor que se permita ni la más mínima licencia ni concesión a la tan concurrida galería aforística. Son las suyas unas frases concentradas, lúcidas, atentas al brillo que desprenden los objetos y sus colisiones con una subjetividad siempre arrobada ante el milagro del mundo. En su dicción extática, se rebasa el ensimismamiento aparente de la expresión con la apertura generosa a las percepciones: de este modo, el dique que

separa, en la existencia común, lo interior y lo exterior, cae abatido por la impregnación de una entrega total a lo sensible (que, por serlo, parece ocultar un aura espiritual deseando ser revelada).

Las virtudes heurísticas del aforismo encuentran en Cilleruelo a un devoto practicante. Por ello es de celebrar que la editorial Mixtura –un sello de intachable trayectoria y probada calidad– haya decidido dar a luz esta *Ventana ciega*, donde el autor vuelve a dar muestra de su admirable congruencia poética, la cual nunca resulta previsible ni rutinaria. De hecho, cada nuevo apunte supone la constatación de una verdadera epifanía de lo real (no de los conceptos de lo real), de su brotar ante una conciencia pendiente, agradecida y servicial, descorriendo las cortinas que opacan nuestra mirada para permitirnos captar, en su pureza, cada nueva experiencia del sujeto en el fluir del tiempo.

Ello no obsta para que el autor deje de consignar, de manera ocasional, las reflexiones que le asaltan, pero nunca obedece a un prurito intelectualista, sino a la lealtad del autor para con lo que le acaece, ya sea una sensación o, por qué no, una idea. Y es que las ideas no dejan de ser las sensaciones con que nuestro pensamiento se reconoce a sí mismo como un ente genuinamente vivo.

El saldo final es altamente satisfactorio. Cilleruelo es un valor seguro para el aforismo que vuela alto sin dejar de permanecer fiel al pálpito de la vida. Leer su libro implica embarcarse en un viaje que, a buen seguro, nos deparará, no solo una sucesión de hallazgos afortunados, sino una nueva ocasión para recordar –por si lo hubiéramos olvidado– que no hemos nacido únicamente para comer, trabajar, divertirnos y dormir, sino, por encima de todo, para prestar la máxima atención a todos y cada uno de los instantes que componen la textura de los días, pues es en ellos donde reside la penúltima esperanza de redención para un mundo de donde los dioses parecen haberse ausentado (quién sabe si para siempre).

Demetrio Fernández Muñoz, *Éter*. Apeadero de Aforistas, Sevilla, 2025.

Miguel Ángel Gómez.- En la literatura española el aforismo está teniendo un momento de esplendor. Avanza por el flanco de la ciudad hacia otros lugares, a través de un valle boscoso. La nómina de buenos aforistas es como un río que se alimenta sin cesar y brota de fuentes insondables y manantiales sin fin, cuando se va a tonos creativos con ecos salvajes de la brumosa noche. La revista *Aforistas*, por ejemplo, es un expreso que resopla dispa-

rando nubes de vapor sobre las ancianas torretas marrones del edificio de la estación. Suena y tintinea la campana y el gran lector, de pie, mirando, se apresura sobre el tren.

Reúne *Éter* (Apeadero de Aforistas), de Demetrio Fernández Muñoz, un conjunto excelente de aforismos y algunos poemas que nos seducen con una brisa fresca que sopla entre las suaves hojas de hierba. Filosofía susurrante a una velocidad que no se puede calcular. Poesía en la que reina una sensación de indefinición temporal.

El *Éter* son los negocios desiertos en la medianoche aferrándose a las cosas, las tiendas de precio fijo, las salas de billar hablando en voz baja y en tono íntimo, los cines, la barra de caoba del bar donde se siente un olor a jabón limpio, el mundo que aterriza en un indiscutible liderazgo, el globo que solicita una presencia despertando en mitad de la pesadilla, el tornado con el que necesitar abrigos que abulten. *Éter* nos trae elementos clásicos en los que todo está proyectado para la siguiente generación. Citas que cruzan a grandes zancadas las vías del tren en medio de un viento huracanado.

En la parte inicial, 'Acosmia', llegan los primeros aciertos del libro: "es un hórrido imperio/ sin gobierno/ un sol oscurecido/ por sí mismo/ una voz/ deflagrando/ en el silencio/ una nube de topos adivinos". Versos que se oyen como gritos en el aire helado, para concluir: "un foso/ allá donde la paz/ se desmorona/ un ariete/ caótico y certero/ que enfila/ sin ambages/ su destino/ derribando/ las puertas del amor". El amor es alzar la mirada con expresión de curiosidad.

Este *Éter* es decir simplificándolo todo "tú y yo, entre dos aguas, la misma gota", "as, aunque la baraja esté mojada".

El mejor aforismo no acostumbra a gozar del favor de la crítica, a pesar de indecibles revelaciones, porque quiere alejarse lo más posible del lenguaje cotidiano, relatar una historia distinta, ser un farol que aparece nuevo en el horizonte, brillando y proyectando las grotescas sombras del mundo.

Acierta Demetrio Fernández Muñoz cuando habla del desierto: "desierto está el espejismo: todo son oasis", "amor: tierra a la vista", "oasis a medida de mi sed". Los aforismos funcionan muy bien como un todo. Enumera paraísos, metamorfosis, destinos, selvas domésticas, pasiones consumidas: "amar, yo, como tú, como el fuego, sin correas", "nación del deseo, tierra quemada donde me disperso", "adaptarse a que florezca el edén de todos".

En la sección ‘A puerto’ el agua nos sume en nuestros pensamientos: “la rana se ennoblece en nuestra charca”, “que el destino nos saque a flote”, “les ruge el silencio a las cascadas”. Reflexiones como piedras preciosas, pensamientos dorados que destellan como semáforos: “naturaleza: injertos de gravedad”, “gravedad, con apero, es corteza fútil”.

Éter nos enseña a ver una realidad animada. El miedo está envuelto en una ola de perfumes, el ego se comporta con normalidad, Sísifo recibe misericordia andando a la deriva.

“Arado el ego, germina el amor”, leemos en la última sección. Hay algunas ocurrencias emborronadas: “personalmente, prendo el plural si te conjugo”, “puestos a quemarnos, nos hundimos” que parecen repetidas hasta la saciedad. Pero son excepciones que no tienen importancia en un libro que se infla con grandes aforismos, con el viento, restallando con fuerza. Tres ejemplos: “misericordia como la ejercida por la primavera”, “primavera: matemáticas atiborrándose de vida”, “vida y milagro deben ser sinónimos”. El *Éter* de Demetrio Fernández Muñoz está plagado de aciertos que nos incitan a preguntarnos qué hacer a continuación. *Éter* no es un ejercicio lúdico, es poesía, arte como un gran abrigo de invierno que nos muestra la realidad, lo que ocurre cuando no ocurre nada.

En la contraportada del libro se nos indica: “aquí los aforismos no son acotados ni concluyentes, sino que, limítrofes en sus orillas, se ceden el testigo unos a otros bien a partir de una letra, una sílaba, dos sílabas o una palabra que los hermane tanto lineal como circularmente”.

A un gran puñado de aforismos de *Éter* (con edición espléndida de José Luis Trullo) se le puede aplicar lo que dijo Mark Fisher sobre las películas de Christopher Nolan: “poseen una cualidad serenamente obsesiva, en la que una serie de elementos repetidos son reorganizados”.

Ricardo Virtanen, *El vigilante de la luna*. Thémata, Sevilla, 2025.

Miguel Ángel Gómez.- ¿Qué hay de nuevo en aforismos?, se preguntan, nuevos y brillantes, los buenos lectores. En el siglo XXI hemos asistido a un fenómeno en el que cualquiera que se dedique a emborronar papeles con letras, es considerado escritor. En el sobrevivir de cada día muchos lectores del mundo saben leer de todo, pero no saben leer las obras de un rango especial, superior al de las demás. Hay dos tipos de aforismos, aparte de los audaces y los pésimos, los que nos seducen y nos despiertan sosteniéndonos mentalmente, y los que nos dejan indiferentes con el semblante de la dulce nada. Ricardo Virtanen pertenece claramente a los autores que escriben aforismos del primer tipo.

Madrileño de origen finlandés, publicó su primer libro de género breve en 2007: *Pompas y circunstancias*. Ahora, casi veinte años y muchos libros después nos entrega *El vigilante de la luna* (Thémata). Sus aforismos están hechos de pinceladas propicias y memorables suspendidas en el aire. Sus aforismos están hechos de rosas fugitivas suspendidas en el aire, tranquilas y joviales. Escribe como una hormiga industriosa, en avance continuo. Su proyecto, no obstante, no desaparece una vez terminado, sino que permanece. La modernidad está presente, esplendorosa, mezclada con la historia.

Muchos aforismos caben en un aforismo. Así comienza el libro: "Lo fugitivo es la rosa que no olvidamos mientras vivimos". Duele pensar que el tiempo de hoy, reluciente como si lo hubieran pulido y abrillantado, está iluminado con un mortecino resplandor.

Hay un Ricardo Virtanen poeta que trae viejos y nudosos árboles, vastas laderas triangulares: "Una brizna de temblor anida prisionera en lo más hondo de mi ánimo, pero florece". Destacan las frases que nos hablan de senderos que él mismo ha batido, entre el polvo y la lluvia, de ruinas que remueven hasta el fondo del alma: "Entre las ruinas de mi inteligencia aún quedan pétalos que te recuerdan".

Ricardo Virtanen no teme darles a sus textos aire de haiku, que hablen de esperar, respirar, pasear, vigilar, soñar despierto. Me limito a citar cuatro: "¿Cómo saben esos perros que ladran a lo lejos que estoy solo?", "Brío de lumbre, tu recuerdo rozándome", "Una hoguera no deja de ser –como nuestra vida– una luz que envejece", "Una raíz me ilumina: la soledad de mis antepasados".

Son varios los apuntes que nos hablan de las aves: "En las ascuas del ánimo habita un ave al que no le podemos poner nombre ni sombra", "Los pájaros vuelan alto y lejos, como queriendo rodear los pensamientos de los humanos, con el mismo encanto que algunos versos de Alberto Caeiro ("El ave pasa y olvida, y así debe ser (…) ¡Pasa, ave, pasa, y enséñame a pasar!").

La apuesta de Virtanen, el lirismo que proyecta hacia el futuro, proviene de las profundidades misteriosas de la biblioteca. Posee laberintos de los que es mejor no salir. Que los jóvenes, valientes como leones, sigan a Virtanen. Lo puro a veces sufre extraños ataques de nostalgia. El dolor y la soledad están hombro contra hombro: "La fragilidad con que rompo una ramita con los dedos es la fragilidad con que estás en el mundo", "La serenidad de un corazón abandonado".

Virtanen escribe como si el último día fuera el último día. Un aforismo tomado al azar: "¿Estáis seguros de que después de todo aún nos queda la eternidad?". En *El vigilante de la luna* no dejaremos de encontrar emocionantes maravillas. Para mí Virtanen es uno de los mejores aforistas actuales.